NOTA DEL AUTOR

Desde hace ya medio siglo, una nueva conciencia se introdujo en el mundo humano, una nueva conciencia que sólo puede denominarse trascendente y espiritual Si usted está leyendo este libro, es posible que ya sienta qué está ocurriendo, que ya lo sienta en su interior.

Empieza con una mayor percepción en cuanto a la forma en que avanza nuestra vida. Notamos los hechos fortuitos que ocurren en el momento justo y que hacen aparecer precisamente a los individuos indicados para dar a nuestra vida un rumbo nuevo e inspirador. Quizá más que cualesquiera otras personas en cualquier otra época, intuimos un significado más elevado en estos hechos misteriosos.

Sabemos que la vida tiene que ver realmente con un desarrollo espiritual personal, fascinante y mágico; un desarrollo que ninguna filosofía o religión ha logrado hasta ahora explicar por entero. Y sabemos también otra cosa: que una vez que entendamos lo que está ocurriendo, cómo acceder a este proceso y cómo maximizar su aparición en nuestra vida, la sociedad humana dará un salto cuántico a una forma de vida totalmente nueva -que concrete lo mejor de nuestra tradición- y creara una cultura que ha sido el objetivo de toda la historia hasta el momento.

El siguiente relato se presenta bajo esta nueva perspectiva. Si lo conmueve, si cristaliza algo que usted percibe en la vida, transmítaselo a otro... pues estoy convencido de que nuestra nueva conciencia de lo espiritual se expande precisamente de esa forma, no ya a través de la publicidad o por moda, sino en forma personal, a través de una suerte de contagio psicológico positivo entre las personas.

Lo único que debemos hacer es interrumpir nuestras dudas y distracciones el tiempo suficiente... y, como por milagro, esa realidad puede ser la nuestra.

UNA MASA CRÍTICA

Llegué hasta el restaurante y estacioné; luego me recliné en el asiento para pensar un momento. Sabia que Charlene ya estaría adentro, esperando para hablar conmigo. Pero, ¿por qué? Hacía seis años que no tenía noticias de ella. ¿Por qué volvía a aparecer ahora, justo cuando yo me había recluido en el bosque por una semana?

Bajé de la camioneta y caminé hasta el restaurante. A mi espalda, el último resplandor de una puesta de sol se hundía al oeste y derramaba rayos de ámbar dorado sobre el estacionamiento húmedo. Una hora antes, un breve chaparrón había mojado todo y ahora la noche de verano era fresca y renovada y, por el efecto de la luz evanescente, parecía casi surrealista. Una media luna colgaba en el cielo.

Mientras caminaba, viejas imágenes de Charlene se agolpaban en mi mente. ¿Seguiría siendo bella, intensa? ¿Cómo la habría cambiado el tiempo? ¿Y qué debía yo pensar de ese manuscrito que me había mencionado, ese antiguo objeto encontrado en Sudamérica sobre el cual estaba ansiosa por hablarme?

-Tengo una espera de dos horas en el aeropuerto -había dicho por teléfono-. ¿Podemos cenar juntos? Te encantará lo que dice este manuscrito, es justo tu tipo de misterio.

¿Mi tipo de misterio? ¿Qué había querido decir con eso?

Adentro, el restaurante se hallaba lleno. Había varias parejas esperando mesa. Cuando encontré a la mesera, me dijo que Charlene ya estaba ubicada y me condujo al entrepiso, sobre el comedor principal.

Subí la escalera y vi a un grupo de personas alrededor de una de las mesas. El grupo incluía a dos policías. De repente, los policías se dieron vuelta y bajaron corriendo la escalera. Corno el resto del grupo se dispersó, pude entrever a la persona que parecía haber sido el centro de atención: una mujer, todavía la sentada a la mesa... ¡Charlene!

Caminé rápidamente hasta ella.

-Charlene, ¿qué ocurre? ¿Pasa algo malo?

Echó la cabeza hacia atrás en señal de exasperación y se puso de pie con su inconfundible sonrisa. Noté que tenía el pelo, quizás, un poco diferente, pero la cara era exactamente como la recordaba: rasgos delicados, boca ancha, grandes ojos azules.

-No vas a creerlo -dijo, dándome un cariñoso abrazo-. Fui al baño hace unos instantes y, mientras no estaba, alguien me robó el portafolios.

-¿Qué llevabas?

-Nada importante, sólo algunos libros y revistas para el viaje. Es increíble. Las personas sentadas a las otras mesas me dijeron que alguien pasó, lo tomó y se fue. Les dieron una descripción a los policías, y éstos dijeron que registrarían la zona.

-¿Tal vez yo podría ayudarlos a buscar?

-No, no. Olvidémoslo. No tengo mucho tiempo y quiero hablar contigo.

Asentí y Charlene propuso que nos sentáramos. Se acercó un mozo, miramos el menú y pedimos. Después pasamos unos diez o quince minutos hablando de generalidades. Traté de minimizar mi aislamiento autoimpuesto, pero Charlene captó mi vaguedad. Se inclinó hacia adelante y me dedicó otra sonrisa.

-Entonces, ¿qué te está pasando realmente? -preguntó. La miré a los ojos, sentí la intensidad con que me miraba.

-Quieres que te cuente toda la historia ya mismo, ¿no?

-Como siempre -respondió.

-Bueno, la verdad es que decidí tomarme un tiempo para mí y quedarme en el lago. Estuve trabajando mucho y desearía cambiar el rumbo de mi vida.

-Recuerdo que me habías hablado del lago. Creí que tu hermana y tú tenían que vender la casa.

-Todavía no, pero el problema son los impuestos. El terreno está tan cerca de la ciudad, que aumentan constantemente.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y preguntó:

-¿Y qué piensan hacer ahora?

-Todavía no lo sé. Algo distinto.

Me miró de una manera misteriosa.

-Parecería que estás tan inquieto como todo el mundo.

-Supongo que sí-respondí-. ¿Por qué me lo preguntas?

-Está en el Manuscrito.

Le devolví la mirada en silencio.

-Háblame de ese Manuscrito -dije.

Se echó hacia atrás en la silla como para ordenar sus ideas y luego volvió a mirarme a los ojos.

-Creo que por teléfono te conté que dejé el diario hace varios años y empecé a trabajar en una empresa de investigación que estudia los cambios culturales y demográficos para las Naciones Unidas. Mi último destino fue en Perú. Mientras me hallaba allí, haciendo unos estudios en la Universidad de Lima, oía muchos rumores sobre un viejo manuscrito que habían descubierto. Pero nadie era capaz de darme detalles al respecto, ni siquiera en los departamentos de arqueología o antropología. Y cuando me puse en contacto con el gobierno, negaron tener conocimiento alguno sobre el tema. Una persona me dijo que en realidad el gobierno trataba de eliminar el documento por algún motivo. De todos modos, no era una

información directa. Tú me conoces -continuó-. Soy curiosa. Cuando terminé mi trabajo, decidí quedarme unos días más para ver qué conseguía averiguar. Al principio, cada pista que seguía resultaba otro callejón sin salida, pero una vez que estaba almorzando en un bar en las afueras de Lima, noté que un sacerdote me miraba. Después de un momento, se acercó y admitió que, ese mismo día, me había oído hacer preguntas sobre el Manuscrito. No me reveló su nombre, pero aceptó responder a todas mis preguntas.

Vaciló un instante sin dejar de mirarme intensamente.

-Dijo que el Manuscrito se remontaba aproximadamente al año 600 antes de Cristo. Predice una transformación total de la sociedad humana.

-¿A partir de cuándo? -pregunté.

-Las últimas décadas del siglo xx.

-¿¡Ahora!?

-Sí, ahora.

-¿Qué clase de transformación se supone que es?-pregunté.

Me miró por un instante, confundida, y luego dijo, con fuerza:

-El sacerdote me dijo que es una especie de renacimiento de la conciencia, que se produce muy lentamente. No es de naturaleza religiosa, pero sí espiritual. Estamos descubriendo algo nuevo sobre la vida humana en el planeta, sobre qué significa nuestra existencia y, según el sacerdote, ese conocimiento provocará una alteración espectacular de la cultura.

Hizo otra pausa y agregó:

-El sacerdote me dijo que el Manuscrito está dividido en segmentos, o capítulos, cada uno dedicado a una percepción particular de la vida. El Manuscrito predice que en esta época los seres humanos comenzaremos a captar dichas revelaciones *(insights)* en forma secuencial, una revelación tras otra, a medida que vayamos pasando de donde nos hallamos ahora a una cultura totalmente espiritual sobre la Tierra.

Meneé la cabeza y alcé una ceja con aire cínico.

-¿De veras crees todo eso?

-Bueno –dijo-. Creo...

-Mira a tu alrededor -la interrumpí, señalando a la gente sentada en el salón de abajo-. Éste es el mundo real. ¿Ves que algo esté cambiando?

Justo cuando decía esto, se oyó una observación airada en una mesa ubicada junto a la pared opuesta; era una observación que no logré entender, pero que fue lo bastante fuerte como para acallar todo el local. Al principio pensé que el alboroto se debía a otro robo, pero enseguida me di cuenta de que no era más que una discusión. Una mujer de unos treinta y tantos años estaba de pie mirando con indignación a un hombre sentado frente a ella.

-No -gritó-, ¡el problema es que esta relación no es como yo quería! ¿Entiendes? ¡No lo es! -Se serenó, dejó su servilleta sobre la mesa y se fue.

Charlene y yo nos miramos, impresionados porque el exabrupto se había producido en el preciso instante que hablábamos de la gente de abajo. Al final, Charlene señaló con un gesto la mesa en la que el hombre se había quedado solo y comentó:

-Lo que está cambiando es el mundo real.

-¿Cómo? -pregunté, todavía un poco perplejo.

-La transformación comienza con la Primera Revelación y, según el sacerdote, esta revelación siempre aparece en forma inconsciente al principio, como una profunda sensación de inquietud.

-¿Inquietud?

-Sí.

-¿Qué estamos buscando?

-¡De eso se trata justamente! Al principio no lo sabemos con certeza. Según el

Manuscrito, empezamos a vislumbrar un tipo de experiencia alternativa... momentos de nuestra vida que son de algún modo diferentes, más intensos e inspiradores. Pero no sabemos qué es esa experiencia ni cómo hacerla durar, y cuando termina quedamos insatisfechos e inquietos, con una vida que vuelve a parecernos común.

-¿Crees que detrás de la ira de esa mujer estaba esta inquietud?

-Sí. Ella es como todo el mundo. Buscamos una mayor plenitud en nuestra vida, y no toleramos nada que nos tire abajo. Esa búsqueda constante es la que está detrás de la actitud de "primero yo" que caracterizó las últimas décadas y que nos afecta a todos, desde Wall Street hasta las patotas callejeras.

Me miró directamente.

-Y en cuanto a las relaciones, nos mostramos tan exigentes que las estamos volviendo casi imposibles.

La observación me trajo a la mente mis dos últimas relaciones. Ambas habían empezado con gran intensidad y ambas, al cabo de un año, fracasaron. Cuando volví a concentrarme en Charlene, ella esperaba con actitud paciente.

-¿Qué es exactamente lo que hacemos con nuestras relaciones románticas? -pregunté.

-Hablé largo tiempo con el sacerdote sobre el tema -respondió-. Dijo que cuando, en una relación, las dos partes son demasiado exigentes, cuando cada uno espera que el otro se adapte a su propio mundo y comparta siempre las actividades que elija, se produce inevitablemente una batalla de egos.

Lo que dijo dio en la tecla. Mis dos últimas relaciones habían degenerado, de hecho, en luchas de poder. En ambas situaciones, habíamos desembocado en un conflicto de actividades. El ritmo era demasiado acelerado. Teníamos muy poco tiempo para coordinar nuestras ideas diferentes en cuanto a qué hacer, adónde ir, qué intereses compartir. Al final, el tema de quién mandaría y establecería las actividades del día se convirtió en una dificultad insoluble.

-Debido a esa batalla por el dominio -continuó Charlene-, el Manuscrito dice que nos resultará muy difícil permanecer con la misma persona durante el tiempo que sea.

-No parece algo muy espiritual -comenté.

-Eso es exactamente lo que le dije al sacerdote -respondió-. Y él me contestó que, por lo que él sabía, si bien la mayoría de los males recientes de la sociedad derivan de esa inquietud y esa búsqueda, el problema es temporario, y va a terminar. Por fin, vamos tomando conciencia de lo que buscamos en realidad, de cómo es esa otra experiencia más plena. Cuando la captemos en su totalidad, habremos alcanzado la Primera Revelación.

Llegó nuestra cena, de modo que hicimos una pausa de varios minutos mientras el mozo nos servía más vino y cada uno probaba la comida del otro. Al estirar el brazo para tomar un trozo de salmón de mi plato, Charlene frunció la nariz y se echó a reír. Me di cuenta de lo fácil que era estar con ella.

Muy bien –dije- ¿Cuál es esa experiencia que estamos buscando? ¿Qué es la Primera Revelación?

Vaciló; al parecer, no sabía muy bien cómo empezar.

-Es difícil de explicar –repuso-. Pero el sacerdote lo expresó de la siguiente manera. Dijo que la Primera Revelación se produce cuando tomamos conciencia de las coincidencias que hay en nuestra vida.

Se inclinó hacia mí.

-¿Alguna vez tuviste un presentimiento o cierta intuición en cuanto a algo que querías hacer, o a una medida que quisieras tomar en tu vida? ¿Y te preguntaste cómo podía ocurrir? ¿Y después de haberlo casi olvidado para concentrarte en otras cosas, de repente te encontraste con alguien o leíste algo o fuiste a alguna parte que llevaba precisamente a la oportunidad que buscabas? Bueno -continuó-, según el sacerdote, esas coincidencias se

producen cada vez con mayor frecuencia y, cuando eso ocurre, nos da la impresión de que es algo que está más allá de lo que podría esperarse por pura casualidad. Es una experiencia que provoca una sensación de misterio y excitación y, por consiguiente, nos sentimos más vivos. El sacerdote me dijo que ésa es la experiencia que hemos vislumbrado y que ahora tratamos de manifestar todo el tiempo. Cada día son más las personas convencidas de que este movimiento misterioso es real y que significa algo; de que, por debajo de la vida cotidiana, está sucediendo otra cosa. Esta conciencia es la Primera Revelación.

Me miró expectante, pero no dije nada.

-¿No te das cuenta? –preguntó-. La Primera Revelación es una reconsideración del misterio inherente que rodea nuestra vida individual en el planeta. Experimentamos esas misteriosas coincidencias, y aunque todavía no las entendamos, sabemos que son reales. Estamos volviendo a sentir, como en la infancia, que hay otro lado de la vida que todavía tenemos que descubrir, algún otro proceso que opera entre bambalinas.

Charlene estaba más inclinada hacia mí y, mientras hablaba, hacía gestos con las manos.

-Estás metida en esto, ¿no? -pregunté.

-Recuerdo una época -contestó con severidad- en que hablabas de esta clase de experiencias.

El comentario me sacudió. Tenía razón. Durante un período de mi vida yo había experimentado esas coincidencias e intentado incluso entenderlas psicológicamente. En algún momento, mi visión había cambiado. Empecé a considerar que esas percepciones, por algún motivo, eran inmaduras y poco realistas, y hasta dejé de notarlas.

Miré fijo a Charlene y dije, a la defensiva:

-Es probable que en esa época estuviera leyendo sobre filosofía oriental o misticismo cristiano. Eso es lo que recuerdas. De todos modos, sobre eso que tú llamas Primera Revelación se ha escrito muchas veces, Charlene. ¿Qué diferencia hay ahora? ¿De qué manera una percepción de circunstancias misteriosas va a traer aparejada una transformación cultural?

Charlene miró la mesa por un instante y luego a mi.

-No me malinterpretes -dijo-. Es indudable que esa conciencia ya fue experimentada y descripta antes. De hecho, el sacerdote insistió en que la Primera Revelación no es algo nuevo. Dijo que los individuos han sido conscientes de esas coincidencias injustificadas a lo largo de la historia, y que ésa ha sido la percepción subyacente en muchos grandes intentos de la filosofía y la religión. La diferencia, ahora, radica en los números. Según el sacerdote, la transformación se produce ahora debido a la cantidad de individuos que experimentan esa conciencia al mismo tiempo.

-¿Qué quiso decir exactamente? -pregunté.

-Según él, el Manuscrito afirma que la cantidad de personas conscientes de esas coincidencias empezaría a aumentar considerablemente en la sexta década del siglo xx. Y que ese aumento continuaría hasta algún momento cercano al comienzo del siglo siguiente, cuando alcanzaríamos un nivel específico de dichos individuos. Un nivel que considero como una masa crítica.

"El Manuscrito predice Continuó- que una vez que alcancemos esa masa crítica, toda la cultura empezará a tomar en serio esas experiencias coincidentes. Nos preguntaremos, en masa, qué proceso misterioso se halla implícito en la vida humana sobre el planeta. Y esta pregunta, formulada al mismo tiempo por suficiente cantidad de personas, permitirá que otras revelaciones lleguen también a la conciencia. Porque, de acuerdo con el Manuscrito, cuando un número suficiente de individuos pregunte seriamente qué pasa en la vida, empezaremos a averiguarlo. Las demás revelaciones irán manifestándose... una tras otra.

Hizo una pausa para comer un bocado.

-¿Y cuando captemos las otras revelaciones la cultura cambiará? -pregunté.

-Eso es lo que el sacerdote me dijo -respondió.

La miré un instante, analizando la idea de la masa crítica, y luego dije:

-¿Sabes? Esto suena muy complejo para un Manuscrito redactado en 600 antes de Cristo.

-Ya lo sé -replicó-. Yo misma planteé el tema. Pero el sacerdote me aseguró que los estudiosos que tradujeron por primera vez el Manuscrito estaban totalmente convencidos de su autenticidad. Sobre todo porque fue redactado en arameo, el mismo idioma en que está escrito gran parte del Antiguo Testamento.

-¿Arameo en Sudamérica? ¿Cómo llegó allí en esa época?

-El sacerdote no sabía.

-¿Su iglesia apoya el Manuscrito? -inquirí.

-No -respondió-. Me dijo que la mayor parte del clero estaba haciendo todo lo posible por eliminarlo. Por eso no podía revelarme su nombre. Al parecer, el solo hecho de hablar del Manuscrito era peligrosísimo para él.

-¿Aclaró por qué la mayor parte de la jerarquía eclesiástica estaba en contra?

-Si. Porque cuestiona la integridad de su religión.

-¿Cómo?

-No lo sé con exactitud. No habló mucho al respecto, pero, al parecer, las otras revelaciones amplían las ideas tradicionales de la Iglesia de tal manera que alarma a los ancianos de la iglesia, para los cuales las cosas están bien como están.

-Entiendo.

-El sacerdote dijo -prosiguió Charlene- que, para él, el Manuscrito no menoscaba ninguno de los principios de la Iglesia. Llegado el caso, aclara exactamente qué significan esas verdades espirituales. Está convencido de que los dirigentes de la iglesia comprobarían este hecho si trataran de volver a ver la vida como un misterio y avanzaran luego a través de las demás revelaciones.

-¿Te dijo cuántas revelaciones hay?

-No, pero sí mencionó la Segunda Revelación. Me dijo que es una interpretación más correcta de la historia reciente, que explica con mayor profundidad la transformación.

-¿Se explayó sobre el tema?

-No, no tenía tiempo. Debía irse para encargarse de un asunto. Acordamos volver a vernos esa misma tarde en su casa, pero cuando llegué no estaba. Lo esperé durante tres horas y no apareció. Al final, tuve que irme para no perder mi vuelo de regreso.

-¿Quieres decir que no pudiste volver a hablar con él?

-Eso es. No lo vi más.

-¿Y no recibiste ninguna confirmación sobre el Manuscrito por parte del gobierno?

-Ninguna.

-¿Y cuánto hace que ocurrió eso?

-Alrededor de un mes y medio.

Durante varios minutos comimos en silencio. Al fin Charlene levantó la vista y me preguntó:

-¿Y? ¿Qué piensas?

-No sé -respondí. Una parte mía seguía siendo escéptica en cuanto a la idea de que los seres humanos pueden cambiar, pero otra parte estaba fascinada ante la posibilidad de que existiera realmente un Manuscrito que hablara en esos términos.

-¿Te mostró una copia o algo por el estilo? -pregunté.

-No. Lo único que tengo son mis apuntes.

Otro silencio.

-¿Sabes? -dijo-. Pensé que estas ideas te entusiasmarían.

La mire.

-Supongo que necesito alguna prueba de que lo que dice ese Manuscrito es cierto.

Volvió a sonreír.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Fue exactamente lo que yo dije, también.

-¿A quién, al sacerdote?

-Sí.

-¿Qué te contestó?

-Dijo que la experiencia es evidencia.

-¿Qué quiso decir con eso?

-Quiso decir que nuestra experiencia convalida lo que afirma el Manuscrito. Cuando reflexionamos de verdad sobre la manera en que nos sentimos en nuestro interior, sobre cómo evoluciona nuestra vida a esta altura de la historia, vemos que las ideas del Manuscrito son lógicas, que suenan a verdad. -Vaciló. -¿A ti te suenan lógicas?

Pensé un momento. ¿Suena lógico? ¿Todos están tan inquietos como yo? Y, en ese caso, ¿nuestra inquietud deriva de la simple percepción -la simple conciencia formada durante treinta años- de que en verdad la vida es algo más de lo que conocemos, más de lo que podemos experimentar?

-No estoy seguro -respondí al fin-. Supongo que necesito tiempo para pensarlo.

Salí al jardín aledaño al restaurante y me quedé parado detrás de un banco de cedro, frente a la fuente. A mi derecha veía las luces titilantes del aeropuerto y oía los motores rugientes de los aviones listos para despegar.

-¡Qué hermosas flores! -oí decir a Charlene detrás de mi. Me volví y la vi acercarse por el camino, admirando a cada paso las hileras de petunias y begonias que bordeaban la zona para sentarse. Se detuvo a mi lado y la abracé. Los recuerdos invadieron mi mente. Años atrás, cuando los dos vivíamos en Charlottesville, Virginia, habíamos pasado muchas noches juntos, hablando. La mayoría de nuestras conversaciones giraban en torno de teorías académicas y crecimiento psicológico. Ambos estábamos fascinados con nuestras charlas y nos admirábamos mutuamente. Sin embargo, siempre me sorprendió lo platónica que había sido nuestra relación.

-No puedo explicarte lo bueno que es volver a verte- me dijo.

-Lo sé -respondí-. Este reencuentro me trajo a la mente un montón de recuerdos.

-¿Por qué perdimos el contacto? -preguntó.

Sus palabras me trajeron de nuevo a la realidad. Recordé la última vez que había visto a Charlene. Se despedía de mí junto a mi auto. En ese entonces me sentía lleno de ideas nuevas y dejaba mi ciudad natal para trabajar con chicos muy maltratados. Creía saber la forma en que esos chicos podrían trascender las intensas reacciones y el juego obsesivo que les impedía salir adelante en la vida. No obstante, con el tiempo, mi enfoque falló. Tuve que admitir mi ignorancia. La forma en que los seres humanos podrían liberarse de su pasado seguía siendo un enigma para mí.

Al analizar los seis años anteriores, ahora tenía la certeza de que la experiencia había sido valiosa. Sin embargo, también sentía la necesidad de avanzar. ¿Pero hacia dónde? ¿Para hacer qué? Desde la época en que me había ayudado a cristalizar mis ideas sobre los traumas infantiles, sólo había pensado unas pocas veces en Charlene, y ahora aquí estaba otra vez en mi vida... y nuestra conversación seguía siendo tan apasionante como antes.

-Supongo que el trabajo me absorbió por completo -dije.

-A mí también -respondió-. En el diario debía hacer una nota tras otra. No tenía tiempo para ver otra cosa. Me olvidé de todo.

Le sacudí el hombro.

-¿Sabes, Charlene? Había olvidado lo bien que podemos hablar; nuestra conversación

resulta tan fácil y espontánea.

Confirmó mi percepción con los ojos y la sonrisa.

-Ya sé. Charlar contigo me da mucha energía.

Estaba por hacer otro comentario cuando Charlene miró por encima de mi hombro hacia la entrada del restaurante. Se angustió y se puso pálida.

-¿Qué pasa? -pregunté, y me di vuelta para mirar en esa dirección. Varias personas se dirigían al estacionamiento, charlando tranquilamente, pero no parecía haber nada fuera de lo común. Volví a mirar a Charlene. Su expresión seguía siendo de alarma y confusión.

-¿Qué pasa? -repetí.

-Allá, junto a la primera fila de autos, ¿viste al hombre de camisa gris?

Miré otra vez hacia el estacionamiento. Otro grupo salía por la puerta.

-¿Qué hombre?

-Supongo que ya no está -se resignó, al tiempo que se esforzaba por ver.

Me miró a los ojos.

-Cuando las personas de las otras mesas describieron al hombre que robó mi portafolio, dijeron que era casi calvo, que tenía barba y llevaba puesta una camisa gris. Creo que lo vi allí entre los autos... mirándonos.

Se me hizo un nudo de ansiedad en el estómago. Le dije a Charlene que regresaría en un minuto y fui al estacionamiento a echar un vistazo, cuidando de no alejarme demasiado. No vi a nadie que respondiera a la descripción.

Cuando volví al banco, Charlene dio un paso hacia mí y me dijo con suavidad:

-¿Supones que esa persona cree que tengo una copia del Manuscrito y que por eso se llevó mi portafolio? ¿Estará tratando de devolvérmelo?

-No lo sé. Pero llamaremos de nuevo a la policía y les diremos lo que viste. Creo que también deberían investigar a los pasajeros de tu vuelo.

Entramos y llamamos a la policía; cuando llegaron, los pusimos al tanto de lo ocurrido. Pasaron veinte minutos registrando cada auto, luego de lo cual aclararon que no podían invertir más tiempo en eso. Sí aceptaron revisar a todos los pasajeros del avión que abordaría Charlene.

Una vez que la policía se hubo ido, Charlene y yo quedamos otra vez juntos frente a la fuente.

-¿De qué hablábamos antes de que yo viera a ese hombre?

-preguntó.

-De nosotros -respondí-. Charlene, ¿por qué se te ocurrió ponerte en contacto conmigo por todo esto?

Me miró perpleja.

-Cuando estaba en Perú y el sacerdote me hablaba del Manuscrito, me acordaba de ti todo el tiempo.

-Ah, ¿de veras?

-En aquel momento no le di ninguna importancia -continuó-, pero más tarde, después de regresar a Virginia, cada vez que pensaba en el Manuscrito, me acordaba de ti. Empecé a llamar varias veces y siempre había algo que me distraía. Después me dieron este trabajo en Miami, adonde me dirijo ahora, y descubrí, apenas subí al avión, que hacia una escala acá. Cuando aterrizamos, busqué tu número. Tu contestador automático decía que llamaran al lago sólo en caso de urgencia, pero decidí que debía intentarlo.

La miré un instante, sin saber qué pensar.

-Por supuesto-repuse-, me alegra que lo hayas hecho.

Charlene miró el reloj.

-Se está haciendo tarde. Mejor que vuelva al aeropuerto.

-Te llevaré.

Nos dirigimos a la terminal principal y caminamos hasta la zona de embarque. Yo iba atento a cualquier cosa desacostumbrada. Cuando llegamos, la gente ya estaba subiendo al avión y uno de los policías que habíamos visto verificaba a cada pasajero. Al acercarnos, nos dijo que había observado a todas las personas que debían embarcar y ninguna respondía a la descripción del ladrón.

Le dimos las gracias y, cuando se fue, Charlene se volvió y me sonrió

-Es mejor que me marche ya -dijo, y estiró la mano para tomarme del cuello-. Aquí tienes mis números de teléfono. Esta vez mantengámonos en contacto.

-Escucha. Quiero que tengas mucho cuidado. Si ves algo extraño, ¡llama a la policía!

-No te preocupes por mí -me tranquilizó-. Estaré bien.

Nos miramos intensamente durante un momento.

-¿Qué piensas hacer con lo del Manuscrito? -pregunté.

-No lo sé. Escuchar los informativos de noticias, supongo.

-¿Y si lo censuran?

Me dedicó otra de sus amplias sonrisas.

-Lo sabía -dijo-. Quedaste enganchado. Te dije que te encantaría. ¿Qué piensas hacer tú?

Me encogí de hombros.

-Probablemente, ver si puedo averiguar algo más.

-Perfecto. Si es así, házmelo saber.

Nos despedimos otra vez y ella se alejó. La vi darse vuelta una vez y saludar, y luego desapareció por el corredor de embarque. Caminé hasta mi camioneta y emprendí el viaje hasta el lago; me detuve sólo para cargar nafta.

Al llegar, salí a la galería cubierta y me senté en una de las mecedoras. Era una noche ruidosa, llena de grillos y ranas de los árboles y, a lo lejos, podía oír incluso un chotacabras. Al otro lado del lago, la luna había bajado hacia el oeste y sobre la superficie del agua llegaba hasta mí el reflejo de una línea ondulada.

La noche había sido interesante, pero yo seguía sintiéndome escéptico en cuanto a la idea de una transformación cultural. Como muchos, había quedado atrapado en el idealismo social de las décadas de los 60 y 70, e incluso en los intereses espirituales de los 80. Sin embargo, era muy difícil juzgar lo que estaba pasando realmente. ¿Qué clase de nueva información podía cambiar la totalidad del mundo humano? Sonaba demasiado idealista y tirado de los pelos. Después de todo, los seres humanos han vivido en el planeta durante mucho tiempo. ¿Por qué habríamos de experimentar esa revelación de la existencia ahora, tan tarde? Observé el agua unos minutos más; luego apagué las luces y me fui al cuarto a leer.

A la mañana siguiente, me desperté de golpe, con un sueño todavía fresco en la mente. Durante uno o dos minutos miré el techo de la habitación y recordé con claridad las imágenes. Atravesaba una selva en busca de algo. La selva era grande y excepcionalmente hermosa.

En mi búsqueda me veía envuelto en una serie de situaciones en las que me sentía totalmente perdido y aturdido, incapaz de decidir qué hacer. Lo increíble era que, en cada una de esas oportunidades, aparecía una persona, de alguna parte, como si estuviera destinada a explicarme adónde tenía que ir. No llegué a saber cuál era el objeto de mi búsqueda, pero el sueño me dejó increíblemente lleno de optimismo y confianza.

Me senté y noté que un rayo de sol entraba por la ventana y cruzaba el cuarto. Resplandecía con partículas de polvo suspendidas. Me levanté y abrí las cortinas. El día era radiante: cielo azul, sol brillante. Una brisa suave mecía los árboles. A esa hora del día, el lago debía de estar ondulado y emitir destellos de luz, y el viento sería un contacto frío contra la piel de un nadador.

Salí y me zambullí. Subí a la superficie y nadé hasta el centro del lago, donde me di vuelta para mirar las montañas. EI lago estaba ubicado en un valle profundo sobre el cual convergían tres cadenas montañosas: un paisaje lacustre perfecto, descubierto por mi abuelo en su juventud.

Hacía cien años que mi abuelo había caminado por primera vez por esas montañas siendo un niño explorador, un prodigio que crecía en un mundo todavía salvaje con pumas y jabalíes e indios Creek que vivían en chozas primitivas sobre la cadena del norte. En ese entonces, él había jurado que algún día viviría en ese valle perfecto con sus árboles viejos y macizos y siete manantiales, y al fin lo había hecho; más adelante armó un lago y una casa e hizo interminables caminatas con su nieto. Nunca entendí demasiado la fascinación de mi abuelo por ese lago, pero siempre traté de conservar la tierra, aun cuando se estableció la civilización y más tarde lo circundó.

Desde el centro del lago veía una roca en particular que sobresalía cerca de la cresta de la cadena norte. El día anterior, siguiendo la tradición de mi abuelo, había subido hasta esa saliente, con la idea de encontrar paz en el paisaje y los olores y en la forma en que el viento hacía remolinos sobre las tres cimas. Y mientras me hallaba allí sentado, contemplando el lago y el denso follaje del valle que se extendía más abajo, empecé a sentirme mejor, como si la energía y la perspectiva disolvieran algún bloqueo en mi mente. Pocas horas más tarde, había estado hablando con Charlene y ella me había contado lo del Manuscrito.

Nadé hasta el borde y me trepé al muelle de madera construido frente a la casa. Sabia que aquello era demasiado para ser creíble. Es decir, ahí estaba yo, escondido en esas montañas, con una sensación de total desencanto de mi vida, cuando, de buenas a primeras, aparece Charlene y me explica la causa de mi desasosiego, al tiempo que menciona un viejo Manuscrito que promete el secreto de la existencia humana.

Sin embargo, también sabia que la llegada de Charlene era exactamente el tipo de coincidencia de las que hablaba el Manuscrito, esas que resultan demasiado improbables para ser simples casualidades. ¿Podía estar en lo cierto ese antiguo documento? ¿Habremos estado armando, pese a nuestra negativa y nuestro cinismo, una masa crítica de personas conscientes de dichas coincidencias? ¿Los seres humanos nos hallaremos actualmente en posición de entender ese fenómeno y, así, de entender el propósito mismo de la vida?

¿Cuál será esa nueva comprensión?, me pregunté. ¿Nos lo dirán las restantes revelaciones del Manuscrito, como dijo el sacerdote?

Estaba frente a una decisión. Debido al Manuscrito, sentía que se abría una nueva perspectiva en mi vida, un nuevo punto de interés. La cuestión era qué hacer. Podía quedarme allí o encontrar la manera de explorar más. Me vino a la mente la idea del peligro. ¿Quién había robado el portafolio de Charlene? ¿Sería alguien empeñado en eliminar el Manuscrito? ¿Cómo podía averiguarlo?

Durante un rato largo pensé en los riesgos posibles, pero al final prevaleció mi ánimo optimista. Decidí no preocuparme. Tendría cuidado y haría las cosas despacio. Entré y llamé a la agencia de viajes que publicaba el aviso más grande en las páginas amarillas. El agente con el cual hablé me dijo que podía conseguirme sin problemas un pasaje a Perú. Justamente, por casualidad, se había producido una cancelación: un pasaje aéreo con reservaciones ya confirmadas en un hotel de Lima. Podía venderme todo el paquete con un descuento... si yo me hallaba en condiciones de partir en tres horas.

¿Tres horas?

UN

AHORA
MÁS PERMANENTE

Después del ajetreo para hacer el equipaje y de una carrera alocada por la autopista, llegué al aeropuerto con el tiempo apenas suficiente para recoger mi pasaje y abordar el vuelo a Perú. Cuando entré en la parte trasera del avión y me senté junto a la ventanilla, me invadió una ola de cansancio.

Pensé en dormir, me estiré y cerré los ojos. En vano. No lograba relajarme. De pronto me sentía nervioso y ambivalente en cuanto al viaje. ¿Era descabellado partir sin ninguna preparación? ¿Adónde iría en Perú? ¿Con quién hablaría?

La confianza que había experimentado en el lago se tornaba rápidamente en escepticismo. La Primera Revelación y la idea de una transformación cultural volvían a parecerme fantasiosas e irreales. Y, ahora que lo pensaba, el concepto de una Segunda Revelación me resultaba igualmente improbable. ¿Cómo podía ser que una nueva perspectiva histórica abriera nuestra percepción a esas coincidencias y las mantuviera conscientes en la mente pública?

Me estiré más y respiré hondo. Pensé que tal vez fuera un viaje inútil, apenas un viaje rápido a Perú y enseguida el regreso. Una pérdida de dinero, quizá, pero, en definitiva, nada grave.

El avión dio un sacudón hacia adelante y se dirigió a la pista. Cerré los ojos y sentí un ligero mareo cuando el enorme aparato alcanzó la velocidad crítica y se elevó a través de una densa nube. Al alcanzar la altura de crucero, por fin pude relajarme y me dormí. A los treinta o cuarenta minutos, una turbulencia me despertó y decidí ir al baño.

Mientras cruzaba la zona de descanso, vi a un hombre alto con anteojos redondos parado junto a la ventana, que conversaba con un auxiliar de a bordo. Me miró un instante y siguió hablando. Tenía pelo castaño oscuro y aparentaba unos cuarenta y cinco años. Por un momento me pareció reconocerlo, pero después de mirarle atentamente los rasgos llegué a la conclusión de que no lo conocía. Al pasar alcancé a oír parte de la conversación.

-Gracias, de todos modos -decía el hombre-. Simplemente pensé que, como usted viaja tan a menudo a Perú, tal vez había oído hablar del Manuscrito. -Se dio vuelta y se dirigió a la parte delantera del avión.

Me quedé helado. ¿Hablaba del mismo Manuscrito? Fui hasta el baño y traté de decidir qué hacer. Una parte mía quería olvidar. Tal vez el hombre hablaba de otra cosa, de algún otro libro.

Volví a mi asiento y cerré los ojos, satisfecho de borrar el incidente, contento de no haberle preguntado a ese individuo a qué se refería. Pero, sentado allí, pensé en la excitación que había sentido en el lago. ¿Y si ese hombre tenía alguna información sobre el Manuscrito? ¿Qué pasaría entonces? Si no averiguaba, nunca lo sabría.

Seguí dándole vueltas al tema durante un rato hasta que al final me levanté y fui a la parte delantera del avión. Lo encontré a mitad de camino por el pasillo. Justo detrás de él había un asiento vacío. Regresé y le dije a un auxiliar que deseaba cambiar de lugar; reuní mis cosas y me instalé en el asiento. Al cabo de unos minutos, le palmeé el hombro.

-Disculpe -dije-. Lo oí mencionar un Manuscrito. ¿Se refería al que encontraron en Perú?

Me miró, primero sorprendido, después cauteloso.

-Sí -respondió tentativamente.

Me presenté y le expliqué que una amiga había estado hacía poco en Perú y me había informado acerca de la existencia del Manuscrito. Se relajó en forma evidente y se presentó como Wayne Dobson, profesor adjunto de historia en la Universidad de Nueva York.

Mientras hablábamos, noté la mirada de irritación que nos dirigía el caballero sentado a

mi lado. Se había reclinado en su asiento y trataba de dormir.

-¿Usted vio el Manuscrito? -le pregunté al profesor.

-Partes -dijo-. ¿Y usted?

-No, pero mi amiga me habló de la Primera Revelación.

-El hombre que se hallaba a mi lado cambió de posición.

Dobson lo miró.

-Disculpe, señor. Sé que estamos fastidiándolo. ¿Le molestaría mucho que cambiáramos de asiento?

-No -repuso el hombre-. Sería preferible.

Salimos todos al pasillo y luego yo me ubiqué en el asiento de la ventanilla y Dobson se sentó a mi lado.

-Dígame qué le contaron sobre la Primera Revelación -dijo Dobson.

Hice una pausa para resumir mentalmente lo que había entendido.

-Me da la impresión de que la Primera Revelación es una conciencia de las circunstancias misteriosas que cambian nuestra vida, la sensación de que interviene algún otro proceso.

Me sentía ridículo diciendo eso.

Dobson captó mi incomodidad.

-¿Qué le parece esa revelación? -me preguntó.

-No sé-respondí.

-No encaja por completo con el sentido común de nuestra época moderna, ¿eh? ¿No se sentiría mejor si rechazara la idea y volviera a pensar en cuestiones prácticas?

Me reí y asentí con la cabeza.

-Bueno, es la tendencia de todos. Si bien cada tanto tenemos la percepción nítida de que hay algo más en la vida, nuestra forma habitual de pensar consiste en considerar que esas ideas no son cognoscibles, y enseguida desdeñamos esa conciencia. Por eso es necesaria la Segunda Revelación. Una vez que vemos el antecedente histórico de nuestra conciencia, parece más válida.

Asentí.

-O sea que, como historiador, ¿usted piensa que la predicción del Manuscrito de una transformación general es exacta?

-Sí.

-¿Como historiador?

-¡Sí! Pero hay que mirar la historia como corresponde. -Respiró hondo. -Créame, se lo digo como alguien que ha pasado años estudiando y 29 enseñando historia de una manera equivocada. Yo me concentraba exclusivamente en los logros tecnológicos de la civilización y los grandes hombres que los realizaban.

-¿Qué tiene de malo ese enfoque?

-Nada, en cuanto tal. Pero lo importante es la visión del mundo de cada período histórico, qué pensaba y sentía la gente. Me llevó mucho tiempo entenderlo. La historia brinda, supuestamente, un conocimiento del contexto más amplio en el cual se ubica nuestra vida. No es simplemente la evolución de la tecnología; es la evolución del pensamiento. Al entender la realidad de la gente que vivió antes que nosotros, constatamos por qué vemos el mundo como lo vemos y cuál es nuestra contribución a un mayor progreso. Podemos definir dónde entramos, por así decirlo, en el desarrollo más amplio de la Civilización, y eso nos da una sensación de adónde vamos.

Hizo una pausa y luego agregó:

-El efecto de la Segunda Revelación consiste en proporcionar justamente este tipo de perspectiva histórica, por lo menos desde el punto de vista del pensamiento occidental. Ubica las predicciones del Manuscrito en un contexto más amplio que las hace parecer no sólo más

plausibles, sino inevitables.

Le pregunté a Dobson cuántas revelaciones había visto, y me respondió que solamente las dos primeras. Las había hallado luego de que un rumor sobre el Manuscrito lo impulsara a hacer un breve viaje a Perú tres semanas antes.

-En cuanto llegué a Perú -continuó-, conocí a una pareja que me confirmó la existencia del Manuscrito, aunque ambos parecían tener un miedo mortal de hablar sobre él. Decían que el gobierno se había vuelto un poco loco y que estaba lanzando amenazas físicas contra quienes poseyeran copias o difundieran información.

Su cara se ensombreció.

-Me puse nervioso, pero más tarde un mozo del hote] me habló de un sacerdote al que conocía, que se refería a menudo al Manuscrito. El mozo dijo que el sacerdote trataba de combatir los esfuerzos del gobierno por eliminar el documento. No pude resistir la tentación de ir a una vivienda privada donde este sacerdote pasaba la mayor parte del tiempo.

Debo de haber mostrado sorpresa, porque Dobson me preguntó:

-¿Qué pasa?

-Mi amiga -respondí-, la que me habló del Manuscrito, sabía lo que me contó por medio de un sacerdote. No le dio su nombre, pero le habló sobre la Primera Revelación. Tenía previsto volver a encontrarse con él pero nunca se presentó.

-Tal vez haya sido el mismo hombre -dedujo Dobson-. Porque yo tampoco volví a encontrarlo. La casa estaba cerrada y parecía desierta.

-¿Usted nunca lo vio?

-No, pero decidí investigar. Atrás había un viejo depósito que se hallaba abierto y, decidí explorar adentro. Detrás de un montón de basura, debajo de un tablón flojo de la pared, encontré traducciones de la Primera y la Segunda Revelaciones.

Me miró con aire cómplice.

-¿Simplemente los encontró? -pregunté.

-Sí.

-¿Trajo las revelaciones en este viaje?

Meneó la cabeza.

-No. Decidí estudiarlas en profundidad y luego pasárselas a algunos de mis colegas.

-¿Podría hacerme un resumen de la Segunda Revelación?

-le pedí.

Tras una larga pausa, Dobson sonrió y asintió:

-Supongo que ésa es la razón por la que estamos aquí. La Segunda Revelación -explicó- coloca nuestra conciencia actual en una perspectiva histórica más amplia. Después de todo, cuando termine la década de los 90, concluirá no sólo el siglo xx sino también un período de mil años de historia. Completaremos todo el segundo milenio. Hasta que en Occidente comprendamos dónde nos hallamos, y qué va a ocurrir después, debemos entender lo que de veras sucedió durante ese lapso de mil años.

-¿Qué dice el Manuscrito? -pregunté.

-Dice que al término del segundo milenio, o sea ahora, estaremos en condiciones de ver ese período entero de la historia como un todo, e identificaremos la preocupación particular que se desarrolló durante la última mitad de este milenio, lo que ha dado en llamarse la Era Moderna. Nuestra conciencia actual de las coincidencias representa una suerte de despertar de esa preocupación.

-¿Cuál es esa preocupación? -inquirí.

Me dirigió una media sonrisa maliciosa.

-¿Está dispuesto a revivir el milenio?

-Por supuesto. Cuénteme.

-No basta con que yo le cuente. Recuerde lo que le dije antes: para comprender la

historia, debe captar cómo se desarrolló su visión cotidiana del mundo, cómo fue creada por la realidad de los que vivieron antes que usted. Llevó mil años desarrollar la forma moderna de ver las cosas, y para entender realmente dónde está usted en este momento, debe remontarse hasta el año 1000 y después avanzar a lo largo de todo el milenio de un modo vivencial, como si en realidad viviera a lo largo de todo ese período en una sola vida.

-¿Y cómo hago?

-Yo lo guiaré.

Vacilé un instante; miró por la ventanilla las formaciones de tierra que se divisaban a lo lejos. El tiempo ya parecía distinto.

-Trataré -prometí al fin.

-De acuerdo -me respondió-. Imagínese que está vivo en el año mil, en la época que denominamos la Edad Media. Lo primero que debe entender es que la realidad de ese tiempo es definida por los poderosos miembros de la iglesia cristiana. Dada su posición, estos hombres ejercen una gran influencia en la mente de la plebe. Y el mundo que estos hombres describen como real es, sobre todo, espiritual. Crean una realidad que ubica su idea del plan de Dios para la humanidad en el centro mismo de la vida. Visualice esto –continuó. Usted pertenece a la clase de su padre, esencialmente campesino o aristócrata, y sabe que siempre estará confinado a esa clase. Pero independientemente de la clase en que se halle, o el trabajo particular que haga, pronto se da cuenta de que la posición social es secundaria respecto de la realidad espiritual de la vida tal como la definen esos miembros de la iglesia. Y entonces usted descubre que la vida es como pasar una prueba espiritual. Los miembros de la iglesia explican que Dios puso a la humanidad en el centro de su universo, rodeada de todo el cosmos, con un único propósito: ganar o perder la salvación. Y en este juicio, usted debe elegir correctamente entre dos fuerzas opuestas: la fuerza de Dios y las vagas tentaciones del diablo. Tenga presente, sin embargo, que usted no enfrenta esta prueba solo -continuó-. En realidad, como simple individuo no está calificado para determinar su status en este sentido. Eso es territorio de los miembros de la iglesia; ellos están para interpretar las Escrituras e indicarle a cada paso del camino si se encuentra en armonía con Dios o si está siendo engañado por Satanás. Si usted sigue sus instrucciones, tiene la garantía de una recompensa en el más allá. Pero si no logra mantener el rumbo que ellos prescriben, entonces, bueno... le llega la excomunión y cierta condenación.

Dobson me dirigió una mirada intensa.

-El Manuscrito dice que lo importante aquí es comprender que todos los aspectos del mundo medieval están definidos en términos ultramundanos. Todos los fenómenos de la vida, desde la tormenta eléctrica o el terremoto casuales hasta el éxito de las cosechas o la muerte de un ser querido, se definen como la voluntad de Dios o como malicia del diablo. No existe el concepto de fuerzas climáticas o geológicas u horticultura o enfermedad. Todo eso llegará después. Por el momento, usted cree por entero en los hombres de la iglesia; el mundo que da por sentado opera exclusivamente por medios espirituales.

Dejó de hablar y me miró.

-¿Ya está allí?

-Sí, puedo ver esa realidad.

-Bueno, piense ahora que esa realidad comienza a quebrarse.

-¿A qué se refiere?

-La visión medieval del mundo, su visión del mundo, empieza a romperse en los siglos xiv y xv. Primero observa ciertas incongruencias por parte de los propios hombres de la iglesia: violan en secreto sus votos de castidad, por ejemplo, o aceptan indulgencias por hacer la vista gorda cuando los funcionarios gubernamentales violan las leyes de las Escrituras. Estas incongruencias lo alarman, porque esos hombres de la iglesia pretenden ser la única conexión entre usted y Dios. Recuerde que son los únicos intérpretes de las Escrituras, los

árbitros exclusivos de su salvación. De repente usted se halla en medio de una completa rebelión. Un grupo liderado por Martín Lutero clama por una separación total del cristianismo papal. Los miembros de la iglesia son corruptos, afirma ese grupo, que exige el fin del dominio de dichos jerarcas sobre la mente de los individuos. Se forman nuevas iglesias fundadas en la idea de que cada persona debe tener derecho a acceder a las Escrituras en forma personal y a interpretarlas como quiera, sin intermediarios. Y así usted asiste, incrédulo, al éxito de la rebelión. Los hombres de la iglesia empiezan a perder. Durante siglos ellos definieron la realidad, y ahora, ante sus ojos, pierden credibilidad. Como consecuencia, todo el mundo se ve cuestionado. Lo que se derrumba es el consenso claro en cuanto a la naturaleza del universo y el propósito de la humanidad en la Tierra, basado en la descripción del clero, con lo cual usted y todos los demás seres humanos de la cultura occidental quedan en una posición muy precaria. Después de todo, están acostumbrados a contar con una autoridad en la vida para definir la realidad, y sin esa dirección externa se sienten confundidos y perdidos. Si la descripción de la realidad que dan los hombres de la iglesia y la justificación de la existencia humana son erróneas, se pregunta usted, entonces, ¿cuáles son las correctas?

Hizo una pausa.

-¿Se da cuenta del impacto de este colapso en la gente de la época?

-Supongo que fue bastante desestabilizador -comenté.

-Por no decir algo peor -acotó-. Hubo una conmoción enorme. La vieja concepción del mundo se vio cuestionada en todas partes. De hecho, alrededor de 1600, los astrónomos habían probado fuera de toda duda que el sol y las estrellas no giraban alrededor de la Tierra, como sostenía la iglesia. Indiscutiblemente, la Tierra era sólo un pequeño planeta en la órbita de un sol menor de una galaxia que contenía miles de millones de estrellas semejantes.

Se inclinó hacia mi.

-Esto es importante. La humanidad perdió su lugar en el centro del universo de Dios. ¿Se da cuenta del efecto que tuvo? Ahora bien, cuando usted observa el clima, o cómo crecen las plantas, o cómo muere alguien de repente, lo que siente es un desconcierto cargado de angustia. Antes podía decir que el responsable era Dios, o el diablo. Pero al quebrarse la visión medieval del mundo, esa certeza también desaparece. Todas las cosas que daba por sentadas necesitan ahora una nueva definición, en especial la naturaleza de Dios y la relación de usted con Él. Con esa conciencia comienza la Edad Moderna -prosiguió-. Hay un mayor espíritu democrático y una desconfianza masiva respecto de la autoridad papal o real. Ya no se aceptan automáticamente las definiciones del universo basadas en la especulación o la fe bíblica. Pese a la pérdida de certeza, no queríamos correr el riesgo de que un nuevo grupo controlara nuestra realidad como lo habían hecho los hombres de la iglesia. Si hubiera estado allí, usted habría participado en la creación de un nuevo mandato para la ciencia.

-¿Un qué?

Se rió.

-Habría mirado ese vasto universo indefinido y habría pensado, como los pensadores de la época, que hacía falta un método formador de consenso, una forma de explorar sistemáticamente este mundo nuestro. Ya esta nueva forma de descubrir la realidad lo habría llamado "método científico", que no es ni más ni menos que poner a prueba una idea sobre la manera en que funciona el universo, llegar posteriormente a alguna conclusión y luego proponer esa conclusión a los demás para ver si están de acuerdo. Luego continuó-, habría preparado a los exploradores para que salieran a este nuevo universo, cada uno munido del método científico, y les habría impartido su misión histórica: explorar este lugar y descubrir cómo funciona y qué significa que estemos vivos aquí. Usted sabía que había perdido su certeza en cuanto a un universo gobernado por Dios y, por lo mismo, su certeza en cuanto a la naturaleza misma de Dios. Pero pensaba que poseía un método, un proceso formador de

consenso, a través del cual podía descubrir la naturaleza de todo lo que lo rodeaba, incluido Dios, e incluido el verdadero propósito de la existencia de la humanidad en el planeta. De modo que envió a estos exploradores a buscar la verdadera naturaleza de su situación y luego presentarse con una respuesta.

Hizo una pausa y me miró.

-El Manuscrito –prosiguió- dice que en ese momento empezamos la etapa de preocupación de la que estamos despertando ahora. Enviamos a esos exploradores para que nos trajeran una explicación completa de nuestra existencia, pero, dada la complejidad del universo, no pudieron regresar enseguida.

-¿Cuál era la preocupación?

-Ubíquese otra vez en la época. Cuando el método científico no pudo presentar una nueva imagen de Dios y del propósito de la humanidad en el planeta, la falta de certeza y de sentido afectó profundamente la cultura occidental. Nos hacía falta alguna otra cosa hasta hallar una respuesta a nuestras preguntas. Por último, llegamos a algo que parecía una solución lógica. Nos miramos unos a otros y dijimos: "Bueno, ya que hasta ahora nuestros exploradores no han vuelto con nuestra verdadera situación espiritual, ¿por qué, mientras esperamos, no nos instalamos en este nuevo mundo? Es indudable que estamos aprendiendo lo suficiente como para manipularlo en nuestro beneficio; así que, ¿por qué no trabajar entre tanto para elevar nuestro nivel de vida, nuestra sensación de seguridad en el mundo?"

Me miró y rió entre dientes.

-Y eso fue lo que hicimos. ¡Hace cuatro siglos! Nos quitamos de encima la sensación de estar perdidos, tomamos las cosas en nuestras manos y nos concentramos en conquistar la Tierra y usar sus recursos para mejorar nuestra situación, y recién ahora, cuando nos acercamos al fin del milenio, podemos ver qué pasó. Nuestro objetivo se convirtió poco a poco en una preocupación. Nos perdimos por completo a nosotros mismos al crear una seguridad secular, una seguridad económica, para reemplazar la seguridad espiritual que habíamos perdido. Lentamente dejamos de lado, y en definitiva suprimimos, el interrogante referido a por qué estamos vivos, qué sucede aquí realmente desde el punto de vista espiritual.

Me miró fijo y agregó:

-Trabajar para establecer un estilo de supervivencia más cómodo pasó a ser en sí mismo una razón para vivir, y gradual y metódicamente olvidamos nuestra pregunta original... Olvidamos que todavía no sabemos para qué sobrevivimos.

Por la ventanilla, muy lejos, veía una gran ciudad. Por nuestro itinerario de vuelo, sospechaba que era Orlando, en Florida. Me impactó el trazado geométrico de las calles y las avenidas, la configuración planeada y ordenada que los seres humanos habían armado. Aparté la vista y miré a Dobson. Tenía los ojos cerrados y parecía dormido. Durante una hora me había hablado más de la Segunda Revelación; después nos habían traído la comida y yo le hablé de Charlene y de mi decisión de viajar a Perú. Luego, sólo deseé mirar las formas de las nubes por la ventanilla y analizar lo que él me había dicho.

-¿Qué piensa, entonces, de todo esto? -me preguntó de repente, mirándome con ojos soñolientos-. ¿Captó la Segunda Revelación?

-No estoy seguro.

Movió la cabeza y miró a los demás pasajeros.

-¿Siente que tiene una visión más clara del mundo humano? ¿Ve lo preocupados que hemos estado? Esta perspectiva explica muchísimas cosas. ¿Cuántas personas conoce que viven obsesionadas con su trabajo, que sufren dolencias cardiacas o enfermedades relacionadas con el estrés, y no pueden bajar el ritmo? No logran parar porque usan la rutina

para distraerse, para reducir la vida únicamente a sus consideraciones prácticas. Y lo hacen para evitar recordar qué inseguros se sienten respecto de por qué viven. La Segunda Revelación extiende nuestra conciencia del tiempo histórico -agregó-. Nos muestra cómo observar la cultura no ya desde la perspectiva de la duración de nuestra vida sino de todo un milenio. Nos revela nuestra preocupación y nos eleva por encima de ella. Usted acaba de experimentar esa historia más larga. Ahora vive en un ahora más duradero. Al observar el mundo humano ahora, debería ser capaz de ver con claridad esta obsesividad, la fuerte preocupación por el progreso económico.

-¿Qué tiene de malo eso? -protesté-. Es lo que hizo grande a la civilización occidental.

Lanzó una fuerte carcajada.

-Por supuesto, tiene razón. Nadie dice que está mal. De hecho, el Manuscrito afirma que la preocupación era un hecho necesario, una etapa en la evolución humana. Sin embargo, ya hemos pasado el tiempo suficiente estableciéndonos en el mundo. Es hora de despertar de la preocupación y reconsiderar nuestra pregunta original. ¿Qué hay detrás de la vida en el planeta? ¿Por qué estamos aquí?

Lo miré un momento y pregunté:

-¿Cree que las otras revelaciones explican ese propósito?

Dobson enderezó la cabeza.

-Creo que vale la pena echarles un vistazo. Espero que nadie destruya el resto del Manuscrito antes de poder averiguarlo.

-¿Cómo puede ocurrírsele al gobierno peruano que podría destruir un documento importante y salir impune? -pregunté.

-Lo harían en forma encubierta -respondió-. La postura oficial es que el Manuscrito directamente no existe.

-Supongo que la comunidad científica se alzaría en armas.

Me miró con una expresión de resolución.

-Así es. Por eso regreso a Perú. Represento a diez científicos prominentes, todos los cuales exigen que se haga público el Manuscrito original. Envié una carta a los responsables pertinentes dentro del gobierno peruano, en la que les adelanté que venía y que esperaba cooperación.

-Ya veo. Me pregunto cómo van a responder.

-Probablemente con negativas. Pero por lo menos será un comienzo oficial.

Se dio vuelta, ensimismado en sus pensamientos, y volví a mirar por la ventanilla. Mientras lo hacía, empecé a darme cuenta de que el avión en que viajábamos contenía en su tecnología cuatro siglos de progreso. Habíamos aprendido mucho en cuanto a manipular los recursos que encontramos en la Tierra. ¿Cuántas personas -pensé-, cuántas generaciones hicieron falta para crear los productos y la comprensión que permitieron la existencia de este avión? ¿Y cuántas pasaron toda la vida concentradas en este pequeño aspecto, un pasito, sin apartar siquiera la mente de esa preocupación?

De pronto, en ese instante, el espectro de la historia del cual habíamos estado hablando Dobson y yo pareció integrarse por completo en mi conciencia. Veía claramente el milenio, como si fuera parte de mi propia historia de vida. Hace mil años habíamos vivido en un mundo en el que Dios y la espiritualidad humana estaban claramente definidos. Y luego lo perdimos, o mejor expresado, decidimos que había algo más. Como consecuencia de ello, enviamos exploradores para que descubrieran la auténtica verdad y nos la transmitieran, y al ver que tardaban demasiado empezamos a preocuparnos por un nuevo propósito secular, el de establecernos en el mundo, ponernos más cómodos.

Y nos establecimos. Descubrimos que los minerales metálicos podían mezclarse y moldearse en todo tipo de aparatos. Inventamos fuentes de energía, primero el vapor y después el gas, la electricidad y la fisión. Sistematizamos la agricultura y la producción en

masa y ahora dirigíamos inmensas tiendas de bienes materiales y vastas redes de distribución.

Todo fue propulsado por la llamada del progreso, el deseo del individuo de proveer a su seguridad, a su propósito, mientras esperaba la verdad. Decidimos crear una vida más cómoda y placentera para nosotros y nuestros hijos, y en apenas cuatrocientos años nuestra preocupación creó un mundo humano donde ahora pueden producirse todas la comodidades de la vida. El problema fue que nuestro impulso obsesivamente concentrado en conquistar la naturaleza y vivir más cómodos contaminó los sistemas naturales del planeta y los dejó al borde del colapso. No podíamos seguir así.

Dobson tenía razón. La Segunda Revelación realmente hacía parecer inevitable nuestra nueva conciencia. Estábamos llegando a un clímax en nuestro propósito cultural. Estábamos cumpliendo lo que habíamos decidido hacer de manera colectiva, y mientras esto ocurría nuestra preocupación se desvanecía y despertábamos a otra cosa. Casi podía ver cómo disminuía el ímpetu de la Edad Moderna a medida que nos acercábamos al fin del milenio. Había terminado una obsesión de cuatrocientos años. Habíamos creado los medios de seguridad material, y ahora parecíamos estar listos -serenos, en realidad- para averiguar por qué lo habíamos hecho.

En las caras de los pasajeros que me rodeaban veía indicios de la preocupación, pero también creí detectar breves chispazos de conciencia. ¿Cuántos habían detectado ya las coincidencias?, me pregunté.

El avión se inclinó hacia adelante y empezó su descenso en tanto que una auxiliar anunciaba que pronto aterrizaríamos en Lima.

Le di a Dobson el nombre de mi hotel y le pregunté dónde se alojaría. Me lo dijo y agregó que quedaba a apenas unos tres kilómetros del mío.

-¿Qué planes tiene? -le pregunté.

-Estuve pensando al respecto -respondió-. Lo primero, supongo, será ir a la embajada estadounidense para explicar por qué estoy aquí, sólo a título informativo.

-Buena idea.

-Después iré a hablar con el mayor número posible de científicos peruanos. Los científicos de la Universidad de Lima ya me dijeron que no tenían ningún conocimiento del Manuscrito, pero hay otros estudiosos que están trabajando en diversas ruinas que tal vez estén dispuestos a hablar. ¿Y usted? ¿Qué planes tiene?

-Ninguno -respondí-. ¿Tendría inconveniente en que lo acompañara?

-En absoluto. Justamente se lo iba a proponer.

Una vez que aterrizamos, recogimos nuestro equipaje y acordamos reunirnos más tarde en el hotel de Dobson. Salí y llamé un taxi cuando ya anochecía. El aire estaba seco y el viento era muy intenso.

Cuando mi taxi arrancó, noté que, detrás de nosotros, otro taxi se ponía en marcha y se internaba con nosotros en el tránsito. Nos siguió durante bastante tiempo y pude distinguir una figura alargada en la parte trasera. Una ola de nerviosismo invadió mi estómago. Le pedí al taxista -que hablaba inglés- que no fuera directamente al hotel, sino que diera algunas vueltas. Pretexté que quería ver la ciudad. Asintió sin hacer comentario alguno. El taxi nos siguió. ¿Qué significaba?

Cuando llegamos a mi hotel, le dije al conductor que permaneciera en el auto, abrí mi puerta y simulé pagar el viaje. El taxi de atrás se adelantó hasta la esquina y el hombre bajó y caminó lentamente hacia la entrada del hotel.

Volví a subir al vehículo, cerré la puerta y ordené al taxista que arrancara. Al hacerlo, el hombre salió de nuevo a la calle y nos miró hasta perdernos de vista. Yo veía la cara de mi conductor en el espejo retrovisor. Me miraba atentamente, con expresión tensa.

-Lamento lo ocurrido -dije-. Decidí cambiar de alojamiento.

Me esforcé en sonreír y luego le di el nombre del hotel de Dobson, pese a que una parte mía quería ir directamente al aeropuerto y tomar el primer avión de regreso a los Estados Unidos.

Media cuadra antes de llegar a nuestro destino, le pedí al taxista que parara.

-Espere aquí -le ordené-. Ya vuelvo.

Las calles se hallaban repletas de gente, en su mayoría peruanos nativos. Cada tanto pasaban, no obstante, algunos norteamericanos y europeos. El hecho de ver a los turistas me hizo sentir más seguro. Cuando estaba a menos de cincuenta metros del hotel, me detuve. Algo pasaba. De pronto, mientras trataba de ver, sonaron disparos y empezaron a oírse gritos. Los que se encontraban frente a mí se arrojaron al piso permitiéndome ver qué ocurría en la vereda. Dobson corría hacia mí, con los ojos desorbitados, presa de pánico. Unas figuras lo perseguían. Una disparó al aire y ordenó a Dobson que se detuviera.

Al acercarse en su carrera, Dobson me divisó y me reconoció.

-¡Corra! -me gritó-. ¡Por favor, corra!

Me volví y corrí por un callejón, aterrado. Más adelante había una empalizada de un metro ochenta de alto que me bloqueaba el camino. Cuando llegué, trepé hasta donde pude y logré aferrarme al borde de las tablas con las manos y pasar la pierna derecha al otro lado. Mientras levantaba la izquierda y antes de caer del otro lado miré hacia el callejón. Dobson corría desesperadamente. Se oyeron más disparos. Se tambaleó y cayó.

Seguí corriendo a ciegas, saltando montones de basura y pilas de cajas de cartón. Por un momento creí oír pasos a mis espaldas, pero no me animaba a mirar hacia atrás. Adelante, el callejón terminaba en una calle que también estaba repleta de gente, aparentemente tranquila. Al llegar a la calle, me atreví a mirar para atrás; el corazón me latía con violencia. No había nadie. Caminé a toda prisa por la vereda hacia la derecha tratando de perderme en la multitud. ¿Por qué corría Dobson?, me preguntaba. ¿Lo habían matado?

-Espere un momento -dijo alguien en un murmullo fuerte por sobre mi hombro izquierdo. Eché a correr pero me alcanzó y me tomó del brazo. -Por favor, espere un momento -volvió a decir-. Vi lo que pasó. Mi intención es ayudarlo.

-¿Quién es usted? -le pregunté, temblando.

-Soy Wilson James -respondió-. Luego le explicare. Ahora tenemos que salir de estas calles.

Algo en su voz y su actitud calmó mi pánico, de modo que decidí seguirlo. Remontamos la calle y entramos en un negocio de artículos de cuero. Le hizo una seña a un hombre que estaba detrás del mostrador y me condujo a un cuarto separado, al fondo, con olor a humedad. Cerró la puerta y corrió las cortinas.

Era un hombre de unos sesenta años, aunque se lo veía mucho más joven: un destello especial en los ojos, o algo semejante. Tenía la piel oscura y el pelo negro. Parecía de ascendencia peruana, pero el inglés que hablaba sonaba casi estadounidense. Llevaba una remera azul chillón y vaqueros.

-Aquí estará salvo por un rato -dijo-. ¿Por qué lo persiguen?

No respondí.

-Está aquí por el Manuscrito, ¿no? -preguntó.

-¿Cómo lo supo?

-Supongo que el hombre que estaba con usted vino aquí por esa razón, ¿no?

-Sí. Se llamaba Dobson. ¿Cómo supo que éramos dos?

-Tengo un cuarto sobre el callejón; estaba mirando por la ventana cuando los perseguían.

-¿Mataron a Dobson? -pregunté, aterrado por lo que podía oír como respuesta.

-No sé -repuso-. No sabría decirlo. Pero cuando vi que usted había escapado, bajé corriendo por la escalera trasera para sacarle ventaja. Pensé que tal vez podía ayudarlo.

-¿Por qué?

Por un momento me miró como si no supiera qué contestarme. Luego su expresión se volvió más cálida.

-No lo entenderá, pero me hallaba de pie junto a la ventana y me vinieron a la mente recuerdos de un viejo amigo. Está muerto. Murió porque creía que la gente tenía que conocer la existencia del Manuscrito. Cuando vi lo que ocurría en el callejón, sentí que debía ayudarlo.

Tenía razón. No entendí. Sin embargo, experimenté la sensación de que era absolutamente sincero conmigo. Estaba por hacerle otra pregunta, cuando volvió a hablar.

-Después conversaremos de esto -dijo-. Ahora lo mejor es ir a un lugar más seguro.

-Espere un momento, Wilson. Lo único que quiero es volver a los Estados Unidos. ¿Cómo puedo hacerlo?

-Llámame Wil -respondió-. Creo que no deberías intentarlo por el aeropuerto; todavía no. Si todavía te buscan, lo registrarán. Tengo unos amigos que viven en las afueras de la ciudad. Te esconderán. Tienes varias formas de salir del país. Una vez que estés listo, ellos te dirán adónde ir.

Abrió la puerta del cuarto y miró dentro del negocio; después salió y se fijó qué pasaba en la calle. Cuando regresó, me hizo señas de que lo siguiera. Caminamos por la calle en dirección a un jeep azul que Wil señaló. Al subirnos, noté que en el asiento trasero había alimentos envasados, carpas y mochilas, como para un largo viaje.

Anduvimos en silencio. Me recliné en el asiento del acompañante y traté de pensar. Tenía un nudo de miedo en el estómago. Nunca me había imaginado algo así. ¿Y si me arrestaban y me encerraban en una cárcel peruana, o directamente me mataban? Debía evaluar la situación. No tenía ropa, pero sí dinero y una tarjeta de crédito, y, por alguna razón, confiaba en Wil.

-¿Qué hicieron tú y Dobson para que los persiguieran? -me preguntó de repente Wil.

-Que yo sepa, nada -respondí-. Conocí a Dobson en el avión. Es historiador y venía a investigar el Manuscrito en forma oficial. Representa a un grupo de científicos.

Wil se mostró sorprendido.

-¿El gobierno sabia que venía?

-Si, había escrito a algunos funcionarios gubernamentales diciéndoles que esperaba cooperación. No puedo creer que hayan tratado de arrestarlo; ni siquiera traía las copias consigo.

-¿Tiene copias del Manuscrito?

-Sólo las dos primeras revelaciones.

-No tenía idea de que hubiera copias en los Estados Unidos. ¿Dónde las consiguió?

-En un viaje anterior le dijeron que había un sacerdote que conocía el Manuscrito. No pudo encontrarlo pero halló las copias escondidas detrás de su casa.

Wil se entristeció.

-José.

-¿Quién? -pregunté.

-Era el amigo del que te hablé, el que mataron. Estaba empeñado en que el Manuscrito fuera conocido por la mayor cantidad posible de gente.

-¿Qué le pasó?

-Lo asesinaron. No sabemos quién. Hallaron el cuerpo en el monte a kilómetros de su casa. Yo sostengo que fueron sus enemigos.

-¿El gobierno?

-Cierta gente del gobierno o la Iglesia.

-¿Su Iglesia podría llegar tan lejos?

-Quizá. La Iglesia está secretamente en contra del Manuscrito. Hay unos pocos

sacerdotes que entienden el documento y lo defienden bajo cuerda, pero deben ser muy cuidadosos. José habló abiertamente del tema a todo el que quisiera oírlo. Le advertí durante meses, antes de su muerte, que fuera más sutil, que dejara de dar copias al primero que aparecía. Me dijo que hacía lo que debía hacer.

-¿Cuándo fue descubierto el Manuscrito? -pregunté.

-Fue traducido por primera vez hace tres años. Pero nadie sabe cuándo lo descubrieron. Creemos que el original circuló entre los indios durante años, hasta que fue hallado por José. Sólo él pudo hacerlo traducir. Desde luego, una vez que la Iglesia averiguó qué decía el Manuscrito, trataron de eliminarlo del todo. Ahora, lo único que tenemos son copias. Creemos que destruyeron el original.

Wil había conducido hacia el este de la ciudad y ahora íbamos por una ruta angosta de doble carril en una zona muy irrigada. Pasamos varias viviendas pequeñas de chapa y luego una amplia propiedad con un cerco costoso.

-¿Te habló Dobson de las dos primeras revelaciones? -me preguntó Wil.

-Me habló de la Segunda Revelación -respondí-. Una amiga me mencionó la primera. Habló con un sacerdote en otro momento; con José, supongo.

-¿Entiendes esas dos revelaciones?

-Creo que si.

-¿Entiendes que los encuentros casuales a menudo tienen un significado más profundo?

-Parecería que todo este viaje ha sido una sucesión de coincidencias -repuse.

-Eso empieza a ocurrir una vez que comenzamos a estar atentos y conectados con la energía.

-¿Conectados?

Wil sonrío.

-Es algo que se menciona más adelante en el Manuscrito.

-Me gustaría saber más al respecto.

-Ya hablaremos de eso más tarde -dijo, y me indicó con un gesto que iba a doblar para tomar un camino de tierra. Unos treinta metros más adelante había una modesta granja de madera. Wil avanzó hasta un árbol grande que había a la derecha de la casa y estacionó.

-Mi amigo trabaja para el propietario de una gran hacienda y dueño de gran parte de la tierra en esta zona -explicó-, y le da esta casa. El hombre es muy poderoso y respalda en secreto el Manuscrito. Aquí estarás a salvo.

En la galería brillaba una luz; un hombre petizo y achaparrado, que parecía un peruano nativo, salió precipitadamente. Con una enorme sonrisa dijo, lleno de entusiasmo, algo en español. Cuando llegó al jeep, palmeó a Wil en la espalda a través de la ventanilla abierta y me miró complacido. Wil lo instó a hablar en inglés y luego nos presentó.

-Necesita ayuda -le aclaró al hombre-. Quiere regresar a los Estados Unidos pero debe tener mucho cuidado. Creo que lo dejaré en tus manos.

El hombre miraba a Wil con atención.

-Vas a buscar otra vez la Novena Revelación, ¿no es cierto? -preguntó.

-Sí-respondió Wil, y se bajó del jeep.

Abrí mi puerta y di la vuelta alrededor del vehículo. Wil y su amigo caminaban hacia la casa manteniendo una conversación que yo no alcanzaba a oír.

De pronto, el hombre dijo:

-Empezaré los preparativos -y se fue. Wil volvió adonde yo me hallaba.

-¿Qué quiso decir cuando te preguntó sobre la Novena Revelación? -pregunté.

-Una parte del Manuscrito nunca fue encontrada. Con el texto original había ocho revelaciones, pero en él se menciona una más, la Novena. Muchas personas la han buscado.

-¿Sabes dónde está?

-No, en realidad no.

-¿Y entonces cómo vas a encontrarla?

Wil sonrió.

-De la misma manera en que José encontró las ocho originales. De la misma manera en que tú encontraste las dos primeras y después te topaste conmigo. Si uno puede conectarse y generar suficiente energía, empiezan a ocurrir hechos coincidentes con regularidad.

-Dime cómo hacerlo -dije-. ¿Qué revelación es?

Wil me miró como si evaluara mi nivel de comprensión.

-El conectarse no es solamente una revelación; son todas. ¿Recuerdas que, en la Segunda Revelación, se describe que se enviarían exploradores al mundo para que, utilizando el método científico, descubrieran el significado de la vida humana en este planeta, pero que no regresarían enseguida?

-Sí.

-Bueno, las revelaciones restantes representan las respuestas que llegan al fin. Sin embargo, no provienen solamente de la ciencia institucional. Las respuestas a las que me refiero vienen de muchas áreas distintas de investigación. Los hallazgos de la física, la psicología, el misticismo y la religión llegan juntos a una nueva síntesis basada en una percepción de las coincidencias. Estamos aprendiendo los detalles de lo que significan las coincidencias, cómo funcionan y, al hacerlo, construimos una visión de la vida totalmente nueva, un revelación tras otra.

-Entonces quiero saber en qué consiste cada revelación -dije-. ¿Puedes explicármelas antes de irte?

-He visto que de esa manera no da resultado. Debes descubrir cada uno de una manera distinta.

-¿Cómo?

-Sencillamente, sucede. El que yo te lo dijera no serviría para nada. Podrías disponer de información sobre cada una, pero no tendrías las revelaciones. Debes descubrirlas a lo largo de tu propia vida.

Nos miramos en silencio. Wil sonrió. Hablar con él me hacia sentir increiblemente vivo.

-¿Por qué vas a buscar la Novena Revelación ahora? -le pregunté.

-Es el momento indicado. He sido guía aquí, conozco el terreno y entiendo las ocho revelaciones. Cuando estaba asomado a mi ventana en el callejón, pensando en José, ya había decidido ir al norte una vez más. La Novena Revelación está allí. Lo sé. Y el tiempo pasa. Además, me he visto encontrándola y logrando comprender lo que dice. Sé que es la más importante de las revelaciones. Pone a todas las demás en perspectiva y nos da el verdadero propósito de la vida.

De repente hizo una pausa y se puso serio.

-Habría salido treinta minutos antes, pero tenía esa sensación tenaz de que me había olvidado de algo. -Hizo otra pausa. -¡Y justo apareciste tú!

Nos miramos un momento.

-¿Crees que debería ir contigo? -pregunté.

-¿Qué te parece a ti?

-No sé -dije, inseguro de mí mismo. Me sentía confundido. La historia de mi viaje peruano desfilaba en mi mente: Charlene, Dobson, ahora Wil. Había venido a Perú empujado por una ligera curiosidad y ahora me había convertido en un fugitivo involuntario que ni siquiera sabía quiénes eran sus perseguidores. Y lo más extraño de todo era que, en ese momento, en vez de estar aterrado y presa del pánico, me sentía en un estado de excitación. Debía echar mano de todos mis instintos y mi ingenio para encontrar el modo de volver a casa, pero lo que en realidad quería era ir con Wil, adonde sin duda habría más peligro.

Mientras consideraba mis opciones, me di cuenta de que no tenía alternativa. La Segunda Revelación había puesto fin a cualquier posibilidad de regresar a mis viejas preocupaciones.

Si quería mantener la conciencia, debía seguir adelante.

-Tengo pensado pasar la noche aquí -dijo Wil-. De modo que tienes hasta mañana a la mañana para decidir.

-Ya lo decidí -le dije-. Quiero ir.

UNA CUESTIÓN DE ENERGÍA

Nos levantamos a la madrugada y viajamos toda la mañana, siempre hacia el este, en silencio. Más temprano, Wil había dicho que cruzaríamos los Andes para llegar a lo que llamó la Selva Alta, una zona de sierras y mesetas cubiertas de monte, pero no agregó nada más.

Yo le había hecho varias preguntas sobre su historia y sobre nuestro destino, pero, con cortesía, me hizo callar, indicándome que quería concentrarse en el camino. Al final callé por completo y me dediqué a contemplar el paisaje. Las vistas desde los picos de las montañas eran impresionantes.

Alrededor de mediodía, cuando habíamos llegado a la última de las altas cumbres, paramos en un promontorio para almorzar unos sandwiches en el jeep y mirar el amplio valle estéril. Al otro lado había montañas más bajas, cubiertas de vegetación. Mientras comíamos, Wil dijo que pasaríamos la noche en la Posada Vicente, una vieja propiedad del siglo XIX que había pertenecido anteriormente a la Iglesia Católica española. Me explicó que, en la actualidad, Vicente era propiedad de un amigo suyo y funcionaba como lugar destinado a reuniones de negocios y congresos científicos.

Con esa breve explicación, partimos y viajamos en silencio. Una hora más tarde llegamos a Vicente, ingresamos en la propiedad a través de un inmenso portón de hierro y piedra, y avanzamos hacia el nordeste por un estrecho camino de ripio. Una vez más, hice algunas preguntas sobre Vicente y sobre la razón de nuestra presencia allí, pero, tal como había hecho antes, Wil no prestó atención a mis indagaciones, Sólo que esta vez me indicó sin rodeos que me concentrara en el paisaje.

De inmediato, la belleza de Vicente me conmovió. Nos rodeaban pasturas y huertos llenos de color, y el césped parecía excepcionalmente verde y sano. Se volvía más tupido incluso bajo los grandes robles que se alzaban más o menos cada tres metros en los campos. En esos inmensos árboles había algo que resultaba por demás atractivo, pero no lograba distinguir exactamente qué.

Al cabo de más o menos un kilómetro y medio, el camino doblaba hacia el este y subía por una ligera pendiente. En la cima de la loma estaba la posada, un gran edificio estilo español construido en madera de distintos colores y piedra gris. La estructura parecía albergar por lo menos cincuenta habitaciones, y una enorme galería cubierta ocupaba toda la pared sur. El patio que rodeaba la posada exhibía más robles gigantes y tenía canteros de plantas exóticas y senderos bordeados de flores y helechos deslumbrantes. En la galería y entre los árboles había grupos de personas hablando.

Cuando bajamos del vehículo, Wil se demoró un momento para admirar la vista. Detrás de la posada, hacia el este, la tierra bajaba gradualmente y después se achataba en valles y bosques. A lo lejos se divisaba otra cadena de colinas de tono púrpura azulado.

-Iré a ver si tienen habitaciones para nosotros -dijo Wil-. ¿Por qué no te quedas aquí

mirando un poco? Te encantará el lugar.

-¡No me digas! -exclamé.

Mientras se alejaba, se volvió y me miró.

-Asegúrate de ver los jardines de investigación. Te veré a la hora de la comida.

Era obvio que Wil me dejaba solo por alguna razón, pero no me importaba por qué. Me sentía de lo mejor y para nada aprensivo. Wil ya me había dicho que, como Vicente traía al país considerables divisas, el gobierno siempre había mantenido una política de no intervención en cuanto al lugar, pese a que muchas veces se desarrollaban debates sobre el Manuscrito.

Me atrajeron unos árboles grandes y un camino serpenteante que iba hacia el sur, de modo que fui hacia allí. Al llegar a los árboles, vi que el camino cruzaba una pequeña puerta de hierro y luego había una escalera de piedras que llevaba a un prado lleno de flores silvestres. A lo lejos se veía una especie de huerto y un arroyito y más monte. En el portón me detuve y respiré hondo varias veces, maravillado ante la belleza que se desplegaba más abajo.

-Es realmente fantástico, ¿no? -preguntó una voz desde atrás.

Me volví. Era una mujer de unos cuarenta años que cargaba una especie de mochila.

-Sí, de veras -confirmé-. Nunca había visto algo semejante.

Durante un momento los dos nos quedamos mirando las praderas y las plantas tropicales que caían en cascada por las terrazas de canteros a ambos lados.

-¿Por casualidad sabes dónde están los jardines de investigación?

Claro -respondió-. Justamente voy para allá. Te mostraré.

Después de presentarnos, bajamos los escalones y tomamos por un camino visiblemente muy transitado, hacia el sur. Su nombre era Sarah Lorner; tenía el pelo color ceniza y ojos azules, y podía decirse que su aspecto era de chiquilina excepto por su actitud seria. Caminamos varios minutos en silencio.

-¿Es la primera vez que vienes aquí? -preguntó.

- Sí -respondí-. No sé mucho sobre este lugar.

-Bueno, llevo un año yendo y viniendo, de modo que puedo ponerte un poco al tanto. Hace más o menos unos veinte años, este sitio se hizo muy popular como una especie de centro científico internacional. Distintas organizaciones científicas realizaban sus reuniones aquí, sobre todo de biólogos y físicos. Y hace algunos años...

Vaciló un instante y me miró.

-¿Oíste habar del Manuscrito que se descubrió aquí, en Perú?

-Sí -dije-. Oí hablar de las dos primeras revelaciones. -Quería contarle que estaba fascinado con el documento, pero me contuve pues no sabia si debía confiar del todo en ella.

-Eso pensé -comentó-. Parecía que estabas recogiendo la energía de este sitio.

Íbamos cruzando un puente de madera que atravesaba el arroyo.

-¿Qué energía? -inquirí.

Se detuvo y se apoyó en la baranda del puente.

-¿Sabes algo sobre la Tercera Revelación?

-Nada.

-Describe una nueva comprensión del mundo físico. Dice que nosotros, los seres humanos, aprenderemos a percibir lo que antes era un tipo de energía invisible. La posada se ha convertido en un lugar de reunión para los científicos interesados en estudiar y hablar de este fenómeno.

-¿O sea que los científicos consideran que esa energía es real? -pregunté.

En ese instante se daba vuelta para cruzar el puente.

-Sólo unos pocos -respondió-, y sufrimos ciertas presiones por ello.

-¿Eres científica, entonces?

-Enseño física en una pequeña universidad de Maine.

-¿Y por qué algunos científicos están en desacuerdo con ustedes?

Permaneció un instante en silencio, pensativa.

-Tienes que entender la historia de la ciencia -dijo, y me miró como preguntándome si quería ahondar en el tema. Hice un gesto afirmativo con la cabeza para que continuara.

-Piensa por un momento en la Segunda Revelación. Una vez que cayó la visión medieval del mundo, de pronto los occidentales tomamos conciencia de que vivíamos en un universo totalmente desconocido. En el intento por entender la naturaleza de este universo, nos dimos cuenta de que debíamos separar de alguna manera los hechos y la superstición. En este sentido, los científicos adoptamos una actitud particular conocida como escepticismo científico, el cual, en efecto, exige pruebas sólidas para cada nueva afirmación referida a la forma en que funciona el mundo. Antes de creer en algo, queríamos pruebas que pudieran verse y tocarse. Toda idea que no podía ser probada de alguna forma física era rechazada en forma sistemática. Sin lugar a dudas -continuó-, esa actitud nos sirvió para los fenómenos más obvios de la naturaleza, para los objetos como rocas, cuerpos y árboles, objetos que todos podemos percibir independientemente de lo escépticos que podamos ser. Enseguida le dimos un nombre a cada parte del mundo físico e intentamos descubrir por qué el universo funcionaba como lo hacía. Al final, llegamos a la conclusión de que todo lo que ocurre en la naturaleza responde a alguna ley natural, que cada hecho tiene una causa física directa y comprensible.

Me sonrió con complicidad.

-¿Sabes? En muchos sentidos, los científicos no se han diferenciado demasiado de otros individuos de nuestra época. Decidimos, junto con todos los demás, dominar este lugar en que nos encontrábamos. La idea era crear una comprensión del universo que diera la sensación de que el mundo era seguro y manejable, y la actitud escéptica nos mantuvo concentrados en problemas concretos que daban una apariencia más tranquila a nuestra existencia.

Habíamos avanzado por el sendero sinuoso desde el puente y, tras pasar una pequeña pradera, llegamos a un lugar más densamente cubierto de árboles.

-Con esa actitud -prosiguió-, la ciencia apartó sistemáticamente del mundo lo incierto y lo esotérico. Siguiendo el pensamiento de Isaac Newton, llegamos a la conclusión de que el universo siempre opera de una manera predecible, como una enorme maquinaria, porque durante mucho tiempo eso fue lo único que pudo probarse. Se decía que los hechos que ocurrían en forma simultánea con otros hechos, aunque sin una relación causal con ellos, eran meramente casuales. Entonces tuvieron lugar dos investigaciones que volvieron a abrirnos los ojos al misterio del universo. Mucho se ha escrito en las últimas décadas sobre la revolución en la física, pero los cambios en realidad derivan de dos conclusiones fundamentales, las de la mecánica cuántica y las de Albert Einstein. El trabajo de toda la vida de Einstein habría de mostrar que lo que percibimos como materia dura es en su mayor parte espacio vacío con una estructura de energía que lo atraviesa. Esto nos incluye a nosotros. Y lo que mostró la física cuántica es que, cuando miramos esas estructuras de energía en niveles cada vez más pequeños, pueden verse resultados asombrosos. Los experimentos han revelado que cuando rompemos pequeños aspectos de esa energía, lo que llamamos partículas elementales, y tratamos de observar cómo funcionan, el acto mismo de observación altera los resultados... como si esas partículas elementales se vieran afectadas por lo que el experimentador espera. Esto ocurre aun si las partículas aparecen en lugares a los que es absolutamente imposible que lleguen, dadas las leyes del universo tal como las conocemos: dos lugares al mismo tiempo, adelante y atrás en el tiempo, ese tipo de cosas.

Se detuvo y volvió a ponerse frente a mí.

-En otras palabras, la materia básica del universo, en su núcleo, va pareciéndose a una

especie de energía pura, maleable a la intención y la expectativa humanas hasta un punto que pone en duda nuestro viejo modelo mecanicista del universo... como si nuestra expectativa misma hiciera fluir nuestra energía en el mundo y afectara otros sistemas de energía. Lo cual, por supuesto, es exactamente lo que nos llevaría a creer la Tercera Revelación.

Sacudió la cabeza.

-Por desgracia, la mayoría de los científicos no toman en serio esta idea. Prefieren seguir siendo escépticos y esperar a ver si podemos probarlo.

-¡Eh, Sarah, estamos aquí! -gritó desde lejos una voz apagada. A la derecha, a unos cincuenta metros entre los árboles, se veía a alguien haciendo señas.

Sarah me miró.

-Tengo que ir a hablar unos minutos con esos muchachos. Llevo conmigo una traducción de la Tercera Revelación, si quieres buscar un lugar y leer algo mientras no estoy.

-Sí, por supuesto -acepté.

Sacó una carpeta del bolso, me la dio y se alejó.

Tomé la carpeta y miré en derredor buscando un lugar para sentarme. El suelo estaba cubierto de pequeños arbustos y se hallaba ligeramente húmedo, pero hacia el este el terreno se elevaba hasta algo que parecía otro montículo. Decidí caminar en esa dirección en busca de un lugar seco.

Ya en la cima de la elevación, me quedé estupefacto. Era otro lugar de increíble belleza. Los robles nudosos se alzaban a unos cinco metros de distancia unos de otros y sus anchas copas se unían en lo alto, creando una suerte de bóveda. En la base crecían plantas tropicales de un metro veinte o un metro cincuenta de alto, con hojas de hasta veinticinco centímetros de ancho. Entre ellas aparecían grandes helechos y exuberantes arbustos con flores blancas. Escogí un lugar seco y me senté. Percibía el olor húmedo de las hojas y la fragancia de los pimpollos.

Abrí la carpeta y busqué el comienzo de la traducción. Una breve introducción explicaba que la Tercera Revelación aporta una comprensión transformada del universo físico. Sus palabras eran un eco del resumen de Sarah. Predecía que en algún momento, hacia el final del segundo milenio, los seres humanos descubrirían una nueva energía que originaba todas las cosas -incluidos nosotros- y emanaba de ellas.

Analicé esa idea por un instante y después leí algo que me fascinó: el Manuscrito afirmaba que la percepción humana de esa energía empieza primero con una sensibilidad acentuada respecto de la belleza. Mientras reflexionaba sobre esto, atrajo mi atención alguien que pasaba por el camino que corría más abajo. Vi a Sarah en el preciso momento en que ella miraba hacia el montículo y me divisaba a mi.

-Este lugar es fantástico -observó cuando llegó adonde yo estaba-. ¿Ya leíste la parte que habla de la percepción de la belleza?

-Si. Pero no sé bien qué significa.

-Más adelante -me aclaró- el Manuscrito lo explica con más detalle, pero trataré de resumírtelo. La percepción de la belleza es una especie de barómetro que nos indica cuán cerca nos hallamos de percibir realmente la energía. Es algo evidente porque, una vez que observamos esa energía, nos damos cuenta de que está en el mismo *continuum* que la belleza.

-Da la impresión de que la ves -comenté.

Me miró sin la más mínima inhibición.

-Sí, pero lo primero que desarrollé fue una apreciación más profunda de la belleza.

-Pero, ¿cómo puede ser? ¿Acaso la belleza no es relativa?

Sacudió la cabeza.

-Tal vez las cosas que percibimos como bellas sean diferentes, pero las características reales que adjudicamos a los objetos bellos son similares. Piénsalo. Cuando algo te parece hermoso, exhibe una mayor presencia y precisión de forma e intensidad de color, ¿no es

cierto? Se destaca. Brilla. Parece casi iridiscente comparado con la opacidad de otros objetos menos atractivos.

Asentí.

-Mira este sitio -continuó-. Sé que estás deslumbrado con él, porque todos lo estamos. Este lugar se nos viene encima. Los colores y las formas parecen aumentados. Y bien, el siguiente nivel de percepción consiste en ver un campo de energía alrededor de todo.

Debo de haber puesto cara de asombro, porque se rió y luego dijo, seria:

-Tal vez deberíamos ir a los jardines. Quedan a menos de un kilómetro hacia el sur. Estoy segura de que te parecerán interesantes.

Le di las gracias por tomarse la molestia de explicarme el Manuscrito, siendo yo un absoluto desconocido, y por mostrarme Vicente. Se encogió de hombros.

-Das la impresión de simpatizar con lo que tratamos de hacer –explicó-. Y aquí todos sabemos que debemos ocuparnos de las relaciones públicas. Para que esta investigación continúe, debemos difundirla en los Estados Unidos y en todas partes. Las autoridades locales no nos quieren demasiado.

De repente oímos una voz que habló a nuestras espaldas.

-¡Disculpen, por favor!

Nos dimos vuelta y vimos a tres hombres que subían rápidamente por el camino en dirección a nosotros. Rondaban los cincuenta años e iban vestidos con elegancia.

-¿Alguno de ustedes podría decirme dónde están los jardines de investigación? -preguntó el más alto de los tres.

-¿Podrían decirme qué los trae por aquí? -preguntó a su vez Sarah.

-Mis colegas y yo tenemos permiso del dueño de esta propiedad para examinar los jardines y hablar con alguien sobre la presunta investigación que se lleva a cabo aquí. Somos de la Universidad de Perú.

-Al parecer, no están de acuerdo con nuestros hallazgos -comentó Sarah, sonriendo, en un esfuerzo evidente por suavizar la situación.

-Por supuesto que no -replicó otro de los hombres-. Creemos que es absurdo afirmar que ahora se puede ver cierta energía misteriosa cuando nunca antes fue observada.

-¿Ha tratado de verla? -inquirió Sarah.

El hombre la ignoró y volvió a preguntar:

-¿Puede dirigirnos a los jardines?

-Por supuesto-respondió Sarah-. Unos cien metros más adelante verán un camino que dobla hacia el este. Tómenlo y más o menos a unos cuatrocientos metros los verán.

-Gracias -dijo el hombre alto al tiempo que los tres emprendían la marcha a toda velocidad.

-Los mandaste para otro lado -observe.

-En realidad no -respondió Sarah-. De ese lado hay otros jardines. Y las personas que hay allí están más preparadas para hablar con esta clase de escépticos. De vez en cuando llega gente así, y no sólo científicos sino también buscadores de curiosidades, gente que no logra captar lo que hacemos... lo cual da la pauta del problema que existe en la comprensión científica.

-¿A qué te refieres? -pregunté.

-Como te dije antes, la vieja actitud escéptica resultaba muy útil cuando se trataba de explorar los fenómenos mas visibles y obvios del universo, como los árboles o el sol o las tormentas eléctricas. Pero hay otro grupo de fenómenos observables, más sutiles, que no se pueden estudiar, que ni siquiera puede afirmarse que existan, a menos que dejemos de lado o pongamos entre paréntesis nuestro escepticismo y tratemos a toda costa de percibirlos. Una vez que lo logramos, volvemos al estudio riguroso.

-Interesante -comenté.

Más adelante, terminaba el bosque y se veían docenas de parcelas cultivadas, en cada una de las cuales crecía un tipo distinto de planta. En su mayoría parecían comestibles: de todo, desde bananas hasta espinacas. En el borde este de cada lote había un ancho camino de ripio que corría hacia el norte y terminaba, al parecer, en una ruta pública. Junto al camino se alzaban tres construcciones de metal. Cerca de cada una había cuatro o cinco personas trabajando.

-Veo a algunos amigos míos -dijo Sarah, y señaló el edificio más cercano-. Vamos. Me gustaría que los conocieras.

Sarah me presentó a tres hombres y una mujer relacionados con la investigación. Los hombres hablaron brevemente conmigo y luego se disculparon para continuar su trabajo, pero la mujer, una bióloga llamada Marjorie, tenía más tiempo para conversar.

-¿Qué es lo que investigan aquí, exactamente? -quise saber, atrayendo la atención de Marjorie.

La tomé desprevenida, pero sonrió y respondió:

-Es difícil saber por dónde empezar. ¿Has oído hablar del Manuscrito?

-De las primeras secciones -comenté-. Acabo de empezar la Tercera Revelación.

-Bueno, por eso estamos todos aquí. Ven, te mostraré.

Me hizo señas de que la siguiera y rodeamos el edificio de metal hasta llegar a una parcela de habas. Noté que estaban excepcionalmente sanas, sin hojas secas ni daños visibles producidos por insectos. Las plantas crecían en un suelo rico en humus y casi esponjoso, y cada planta se hallaba bien separada de las otras; los tallos y las hojas estaban cerca pero nunca tocaban los de la planta vecina.

Señaló la planta más próxima.

-Hemos tratado de ver estas plantas como sistemas totales de energía y pensar en todo lo que necesitan para florecer:

suelo, nutrientes, humedad, luz. Lo que descubrimos es que el ecosistema total alrededor de cada planta es en realidad un sistema viviente, un organismo. Y la salud de cada una de las partes repercute en la salud del todo.

Vaciló y luego dijo:

-Lo esencial es que, una vez que empezamos a pensar en las relaciones de energía alrededor de la planta, comenzamos a ver resultados asombrosos. En nuestros estudios, las plantas no eran particularmente más grandes, pero, según los criterios nutrimentales, eran más potentes.

-¿Cómo lo medían?

-Contenían más proteínas, hidratos de carbono, vitaminas y minerales. - Me miró con cierta ansiedad. -¡Pero eso no era lo más asombroso! Descubrimos que las plantas que recibían atención humana más directa eran aún más potentes.

-¿Qué clase de atención? -pregunté.

-Bueno -explicó-, remover la tierra, revisarlas todos los días, esa clase de cosas. Iniciamos un experimento con un grupo de control: algunas recibían atención especial y otras no, y la conclusión se confirmó. Es más, ampliamos el concepto e hicimos que un investigador no sólo les dedicara más atención sino que les pidiera mentalmente que crecieran más fuertes. La persona se sentaba con ellas y concentraba toda su atención y preocupación en su crecimiento.

-¿Y crecieron más fuertes?

-En proporciones significativas, y también más rápido.

-Es increíble.

-Sí, realmente... -Su voz se apagó cuando vio que se nos acercaba un hombre mayor, de unos sesenta años.

-El señor que se acerca es micronutricionista -comentó con discreción-. Vino por primera

vez hace un año, y de inmediato tomó licencia en la universidad de Washington. Es el profesor Hains. Ha hecho varios estudios estupendos.

Cuando llegó, nos presentaron. Era un hombre robusto, de pelo negro con las sienes canosas. Aguijoneado por Marjorie, el profesor resumió su investigación. Me contó que su mayor interés era el funcionamiento de los órganos del cuerpo, evaluado mediante análisis de sangre de alta sensibilidad, y en especial en la medida en que ese funcionamiento se relacionaba con la calidad de la comida ingerida.

Me dijo que le interesaban mucho los resultados de un estudio en particular que mostraba que, aunque ciertas plantas muy nutritivas del tipo de las cultivadas en Vicente aumentaban en forma considerable la eficiencia del cuerpo, ese incremento estaba muy por encima de lo que razonablemente podía esperarse de los nutrientes en si, tal como entendemos que funcionan en la fisiología humana. Algo inherente a la estructura de esas plantas producía un efecto aún no explicado.

Miré a Marjorie y pregunté:

-Entonces, ¿el concentrar la atención en esas plantas les transmitió algo que, al ser comidas, aumenta la fuerza humana? ¿Ésa es la energía que se menciona en el Manuscrito?

Marjorie miró al profesor. Este me dirigió una sonrisa a medias.

-Todavía no lo sé -repuso.

Lo interrogué acerca de su futura investigación y me explicó que quería hacer un duplicado del jardín en el estado de Washington y emprender algunos estudios a largo plazo, para ver si las personas que comen esas plantan tienen más energía o son más sanas durante un período más prolongado. Mientras él hablaba, yo no podía evitar mirar cada tanto a Marjorie. De pronto me pareció increíblemente hermosa. Su cuerpo se veía largo y esbelto aun debajo de los pantalones anchos y la remera. Tenía los ojos castaño oscuro, y el pelo, del mismo color, le caía en rulos pequeños alrededor de la cara.

Sentí una fuerte atracción física. En el preciso instante en que tomé conciencia de esta atracción, se volvió, me miró a los ojos y se apartó de mí un paso.

-Tengo que ver a alguien -dijo-. Tal vez te vea luego.

-Se despidió de Hains, me sonrió con timidez y, después de pasar ante el edificio metálico, se alejó por el camino.

Al cabo de unos minutos de conversación con el profesor, lo saludé y volví adonde estaba Sarah. Seguía hablando animadamente con uno de los otros investigadores pero, cuando pasé, me siguió con la mirada.

Al acercarme, el hombre que estaba con ella sonrió y entró en el edificio.

-¿Averiguaste algo? -me preguntó Sarah.

-Sí -respondí distraído-. Parecería que esta gente está haciendo cosas interesantes.

Yo miraba hacia abajo cuando ella preguntó:

-¿Adónde fue Marjorie?

Al levantar los ojos, vi que me miraba con aire divertido.

-Dijo que debía ver a alguien.

-¿La hiciste enojar? -me preguntó, ahora sonriendo.

Reí.

-Supongo que sí. Pero no dije nada.

-No hacía falta -replicó-. Marjorie detectó un cambio en tu campo. Era evidente. Yo lo vi perfectamente.

-¿Un cambio en mi qué?

-En el campo energético alrededor de tu cuerpo. La mayoría de nosotros hemos aprendido a verlos, al menos con cierta luz. Cuando una persona tiene pensamientos sexuales, la energía de la persona se arremolina de alguna manera y se proyecta realmente hacia la persona que es objeto de la atracción.

Todo me parecía absolutamente irreal, pero antes de que pudiera comentarlo nos distrajo un grupo que salía del edificio de metal.

-Es la hora de las proyecciones de energía -dijo Sarah-. Te gustará ver esto.

Seguimos a cuatro muchachos, al parecer estudiantes, hasta una parcela de trigo. Cuando nos acercamos, me di cuenta de que la parcela estaba subdividida en dos parcelas más, cada una de un poco más de tres metros cuadrados. En una de ellas el trigo tenía unos sesenta centímetros de alto. En la otra, las plantas tenían menos de veinticinco centímetros. Los hombres caminaron alrededor de la parcela donde crecía el trigo más alto y se sentaron, uno en cada punta, mirando hacia adentro. Como siguiendo alguna señal, todos parecían concentrar los ojos en las plantas. El sol del atardecer brillaba a mis espaldas y bañaba la parcela con una luz ámbar claro, en tanto que el bosque se veía oscuro a lo lejos. La parcela de trigo y los estudiantes se dibujaban contra ese fondo casi negro.

Sarah se hallaba parada detrás de mí.

-Esto es perfecto -dijo-. ¡Mira! ¿Ves?

-¿Qué cosa?

-Están proyectando su energía sobre las plantas.

Miré atentamente la escena pero no logré detectar nada.

-No veo nada -dije.

-Entonces agáchate -me indicó Sarah- y concéntrate en el espacio entre las personas y las plantas.

Por un momento me pareció ver un rayo de luz, pero llegué a la conclusión de que era simplemente un reflejo o una mala jugada de mis ojos. Hice varios intentos más por ver algo y al final me di por vencido.

-No puedo -protesté, y me incorporé.

Sarah me palmeó el hombro.

-No te preocupes. La primera vez es la más difícil. Por lo general, hay que experimentar un poco para aprender a enfocar la vista.

Uno de los meditadores nos miró y se llevó el índice a los labios, de modo que caminamos hacia el edificio.

-¿Te quedarás mucho tiempo aquí en Vicente? -me preguntó Sarah.

-Es probable que no -respondí-. La persona con la que vine está buscando la última parte del Manuscrito.

Me miró sorprendida.

-Pensé que ya lo habían localizado todo. Aunque en realidad no sé. He estado tan concentrada en la parte que corresponde a mi trabajo, que no he leído demasiado del resto.

Instintivamente busqué el bolsillo de mi pantalón, pues no estaba seguro de seguir teniendo la traducción de Sarah. Estaba enrollada en el bolsillo trasero.

-¿Sabes? -dijo Sarah-. Hemos descubierto que hay dos momentos del día más propicios para ver los campos energéticos. Uno es el atardecer. El otro, el amanecer. Si quieres, podemos vernos mañana al alba y volver a probar.

Estiró la mano para tomar las hojas.

-Así puedo hacerte una copia de esta traducción para que te la lleves Continuó.

Analicé la sugerencia durante unos segundos y decidí que no habría ningún problema.

-¿Por qué no? -dije-. De todos modos, hablaré con mi amigo para asegurarme de tener suficiente tiempo. -Le sonreí.- ¿Qué te hace pensar que puedo aprender a ver eso?

-Digamos que es un presentimiento.

Acordamos encontrarnos en la colina a las seis de la mañana, y emprendí solo el regreso a la posada. El sol había desaparecido por completo pero su luz todavía bañaba las nubes grises que cubrían el horizonte con matices anaranjados. El aire estaba fresco pero no había viento.

En la posada encontré una cola formada frente al mostrador del bar del inmenso comedor. Como tenía hambre, fui hasta el extremo de la cola para ver qué comida servían. Wil y el profesor Hains se hallaban entre los primeros de la fila, conversando.

-Bueno -dijo Wil-, ¿qué tal pasaste la tarde?

-Estupendamente -respondí.

-Te presento a William Hains -agregó Wil.

-Sí -dije-, ya nos conocimos.

El profesor asintió.

Mencioné la cita que había concretado para la mañana siguiente. Wil dijo que no había problema, pues quería ver a un par de personas con las que todavía no había podido hablar y no pensaba salir antes de las nueve.

La fila avanzó y las personas que estaban más atrás me permitieron sumarme a mis amigos. Me ubiqué a] lado del profesor.

-¿Qué piensa, entonces, de lo que estamos haciendo aquí? -me preguntó Hains.

-No sé-repuse-. Trato de absorberlo de a poco. La idea de los campos de energía es nueva para mi.

-La prueba de su existencia es nueva para todos -contestó-, pero lo interesante es que esta energía es lo que siempre buscó la ciencia: algo que estuviera implícito en toda materia. A partir de Einstein, en particular, la física ha buscado una teoría unificada. No sé si ésta lo es o no, pero, en todo caso, este Manuscrito estimuló investigaciones interesantes.

-¿Qué necesitaría la ciencia para aceptar esta idea? -pregunté.

-Una forma de medirla –respondió-. La existencia de esa energía no es tan extraña, en realidad. Los maestros de karate hablan de una energía Chi subyacente, responsable de sus hazañas aparentemente imposibles de romper ladrillos con las manos y ser capaces de permanecer sentados en un lugar, inmóviles, mientras cuatro hombres tratan de empujarlos. Y todos hemos visto a atletas que hacen movimientos espectaculares, que se contorsionan, se tuercen y cuelgan en el aire desafiando la ley de gravedad. Todo esto es consecuencia de esa energía oculta a la que tenemos acceso. Obviamente -concluyó-, no será aceptado hasta que más gente lo vea por sí misma.

-¿Alguna vez la observó? -pregunté.

-He observado algo -repuso-. En realidad, depende de lo que hayamos comido.

-¿Cómo?

-Bueno, las personas de aquí que ven con facilidad esos campos energéticos comen sobre todo vegetales. Y en general, sólo estas plantas muy potentes que ellos mismos cultivaron.

Señaló la mesa de comidas.

-Éstas son algunas de ellas, aunque, gracias a Dios, también sirven algo de pescado y hacen trampa para algunos viejos como yo, adictos a la carne. Pero si me obligo a comer de otra manera, sí, puedo ver algo.

Le pregunté por qué no cambiaba su dieta durante lapsos más prolongados.

-No lo sé -dijo-. Los viejos hábitos son difíciles de dejar.

La cola avanzó y pedí sólo verduras. Los tres nos acercamos a una mesa grande donde había otra gente, y charlamos durante una hora. Luego, Wil y yo fuimos hasta el jeep a buscar nuestras cosas.

-¿Viste alguna vez esos campos de energía? -pregunté.

Sonrió y asintió.

-Mi cuarto está en el primer piso -contestó-. El tuyo, en el tercero. Habitación 306. Pide tu llave en la recepción.

El cuarto no tenía teléfono, pero un empleado de la posada que vi en el pasillo me

aseguró que alguien llamaría a mi puerta a las cinco en punto. Me acosté y me quedé pensando unos minutos. La tarde había sido larga y plena y comprendí el silencio de Wil. Quería que viviera la Tercera Revelación a mi manera.

Lo primero que sentí después de eso fue que alguien golpeaba a la puerta. Miré el reloj: las cinco. Cuando el empleado volvió a golpear, dije "gracias",en un tono lo bastante alto como para que lo oyera, y después me levanté y miré por la ventana. La única señal del día era un resplandor pálido hacia el este.

Salí al vestíbulo, fui hasta el baño y me duché; después me vestí y bajé. El comedor estaba abierto y había una cantidad sorprendente de personas. Comí sólo fruta y salí al exterior.

Hilos de niebla descendían por los campos y colgaban sobre las praderas lejanas. Los pájaros se llamaban de un árbol a otro. Al alejarme de la posada, el sol empezaba a despuntar en el horizonte hacia el este. El colorido era espectacular. El cielo, de un azul profundo sobre el horizonte color durazno brillante.

Llegué a la loma quince minutos antes, de modo que me senté apoyado contra el tronco de un inmenso árbol, fascinado por la trama de ramas nudosas que crecían sobre mi cabeza. A los pocos minutos, oí que alguien se acercaba por el camino y miré hacia ese lado, esperando ver a Sarah. Vi, en cambio, a alguien a quien no conocía, un hombre de unos cuarenta y cinco años. Se apartó del camino y caminó hacia mí sin verme. Cuando se hallaba a menos de tres metros, me vio y se asustó, lo cual me hizo sobresaltar a mí también.

-Ah, hola -dijo, con un fuerte acento de Brooklyn. Llevaba puestos unos vaqueros y botas de montar, y lucía un cuerpo muy atlético y trabajado. Tenía el pelo ondulado y se veía que empezaba a perderlo.

Hice un gesto de saludo con la cabeza.

-Perdón por llegar tan intempestivamente-se disculpó.

-No hay problema.

Me dijo que se llamaba Phil Stone, y yo le dije quién era y que estaba esperando a una amiga.

-Sin duda estás haciendo alguna investigación aquí -agregué.

-En realidad no -respondió-. Trabajo para la Universidad de California del Sur. Estamos haciendo estudios en otra provincia sobre la reducción de selvas tropicales, pero cada vez que puedo vengo aquí y me tomo un descanso. Me gusta vagar por donde las selvas son tan distintas.

Miró en derredor.

-¿Te das cuenta de que estos árboles tienen casi quinientos años? Ésta es realmente una selva virgen, algo muy raro. Todo está en perfecto equilibrio: los árboles más altos filtran la luz del sol, permitiendo que una gran variedad de plantas tropicales se desarrollen abajo. La vida de las plantas en una selva tropical también se remonta muy lejos, pero se desarrolla de otra manera. En esencia es jungla. Esto se parece más a una selva vieja de una zona templada, como en los Estados Unidos.

-Nunca vi algo como esto -comenté.

-Lo sé -me confirmó-. Quedan pocas. La mayoría de las que conozco fueron vendidas por el Estado a empresas madereras, como si todo lo que pudiera verse en una selva así fueran tablones de madera, Maldito sea el que se mete con un lugar así. Mira qué energía.

-¿Puedes ver la energía aquí? -pregunté.

Me miró fijo, como pensando si debía explayarse en el tema o no.

-Si, puedo -dijo al fin.

-Pues yo no he podido -repuse-. Ayer lo intenté mientras meditaban con las plantas en el jardín.

-Oh, al principio yo tampoco veía campos tan grandes -explicó-. Tuve que empezar

mirándome los dedos.

-¿A qué te refieres?

-Vayamos allá -propuso, señalando una zona en que los árboles se hallaban un poco separados y se veía algo de cielo abierto-. Te mostraré. -Cuando llegamos, me indicó:

-Recuéstate y une las puntas de tus dedos índices. Que te quede el cielo como fondo. Ahora, separa las puntas unos dos centímetros y mira ese espacio. ¿Qué ves?

-Polvo en la lente de mi ojo.

-No le hagas caso. Saca tus ojos un poquito de foco y acerca las puntas y después vuelve a separarlas.

Mientras él hablaba yo movía los dedos, no muy seguro de lo que quería decirme con eso de que sacara los ojos de foco. Al final, ubiqué mi mirada vagamente en la zona que quedaba entre mis dedos. Las dos puntas se volvieron levemente borrosas y, mientras ocurría esto, vi algo parecido a hilos de humo que se estiraban entre las puntas.

-¡Qué increíble! -exclamé, y le expliqué lo que veía.

-¡Eso es! ¡Eso es! -se entusiasmó-. Ahora juega un rato.

Entonces junté cuatro dedos, después las palmas y los antebrazos. En cada caso, seguía viendo rayas de energía entre las partes del cuerpo. Dejé caer los brazos y miré a Phil.

-¿Quieres ver la mía? -preguntó. Se puso de pie y se alejó un poco; colocó la cabeza y el torso de manera que el cielo quedara justo detrás de él. Por unos minutos lo intenté, pero un ruido a nuestras espaldas interrumpió mi concentración. Me di vuelta y vi a Sarah.

Phil se adelantó sonriendo.

-¿Es ésta la persona que estabas esperando?

Cuando Sarah se acercó, también sonreía.

-Eh, yo te conozco -dijo, señalando a Phil.

Se abrazaron con afecto, luego de lo cual Sarah me miró y dijo:

-Lamento llegar tarde. Por alguna razón, mi despertador mental no sonó. Pero ya creo saber por qué. Les di la oportunidad de hablar. ¿Qué han estado haciendo?

-Aprendió a ver los campos entre sus dedos -respondió Phil.

Sarah me miró.

-El año pasado, Phil y yo estuvimos aquí en este mismo lugar, aprendiendo lo mismo. -Miró a Phil. -Juntemos nuestras espaldas. Tal vez pueda ver la energía entre nosotros.

Se pusieron espalda contra espalda frente a mí. Les sugerí que se acercaran y caminaron hacia mí hasta quedar a aproximadamente un metro treinta. Sus siluetas se recortaban contra el cielo, que para ese lado seguía siendo azul oscuro. Para mi gran sorpresa, el espacio entre ellos parecía más iluminado. Era amarillo o rosa amarillento.

-La ve -dijo Phil, leyendo mi expresión.

Sarah se dio vuelta, tomó el brazo de Phil y lentamente se alejaron los dos a unos tres metros de mí. Alrededor de la parte superior de sus troncos había un campo de energía rosa blancuzco.

-Muy bien -dijo Sarah con seriedad. Se había acercado y se puso de cuclillas a mi lado. -Ahora mira este paisaje, la belleza.

Enseguida me quedé maravillado por las formas y los perfiles que me rodeaban. Me sentía capaz de concentrarme en cada uno de los inmensos robles en su totalidad, no simplemente en una parte, sino en la totalidad de su forma al mismo tiempo. Me impactó de inmediato la forma singular y la configuración distinta de las ramas que cada uno mostraba. Miré de uno a otro, dando toda la vuelta. Hacer esto, de alguna manera, aumentó la sensación de presencia que cada roble me transmitía, como si estuviera viéndolos por primera vez, o por lo menos apreciándolos plenamente por primera vez.

De pronto atrajo mi atención el follaje tropical bajo los grandes árboles; de nuevo miré la forma única que tenía cada planta. También percibí la forma en que cada tipo de planta crecía

junto con las otras de su propia especie en lo que me parecieron pequeñas comunidades. Por ejemplo, las plantas altas estilo bananos estaban rodeadas a menudo por pequeños filodendros que a su vez se mantenían suspendidos entre plantas aun más pequeñas, como helechos. Al mirar esos minimedioambientes, me impactó otra vez la singularidad de figura y presencia.

A menos de tres metros, atrajo mi atención una planta de follaje especial. Muchas veces la había tenido como planta casera, una variedad exuberante de filodendro. Su follaje verde oscuro extendía sus ramas hasta un diámetro de casi un metro veinte. La forma de la planta parecía perfectamente sana y vibrante.

-Sí, concéntrate en ésa, pero relajado -me indicó Sarah.

Al hacerlo, jugué con el foco de mis ojos. En un momento traté de enfocar el espacio de unos quince centímetros hacia un lado de cada parte física de la planta. Poco a poco, empecé a captar destellos de luz; luego, con un solo ajuste de mi foco, pude ver una burbuja de luz blanca rodeando la planta.

-Ahora veo algo -dije.

-Mira alrededor -sugirió Sarah.

Me eché hacia atrás, conmocionado. Alrededor de cada planta, en mi visión, había un campo de luz blancuzca, visible, aunque por entero transparente, de tal manera que ni el color ni la forma de las plantas tenían sombras. Me di cuenta de que lo que veía era una extensión de la belleza única de cada planta. Era como si las viera por primera vez. Después percibí su singularidad y su presencia y después algo se sumó a la belleza pura de su expresión física; en ese momento vi los campos de energía.

-Prueba a ver si ves esto -dijo Sarah. Se sentó frente a mí y de cara al filodendro. Una pluma de la luz blanquecina que rodeaba su cuerpo saltó hacia afuera y envolvió el filodendro.

A su vez, el diámetro del campo de energía de la planta se agrandó más de un metro.

-¡Diablos! -exclamé, lo cual provocó risas entre los dos amigos. Pronto me encontré riendo yo también, consciente de la peculiaridad de lo que ocurría, pero sin ningún tipo de incomodidad al ver, casi con facilidad, fenómenos de los cuales había dudado minutos antes. Me di cuenta de que la percepción de los campos, más que evocar una sensación surrealista, en realidad hacía que las cosas que me rodeaban parecieran más sólidas y reales que antes.

Sin embargo, al mismo tiempo, a mi alrededor todo parecía distinto. La única referencia que tenía para la experiencia era quizás una película que realzaba el color de un bosque para hacerlo parecer místico y encantado. Las plantas, las hojas, el cielo, todo sobresalía ahora con una presencia y un leve resplandor que indicaba vida, y tal vez conciencia, más allá de nuestra presunción. Después de ver eso, ya no habría manera de suponer cómo era una selva de antemano.

Miré a Phil.

-Siéntate y pon tu energía en el filodendro -dije-. Me gustaría comparar.

Phil se quedó perplejo.

-No puedo hacerlo –respondí-, no sé cómo.

Miré a Sarah.

-Algunos pueden y otros no -aclaró-. No logramos explicarlo. Marjorie tiene que evaluar a sus estudiantes graduados para ver quién puede hacerlo. Hay un par de psicólogos que tratan de conectar esa capacidad con las características de la personalidad, pero hasta ahora nadie sabe nada.

-Déjame probar -dije.

-Muy bien, adelante -me alentó Sarah.

Volví a sentarme mirando la planta. Sarah y Phil estaban parados en ángulo recto conmigo.

-Bueno, ¿cómo empiezo?

-Simplemente, concentra tu atención en la planta, como para llenarla de tu energía -dijo Sarah.

Miré la planta e imaginé que la energía se inflaba en su interior y al cabo de unos minutos los miré a ellos.

-Lo lamento -dijo Sarah con ironía-. No eres de los escogidos.

Miré a Phil y fruncí las cejas con gesto burlón.

Voces airadas que llegaban desde el camino interrumpieron nuestra conversación. Por entre los árboles, vimos a un grupo de hombres que pasaban hablándose con dureza.

-¿Quiénes son? -preguntó Phil mirando a Sarah.

-No lo sé -respondió ella-. Más gente descontenta con lo que hacemos, supongo.

Volví a mirar la selva. Todo parecía común otra vez.

-Eh, ¡ya no puedo ver los campos de energía!

-Algunas cosas te vuelven a la realidad, ¿no? -observó Sarah.

Phil sonrió y me palmeó el hombro.

-De aquí en adelante podrás hacerlo cuando quieras. Es como andar en bicicleta. Lo único que tienes que hacer es ver la belleza y después dar el máximo a partir de allí.

De pronto me acordé de mirar la hora. El sol estaba mucho más alto en el cielo y una ligera brisa de media mañana hamacaba los árboles. Mi reloj marcaba las siete y cincuenta.

-Es mejor que vuelva -dije.

Sarah y Phil me siguieron. Cuando íbamos caminando, me di vuelta para ver la cima boscosa.

-Ese lugar sí que es bellísimo -comenté-. Qué mala suerte que no haya más lugares así en los Estados Unidos.

-Una vez que veas los campos de energía en otras zonas -dijo Phil-, te darás cuenta de cuán dinámica es esta selva. Mira esos robles. Son muy raros en Perú, pero crecen perfectamente aquí en Vicente. Una selva talada, en especial si le quitaron los árboles de maderas duras para cultivar pinos y obtener beneficios, tiene un campo de energía muy escaso. Y una ciudad, salvo por la gente, tiene también una clase de energía distinta.

Traté de concentrarme en las plantas del camino, pero el acto de caminar interrumpía mi concentración.

-¿Seguro que volveré a ver estos campos? -pregunté.

-Por supuesto -respondió Sarah-. Nunca oí de nadie que no pudiera repetir la experiencia después de haberlos visto inicialmente. Una vez, un oftalmólogo investigador vino y se quedó fascinado cuando aprendió a ver los campos. Resultó que había estado trabajando con ciertas anormalidades de la vista, entre ellas algunas formas de ceguera al color, y llegó a la conclusión de que algunas personas tienen lo que él llamaba "receptores perezosos" en los ojos. A muchos les había enseñado a ver colores que nunca antes habían experimentado. Según él, ver los campos de energía era lo mismo: despertar a otros receptores dormidos, algo que, en teoría, todos podemos hacer.

-Me encantaría vivir en un lugar como éste -dije.

-A quién no -respondió Phil, y nos miró primero a mí y después a Sarah-. ¿El doctor Hains sigue aquí?

-Sí -dijo Sarah-. No puede irse.

Phil me miró.

-Ahí tienes a un tipo que está realizando estudios interesantes sobre lo que esta energía puede hacer por nosotros.

-Sí –repuse-. Ayer hablé con él.

-La última vez que estuve aquí -continuó Phil-, me habló del estudio que le gustaría realizar observando los efectos físicos de estar simplemente cerca de ciertos medios de alta energía, como esa selva. Para ver dichos efectos, utilizaría las mediciones de eficiencia y

rendimiento de los órganos.

-Bueno, yo ya conozco el efecto -dijo Sarah-. Cada vez que vengo a este lugar, empiezo a sentirme mejor. Todo se amplifica. Me parece estar más fuerte, pienso con más claridad y rapidez. Y la idea que tengo de todo esto y cómo se relaciona con mi trabajo en física es sorprendente.

-¿En qué estás trabajando? -pregunté.

-¿Recuerdas que te hablé de esos experimentos increíbles en el área de la física de las partículas, en los cuales estos pedacitos de átomos aparecían dondequiera que los científicos esperaban encontrarlos?

-Sí.

-Bueno, traté de ampliar un poco la idea con algunos experimentos míos. No resolver los problemas sobre los que trabajaban ellos en las partículas subatómicas, sino explorar cuestiones de las que te hablé antes: ¿hasta qué punto el universo en su conjunto, desde el momento que está formado por la misma energía básica, responde a nuestras expectativas? ¿Hasta qué punto nuestras expectativas crean todas las cosas que nos pasan?

-¿Las coincidencias, quieres decir?

-Sí, piensa en los hechos de tu vida. La vieja idea newtoniana es que todo ocurre por casualidad, que uno puede tomar las decisiones acertadas y estar preparado, pero que cada hecho tiene su propia línea de causalidad independiente de nuestra actitud.

"Después de los recientes descubrimientos de la física moderna, podemos preguntarnos con toda legitimidad si el universo es más dinámico que eso. Tal vez el universo dirige todo de una manera mecanicista como operación básica, pero al mismo tiempo responde sutilmente a la energía mental que proyectamos hacia él. Quiero decir, ¿por qué no? Si podemos hacer crecer las plantas más rápido, tal vez logremos que algunos hechos se produzcan más rápido, o con más lentitud, según la forma en que pensemos.

-¿El Manuscrito habla de eso?

Sarah me sonrió.

-Por supuesto; de ahí extrajimos estas ideas. -Empezó a hurgar en su bolso mientras caminábamos, hasta que sacó unas hojas. -Aquí tienes tu copia -dijo.

Les eché una breve ojeada y me las puse en el bolsillo. Íbamos cruzando el puente y por un instante me detuve a observar los colores y las formas de las plantas que me rodeaban. Cambié mi foco y de inmediato vi los campos de energía alrededor de todo lo que se desplegaba ante mi vista. Tanto Sarah como Phil tenían campos anchos que parecían teñidos de verde amarillento, aunque el de Sarah cada tanto resplandecía con un color rosado.

De pronto, ambos se detuvieron y se quedaron mirando hacia adelante. Un hombre que se hallaba a unos veinte metros se acercaba corriendo hacia nosotros. Una sensación de ansiedad me invadió el estómago, pero estaba decidido a mantener mi visión de la energía. Al acercarse, lo reconocí; era el más alto de los científicos de la Universidad de Perú que nos habían preguntado el camino el día anterior. A su alrededor, detecté una capa color rojo.

Cuando llegó hasta nosotros, le preguntó a Sarah con tono condescendiente:

-Usted es científica, ¿no?

-Sí -respondió Sarah.

-Entonces, ¿cómo puede soportar esta clase de ciencia? Vi esos jardines y no puedo creer semejante sensiblería. Ustedes no han controlado nada. Podría haber muchas explicaciones para el hecho de que ciertas plantas crezcan más.

-Controlarlo todo es imposible, señor. Lo que buscamos son tendencias generales.

Noté que la voz de Sarah se tornaba más aguda.

-Pero postular la existencia de una energía ahora visible en la química de las cosas vivientes es absurdo. No tienen pruebas.

-Pruebas son lo que buscamos.

-¡Pero cómo pueden postular la existencia de algo antes de obtener alguna prueba!

Las voces de ambos individuos sonaban más agudas, pero yo apenas si las oía. Lo que atraía mi atención era la dinámica de sus campos de energía. Cuando empezó la discusión, Phil y yo retrocedimos unos pasos, y Sarah y el hombre alto se acercaron hasta quedar frente a frente, a un metro veinte de distancia. De inmediato, sus campos de energía parecieron volverse más densos y de alguna manera agitados, como por una vibración interior. A medida que la conversación avanzaba, sus campos empezaron a mezclarse. Cuando uno de los dos señalaba algo, su campo creaba un movimiento que parecía absorber el del otro como en una especie de maniobra de vaciado. Pero cuando la otra persona hacía su refutación, la energía regresaba a ella. En términos de la dinámica de los campos de energía, imponer un argumento parecía significar capturar parte del campo del oponente y atraerlo hacia sí.

-Por otra parte -le explicaba Sarah al hombre-, hemos observado los fenómenos que tratamos de comprender.

El hombre miró a Sarah con desdén.

-O sea que, además de locos, son incompetentes -replicó, y se alejó.

-Y usted es un dinosaurio -gritó Sarah, cosa que nos hizo reír a Phil y a mí. Sin embargo, seguía tensa. -Esta gente me pone furiosa -comentó cuando nos pusimos nuevamente en marcha.

-Olvídalo -dijo Phil-. Esta clase de individuos aparece por acá de vez en cuando.

-¿Pero por qué tantos? -preguntó Sarah-. ¿Y por qué justo ahora?

Cuando nos acercábamos a la posada, vi a Wil en el jeep. Las puertas del vehículo estaban abiertas y había un montón de cosas sobre la capota. Me vio enseguida e hizo ademán de venir hacia nosotros.

-Bueno, al parecer, me voy -dije.

Mi comentario rompió un silencio de diez minutos que había empezado cuando traté de explicar que había visto qué le pasaba a la energía de Sarah durante la discusión. Evidentemente, no lo había hecho muy bien, porque mis comentarios provocaron sólo miradas vacías y nos hundieron en un largo momento de abstracción.

-Ha sido un placer conocerte -dijo Sarah, y extendió la mano.

Phil miraba el jeep.

-¿Ése es Wil James? -preguntó-. ¿Es el tipo con el que viajas?

-Sí -dije-. ¿Por qué?

-Preguntaba, no más. Lo he visto por acá. Conoce al dueño de este lugar y pertenecía al primer grupo que fomentó la investigación de los campos de energía aquí.

-Ven a verlo -dije.

-No, tengo que irme -replicó-. Te veré otra vez por aquí. Estoy seguro de que vas a volver.

-Sin duda.

Sarah agregó que también tenía que irse y que podía ponerme en contacto con ella por intermedio de la posada. Los demoré unos minutos más agradeciéndoles sus enseñanzas.

Sarah se puso seria.

-Ver la energía, captar esta nueva forma de percibir el mundo físico, es algo que funciona como una especie de contagio. No lo entendemos, pero cuando una persona frecuenta a otras que ven esa energía, por lo general empieza a verla ella también. Así que muéstrasela a otros.

Asentí y fui hasta el jeep. Wil me saludó con una sonrisa.

-¿Estás listo? -pregunté.

-Casi -me respondió-. ¿Qué tal lo de esta mañana?

-Interesante -dije-. Tengo mucho de que hablarte.

-Mejor lo dejamos para después. Tenemos que salir de aquí. Hay algunos problemitas.

Me acerqué.

-¿Qué ocurre? -pregunté.

-Nada grave –repuso-. Después te cuento. Busca tus cosas.

Entré en la posada y recogí las pocas cosas que había dejado en mi cuarto. Wil me había dicho antes que no tendría que pagar (cortesía del dueño), de modo que pasé por la recepción, le entregué la llave al conserje y volví hasta donde se encontraba el jeep.

Wil estaba inclinado debajo del capó, verificando algo, y cuando me vio aparecer lo cerró.

-Muy bien –dijo-. Vamos.

Salimos del estacionamiento y tomamos el camino que se dirigía a la ruta. En ese momento salían varios autos.

-Bueno, ¿qué pasa? -le pregunté a Wil.

-Unos funcionarios locales, junto con algunos científicos, hicieron una denuncia contra la gente asociada a este centro de conferencias. No dicen que haya nada ilegal; sólo que algunos de los que están acá podrían no ser científicos auténticos. Esas autoridades podrían causar un montón de problemas, y eso sí impediría que la posada siguiera funcionando.

Lo miré sin articular palabra y continuó:

-¿Sabes? Normalmente, la posada alberga a varios grupos al mismo tiempo. Sólo unos pocos efectúan investigaciones relacionadas con el Manuscrito. Los demás son grupos concentrados en sus propias disciplinas, que vienen por la belleza del lugar. Si los funcionarios se vuelven muy hostiles y crean un clima negativo, los grupos dejarán de reunirse acá.

-Creí oírte decir que los funcionarios locales no iban a meterse con el dinero del turismo que llegaba a Vicente.

-Pensé que no lo harían. Alguien los tiene mal con lo del Manuscrito. ¿En los jardines alguien se dio cuenta de lo que pasaba?

-No, en realidad no -dije-. Sólo se preguntaban por qué de repente había tanta gente hostil dando vueltas.

Wil permaneció en silencio. Salimos por el portón y doblamos al sudeste. Después de hacer un kilómetro y medio tomamos otra ruta que se dirigía al este, hacia la cadena montañosa que se recortaba a lo lejos.

-Pasaremos justo por los jardines -comentó Wil al cabo de un momento.

Adelante, vi las parcelas y el primer edificio metálico. Al llegar se abrió la puerta y mis ojos se cruzaron con los de la persona que salía. Era Marjorie. Sonrió al vernos pasar y nuestras miradas permanecieron unidas por un largo instante.

-¿Quién era? -inquirió Wil.

-Una mujer que conocí ayer -respondí.

Hizo un gesto afirmativo y cambió de tema.

-¿Viste algo sobre la Tercera Revelación?

-Me dieron una copia.

Wil no respondió; parecía absorto en sus pensamientos, de modo que saqué la traducción y busqué el punto al que había llegado. A partir de ahí, la Tercera Revelación se refería a la naturaleza de la belleza y describía que a través de ella los seres humanos aprenderían a observar los campos de energía. Una vez que esto ocurriera, decía, nuestra comprensión del universo físico se transformaría con rapidez.

Por ejemplo, empezaríamos a comer más alimentos todavía llenos de esa energía, y tomaríamos conciencia de que ciertas localidades irradian más energía que otras, siendo los medios naturales más viejos, en especial las selvas, los de mayor irradiación. Estaba por leer las últimas páginas cuando de repente habló Wil.

-Cuéntame cómo fue tu experiencia en los jardines -dijo.

Le relaté en detalle, lo mejor que pude, los acontecimientos de los dos días y le hablé de la gente a la que había conocido. Cuando le conté el encuentro con Marjorie, me miró y sonrió.

-'¿Qué les dijiste de las demás revelaciones y cómo se relacionan con lo que ellos están haciendo en los jardines? -preguntó.

-No les dije nada -respondí-. Al principio no confiaba en ellos, y después pensé que debían de saber más que yo.

-Creo que podrías haberles dado alguna información importante si hubieras sido totalmente sincero con ellos.

-¿Qué clase de información?

Me miró con calidez.

-Sólo tú lo sabes.

No encontré nada para decir, de modo que me puse a mirar el paisaje. El terreno se volvía cada vez más montañoso y rocoso. Grandes afloramientos de granito se proyectaban sobre el camino.

-¿Qué te sugiere el haber visto otra vez a Marjorie al pasar por los jardines? -preguntó Wil.

Empecé a decir "sólo una casualidad", pero en cambio respondí:

-No lo sé. ¿Tu que crees?

-Yo creo que nada ocurre por casualidad. Para mí significa que los dos tienen cosas sin terminar, algo que debían decirse y no se dijeron.

La idea me intrigó, pero también me alteró. Toda mi vida me habían acusado de ser demasiado distante, de hacer preguntas pero no dar opiniones ni comprometerme con una posición. ¿Por qué, me preguntaba, volvía a pasarme ahora?

También noté que empezaba a sentir de otra manera. En Vicente, me había sentido temerario y capaz, y lo que experimentaba ahora era algo que sólo podía calificarse de creciente depresión, mezclada con ansiedad.

-Ahora me hiciste deprimir -dije.

Se rió con todas sus ganas y luego respondió:

-No fui yo. Fue el dejar Vicente. La energía de ese lugar te eleva como un barrilete. ¿Por qué crees que todos esos científicos empezaron a venir hace años? No saben por qué les gusta tanto. -Se dio vuelta para mirarme directamente a los ojos. -Pero nosotros, sí, ¿verdad?

Miró el camino; después volvió a mirarme, con una expresión llena de consideración.

-Al dejar un lugar como éste hay que darle cuerda a la energía propia.

Lo miré confundido y me dirigió una sonrisa tranquilizadora. Después nos quedamos ambos en silencio durante tal vez dos kilómetros, hasta que dijo:

-Cuéntame algo más de lo que pasó en los jardines.

Seguí la historia. Cuando describí cómo había visto realmente los campos de energía, me miró con asombro, pero no dijo nada.

-¿Tú puedes ver esos campos? -pregunté.

-Sí -respondió-. Continúa.

Relaté lo sucedido sin interrupción hasta que llegué a la discusión de Sarah con el científico peruano y la dinámica de sus campos de energía durante el enfrentamiento.

-¿Qué dijeron Sarah y Phil al respecto? -preguntó.

-Nada. No tenían un marco de referencia.

-No lo creo -comentó Wil-. Están tan fascinados con la Tercera Revelación, que todavía no han llegado más lejos. La forma en que los hombres compiten por la energía es la Cuarta Revelación.

-¿Competir por la energía? -pregunté.

Se limitó a sonreír y señaló la traducción que yo tenía en las manos.

Reanudé la lectura donde había quedado. El texto explicaba con claridad la Cuarta Revelación. Decía que finalmente los hombres verían el universo contenido en una energía dinámica única, una energía que puede sostenemos y responder a nuestras expectativas. Sin embargo, también veríamos que hemos sido desconectados de la fuente de energía más amplia, que nos hemos desenchufado y que por eso nos sentimos débiles, inseguros y carentes.

Frente a esta deficiencia, los seres humanos siempre hemos tratado de aumentar nuestra energía personal de la única manera que conocemos: intentando robarla psicológicamente a los otros; una competencia inconsciente que se halla implícita en cualquier conflicto humano en el mundo.

LA LUCHA POR EL PODER

Un pozo en la ruta de ripio hizo saltar el jeep y me despertó. Miré el reloj: las tres de la tarde. Al desperezarme para despertarme del todo, sentí una puntada en la espalda.

El viaje había sido agotador. Después de abandonar Vicente, anduvimos todo el día, cambiando varias veces de rumbo como si Wil buscara algo que no lograba encontrar. Habíamos pasado la noche anterior en un pequeño motel donde las camas eran duras e incómodas y dormí muy poco. Ahora, tras viajar un segundo día sin parar, ya sentía ganas de quejarme.

Miré a Wil. Iba concentrado en la ruta, tan absorto y alerta que decidí no interrumpirlo. Parecía hallarse del mismo ánimo preocupado que había mostrado varias horas antes cuando, después de detener el jeep, me había dicho que teníamos que hablar.

-¿Recuerdas que te dije que las revelaciones debían descubrirse de a una? -me preguntó.

-Sí.

-¿Crees que de veras cada una va a presentarse?

-Bueno, hasta ahora fue así -repuse, casi divertido.

Wil me miró con expresión seria.

-Encontrar la Tercera Revelación fue fácil. Lo único que tuvimos que hacer fue visitar Vicente. Pero de aquí en adelante, descubrir las otras revelaciones puede resultar mucho más difícil.

Hizo una pausa y dijo:

-Creo que deberíamos ir al sur hasta un pueblito cerca de Quilabamba, un lugar llamado Cula. Allí hay otra selva virgen que deberías ver. Pero es importantísimo que te mantengas alerta. Se darán coincidencias todo el tiempo; la cuestión es que las notes. ¿Comprendes?

Le dije que creía que sí y que no olvidaría lo que me había dicho. Luego de lo cual, la conversación se interrumpió y yo me dormí, cosa que lamenté, por lo que le causó a mi espalda. Volví a estirarme y Wil me miró.

-¿Dónde estamos? -pregunté.

-Otra vez en los Andes -respondió.

Las colinas se habían transformado en cerros altos y valles distantes. La vegetación era más regular; los árboles, más pequeños y agitados por el viento. Al inhalar, noté que el aire era más liviano y fresco.

-Es mejor que te pongas la chaqueta -me aconsejó Wil, y sacó de un bolso un rompevientos marrón de algodón-. Aquí refresca por la tarde.

Más adelante, donde el camino rodeaba una loma, se veía una angosta encrucijada. Hacia un lado, cerca de una tienda de estructura blanca y una estación de servicio, se hallaba estacionado un auto con el capó abierto. Sobre un género que cubría el guardabarros había varias herramientas. Cuando pasamos, un hombre rubio salió del negocio y nos miró un instante. Tenía la cara redonda y llevaba anteojos oscuros.

Miré al hombre con atención y mi mente retrocedió cinco años.

-Sé que no es él -le comenté a Wil-, pero ese tipo es igual a un amigo con el cual trabajaba. Hacía años que no pensaba en él.

Noté que Wil me escudriñaba.

-Te dije que observaras los hechos atentamente -dijo. Volvamos y veamos si ese hombre necesita ayuda. No parecía de la zona.

Encontramos un lugar en que el borde de la ruta era lo bastante ancho, y volvimos atrás. Al llegar al negocio, el hombre estaba trabajando en el motor. Wil clavó los frenos y se

asomó por la ventanilla.

-Al parecer tiene problemas -dijo.

El hombre se ajustó los anteojos en la nariz, una costumbre que también mi amigo tenía.

-Sí -respondió-, perdí la bomba de agua. -El hombre parecía tener alrededor de cuarenta años y era de contextura más bien liviana. Su inglés era formal y con acento francés.

Wil se bajó del auto y nos presentó. El hombre alargó la mano con una sonrisa que también me resultó familiar. Su nombre era Chris Reneau.

-Pareces francés -dije.

-Lo soy -confirmó-. Pero enseño psicología en Brasil. Estoy aquí, en Perú, buscando información sobre un documento arqueológico, un manuscrito.

No sabiendo si debía confiar en él, por un momento, vacilé. Él me miró con profundo interés.

-¿Qué puedes decirme al respecto? -preguntó-. ¿Has visto copias?

Antes de que pudiera responder, Wil salió del edificio y la puerta se golpeó a su espalda.

-Qué suerte -me dijo-. El dueño tiene un lugar en el que podemos acampar, y hay comida caliente. Podríamos muy bien pasar la noche. -Se volvió y miró con ansiedad a Reneau:

-Si no te importa compartir tus reservaciones.

-No, no -dijo-. Me alegra tener compañía. No pueden entregarme una bomba nueva hasta mañana a la mañana.

Mientras él y Wil iniciaban una conversación sobre la mecánica y la confiabilidad de la camioneta de Reneau, me apoyé contra el jeep para sentir el calor del sol y me sumergí en un agradable ensueño evocando al viejo amigo al que Reneau me había hecho recordar. Mi amigo tenía ojos grandes y era curioso, como parecía serlo Reneau, y era un lector constante de libros. Yo casi podía recordar las teorías que le gustaban, pero el tiempo había ensombrecido mi memoria.

-Llevemos las cosas al lugar para acampar -dijo Wil y me palmeó la espalda.

-Muy bien -asentí, ausente.

Abrió la puerta de atrás, sacó la carpa y las bolsas de dormir y las cargó en mis brazos; después, tomó una bolsa llena de ropa. Reneau cerró su vehículo. Los tres pasamos al lado del negocio y bajamos una escalera. El cerro bajaba abruptamente detrás del edificio, y nos dirigimos hacia la izquierda por un camino angosto. Después de caminar unos veinte o treinta metros, oímos correr agua y más adelante vimos un torrente que caía en cascadas por las rocas. El aire estaba más fresco y sentí un fuerte aroma a menta.

Justo frente a nosotros, el terreno se nivelaba y un torrente formaba una laguna de unos siete metros de diámetro. Alguien había despejado el lugar y construido un refugio de piedras para el fuego. Junto a un árbol vecino había leña apilada.

-Qué bueno -dijo Wil, y empezó a deshacer su carpa para cuatro personas. Reneau

desplegó su carpa más chica a la derecha de Wil.

-¿Wil y tú son investigadores? -me preguntó Reneau en un momento. Wil había terminado con la carpa y había ido a preguntar por la cena.

-Wilson es guía -respondí-. Yo no estoy haciendo nada especial en este momento.

Reneau me miró confundido. Sonrió y me preguntó:

-¿Has podido ver alguna parte del Manuscrito? Yo vi la Primera y la Segunda Revelaciones -continuó, y se acercó-. Y te diré algo. Creo que todo sucede como dice el Manuscrito. Estamos cambiando nuestra visión del mundo. Lo veo en psicología.

-¿Qué quieres decir?

Respiró hondo.

-Mi área es el conflicto, ver por qué los seres humanos se tratan con tanta violencia. Es bien sabido desde siempre que esa violencia proviene del impulso que sienten los seres humanos por controlarse y dominarse unos a otros, pero hace muy poco que estudiamos ese fenómeno desde adentro, desde el punto de vista de la conciencia del individuo. Nos preguntamos qué pasa dentro de un ser humano, qué es lo que lo lleva a querer controlar a otro. Descubrimos que cuando un individuo se acerca a otra persona y entabla conversación, cosa que ocurre miles de millones de veces al día en el mundo, pueden suceder dos cosas. Que el individuo salga sintiéndose fuerte o sintiéndose débil, según lo que ocurra en la interacción.

Lo miré perplejo y él pareció sentirse un poco mal por haberse embarcado en una larga conferencia sobre el tema. Le pedí que continuara.

-Por esa razón -agregó-, siempre parece que los humanos asumimos una postura manipuladora. Independientemente de las singularidades de la situación o del asunto, nos preparamos para decir lo que haga falta con tal de imponernos en la conversación. Cada uno de nosotros trata de encontrar alguna forma de control para mantener así la superioridad en el encuentro. Si lo logramos, si se impone nuestro punto de vista, en lugar de sentirnos débiles, recibimos un estímulo psicológico.

"En otras palabras, los seres humanos tratamos de superarnos y controlamos unos a otros no simplemente por algún objetivo tangible del mundo exterior que tratamos de lograr, sino por el empuje que obtenemos psicológicamente. Ése es el motivo por el cual vemos tantos conflictos irracionales en el mundo, tanto en el nivel individual como en el nivel de los países.

"En mi área de trabajo, coincidimos en que toda esta cuestión va adquiriendo conciencia pública. Estamos dándonos cuenta de lo mucho que nos manipulamos entre nosotros, lo cual nos lleva a revaluar nuestras motivaciones. Buscamos otra forma de interactuar. Creo que esta reevaluación formará parte de la nueva visión del mundo de la que habla el Manuscrito.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Wil.

-Ya están listos para servirnos -anuncio.

Subimos rápido por el camino y pasamos ante la planta baja del edificio, la vivienda de la familia. Atravesamos la sala y llegamos al comedor. Sobre la mesa había una fuente caliente con un guiso, verduras y ensalada.

-Siéntense, siéntense -decía el dueño en inglés, al tiempo que movía las sillas y se afanaba por atendernos. Detrás de él había una mujer mayor, en apariencia la esposa, y una adolescente de unos quince años.

Al sentarse, Wil empujó sin querer su tenedor con el brazo y el cubierto cayó con estruendo al piso. El hombre miró a la mujer, que a su vez le habló ásperamente a la chica, que todavía no se había movido para traer otro. Salió corriendo hasta la otra habitación y regresó con un tenedor que entregó a Wil. Tenía la espalda encorvada y le temblaba un poco la mano. Mis ojos cruzaron los de Reneau al otro lado de la mesa.

-Buen provecho -dijo el hombre al entregarme uno de los platos. Durante la mayor parte

de la comida, Reneau y Wil hablaron informalmente sobre la vida académica, los problemas relacionados con la docencia y la publicación de trabajos. El dueño se había ido pero la mujer se había quedado parada en la puerta.

Cuando la mujer y la hija empezaron a servir platos individuales de postre, la muchacha tocó mi vaso de agua con el codo y el agua se derramó frente a mí. La mujer mayor se abalanzó enfurecida sobre la chiquilla, gritándole en español y sacándola de en medio.

-Lo siento mucho -se disculpó la mujer mientras secaba el agua-. Es una chica muy torpe.

La muchachita explotó, arrojó lo que sobraba del postre contra la mujer y falló, con lo cual postre y bandeja se desparramaron en medio de la mesa... justo en el momento en que volvía el dueño.

El anciano gritó y la chica salió del comedor.

-Lo siento -dijo el dueño acercándose rápidamente a la mesa.

-No hay problema -respondí-. No sea tan duro con ella.

Wil ya estaba de pie, ocupándose de la cuenta, y salimos enseguida. Reneau no había dicho nada, pero cuando cruzamos la puerta y bajamos la escalera, habló.

-¿Vieron a esa chica? -preguntó, mirándome-. Es un ejemplo clásico de violencia psicológica. A eso conduce la necesidad humana de controlar a otros cuando es llevada al extremo. El viejo y la mujer dominan a esa chica por completo. ¿Vieron lo nerviosa y encorvada que estaba?

-Si –dije-. Pero parecería que está harta.

-¡Exactamente! Los padres no la sueltan. Y desde el punto de vista de ella, no tiene más remedio que liberarse con violencia. Es la única forma en que puede adquirir algo de control para sí misma. Desgraciadamente, cuando crezca, debido a este trauma temprano, pensará que tiene que controlar y dominar a los demás con la misma intensidad. Esta característica estará muy arraigada y la hará tan dominante como son sus padres ahora, en especial cuando se encuentre con personas vulnerables, como los niños.

"En realidad, es indudable que los padres sufrieron ese mismo trauma. Ahora, tienen que dominar, debido a la forma en que los padres los dominaron a ellos. Es así como la violencia psicológica pasa de una generación a otra.

De pronto, Reneau se detuvo.

-Tengo que sacar mi bolsa de dormir de la camioneta -dijo-. Vuelvo enseguida.

Wil y yo seguimos hasta el lugar para acampar.

-Reneau y tú han hablado mucho -observó Wil.

-Si -asentí.

Sonrió.

-En realidad, el que más habló fue Reneau. Tú escuchas y respondes preguntas directas, pero no es mucho lo que aportas.

-Me interesa lo que tiene para decir -repliqué, a la defensiva.

Wil ignoró mi tono.

-¿Viste la energía que se movía entre los miembros de esa familia? El hombre y la mujer han chupado la energía de la hija hasta dejarla casi muerta.

-Me olvidé de mirar el movimiento de la energía -dije.

-Bueno, ¿no crees que a Reneau le gustaría verla? ¿Qué te sugiere el hecho de haberlo encontrado, en primer lugar?

-No lo sé.

-¿No crees que tiene algún significado? Íbamos por el camino y de pronto ves a alguien que te recuerda a un viejo amigo, y cuando nos acercamos resulta que también anda buscando el Manuscrito. ¿No te parece que va más allá de una pura coincidencia?

-Sí.

-Tal vez se encontraron para que recibieras alguna información que prolongue tu estadía aquí. ¿Y no será que quizá tú también tienes alguna información para él?

-Sí, supongo. ¿Qué crees que debería decirle?

Nuevamente, Wil me miró con su calidez característica:

-La verdad -respondió.

Antes de que pudiera seguir hablando, Reneau apareció corriendo por el camino.

-Traje una linterna por si nos hace falta más tarde -dijo.

Por primera vez tomé conciencia del atardecer, y miré al oeste. El sol ya se había puesto pero el cielo todavía seguía color anaranjado brillante. Las pocas nubes que había de ese lado tenían tonos rojizos más oscuros. Por un momento me pareció ver un campo de luz blanquecina alrededor de las plantas en primer plano, pero la imagen se desvaneció.

-Bellísimo atardecer -comenté, y entonces noté que Wil había desaparecido en su carpa y Reneau sacaba la bolsa de dormir de su bolso.

-Sí, de veras -dijo Reneau distraído, sin prestar atención.

Caminé hasta donde él se hallaba. Levantó la vista y dijo:

-No te pregunté: ¿qué revelaciones conoces?

-Las dos primeras simplemente me las describieron -respondí-. Claro que sólo pasamos los dos últimos días en la Posada Vicente, cerca de Satipo. Mientras estuvimos allí, una de las personas que hacen estudios me dio una copia de la Tercera Revelación. Es asombrosa.

Se le encendió la mirada.

-¿La tienes aquí?

-Sí, ¿quieres echarle un vistazo?

Aprovechó la oportunidad y se la llevó a su carpa para leerla. Encontré varios fósforos y un diario viejo y encendí una fogata. Cuando empezó a arder con mucha fuerza, Wil salió de la carpa.

-¿Dónde está Reneau? -preguntó.

-Está leyendo la traducción que me dio Sarah -respondí.

Wil caminó hasta un tronco que alguien había puesto cerca del lugar del fuego y se sentó. Al final, la oscuridad se había instalado y no se veía nada excepto el perfil desnudo de los árboles hacia la izquierda, las luces macilentas de la estación de servicio por detrás y un resplandor apagado en la carpa de Reneau. Los bosques estaban llenos de vida con sus ruidos nocturnos, algunos de los cuales me resultaban desconocidos.

Al cabo de unos treinta minutos, Reneau salió de su carpa con la linterna en la mano. Se acercó y se sentó a mi izquierda. Wil bostezaba.

-Esta revelación es increíble -dijo-. ¿Alguien podía realmente ver esos campos de energía en ese lugar?

Le relaté mis experiencias, desde nuestra llegada hasta el momento en que vi los campos.

Se quedó callado un minuto y luego preguntó:

-¿De verdad hacen experimentos en los que proyectan su propia energía a las plantas y eso afecta su crecimiento?

-También afecta su potencia nutritiva -dije.

-Pero la revelación principal es más amplia -comentó, casi para sí mismo-. La Tercera Revelación indica que el universo en su conjunto está formado por esa energía y que podemos actuar no sólo sobre las plantas sino también sobre otras cosas, simplemente por lo que hacemos con la energía que nos pertenece, la parte que podemos controlar. -Hizo una pausa durante un minuto entero. - Me pregunto cómo obramos sobre los demás con nuestra energía.

Wil me miró y sonrió.

-Te diré lo que vi yo –dije-. Presencié una discusión entre dos personas y sus energías hacían cosas muy extrañas.

Reneau volvió a ajustarse los anteojos.

-Cuéntame.

En ese momento, Wil se levantó.

-Creo que debo retirarme -dijo-. Ha sido un largo día.

Dijimos "buenas noches" los dos y Wil entró en su carpa. Luego describí lo mejor que pude lo que se habían dicho Sarah y el otro científico, haciendo hincapié en la acción de sus campos de energía.

-Espera un momento -me interrumpió Reneau-. Durante la discusión, ¿viste sus energías tironeándose entre si, tratando de atraparse mutuamente, por así decirlo?

-Eso es -asentí.

Se quedó pensativo unos segundos.

-Tenemos que analizar esto en profundidad. Tenemos a dos personas discutiendo sobre quién posee la visión correcta de una situación, sobre quién tiene razón; cada una trata de imponerse a la otra, incluso al punto de invalidar la seguridad de la otra y recurrir al insulto liso y llano. -De pronto levantó los ojos. -Sí, ¡tiene sentido!

-¿Qué quieres decir? -pregunté.

-El movimiento de esa energía, si podemos observarlo, constituye una forma de comprender qué recibimos los seres humanos cuando competimos, discutimos y nos hacemos daño. Cuando controlamos a otro ser humano recibimos su energía. Nos cargamos a costa de otro y esa carga es lo que nos motiva. Mira, tengo que aprender a ver esos campos de energía. ¿Dónde queda la Posada Vicente? ¿Cómo hago para llegar?

Le indiqué la ubicación general pero agregué que, para obtener datos más específicos, debía preguntarle a Wil.

-Sí, lo haré mañana -dijo con convicción-. Por ahora dormiré un poco. Quiero salir lo más temprano posible.

Saludó y desapareció en su carpa, dejándome solo con el crepitar del fuego y los ruidos de la noche.

Cuando me desperté, Wil ya había salido de la carpa. Se sentía el aroma del cereal caliente. Dejé mi bolsa de dormir y me asomé por un ala de la carpa. Wil sostenía la sartén sobre el fuego. A Reneau no se lo veía por ninguna parte y su carpa había desaparecido.

-¿Dónde está Reneau? -pregunté y subí para acercarme al fuego.

-Ya levantó campamento -respondió Wil-. Anda por ahí, trabajando en su camioneta. Quiere tener todo listo para cuando llegue la pieza que necesita.

Wil me tendió un recipiente con avena y nos sentamos en un tronco a comer.

-¿Se quedaron hablando hasta muy tarde? -me preguntó Wil.

-En realidad no -dije-. Le conté todo lo que sabía.

Justo entonces, oímos ruidos en el camino. Reneau venía caminando a toda prisa.

-Ya estoy preparado -dijo-. Tengo que despedirme.

Después de varios minutos de charla, Reneau volvió a subir los escalones y se fue. Wil y yo nos bañamos y afeitamos en el baño del dueño de la estación de servicio, empacamos nuestras cosas, cargamos nafta y partimos rumbo al norte.

-¿A qué distancia queda Cula? -pregunté.

-Deberíamos llegar allí antes de que anochezca, si tenemos suerte. -Enseguida me preguntó: -¿y, qué aprendiste de Reneau?

Lo miré atentamente. Parecía esperar una respuesta específica.

-No sé -dije.

-¿Qué idea te dejó Reneau?

-Que los seres humanos tendemos, si bien de manera inconsciente, a controlar y dominar

a los demás. Queremos ganar la energía que existe entre las personas. De algún modo eso nos estructura, nos hace sentir mejor... ¿Por qué me lo preguntas? -inquirí-. ¿Es ésa la Cuarta Revelación?

-No exactamente. Has visto cómo se mueve la energía entre las personas, pero estoy seguro de que no sabes qué se siente cuando te pasa a ti.

-¡Entonces cuéntame qué pasa! -repliqué, casi exasperado-. ¡Me acusas de no hablar! Sacarte información es como quitar una muela. Llevo días tratando de saber algo más de tus experiencias anteriores con el Manuscrito, y lo único que haces es ignorarme.

Se rió y luego me dirigió una breve sonrisa.

-Hicimos un trato, ¿recuerdas? Tengo mis motivos para mostrarme reservado. Una de las revelaciones tiene que ver con la interpretación de los hechos de la vida pasada. Es un proceso que consiste en poner en claro lo que uno es y qué vino a hacer a este planeta. Quiero esperar a alcanzar esa revelación antes de hablar de mi pasado, ¿de acuerdo?

Su tono audaz me hizo sonreír.

-Sí, creo que sí.

Durante el resto de la mañana anduvimos en silencio. El día era soleado y el cielo estaba azul. Cada tanto, a medida que íbamos subiendo por las montañas, densas nubes flotaban en el camino y cubrían de humedad el parabrisas. Cerca del mediodía, estacionamos en un promontorio desde el cual teníamos una vista grandiosa de las montañas y los valles hacia el este.

-¿Tienes hambre? -me preguntó Wil.

Hice un gesto afirmativo y Wil sacó con cuidado dos sandwiches, de una bolsa ubicada en el asiento trasero. Después de darme uno, preguntó:

-¿Qué te parece esta vista?

-Es hermosa.

Sonrió ligeramente y me miró; tuve la impresión de que observaba mi campo de energía.

-¿Qué estás haciendo? -pregunté.

-Mirando -repuso-. Los picos de las montañas son lugares especiales que generan energía en cualquiera que se instale en ellos. Parecería que te gustan mucho los paisajes de montaña.

Le hablé a Wil del valle de mi abuelo, de la cadena que bordeaba el lago y de cómo me había hecho sentir alerta y energizado el mismo día de la llegada de Charlene.

-Tal vez el hecho de crecer allí te preparó para algo aquí, ahora -observó.

Estaba por preguntarle algo más sobre la energía que dan las montañas, cuando agregó:

-Cuando una selva virgen está en una montaña, la energía se amplifica aún más.

-¿La selva virgen a la cual nos dirigimos está en una montaña? -pregunté.

-Mira por ti mismo -contestó-. Ahí la tienes.

Señaló hacia el este. A buena distancia de allí, había dos cadenas de montañas que corrían paralelas a lo largo de varios kilómetros y después convergían, formando una V. En el espacio entre las dos cadenas se levantaba una especie de pueblito, y en el punto en que se unían las dos cadenas, la montaña se elevaba abruptamente y se topaba con una cumbre rocosa. La cumbre parecía levemente más alta que la cadena en la que nos hallábamos, y la zona alrededor de su base era mucho más verde, como cubierta por un follaje exuberante.

-¿Esa zona verde? -pregunté.

-Sí -dijo Wil. Es como Vicente, aunque más poderosa y especial.

-¿Especial en qué sentido?

-Facilita una de las otras revelaciones.

-¿Cómo? -pregunté.

Puso en marcha el jeep y regresó al camino.

-Apuesto a que lo descubrirás -respondió.

Durante más o menos una hora, ninguno de los dos habló mucho, y después yo me eché

a dormir. Al rato, Wil me sacudió el brazo.

-Despierta. Estamos llegando a Cula.

Me incorporé en el asiento. Adelante, en un valle donde se unían dos caminos, había un pueblito. A ambos lados se alzaban los dos cordones que habíamos visto. Los árboles sobre las montañas parecían grandes como los de Vicente y espectacularmente verdes.

-Quiero advertirte algo antes de que lleguemos -me dijo Wil-. Pese a la energía de esta selva, este pueblo es mucho menos civilizado que otras zonas de Perú. Se lo conoce como un lugar bueno para obtener información sobre el Manuscrito, pero la última vez que estuve aquí, abundaba en tipos codiciosos que no sentían la energía y no tenían ningún interés en comprender las revelaciones. Sólo querían el dinero o el reconocimiento que pudieran conseguir si descubrían la Novena.

Miré el pueblo. Consistía en cuatro o cinco calles y avenidas.

Sobre las dos principales, que se cruzaban en el centro del pueblo, había edificios más grandes, pero las demás eran apenas algo más que senderos a cuyos lados se alineaban pequeñas casas. Estacionados cerca del cruce de caminos había unos doce vehículos y camionetas.

-¿Qué hace toda esa gente acá? -pregunté.

Wil sonrió con audacia.

-Éste es uno de los últimos lugares en que se consigue nafta y provisiones antes de internarse más en las montañas.

Hizo arrancar el jeep y entró con lentitud en el pueblo; luego estacionó frente a uno de los edificios más grandes. Yo no entendía los carteles en español pero, por los productos de la vidriera, supuse que era un almacén de ramos generales.

-Espera aquí un momento -me indicó Wil-. Quiero comprar unas cuantas cosas.

Asentí y Wil desapareció. Estaba mirando un poco cuando llegó una camioneta de la que se bajaron varias personas. Una era una mujer de pelo oscuro con una chaqueta deportiva. Para mi gran sorpresa, reconocí a Marjorie. Ella y un muchacho de poco más de veinte años cruzaron la calle y pasaron justo delante del auto.

Abrí la puerta y me bajé.

-¡Marjorie! -grité.

Se detuvo, miró alrededor y al verme sonrió.

-Hola -saludó. Cuando empezó a acercarse a mí, el muchacho la tomó del brazo.

-Robert dijo que no habláramos con nadie -susurro, tratando de que yo no lo oyera.

-Está bien -dijo ella-. Lo conozco. Entra tú.

El muchacho me miró con escepticismo, retrocedió y entró en el negocio. Entonces intenté explicar, casi tartamudeando, lo que había pasado entre nosotros en los jardines. Marjorie se rió y me dijo que Sarah le había contado todo. Estaba por agregar algo cuando Wil apareció con un puñado de provisiones.

Los presenté y los tres hablamos durante un momento mientras Wil acomodaba las cosas en la parte trasera del jeep.

-Tengo una idea -dijo Wil-. Comamos algo enfrente.

Miré y vi un negocio que parecía un cafecito.

-Buena idea -repuse.

-No sé -vaciló Marjorie-. Tengo que marcharme enseguida. Mi viaje...

-¿Adónde vas? -pregunté.

-Unos kilómetros al oeste. Vine a ver a un grupo que estudia el Manuscrito.

-Podemos alcanzarte después de cenar -comentó Wil.

-Bueno, supongo que no va a haber problema.

Wil me miró:

-Debo recoger otra cosa. Ustedes dos, vayan y pidan algo. Yo iré después. Tardaré sólo

unos minutos.

Wil se fue por la calle en dirección al sur. De pronto, el muchacho con el cual había llegado Marjorie salió del negocio y volvió a acercarse.

-¿Adónde vas? -le preguntó, tomándola del brazo.

-Es un amigo -respondió-. Vamos a comer y después me llevarán de vuelta.

-Mira, aquí no puedes confiar en nadie. Sabes bien que Robert no lo aprobaría.

-Está bien -repitió Marjorie.

-¡Quiero que vengas conmigo, ahora mismo!

Le tomé el brazo y lo aparté de Marjorie.

-Ya oíste lo que te dijo -le advertí. Él dio un paso atrás y me miró. De pronto me pareció muy tímido. Se dio vuelta y se encaminó de nuevo hacia el negocio.

-Vamos -le dije a Marjorie.

Cruzamos la calle y entramos en el pequeño restaurante. El sector para comer consistía en un saloncito y apenas ocho mesas, y estaba impregnado de un olor a grasa y humo. Vi una mesa libre a la izquierda. Cuando nos dirigíamos a ella, varias personas nos miraron un instante.

La mesera hablaba solamente español; por suerte, Marjorie conocía bien el idioma y pidió para los dos. Después me miró con calidez.

Le sonreí.

-¿Quién es el tipo que estaba contigo?

-Es Kenny -respondió-. No sé qué le pasa. Gracias por ayudarme.

Me miraba a los ojos y su comentario me hizo sentir fantástico.

-¿Cómo te conectaste con ese grupo? -le pregunté.

-Robert Jensen es un arqueólogo. Formó un grupo para estudiar el Manuscrito y buscar la Novena Revelación. Pasó por Vicente hace ya unas semanas, después otra vez hace un par de días... Yo...

-¿Qué? -pregunté.

-Bueno, en Vicente tenía una relación de la que quería alejarme. Entonces conocí a Robert; se mostró tan encantador, y además lo que hacía me parecía tan interesante... Me convenció de que nuestra investigación en los jardines se vería favorecida por la Novena Revelación, y afirmó que estaba en vías de encontrarla. Dijo que buscar esa revelación sería lo más excitante que había hecho en su vida, y cuando me ofreció un puesto en su grupo por unos meses, decidí aceptar... -Hizo una pausa y miró la mesa. Parecía incómoda, así que cambié de tema.

-¿Cuántas de las revelaciones leíste?

-Solamente la que vi en Vicente. Robert tiene algunas otras, pero cree que las personas deben liberarse de sus creencias tradicionales antes de poder entenderlas. Dice que prefiere que aprendan los conceptos claves de él.

Debo de haber fruncido el entrecejo, porque agregó:

-Eso no te gusta mucho, ¿no?

-Suena sospechoso -admití.

Me miró otra vez muy intensamente.

-Yo también me lo planteaba. Tal vez cuando me acompañes de vuelta, podrías hablar con él y comentarme qué te parece.

Llegó la mesera con nuestra comida y cuando se iba vi a Wil en la puerta. Se acercó rápidamente a nuestra mesa.

-Tengo que encontrarme con unas personas a un kilómetro y medio de aquí -dijo-. Me iré unas dos horas. Toma el jeep y lleva a Marjorie de regreso. Yo me voy con alguien. -Me dirigió una sonrisa. -Podemos encontrarnos otra vez aquí.

Pensé en hablarle de Robert Jensen, pero decidí no hacerlo.

-Está bien -asentí.

Miró a Marjorie.

-Encantado de haberte conocido. Ojalá tuviera tiempo para quedarme a conversar.

Marjorie lo miró con expresión tímida.

-Quizás en otra oportunidad...

Él asintió, me dio las llaves y se fue.

Marjorie comió durante unos minutos y luego dijo:

-Ese hombre parece ir tras un objetivo. ¿Cómo lo conociste?

Le conté en detalle mis experiencias al llegar a Perú. Mientras hablaba, ella me escuchaba con mucha atención. Con tanta atención, en realidad, que terminé contándole la historia con gran soltura y expresando los aspectos dramáticos con sagacidad y verdadera intuición. Ella se mostraba hechizada, pendiente de cada palabra.

-Diablos comentó en un momento-, ¿crees que te hallas en peligro?

-No, no creo -respondí-. No tan lejos de Lima.

Seguía mirándome ansiosa, de modo que, mientras terminábamos de comer, le resumí los hechos ocurridos en Vicente hasta el momento en que Sarah y yo llegamos a los jardines.

-Fue entonces cuando te conocí -dije- y te escapaste.

-Oh, no fue eso -replicó-. Simplemente, no te conocía, y cuando vi tus sentimientos, pensé que era mejor irme.

-Bueno, te pido disculpas -dije, en broma-, por dejar que mi energía se me fuera de las manos.

Miró el reloj.

Creo que debo regresar. Se preguntarán dónde estoy.

Dejé suficiente dinero para pagar la cuenta y fuimos hasta el jeep de Wil. La noche estaba fresca. Al subir, Marjorie me indicó:

-Sigue al norte por este camino. Yo te diré dónde doblar.

Asentí, hice un rápido viraje en la calle y tomé ese rumbo.

Cuéntame algo más sobre la granja a la que vamos ahora -dije.

-Creo que Robert la alquila. Al parecer, su grupo la utiliza desde hace bastante tiempo, mientras él estudia las revelaciones. Desde que llegué, todos reúnen provisiones, aprestan los vehículos y cosas por el estilo. Algunos de los hombres parecen muy duros.

-¿Por qué te invitó a ti? -pregunté.

-Dijo que quería llevar a una persona que pudiera ayudarlo a interpretar la última revelación cuando la encontrara. Al menos eso es lo que me dijo en Vicente. Acá, de lo único que habla es de las provisiones y de que lo ayude a prepararse para el viaje.

-¿Adónde planea ir?

-No lo sé –respondió-. Cuando se lo pregunto, nunca me responde.

Al cabo de casi dos kilómetros, señaló una curva a la izquierda, hacia un camino angosto y rocoso. Rodeaba un cordón de montañas y bajaba a un valle chato. Adelante había una granja de troncos rústicos. Atrás se veían varios establos y hangares. Tres llamas nos espiaron por encima de un lote cercado.

Cuando disminuí la velocidad, para frenar, varias personas se acercaron, rodearon el jeep y nos miraron sin sonreír. Noté que había un generador eléctrico, alimentado a nafta, que zumbaba al costado de la casa. Se abrió entonces la puerta y apareció un hombre alto, de pelo oscuro, rasgos fuertes y delgados.

-Ése es Robert -dijo Marjorie.

-Ah -murmuré, me sentía fuerte y confiado.

Bajamos justo cuando Jensen llegaba hasta nosotros. Miró a Marjorie.

-Estaba preocupado por ti -dijo-. Supe que te encontraste con un amigo.

Me presenté y me estrechó la mano con firmeza.

-Soy Robert Jensen -dijo-. Me alegra que estén los dos bien. Entremos.

Adentro, varias personas preparaban provisiones. Un hombre llevaba una carpa y elementos de campamento a la parte trasera. Al otro lado del comedor, vi a dos mujeres peruanas en la cocina, guardando alimentos. Jensen se sentó en una de las sillas de la sala y nos señaló otras dos a nosotros.

-¿Por qué dijiste que te alegraba que nos halláramos los dos bien? -pregunté.

Se inclinó hacia mí y me preguntó, con tono sincero:

-¿Cuánto hace que estás en la zona?

-Desde esta tarde.

-Entonces no sabes lo peligroso que es esto. La gente desaparece. ¿Has oído hablar del Manuscrito, de la Novena Revelación que falta?

-Sí, en realidad...

-Entonces tienes que saber qué pasa -me interrumpió-. La búsqueda de la última revelación está poniéndose difícil. Hay gente peligrosa.

-¿Quiénes? -pregunté.

-Gente a la que no le interesa en absoluto el valor arqueológico de este descubrimiento. Gente que quiere obtener la revelación sólo para sus propios fines.

Un hombre grandote con barba y vientre prominente interrumpió la conversación y le mostró a Jensen una lista. Hablaron de algo, en español.

Jensen volvió a mirarme.

-¿Tú también has venido para buscar la revelación que falta? -preguntó-. ¿Tienes idea de en qué te estás metiendo?

Me sentí incómodo y me resultaba difícil expresarme.

-Bueno... Me interesa averiguar algo más sobre todo el Manuscrito. Todavía no he visto demasiado.

Se irguió en la silla y dijo:

-¿Te das cuenta de que el Manuscrito es un documento estatal y que las copias que hay fueron declaradas ilegales, excepto las autorizadas?

-Sí, pero algunos científicos no están de acuerdo con eso. Piensan que el gobierno está eliminando nuevas...

-¿No crees que la nación peruana tiene derecho a controlar sus tesoros arqueológicos? ¿El gobierno sabe que estás en este país?

No sabía qué decir; volvía a tener una sensación de angustia en el estómago.

-Bueno, no me interpretes mal -dijo, sonriendo-. Estoy de tu lado. Si cuentas con algún tipo de apoyo académico fuera del país, dímelo. Pero me da la sensación de que simplemente estás dando vueltas.

-Algo parecido -admití.

Noté que la atención de Marjorie se había trasladado de mí a Jensen.

-¿Qué crees que debería hacer? -preguntó.

Jensen se puso de pie y sonrió.

-Tal vez podrías trabajar aquí con nosotros. Hace falta más gente. Creo que el lugar al que vamos es relativamente seguro. Y podrías encontrar alguna forma de regresar a tu país si las cosas no funcionaran... Pero tienes que estar dispuesto a hacer exactamente lo que yo digo, paso a paso.

Miré a Marjorie. Ella seguía observando a Jensen. Pensé que debía, quizá, considerar su propuesta. Si él se hallaba en buenos términos con el gobierno, podía llegar a representar la única posibilidad de un regreso legal a los Estados Unidos. Tal vez me había engañado a mi mismo. Tal vez Jensen tenía razón y yo estaba haciendo algo por encima de mis posibilidades.

-Creo que deberías considerar lo que dice Robert comentó Marjorie-. Es muy peligroso

andar solo por aquí.

Si bien sabía que no estaba equivocada, yo seguía teniendo fe en Wil, en lo que estábamos haciendo. Quise expresar este pensamiento, pero cuando traté de hablar fui incapaz de articular palabra. No lograba pensar con claridad.

De pronto, el hombre grandote entró de nuevo en el cuarto y miró por la ventana. Jensen se levantó rápido para hacer lo mismo, regresó luego hasta Marjorie y en tono casual dijo:

-Llega alguien. Ve a decirle a Kenny que venga, por favor.

Marjorie asintió y salió. Por la ventana, vi que se acercaban los faros de una camioneta. El vehículo estacionó al lado del cerco, a unos quince metros.

Tensen abrió la puerta y, mientras lo hacía, oí que afuera mencionaban mi nombre.

-¿Quién es? -pregunté.

Jensen me miró con severidad:

-No hagas ningún ruido -me advirtió. Él y el hombre grandote salieron y cerraron la puerta. Por la ventana, veía una figura delgada recortada detrás de las luces de la camioneta. Mi primer impulso fue quedarme adentro. La situación que me había pintado Jensen me había dejado preocupado. Pero en la persona que se hallaba junto a la camioneta había algo que me parecía familiar. Abrí la puerta y salí. En cuanto me vio, Jensen se me acerco.

-¿Qué haces? Vuelve adentro.

Por encima del motor, oí otra vez mi nombre.

-¡Entra ahora mismo! -gritó Jensen-. Puede ser una trampa. -Estaba parado justo frente a mí y no me dejaba ver el vehículo. -¡Entra, ya mismo!

Me sentía confundido y lleno de pánico, incapaz de tomar una decisión. En ese momento, la figura que estaba detrás de las luces se acercó y pude distinguir su forma junto al cuerpo de Jensen. Oí con toda claridad:

-. . .Ven aquí, tengo que hablarte.

Luego la figura se acercó, mi mente se despejó y me di cuenta de que era Wil. Pasé corriendo al lado de Jensen.

-¿Qué te pasa? -me preguntó enseguida Wil-. Tenemos que salir de acá.

-¿Y Marjorie? -pregunté.

-Ahora no podemos hacer nada por ella -me respondió Wil-. Es mejor que nos vayamos.

Empezamos a alejarnos cuando Tensen gritó:

-Les conviene quedarse acá.

Miré para atrás.

Wil se detuvo y me miró como ofreciéndome la posibilidad de quedarme o irme.

-Vamos -dije.

Pasamos ante la camioneta en la que había llegado Wil, y vi que había dos hombres sentados esperando en el asiento delantero. Cuando subimos al jeep de Wil, me pidió las llaves y partimos. La camioneta con los amigos de Wil arrancó detrás de nosotros.

Wil se volvió y me miró.

-Jensen me dijo que habías decidido quedarte con su grupo. ¿Qué pasó?

-¿Cómo sabes su nombre? -balbucee.

-Ya me hablaron de ese tipo -respondió Wil-. Trabaja para el gobierno peruano. Es arqueólogo de verdad, pero está empeñado en mantener todo en secreto a cambio de los derechos exclusivos para estudiar el Manuscrito; lo que ocurre es que, en principio, no iba a buscar la revelación que falta. Al parecer, decidió violar el acuerdo. Corren rumores de que pronto saldrá a buscar la Novena. Cuando supe que Marjorie estaba con él, consideré que era mejor venir. ¿Qué te dijo?

-Me dijo que estoy en peligro, que debería unirme a él y que me ayudaría a abandonar el país si eso es lo que quiero.

Wil meneó la cabeza.

-Te enganchó, realmente.

-¿Qué quieres decir?

-Tendrías que haber visto tu campo de energía. Estaba casi totalmente absorbido por el de Jensen.

-No comprendo.

-Recuerda la discusión de Sarah con el científico, en Vicente. Si hubieras presenciado cómo uno de ellos ganaba, cómo convencía al otro de que tenía razón, habrías visto cómo la energía del perdedor pasaba a la del ganador dejando al perdedor con una sensación de agotamiento y confusión... con el mismo aspecto que tenía la familia peruana y el que tienes tú ahora.

-¿Tú viste lo que me estaba pasando? -pregunté.

-Si -respondió-. Y realmente te costaba muchísimo frenar su control y alejarte. Por un momento pensé que no lo lograrías.

-Diablos -murmure-. Ese tipo debe de ser realmente malvado.

-En realidad no -replicó Wil-. Es probable que no tenga plena conciencia de lo que está haciendo. Cree que es correcto controlar la situación, y sin duda hace mucho tiempo aprendió que podía controlar con éxito siguiendo determinada estrategia. Primero pretende ser tu amigo, después encuentra que hay algo malo en lo que haces; en tu caso, que te hallabas en peligro. En efecto, socava sutilmente tu confianza en el camino que elegiste, y empiezas a identificarte con él. En cuanto esto ocurre, te tiene.

Wil me miró directamente.

-Es sólo una de muchas estrategias que la gente usa para sacarles energía a los demás. Más adelante aprenderás las otras formas, en la Sexta Revelación.

No lo escuchaba; mis pensamientos se concentraban en Marjorie. No me gustaba la idea de dejarla allí.

-¿Crees que debería tratar de rescatar a Marjorie? -pregunté.

-Ahora no -respondió-. No creo que esté en peligro. Mañana, cuando nos vayamos, podemos pasar y tratar de hablar con ella.

Nos quedamos callados unos minutos. Luego, Wil preguntó:

-¿Entendiste a qué me refiero cuando digo que Tensen no se da cuenta de lo que hace? No se diferencia de la mayoría de las personas. Simplemente hace lo que lo hace sentir el más fuerte.

-No, creo que no entiendo.

Wil se quedó pensativo.

-Todo esto es todavía inconsciente en la mayoría de las personas. Lo único que sabemos es que nos sentimos débiles y cuando dominamos a otros nos sentimos mejor. No nos damos cuenta de que esa sensación de estar mejor le cuesta caro a la otra persona. Le robamos su energía. La mayoría de la gente va por la vida buscando constantemente la energía de otro.

Me miró y me guiñó el ojo.

-Aunque cada tanto funciona de otra manera. De vez en cuando encontramos a alguien que, al menos durante un tiempo, nos envía voluntariamente su energía.

-¿Adónde quieres llegar?

-Recuerda cuando estabas comiendo con Marjorie en el restaurante del pueblo y entré yo.

-Sí.

-No sé de qué hablaban, pero era evidente que su energía te invadía. Al entrar, lo vi claramente. Dime, ¿cómo te sentías en ese momento?

-Me sentía bien -respondí-. De hecho, las ideas y experiencias que le contaba me parecían claras como un cristal. Me expresaba fácilmente. ¿Pero qué significa?

Sonrió.

-De vez en cuando, otra persona quiere que le definamos su situación, entregándonos su

energía, tal como lo hizo Marjorie contigo. Eso nos hace sentir con más poder, pero verás que es un regalo que en general no dura. La mayoría de las personas, incluida Marjorie, no son lo bastante fuertes como para dar energía siempre. Por eso gran parte de las relaciones acaban convirtiéndose en luchas de poder. Los seres humanos se conectan por la energía y después se pelean por quién va a controlarla. Y el perdedor es el que siempre paga el pato.

Se interrumpió y me miró.

-¿Captas la Cuarta Revelación? Piensa en lo que te paso. Observaste los movimientos de energía entre dos personas y te preguntaste qué significaban, y después conociste a Reneau, quien te dijo que los psicólogos ya estaban investigando por qué razón los seres humanos trataban de controlarse unos a otros.

"Todo eso quedó demostrado con la familia peruana. Viste con claridad que dominar a otros hace que el dominador se sienta poderoso e inteligente, pero absorbe la energía vital de quienes son dominados. No importa que pensemos que lo hacemos por el bien de la persona, o que son nuestros hijos y que por lo tanto deberíamos controlarlos todo el tiempo. El daño se produce igual. Después, diste con Jensen y probaste cómo ocurre todo esto. Viste que cuando alguien te domina físicamente, en realidad se apodera de tu mente. No es que perdieras en algún debate intelectual con Jensen; no tenias energía ni claridad mental para debatir con él. Todo tu poder mental pasaba a Jensen. Por desgracia, esta clase de violencia psíquica se produce constantemente en la cultura humana, a menudo en personas que en otras circunstancias son personas de bien.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Wil había resumido con exactitud mi experiencia.

-Trata de integrar totalmente la Cuarta Revelación continuó Wil-. Observa cómo encaja con lo que ya sabes. La Tercera Revelación te mostró que el mundo físico es en realidad un vasto sistema de energía. Y ahora la Cuarta señala que por largo tiempo los seres humanos hemos competido de manera inconsciente por la única parte de esa energía a la que hemos estado abiertos: la parte que se mueve entre las personas. Ése ha sido siempre el conflicto humano, en todos los niveles: desde el conflicto por pequeñeces en la familia o el ambiente de trabajo, hasta las guerras entre países. Es consecuencia de sentirse inseguro y débil y tener que robarle la energía a otro para sentirse bien.

-Espera un momento -protesté-. Algunas guerras debían librarse. Eran necesarias.

-Por supuesto -contestó Wil-. Pero la única razón por la cual un conflicto no puede resolverse de inmediato es que un lado se mantenga en una postura irracional con fines relacionados con la energía.

Wil pareció acordarse de algo. Buscó en una mochila y sacó un montón de papeles unidas con un sujetador.

-¡Casi me olvido! exclamó-. Encontré una copia de la Cuarta Revelación.

Me entregó la copia y no dijo nada más. Miraba adelante sin apartar la vista del camino.

Tomé la linterna que Wil llevaba sobre el tablero y durante los veinte minutos siguientes leí el documento, que era corto. Comprender la Cuarta Revelación, leí, significaba ver el mundo humano como una vasta competencia por la energía, y de ese modo, por el poder.

Sin embargo, una vez que los humanos comprendemos la lucha -continuaba el texto-, de inmediato empezamos a trascender ese conflicto. Empezamos a liberarnos de la competencia por la simple energía humana... porque al fin somos capaces de recibir energía de otra fuente.

Miré a Wil.

-¿Cuál es la otra fuente? -pregunté.

Sonrió, pero no dijo nada.

EL
MENSAJE DE
LOS MÍSTICOS

A la mañana siguiente, me desperté apenas oí a Wil dando vueltas. Habíamos pasado la noche en la casa de uno de sus amigos, y él se hallaba sentado sobre un catre en el medio del cuarto vistiéndose a toda prisa. Afuera todavía estaba oscuro.

-Empaquemos -susurro.

Juntamos la ropa e hicimos varios viajes al jeep con más provisiones que Wil había comprado. El centro del pueblo quedaba a unas cuadras, pero casi no había luces que penetraran la oscuridad. El amanecer era apenas una línea de cielo más claro hacia el este. Salvo unos pájaros que anunciaban la proximidad de la mañana, no se oía sonido alguno.

Cuando terminamos, me quedé en el jeep mientras Wil hablaba brevemente con su amigo, de pie, soñoliento en la galería, que nos veía organizarnos para salir. De pronto oímos ruidos en el cruce. Vimos las luces de tres camionetas que se dirigieron al centro del pueblo y pararon.

-Podría ser Jensen -dijo Wil-. Vamos a ver qué hacen, pero con mucho cuidado.

Atravesamos varias calles y tomamos un callejón que desembocaba en la avenida principal, a unos treinta metros de las camionetas. Dos de los vehículos cargaban combustible, y el otro estaba estacionado frente a la tienda. Había unas cuatro o cinco personas cerca. Vi que Marjorie salía del negocio, dejaba algo en la camioneta, y después caminaba en dirección a nosotros mirando los negocios.

-Baja y ve si puedes lograr que venga con nosotros -susurró Wil-. Los esperaré aquí.

Me escabullí por la esquina y cuando iba caminando hacia ella me quedé horrorizado. Detrás de Marjorie, frente al negocio, vi por primera vez que varios de los hombres de Jensen cargaban armas automáticas. A los pocos instantes, mi espanto se intensificó. En la calle transversal, soldados armados se acercaban con sigilo al grupo de Jensen.

En el preciso instante en que Marjorie me vio, los hombres de Jensen vieron a los otros y se dispersaron. Una ráfaga de metralla llenó el aire. Marjorie me miró con terror en los ojos. Me abalancé sobre ella y la tomé del brazo. Nos metimos en el callejón siguiente. Se oían cada vez más disparos en medio de airados gritos en español. Saltamos por encima de una pila de cajas vacías y caímos con las caras casi juntas.

-¡Vamos! -grité, y me puse de pie. Marjorie se incorporó y me tiró hacia abajo otra vez, indicándome que mirara al final de la calle. Dos hombres con armas se hallaban escondidos de espaldas a nosotros, mirando hacia la otra calle. Nos quedamos helados. Después, los hombres cruzaron la calle y siguieron camino hacia la zona boscosa que había alrededor.

Sabía que debíamos volver a la casa del amigo de Wil, al jeep. Estaba seguro de que Wil iría allí. Avanzamos con cautela hasta la calle siguiente. Por la derecha se oían disparos y gritos, pero no se veía a nadie. Miré hacia la izquierda; nada por ahí tampoco; ningún indicio de Wil. Supuse que había huido.

-Corramos al bosque -le sugerí a Marjorie, que ahora estaba alerta y parecía más resuelta-. Después seguiremos por la orilla del bosque y tomaremos a la izquierda. El jeep está estacionado por allí.

-De acuerdo.

Cruzamos rápidamente la calle y nos alejamos más o menos unos treinta metros de la casa. El jeep seguía allí pero no se veía movimiento por ninguna parte. Cuando nos disponíamos a lanzarnos por la última calle, un vehículo militar dio vuelta la esquina hacia la izquierda y avanzó lentamente en dirección a la casa. Al mismo tiempo, Wil saltó la cerca, arrancó el jeep y salió a toda velocidad en dirección contraria. El vehículo lo siguió.

-¡Maldición! -exclamé.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Marjorie, nuevamente llena de pánico.

Se oían otros disparos en las calles de atrás, esta vez más cerca. Adelante, la selva se hacía más espesa y trepaba por el cordón que se destacaba sobre el pueblo y corría de norte a sur. Era el mismo que había visto antes desde el promontorio.

-¡Vamos a la cima! -grité-. ¡Apúrate!

Subimos varios cientos de metros por la montaña. En una saliente, nos detuvimos y nos volvimos para mirar el pueblo. Vehículos militares parecían brotar de todas partes y numerosos soldados realizaban un patrullaje casa por casa. Más abajo, en la base de la montaña, oí voces apagadas.

Seguimos escalando la montaña. Lo único que podíamos hacer era correr.

Seguimos el cordón hacia el norte toda la mañana, deteniéndonos sólo para agazapamos cuando pasaba algún vehículo paralelo a la montaña a nuestra izquierda. La mayor parte del tránsito eran jeeps militares color gris acero como los que habíamos visto antes, pero cada tanto pasaba algún vehículo civil. Irónicamente, el camino era como un mojón y un punto seguro frente a la naturaleza salvaje que nos rodeaba.

Más adelante, los dos cordones se acercaban y sus pendientes se volvían más abruptas. Salientes dentadas de rocas protegían el valle que había entre ellas. De pronto, vimos que se acercaba un jeep como el de Wil, que se desviaba rápidamente hacia un camino lateral que bajaba al valle.

-Parece Wil -dije, haciendo esfuerzos por ver.

-Bajemos -propuso Marjorie.

-Espera un momento. ¿Y si es una trampa? ¿Si lo capturaron y utilizan el jeep como señuelo?

Su expresión se entristeció.

-Espera aquí -dije-. Bajaré yo. Tú obsérvame. Si todo está bien, te haré señas para que me sigas.

Aceptó a regañadientes. Empecé a bajar la montaña empinada hacia el lugar en que había estacionado el jeep. Entre el follaje, vi vagamente que alguien bajaba del vehículo, pero no podía distinguir quién era. Aferrándome a arbustos y ramas, me abrí camino entre las salientes. Cada tanto me resbalaba en el denso humus.

Por fin el vehículo quedó justo frente a mí en la pendiente opuesta, a unos cien metros. El conductor, recostado contra el guardabarros trasero, seguía todavía en la sombra. Me moví hacia la derecha para ver mejor. Era Wil. Corrí y me resbalé. A último momento, manoteé un tronco de árbol y conseguí sostenerme. Mi estómago se encogió de miedo, ya que si seguía me esperaba una caída de nueve metros o más. No me había muerto por un pelo.

Sin soltarme del árbol, me incorporé e intenté atraer la atención de Wil. Él observaba la parte superior de la montaña sobre mi cabeza, y en un momento sus ojos se posaron en mí. Se sobresaltó y caminó hasta mí entre los arbustos. Le hice una seña para que viera la hondonada.

Estudió el suelo del valle y me gritó:

-No veo la forma de cruzar. Tendrás que bajar al valle y cruzar ahí.

Asentí con la cabeza y estaba a punto de hacerle señas a Marjorie cuando oí acercarse un vehículo a lo lejos. Wil subió volando a su jeep y volvió al camino principal. Yo escalé a toda prisa la colina. Veía a Marjorie entre el follaje, avanzando hacia mí.

De pronto, desde más atrás, llegaron gritos fuertes en español y ruidos de gente que corría. Marjorie se escondió detrás de una saliente rocosa. Yo cambié de rumbo y corrí lo más silenciosamente que pude, hacia la izquierda. Mientras corría, trataba de divisar a

Marjorie entre los árboles. La vi justo en el momento en que gritaba con fuerza mientras dos soldados la tomaban por los brazos y la obligaban a ponerse de pie.

Seguí corriendo pendiente arriba, siempre agachado, con su mirada aterrada fija en mi mente. Una vez en lo alto del cordón, volví a dirigirme hacia el norte; el corazón me latía de pánico.

Después de correr casi dos kilómetros, me detuve y agucé el oído. No oía ni movimientos ni voces. Acostado boca arriba, traté de relajarme y pensar con claridad, pero el espectro horrible de la captura de Marjorie era abrumador. ¿Por qué le había dicho que se quedara sola en la montaña? ¿Qué debía hacer?

Me senté, respiré hondo y miré el camino del otro cordón. Mientras corría no había visto nada de tránsito. Volví a escuchar atentamente: nada, excepto los ruidos habituales de la selva. Poco a poco empecé a calmarme. Después de todo, Marjorie sólo había sido capturada. No era culpable de nada, excepto de huir de un tiroteo. Probablemente la retendrían hasta que establecieran su identidad de auténtica científica.

Una vez más seguí hacia el norte. La espalda me dolía un poco. Me sentía sucio y cansado y de repente experimenté punzadas de hambre. Durante dos horas, caminé sin pensar y sin ver a nadie.

En un momento dado, oí que alguien corría en la pendiente que estaba a mi derecha. Me quedé quieto, alerta, pero los ruidos no se repitieron. En ese lugar los árboles eran más grandes e impedían que el sol llegara al suelo, lo cual espesaba más el sotobosque. Alcanzaba a ver a cuarenta o cincuenta metros. No se movía nada. Pasé al lado de una piedra grande y después junto a varios árboles, tratando de pisar lo más delicadamente posible. Otras tres salientes enormes de piedras se cruzaban en mi camino; pasé al lado de las dos primeras. Ningún movimiento. Llegué a la tercera. Detrás de mí oí crujidos de ramas. Me di vuelta despacio.

Allí, cerca de la roca, estaba el hombre barbudo al que había visto en la casa de Jensen; tenía la mirada salvaje, los brazos le temblaban en tanto me apuntaba al estómago con un arma automática. Parecía esforzarse por recordarme.

-Espera un momento -balbuceé-. Conozco a Jensen.

Me miró con más atención y bajó el arma. Entonces, detrás de nosotros, en el bosque, oímos ruidos de alguien que se movía. El barbudo pasó al lado mío y tomó rumbo al norte con el rifle en una mano. Instintivamente, lo seguí. Los dos corríamos lo más rápido posible, esquivábamos ramas y rocas y de vez en cuando mirábamos hacia atrás.

Después de varios cientos de metros, él tropezó y yo le pasé por encima. Me desplomé entre dos rocas para descansar un poco, mirar para atrás y tratar de detectar algún movimiento. Vi a un soldado solo a unos cincuenta metros. Levantó el rifle y apuntó al hombre grandote, que luchaba por ponerse de pie. Antes de que pudiera advertírselo, el soldado disparó. El pecho del hombre estalló cuando las balas lo atravesaron desde atrás, salpicándome de sangre. Un eco del disparo del rifle llenó el aire.

Por un instante se quedó inmóvil, con los ojos fijos; luego su cuerpo se arqueó hacia adelante y cayó. Reaccioné ciegamente. Volví a correr hacia el norte para alejarme del soldado, manteniendo los árboles entre la zona de la que habían venido las balas y yo. El cordón se volvía más escarpado y rocoso y empezaba a empinarse abruptamente.

El cansancio y el terror me sacudían todo el cuerpo mientras luchaba por abrirme paso entre las salientes. En un momento resbalé y eché un vistazo hacia atrás. El soldado se aproximaba al cadáver. Rodé por una roca justo cuando el soldado alzó la vista. Después la pendiente del cordón se nivelaba y bloqueaba la visión del soldado, de modo que me incorporé y corrí lo más rápido que pude entre las rocas y los árboles. Tenía la mente nublada. Escapar: era lo único en que podía pensar. Aunque no me atrevía a darme vuelta, estaba seguro de oír al soldado corriendo más atrás.

El cordón subía más todavía y, pese a mi decisión de seguir adelante, mis fuerzas empezaban a flaquear. Al final de esa subida, el suelo se nivelaba y se poblaba de árboles altos y malezas exuberantes. Más atrás se alzaba la cara de una roca que tuve que escalar con cuidado, buscando huecos para asirme con manos y pies. Llegué a la punta y mi corazón dio un vuelco ante lo que vi. Una barranca perpendicular de unos treinta metros o más bloqueaba el camino; no podía seguir adelante.

Estaba condenado, acabado. A mis espaldas oía deslizamientos de piedras de las salientes, lo cual indicaba que el soldado se acercaba. Caí de rodillas. Me sentía exhausto, agotado[1] y con un suspiro final me di por vencido y acepté mi destino. Sabía que pronto me alcanzarían las balas. Y, curiosamente, como final para tanto terror, la muerte me parecía casi un alivio bienvenido. Mientras esperaba, mi mente revivió los domingos de la infancia y la inocente contemplación de Dios. ¿Cómo sería la muerte? Traté de abrirme a la experiencia.

Después de un largo periodo de espera durante el cual no tuve noción del tiempo, de repente tomé conciencia de que no había pasado nada. Miré alrededor y por primera vez vi que me encontraba en el pico más alto de la montaña. Otros cordones y acantilados caían a lo lejos, permitiéndome una vista panorámica en todas las direcciones.

Un movimiento atrajo mi mirada. A lo lejos, muy abajo en la pendiente que daba al sur, iba caminando el soldado con el arma perteneciente al hombre de Jensen colgada de un brazo.

Sentí calor en el cuerpo, invadido por una risa silenciosa. ¡Había sobrevivido! Me di vuelta, me senté con las piernas cruzadas y saboreé la euforia. Quería quedarme ahí para siempre. Era un día espléndido de sol y cielo azul.

Mientras estaba allí sentado, me sorprendió la proximidad de las lejanas colinas púrpura, o más bien, la sensación de que estaban cerca. La misma percepción tuve respecto de los pocos copos de nubes blancas que se movían en el cielo. Sentí que podía estirarme y tocarlas con la mano.

Al estirarme hacia el cielo, noté que sentía mi cuerpo de otra manera. Había alzado el brazo con increíble soltura y mantenía la espalda, el cuello y la cabeza perfectamente derechos sin ningún esfuerzo. Desde mi posición -sentado con las piernas cruzadas- me incorporé usando los brazos y me estiré. La sensación era de una levedad total.

Al contemplar las montañas distantes, noté que había una luna diurna a punto de ponerse. Parecía estar en cuarto creciente y colgaba en el horizonte como una taza invertida. Instantáneamente entendí por qué tenía esa forma. El sol, a millones de kilómetros sobre mí, brillaba sólo sobre la punta de la luna que se hundía. Pude percibir el límite exacto entre el sol y la superficie lunar, y ese reconocimiento de alguna manera amplió mi conciencia material aún más rápido.

Imaginé la luna ya hundida en el horizonte y la forma exacta reflejada que debía de presentar a los que habitaban más al oeste. Después, imaginé qué aspecto tendría cuando pasara exactamente debajo de mí al otro lado del planeta. Allí, la gente la vería llena porque el sol, sobre mi cabeza, brillaría pasando la Tierra y daría de frente sobre la luna.

Este cuadro hizo subir una ráfaga de sensaciones por mi columna y mi espalda pareció enderezarse aún más cuando pensé, no, experimenté, que la misma cantidad de espacio que comúnmente sentía sobre mi cabeza también existía debajo de mis pies, al otro lado del globo. Por primera vez en mi vida, supe que la redondez de la Tierra no era un concepto intelectual sino una sensación real.

En un nivel, esa conciencia me excitaba, pero en otro resultaba perfectamente común y natural. Todo lo que quería hacer era sumergirme en la sensación de estar suspendido, flotando en un espacio que existía en todas las direcciones. Más que tener que impulsarme fuera de la Tierra con las piernas mientras estaba allí parado, resistiendo a la gravedad de la Tierra, sentía que algo me retenía por una fuerza ascensional interna, como si estuviera lleno,

como un globo, de helio suficiente para flotar sobre el suelo y tocarlo apenas con los pies. Era como hallarme en un estado atlético perfecto, después de un año de ejercicio intenso, sólo que mucho más coordinado y liviano.

Me senté de nuevo en la roca, y, otra vez, todo me pareció cercano: la saliente escarpada en la que estaba sentado, los árboles altos más abajo en la pendiente y las demás montañas en el horizonte. Y mientras veía cómo se mecían suavemente las ramas de los árboles con la brisa, experimenté no sólo una percepción visual del hecho en sí, sino también una sensación física, como si las ramas que se movían con el viento fueran cabellos de mi cuerpo.

Percibí que todo era, de alguna manera, parte de mí. Estar sentado en el pico de la montaña, mirando el paisaje que bajaba desde donde yo estaba en todas direcciones, era exactamente como silo que yo siempre había conocido como mi cuerpo físico fuera apenas la cabeza de un cuerpo mucho más grande formado por todo lo que podía ver. Experimenté el universo entero mirándose a través de mis ojos.

Esta percepción trajo un recuerdo a mi memoria. Mi mente retrocedió en el tiempo, más allá del inicio de mi viaje a Perú, más allá de mi infancia y mi nacimiento. Tuve clara conciencia de que mi vida no había empezado con mi concepción y mi nacimiento en este planeta, sino mucho antes, con la formación del resto de mí, mi cuerpo real, el universo mismo.

La ciencia de la evolución siempre me aburrió, pero en ese momento, en tanto mi mente continuaba retrocediendo en el tiempo, todas las cosas que había leído sobre el tema empezaron a volver a mí, incluso conversaciones con el amigo que se parecía a Reneau. Recordé que ése era el campo que le interesaba: la evolución.

Todo conocimiento se fusionaba con recuerdos reales. De alguna manera, recordaba lo que había ocurrido, y el recuerdo me permitía ver la evolución de una forma distinta.

Vi cómo explotó la primera materia en el universo y me di cuenta de que, tal como decía la Tercera Revelación, no era sólida. La materia era sólo energía que vibraba en cierto nivel, y al comienzo la materia existía sólo en su forma vibratoria más simple: el elemento que llamamos hidrógeno. Era lo único que había en el universo, sólo hidrógeno.

Observé cómo los átomos de hidrógeno empezaban a gravitar juntos, como si el principio rector, el impulso de esa energía, fuera empezar un movimiento en un estado más complejo. Y cuando los focos de ese hidrógeno alcanzaron una densidad suficiente, empezó a calentar y arder hasta convertirse en lo que llamamos estrella; y al arder, el hidrógeno se fusionó y saltó a la siguiente vibración más alta, el elemento conocido como helio.

Mientras miraba, esas primeras estrellas envejecieron y al final estallaron y vomitaron el hidrógeno restante y el helio recién creado en el universo. Y todo el proceso volvió a empezar. El hidrógeno y el helio gravitaron juntos hasta que la temperatura fue lo bastante alta como para que se formaran nuevas estrellas y a su vez fusionaron el helio, creando el elemento litio, que vibraba en el nivel inmediatamente superior.

Y así sucesivamente... cada generación de estrellas creó materia que antes no existía hasta que se formó el amplio espectro de materia -los elementos químicos básicos- y se diseminó por todas partes. La materia evolucionó a partir del elemento hidrógeno, la vibración más simple de energía, hasta el carbono, que vibraba a un ritmo sumamente alto. Quedó así preparado el escenario para la siguiente etapa de la evolución.

Cuando se formó nuestro sol, focos de materia entraron en su órbita y uno de ellos, la Tierra, contenía todos los elementos recién creados, incluido el carbono. Al enfriarse la Tierra, los gases capturados en un momento en la masa fundida emigraron a la superficie y se fusionaron para formar vapor de agua, y llegaron las grandes lluvias, que formaron océanos sobre la costra entonces yerma. Luego el agua cubrió gran parte de la superficie terrestre, los cielos se aclararon y el sol, brillante y abrasador, bañó el nuevo mundo con luz, calor y radiación.

Y en los pozos y lagunas poco profundos, en medio de las grandes tormentas eléctricas que periódicamente asolaban el planeta, la materia saltó más allá del nivel vibratorio del carbono hasta un estado más complejo aún: la vibración representada por los aminoácidos. Sin embargo, por primera vez, ese nuevo nivel de vibración no era estable en y por sí mismo. La materia debía absorber constantemente otra materia para mantener su vibración. Tenía que comer. Había surgido la vida, la nueva embestida de la evolución.

Restringida todavía a vivir sólo en el agua, vi cómo esta vida se dividía en dos formas distintas. Una forma -la que llamamos plantas- vivía en la materia inorgánica y transformaba esos elementos en alimentos utilizando el dióxido de carbono de la atmósfera primitiva. Como subproducto, las plantas liberaban por primera vez oxigeno al mundo. La vida de las plantas se difundió con rapidez en los océanos y al fin también en la tierra.

La otra forma -lo que llamamos animales- absorbió solamente vida orgánica para sostener su vibración. Los animales llenaron los océanos en la gran era de los peces y, una vez que las plantas hubieron liberado suficiente oxígeno en la atmósfera, empezaron su propio camino hacia la tierra.

Vi cómo los anfibios -mitad peces, mitad algo nuevo- abandonaban el agua por primera vez y desarrollaban pulmones para respirar el nuevo aire. Luego la materia volvió a dar un salto a los reptiles y éstos cubrieron la Tierra en el gran período de los dinosaurios. Después aparecieron los mamíferos de sangre caliente y a su vez cubrieron la Tierra, y me di cuenta de que cada especie que surgía representaba vida-materia-que pasaba a la vibración inmediatamente superior. Al final, la progresión terminó. En el pináculo quedó la humanidad.

La humanidad. La visión terminó. En un solo pantallazo había visto toda la historia de la evolución, la historia de la aparición de la materia y su posterior desarrollo, como si siguiera un plan trazado, hacia vibraciones cada vez mas elevadas, creando las condiciones exactas para que, por último, surgieran los seres humanos... para que surgiera cada uno de nosotros, en tanto individuos.

Sentado allí en la montaña, casi podía captar que esa evolución se extendía aún más en las vidas de los seres humanos. Una evolución más profunda se relacionaba de alguna manera con la experiencia de las coincidencias en la vida. En esos hechos había algo que nos llevaba adelante en la vida y creaba una vibración más alta que impulsaba a su vez la evolución hacia adelante. Sin embargo, pese a mis esfuerzos, no lograba comprender.

Durante un rato largo, permanecí sentado en ese precipicio rocoso, consumido por la paz y la plenitud. De repente tomé conciencia de que el sol empezaba a ponerse al oeste. También vi que a un kilómetro y medio de allí, hacia el nordeste, había una especie de pueblo.

Podía distinguir las formas de los techos. El camino del cordón occidental parecía terminar directamente ahí.

Me levanté y empecé a bajar entre las rocas. Reí con todas mis fuerzas. Todavía seguía conectado con el paisaje, de modo que sentía que caminaba junto a mi propio cuerpo y, más aún, que exploraba zonas de mi propio cuerpo. La sensación era regocijante.

Bajé entre farallones y árboles. El sol de la tarde dibujaba largas sombras sobre el suelo de la selva. A mitad de camino, llegué a una zona particularmente densa de árboles grandes, y al ingresar en ella experimenté un cambio perceptible en mi cuerpo; me sentí más leve y coordinado todavía. Me detuve y miré con atención los árboles y los arbustos más bajos, concentrándome en su forma y su belleza. Veía chispazos de luz blanca y algo que parecía un resplandor rosado alrededor de cada planta.

Seguí caminando hasta llegar a un torrente que irradiaba un color azul claro, y me invadió una tranquilidad aún mayor e incluso soñolencia. Por último, atravesé el valle y subí al cordón montañoso siguiente hasta llegar al camino. Trepé hasta la superficie de ripio y caminé distraído por el borde hacia el norte.

Adelante, divisé a un hombre con sotana que circundaba la siguiente loma. Verlo me

causó un estremecimiento. Totalmente libre de temor, caminé más rápido para alcanzarlo y hablar con él. Estaba seguro de que sabría con exactitud qué decir y qué hacer. Tenía una sensación de bienestar perfecto. Pero, para mi gran sorpresa, el hombre había desaparecido. Hacia la derecha, otro camino desembocaba en el valle, pero no veía a nadie por ese lado. Corrí un poco por la ruta principal pero tampoco allí vi a nadie. Pensé en regresar y tomar el camino por el cual venía, pero sabia que el pueblo estaba más adelante, de manera que continué por ése. Aun así, volví a pensar varias veces en el otro camino.

Unos cien metros más adelante, cuando bordeaba otra curva, oí un ruido de motores. Por entre los árboles, vi una hilera de camiones militares que se acercaban a alta velocidad. Por un instante vacilé, pensando que podía seguir donde me hallaba, pero enseguida recordé el terror del tiroteo en la montaña.

Apenas tuve tiempo de arrojarme fuera del camino hacia la derecha y quedarme quieto. Pasaron diez jeeps. Yo había aterrizado en un lugar completamente expuesto y lo único que podía esperar era que nadie mirara hacia mi lado. Los vehículos pasaban a seis metros de distancia uno de otro. Podía oler el humo de los escapes y ver la expresión en cada cara.

Por suerte, nadie me vio. Cuando ya estaban bien lejos, me deslicé debajo de un árbol grande. Me temblaban las manos y mi sensación de paz y conexión se había hecho pedazos. Una puntada de angustia ya familiar se anudaba en mi estómago. Volví al camino. El ruido de más vehículos me hizo volver a toda prisa a la pendiente; pasaron dos jeeps más. Sentí náuseas.

Esta vez me mantuve bien apartado del camino y retrocedí por donde había venido, moviéndome con mucha cautela. Llegué al camino por el cual había pasado antes. Después de cerciorarme de cualquier ruido o movimiento, decidí atravesar el bosque de atrás que se abría al valle. Mi cuerpo parecía pesado otra vez. ¿Qué había hecho?, me preguntaba. ¿Por qué había avanzado por el camino? Tenía que estar loco, alucinado por el *shock* del tiroteo, sumergido en algún estado de euforia. Vuelve a la realidad, me dije. Debes tener cuidado. ¡Aquí hay personas que quieren matarte si cometes el más mínimo error!

Me quedé helado. Enfrente, a unos treinta metros, estaba el sacerdote, sentado bajo un árbol grande, rodeado de numerosas salientes rocosas. Mientras lo observaba, abrió los ojos y me miró. Retrocedí, pero él sonrió y me hizo señas de que me acercara.

Con cautela, avancé hacia él. No se movió. Era un hombre alto y delgado, de unos cincuenta años. Tenía el pelo corto, castaño oscuro, del mismo color que los ojos.

-Por su aspecto, parecería que necesita dormir -dijo en un inglés perfecto.

-¿Quién es usted? -pregunté.

-Soy el padre Sánchez. ¿Y usted?

Le expliqué quién era y de donde venía, al tiempo que caía, un poco mareado, primero sobre una rodilla y después sobre mis nalgas.

-Estuvo presente en lo que sucedió en Cula, ¿no?

-preguntó.

-¿Qué sabe sobre eso? -repliqué con desconfianza.

-Sé que alguien de este gobierno está muy enojado -dijo-. No quieren que se publicite el Manuscrito.

-¿Por qué? -inquirí.

Se puso de pie y me miró.

-¿Por qué no viene conmigo? Nuestra misión queda a unos tres kilómetros de aquí. Se hallará a salvo con nosotros.

Me puse de pie con mucha dificultad, consciente de que no tenía opción, y asentí con un movimiento de cabeza. Me condujo lentamente camino abajo, con modales respetuosos y estudiados. Al hablar sopesaba cada palabra.

-¿Los soldados lo buscan todavía? -preguntó en un momento.

-No sé -respondí.

Por unos minutos no dijo nada y luego me preguntó:

-¿Usted busca el Manuscrito?

-Ya no -dije-. En este momento, lo único que quiero es sobrevivir y volver a casa.

Asintió con un gesto tranquilizador y en ese momento empecé a confiar en él. Algo en su mirada y su calidez me afectaron. Me recordaba a Wil. Para entonces llegamos a la misión, formada por un puñado de casitas que daban a un patio y una pequeña iglesia. Estaba ubicada en un lugar bellísimo. Al entrar, el cura dijo algo en español a otros hombres con hábito que estaban allí, y éstos se dispersaron. Traté de ver adónde iban, pero el cansancio me consumía. El sacerdote me llevó a una de las casas.

Adentro había una salita y dos habitaciones. Un fuego ardía en la chimenea. A poco de entrar, apareció otro sacerdote trayendo una bandeja con pan y sopa. Comí mientras Sánchez permanecía sentado a mi lado. Luego, ante su insistencia, me acosté en una de las camas y me dormí profundamente.

Al salir al patio, noté de inmediato que estaba inmaculado. Los senderos de ripio bordeaban arbustos y setos dispuestos en forma precisa. Cada uno parecía dispuesto de modo de acentuar su forma natural plena. Ninguno estaba podado.

Me desperecé y sentí la camisa almidonada que me había puesto. Era de algodón y me raspaba un poco el cuello. Sin embargo, estaba limpia y recién planchada. Un rato antes, me había despertado cuando dos sacerdotes derramaban agua caliente en un fuentón y extendían ropa limpia. Después de bañarme y vestirme fui a la otra habitación y encontré bollos calientes y fruta desecada sobre la mesa. Comí con voracidad mientras los sacerdotes me miraban. Para cuando terminé, ya se habían ido y salí adonde me encontraba ahora.

Caminé y me senté en uno de los bancos de piedra que miraban hacia el patio. El sol apenas asomaba por encima de los árboles y me calentaba la cara.

-¿Cómo durmió? -me preguntó una voz desde atrás. Me di vuelta y vi al padre Sánchez, parado muy derecho y sonriente.

-Muy bien -respondí.

-¿Puedo quedarme?

-Por supuesto.

Ninguno de los dos habló durante varios minutos, tantos que, en realidad, empecé a sentirme un poco incómodo. Lo miré, dispuesto a decir algo, pero él miraba en dirección al sol, con la cara ligeramente echada hacia atrás y los ojos parpadeantes.

Al final habló:

-Qué buen lugar encontró. -Al parecer se refería al banco a esa hora de la mañana.

-Mire, necesito pedirle un consejo -dije-. ¿Cuál es la forma más segura de volver a los Estados Unidos?

Me miró serio.

-No lo sé. Depende de cuán peligroso crea el gobierno que es usted. Cuénteme cómo fue a parar a Cula.

Le conté todo desde el momento en que oí hablar del Manuscrito. Mi sensación de euforia en la montaña ahora parecía extravagante y pretenciosa, así que apenas la mencione. Sin embargo, Sánchez me interrogó enseguida sobre el tema.

-¿Qué hizo cuando el soldado no lo vio y se fue? -preguntó.

-Me senté durante unas horas -respondí-, con una sensación de alivio, supongo.

-¿Qué más sintió?

No sabía dónde meterme; de todos modos, intenté una descripción.

-Es difícil de describir -dije-. Sentí una conexión eufórica con todo, y una especie de

seguridad y de confianza total. Se me fue el cansancio por completo.

Sonrió.

-Tuvo una experiencia mística. Muchas personas dicen tenerlas en esa selva cercana al pico.

Asentí.

Se volvió en el banco para mirarme de manera más directa.

-Es la experiencia que siempre han descripto los místicos de todas las religiones. ¿Leyó algo acerca de ellas?

-Un poco, hace años -repuse.

-¿Pero hasta ayer era sólo un concepto intelectual?

-Supongo que, si.

Se acercó un sacerdote joven, que me saludó con un gesto y después le susurró algo a Sánchez. Éste asintió y el otro se alejó. El sacerdote más viejo observó todo lo que hacía el joven. Cruzó el patio y entró en un área parecida a un parque, a unos treinta metros de allí. Noté por primera vez que ese sector también estaba sumamente prolijo y lleno de plantas muy variadas. El cura joven se dirigió a varios lugares, vacilando frente a cada uno como si buscara algo hasta que en un sitio específico se sentó. Parecía estar haciendo algún ejercicio.

Sánchez sonrió, aparentemente satisfecho, y luego volvió a concentrar su atención en mí.

-Creo que podría ser riesgoso que intentara regresar enseguida dijo-. Pero trataré de averiguar cuál es la situación y si hay alguna novedad sobre sus amigos. -Se puso de pie y me miro. -Debo cumplir algunos deberes. Por favor, tenga la seguridad de que lo ayudaremos todo lo posible. Por ahora, espero que se sienta cómodo aquí. Descanse y recupere fuerzas.

Asentí.

Revisó en su bolsillo y sacó unos papeles, que me entregó.

-Ésta es la Quinta Revelación. Habla del tipo de experiencia que tuvo usted. Me parece que puede resultarle interesante.

La tomé con reticencia mientras él seguía hablando.

-¿Qué idea le quedó de la última revelación que leyó? -preguntó.

Vacilé. No quería pensar en manuscritos ni revelaciones. Al final dije:

-Que los seres humanos estamos bloqueados en una especie de competencia por la energía del otro. Cuando conseguimos que otros acepten nuestra opinión y se identifiquen con nosotros, les quitamos su energía y eso nos hace sentir más fuertes.

Sonrió.

-¿O sea que el problema estaría en que todos tratamos de controlamos y manipulamos por la energía, porque sentimos que nos falta?

-Eso es.

-¿Pero hay otra solución, otra fuente de energía?

-Eso es lo que da a entender la última revelación.

Asintió y se dirigió con decisión a la iglesia.

Durante unos momentos, me incliné con los codos apoyados en las rodillas sin mirar la traducción. Seguía sintiéndome reticente. Los hechos de los dos últimos días habían opacado mi entusiasmo y prefería pensar cómo volvería a los Estados Unidos. De pronto, en el sector boscoso al otro lado del sendero, vi que el sacerdote joven se levantaba y caminaba lentamente hacia otro lugar a unos seis metros de donde estaba. Se volvió de nuevo hacia mi y se sentó.

Me intrigaba saber qué hacía. Se me ocurrió que tal vez estuviera practicando algo que se mencionaba en el Manuscrito. Miré la primera página y empecé a leer.

Describía una nueva comprensión de lo que durante mucho tiempo ha sido denominado "conciencia mística". Decía que en las últimas décadas del siglo XX esta conciencia se difundiría como una forma de ser realmente asequible, una forma que ha sido demostrada por

practicantes más esotéricos de muchas religiones. Para la mayoría de ellos, esta conciencia seguiría siendo un concepto intelectual, susceptible únicamente de ser tratado y debatido. Pero para un número cada vez mayor de seres humanos, esta conciencia pasaría a ser experimentalmente real, en razón de que estos individuos experimentarían chispazos o destellos de ese estado mental en el transcurso de sus vidas. El Manuscrito decía que esta experiencia era esencial para poner fin al conflicto humano en el mundo, ya que mientras la experimentamos recibimos energía de otra fuente: una fuente que a la larga aprenderemos a aprovechar a voluntad.

Dejé de leer y miré otra vez al sacerdote joven. Tenía los ojos abiertos y parecía mirarme directamente. Hice un movimiento con la cabeza, pese a que no podía distinguir los detalles de su cara. Para mi gran sorpresa, él también hizo un gesto con la cabeza y me sonrió. Luego se puso de pie y caminó hacia mi izquierda para ir a la casa situada sobre ese lado. Cuando lo observé atravesar el patio y entrar en la vivienda, eludió mi mirada.

Oí pasos a mis espaldas y me volví; vi a Sánchez saliendo de la iglesia. Me sonrió y se acercó.

-No le llevó demasiado tiempo –dijo-. ¿Quiere recorrer un poco el lugar?

-Sí, me gustaría -respondí-. Háble me de ese jardín que tienen ahí -y señalé hacia el sector en que antes se hallaba el sacerdote joven.

-Caminemos un poco -propuso.

Cuando íbamos atravesando el patio, Sánchez me dijo que la misión tenía más de cuatrocientos años y que la había fundado un misionero español muy singular, convencido de que la única manera de convertir a los indígenas locales era a través del corazón, no de la espada. El enfoque había dado resultado y, en parte debido a ese éxito y en parte debido a lo remoto del lugar, el sacerdote había quedado solo para continuar su obra.

-Seguimos adelante con su tradición de mirar hacia adentro para buscar la verdad -concluyó Sánchez.

El jardín estaba inmaculado. Habían despejado aproximadamente medio acre de selva densa, y los arbustos y plantas que crecían abajo estaban surcados por caminos hechos con piedras de río lisas. Al igual que las del patio, la distribución de los espacios entre las plantas era perfecta, lo que acentuaba su forma singular.

-¿Dónde le gustaría sentarse? -preguntó Sánchez.

Analicé las opciones. Frente a nosotros había varios sectores arreglados, rincones que parecían completos en sí mismos. Todos contenían espacios abiertos rodeados de bellas plantas y rocas y árboles más grandes de diversas formas. Uno, a nuestra izquierda, donde había estado sentado el sacerdote joven, tenía más salientes de piedra.

-¿Qué tal ahí? -pregunté.

Asintió y fuimos a sentarnos. Sánchez respiró hondo durante varios minutos y luego me miró.

-Cuénteme algo más sobre su experiencia en la montaña -me pidió.

Me resistía un poco.

-No sé qué más puedo decir. No duró.

El sacerdote me miró con severidad.

-El hecho de que terminara cuando usted se asustó no niega su importancia, ¿no? Tal vez sea algo digno de recuperar.

-Tal vez -admití-. Pero me cuesta concentrarme en lo cósmico cuando alguien trata de matarme.

Se rió.

-¿Usted está estudiando el Manuscrito aquí, en la misión? -pregunté.

-Sí-respondió-. Enseñamos a otros cómo continuar el tipo de experiencia que tuvo usted en la montaña. No le molestaría revivir esa sensación, ¿no es cierto?

Se oyó una voz proveniente del patio: un sacerdote llamaba a Sánchez. El anciano se disculpó, fue hasta el patio y habló con el cura que lo había llamado. Volví a sentarme y me puse a mirar las plantas y las rocas cercanas, sacando mis ojos ligeramente de foco. Alrededor del arbusto más cercano distinguí apenas una zona de luz, pero cuando traté de verla en las rocas, no capté nada.

Entonces vi que regresaba Sánchez.

-Tengo que salir un momento -dijo al llegar-. Iré al pueblo para asistir a una reunión. Tal vez obtenga alguna información sobre sus amigos, o al menos averigüe si es seguro que viaje.

-Muy bien –repuse-. ¿Regresará hoy mismo?

-No creo -respondió-. Más vale mañana a la mañana.

Debo de haberme mostrado inquieto, porque se acercó y me puso la mano en el hombro.

-No se preocupe. Aquí está seguro. Por favor, póngase cómodo. Dé una vuelta. Puede hablar con cualquiera de los sacerdotes, pero piense que algunos son más receptivos que otros, según su desarrollo.

Asentí.

Sonrió, desapareció detrás de la iglesia y subió a un viejo camión que hasta el momento yo no había visto. Al cabo de varios intentos, arrancó, pasó por detrás de la iglesia y tomó el camino que llevaba al cordón de montañas.

Me quedé varias horas en el jardín, ordenando mis pensamientos y preguntándome si Marjorie estaría bien y si Wil habría escapado. Varias veces me vino a la mente la imagen del hombre de Jensen en el momento en que lo habían matado, pero traté de apartar ese recuerdo y permanecer tranquilo.

Aproximadamente a mediodía, vi que varios sacerdotes preparaban una mesa larga en el centro del patio con fuentes de comida. Al terminar, se acercaron unos doce o más sacerdotes y empezaron a servirse en sus platos y a comer en los bancos de manera informal. Casi todos sonreían, pero no se los oía conversar demasiado. Uno de ellos me vio y señaló la comida.

Asentí, fui al patio y me serví un plato de cereales y porotos. Todos los sacerdotes parecían conscientes de mi presencia pero ninguno me hablaba. Hice varios comentarios sobre la comida. Mis palabras fueron recibidas sólo con sonrisas y gestos corteses. Si intentaba mirarlos directamente, bajaban los ojos.

Me senté a comer solo en uno de los bancos. Las verduras y los porotos no tenían sal sino que estaban condimentados con especias y hierbas. Una vez terminado el almuerzo, mientras los sacerdotes apilaban los platos en la mesa, otro religioso salió de la iglesia y se sirvió rápidamente un plato. Se volvió para buscar un lugar y nuestras miradas se cruzaron. Sonrió y reconocí que era el sacerdote que me había mirado antes desde el jardín. Le devolví la sonrisa, me acerqué y él me habló estilo Tarzán.

-¿Puedo sentarme en banco con usted? -preguntó.

-Sí, por favor -respondí.

Se sentó y empezó a comer con lentitud. Masticaba mucho la comida y, cada tanto, me sonreía. Era petizo y pequeño, de aspecto nervioso y pelo color carbón. Tenía ojos' castaño claro.

-¿Gusta la comida? -me pregunto.

Yo tenía mi plato en la falda. Había quedado algo de cereal.

-Oh, sí-dije, y comí un bocado. Volví a notar con qué lentitud y decisión masticaba y traté de hacer lo mismo; entonces me di cuenta de que todos los sacerdotes habían comido así.

-¿Las verduras son de la misión? -pregunté. Antes de responder, tragó lentamente.

-Sí, la comida es muy importante.

-¿Medita con las p]antas? -pregunté.

Me miró con obvia sorpresa.

-¿Leyó Manuscrito? -preguntó.

-Sí, las primeras cuatro revelaciones.

-¿Cultivó alimentos? -preguntó.

-No. Apenas estoy aprendiendo algo de esto.

-¿Ve campos de energía?

-Sí, a veces.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras él comía con cuidado varios bocados mas.

-La comida es la primera forma de ganar energía -dijo.

Asentí.

-Pero para absorber totalmente la energía de los alimentos, la comida debe apreciarse, eh...

Parecía tener dificultad en encontrar la palabra correcta en inglés.

-Saborearse -dijo al final-. El gusto es la puerta de entrada. Hay que valorar el gusto. Por esa razón se reza antes de comer. No solamente para agradecer, sino para que comer sea una experiencia santa y así el alimento pueda entrar en el cuerpo.

Me miró atentamente, como para ver si comprendía.

Asentí sin hacer ningún comentario.

Lo que me decía, pensé, era que esa apreciación deliberada de la comida era el propósito real de la costumbre religiosa normal de dar las gracias, con el consiguiente resultado de una mayor absorción de energía de los alimentos.

-Pero ingerir alimentos es solamente el primer paso –continuó-. Una vez que la energía personal aumenta de esta forma, nos volvemos más sensibles a la energía de todas las cosas y después aprendemos a incorporar esa energía sin comer.

Asentí.

-Todo lo que nos rodea tiene energía -prosiguió-. Sin embargo, cada cosa tiene su tipo especial. Por eso hay lugares que aumentan la energía más que otros. Depende de cómo encaja nuestra forma con la energía de cada uno.

-¿Eso es lo que estaba haciendo antes allá? -pregunté-. ¿Aumentar su energía?

-Si.

-¿Cómo lo hace? -pregunté.

-Hay que abrirse, conectarse, usar el sentido de la apreciación, como para ver los campos. Pero se lo lleva un poco más lejos, para tener la sensación de ser colmado.

-No estoy seguro de poder seguirlo.

Mi estupidez lo hizo fruncir el entrecejo.

-¿Le gustaría regresar al jardín? Puedo mostrárselo.

-Está bien -acepté-. ¿Por qué no?

Lo seguí. Cruzamos el patio para volver al jardín. Al llegar, se detuvo y miró en derredor, como buscando algo.

-Allí -dijo, y señaló un sitio que limitaba con la selva densa.

Seguimos el camino serpenteante entre árboles y arbustos. Escogió un lugar frente a un gran árbol que brotaba de un terraplén con piedras de manera tal que su inmenso tronco parecía trepar por las rocas. Las raíces envolvían y recorrían las piedras hasta que al fin alcanzaban el suelo. Pequeños arbustos con flores crecían en semicírculos frente al árbol, y detecté una extraña fragancia dulce de unos pimpollos amarillos. Atrás, la densa selva formaba una sólida cortina verde.

El sacerdote me hizo sentar en un punto despejado entre los arbustos, de frente al árbol nudoso. Él se sentó al lado.

-¿Le parece que este árbol es bello? -preguntó.

-Sí.

-Entonces... siéntalo... eh...

Otra vez, parecía luchar por encontrar la palabra. Pensó un instante y me preguntó:

-El padre Sánchez me contó que tuvo una experiencia en la montaña. ¿Recuerda cómo se sentía?

-Me sentía liviano, seguro y conectado.

-¿Conectado, cómo?

-Es difícil de describir -repuse-. Como si todo el paisaje fuera parte de mí.

-Pero, ¿cómo era la sensación?

Pensé un minuto. ¿Cuál era la sensación? Y entonces se me ocurrió.

-Amor -respondí-. Creo que sentí amor por todo.

-Sí –dijo-. Eso es. Sienta lo mismo por el árbol.

-Espere un momento -protesté-. El amor es algo que simplemente ocurre. No puedo obligarme a amar algo.

-Usted no se obliga a amar -replicó-. Deja que el amor entre en usted. Pero para hacerlo debe disponer su mente recordando qué sentía y tratar de sentirlo de nuevo.

Miré el árbol y traté de recordar la emoción que experimenté en la montaña. Poco a poco, empecé a admirar su forma y su presencia. Mi apreciación aumentó hasta que en verdad sentí una emoción de amor. La sensación era exactamente la que recuerdo haber sentido, de chico, por mi madre, y de joven, por una chiquilla especial que era objeto de mi "primer amor". No obstante, pese a que había estado mirando el árbol, ese amor en particular existía como una sensación general de fondo. Estaba enamorado de todo.

El sacerdote se alejó más de un metro y me miró con intensidad.

-Bien -dijo-. Está aceptando la energía.

Noté que tenía los ojos ligeramente fuera de foco.

-¿Cómo lo sabe? -pregunté.

-Porque veo que su campo de energía aumenta.

Cerré los ojos y traté de alcanzar las intensas sensaciones que había adquirido en la cima del cordón, pero no conseguía repetir la experiencia. Lo que sentía estaba en el mismo *continuum* pero en un grado inferior al de antes. El fracaso me frustró.

-¿Qué pasó? -preguntó-. Su energía cayó.

-No sé -respondí-. No podía hacerlo con la fuerza de antes.

Se limitó a mirarme, primero divertido y luego con impaciencia.

-Lo que experimentó en la montaña fue un regalo, un avance, la visión de un camino nuevo. Ahora debe aprender a obtener esa experiencia solo, poquito a poco.

Se deslizó unos treinta centímetros más lejos y otra vez me miró.

-Vuelva a intentarlo.

Cerré los ojos y traté de sentir profundamente. Hasta que, me invadió de nuevo la emoción. La retuve, tratando de aumentar la sensación en pequeñas medidas. Concentré mi mirada en el árbol.

-Así está muy bien -aprobó el sacerdote de repente-. Está recibiendo energía y dándosela al árbol.

Lo miré a los ojos.

-¿Se la estoy devolviendo al árbol?

-Cuando apreciamos la belleza y la singularidad de las cosas recibimos energía -explicó-. Cuando alcanzamos un nivel en el que sentimos amor, podemos enviar la energía de vuelta con sólo desearlo.

Durante un rato largo, me quedé sentado allí con el árbol. Cuanto más me concentraba en él y admiraba su forma y color, más amor adquiría en forma general; era una experiencia inusual. Imaginé que mi energía fluía y llenaba el árbol, pero no la veía. Sin cambiar mi enfoque, noté que el padre se levantaba y se alejaba.

-¿Qué se ve cuando le doy energía al árbol? -pregunté.

Describió la percepción en detalle y reconocí el mismo fenómeno que había presenciado cuando Sarah proyectaba energía en el filodendro, en Vicente. Si bien Sarah lo había logrado, al parecer no era consciente de que hacía falta un estado de amor para que se produjera la proyección. Sin duda habría adquirido un estado de amor naturalmente, sin darse cuenta.

El sacerdote caminó en dirección al patio y desapareció de mi campo visual. Yo me quedé en el jardín hasta el crepúsculo.

Cuando entré en la casa, los dos sacerdotes me saludaron cortésmente con un gesto. Un fuego aplacaba el frío de la noche y varias lámparas de aceite iluminaban la sala. El aire olía a legumbres, o quizás a papas o sopa. Sobre la mesa había un recipiente de cerámica, varias cucharas y una bandeja con cuatro rebanadas de pan.

Uno de los sacerdotes se dio vuelta y se fue sin mirarme; el otro, con los ojos bajos, indicó con la cabeza una gran cacerola de hierro apoyada en la chimenea junto al fuego. Por debajo de la tapa, salía una manija. En cuanto vi la cacerola, el segundo sacerdote preguntó:

-¿Precisa algo más?

-Creo que no -dije-. Gracias.

Asintió y también salió, dejándome solo. Levanté la tapa de la cacerola: sopa de papas. Tenía un aroma delicioso. Vertí varios cucharones en un plato y me senté a la mesa; luego saqué de mi bolsillo la parte del Manuscrito que me había dado Sánchez y lo puse junto a mi plato con la intención de leer. Pero la sopa estaba tan buena que me concentré por entero en comer. Después de terminar, coloqué los platos en una sartén grande y miré el fuego, hipnotizado, hasta que las llamas se consumieron. Luego, apagué las lámparas y me fui a dormir.

A la mañana siguiente, me desperté a la madrugada sintiéndome totalmente renovado. Afuera, una niebla matinal cubría el patio. Alimenté el fuego con varios pedazos de troncos sobre los carbones y lo aticé hasta que prendió. Estaba por ir a la cocina a buscar comida cuando oí que se acercaba el camión de Sánchez.

Salí cuando él aparecía por detrás de la iglesia, con una mochila en una mano y varios paquetes en la otra.

-Tengo noticias -dijo, y me hizo señas de que entrara con él en la casa.

Vinieron entonces varios otros sacerdotes con tortas y bollos de maíz y más fruta desecada. Sánchez saludó a todos, se sentó conmigo a la mesa y los demás se fueron a toda prisa.

-Asistí a una reunión de varios de los sacerdotes del Concilio del Sur -me contó-. Fuimos a hablar del Manuscrito. El tema eran las acciones agresivas del gobierno. Es la primera vez que un grupo de sacerdotes se reúne públicamente en apoyo a este documento, y acabábamos de empezar nuestra discusión cuando un representante del gobierno golpeó a la puerta y solicitó que lo dejáramos entrar.

Hizo una pausa para servirse, y comió varios bocados que masticó a fondo.

-El representante -continuó- nos aseguró que el único propósito del gobierno era proteger el Manuscrito de una explotación externa. Nos informó que todas las copias que se hallan en manos de ciudadanos peruanos deben ser autorizadas. Dijo que comprendía nuestra preocupación pero nos pidió que respetáramos la ley y devolviéramos las copias. Prometió que el gobierno emitirá duplicados y nos los devolverá.

-¿Se las dieron? -pregunté.

-Por supuesto que no.

Seguimos comiendo durante unos momentos. Yo trataba de masticar bien para apreciar el gusto.

-Lo interrogamos sobre la violencia en Cula -prosiguió-; nos dijo que fue una reacción necesaria contra un hombre llamado Jensen, y que varios de sus hombres eran agentes armados de otro país. Dijo que pensaban encontrar y robar la parte no descubierta del Manuscrito y sacarla de Perú, o sea que el gobierno no había tenido más remedio que arrestarlos. No se habló de usted ni de sus amigos.

-¿Le creyeron al hombre del gobierno?

-No. Cuando se fue, continuamos la reunión. Acordamos llevar adelante una política de resistencia pacífica. Seguiremos haciendo copias y distribuyéndolas con cautela.

-¿Los responsables de su iglesia les permitirán hacer eso?

-pregunté.

-No sabemos -repuso Sánchez-. Los mayores de la iglesia desaprueban el Manuscrito, pero hasta ahora no han investigado seriamente quiénes tienen que ver con él. Nuestra principal preocupación es un cardenal que reside más al norte, el cardenal Sebastián. Es el que más se hace oír en contra del Manuscrito, y es muy influyente. Si convence a la jerarquía de emitir declaraciones fuertes, entonces tendremos que tomar una decisión muy interesante.

-¿Por qué se opone tanto al Manuscrito?

-Tiene miedo.

-¿Por qué?

-Hace mucho que no hablo con él, y siempre evitamos el tema del Manuscrito. Pero supongo que cree que el papel del hombre es participar en el cosmos ignorando el conocimiento espiritual, solamente con la fe. Piensa que el Manuscrito socavará el *statu quo,* las directivas de autoridad en el mundo.

-¿Cómo podría hacerlo?

Sonrió y echó la cabeza levemente hacia atrás.

-La verdad te liberará.

Yo lo miraba tratando de entender qué quería decir, mientras terminaba lo que quedaba de pan y fruta en mi plato. Él comió varios bocaditos más y empujó la silla para atrás.

-Se lo ve mucho más fuerte -me dijo-. ¿Habló con alguien de aquí?

-Si -respondí-. De uno de los sacerdotes aprendí un método para conectarme con la energía. No... sé cómo se llama. Estaba en el jardín mientras nosotros conversábamos en el patio ayer a la mañana, ¿recuerda? Cuando hablé con él más tarde, me mostró cómo absorber energía y proyectarla de vuelta.

-Se llama John -dijo Sánchez, y me hizo un gesto para que continuara.

-Fue una experiencia increíble -proseguí-. Recordando el amor que había sentido, logré abrirme. Me quedé sentado allí todo el día, lleno de excitación. No llegué al estado que había experimentado en la montaña, pero estuve cerca.

Sánchez se puso serio.

-El papel del amor fue mal interpretado durante mucho tiempo. Amar no es algo que debemos hacer para ser buenos o mejorar el mundo a partir de una responsabilidad moral abstracta, o porque debemos dejar de lado nuestro hedonismo. Conectarse con la energía es sentir excitación, después euforia y después amor. Encontrar suficiente energía para mantener ese estado de amor sin duda ayuda al mundo, pero nos ayuda más directamente a nosotros. Es la cosa más hedonista que podemos hacer.

Asentí y entonces noté que había movido la silla más atrás y me miraba intensamente con la vista desenfocada.

-¿Y cómo es mi campo? -pregunté.

-Es mucho más grande –respondió-. Creo que se siente muy bien.

-Si.

-Bien. Eso es lo que hacemos acá.

-Háble me un poco de eso -le pedí.

-Entrenamos sacerdotes para internarse más en las montañas y trabajar con los indios. Es un trabajo solitario y los sacerdotes deben tener mucha fuerza. Todos los hombres que están aquí han sido pasados por el tamiz y todos tienen algo en común: cada uno tuvo una experiencia que considera mística.

"Estudio está clase de experiencias desde hace años -continuó-, incluso antes de que encontraran el Manuscrito, y creo que cuando alguien ya vivió una experiencia mística, regresar a ese estado y elevar el nivel personal de energía resulta mucho más fácil. Otros también pueden conectarse pero les lleva mucho más tiempo Un fuerte recuerdo de la experiencia, como supongo que habrá aprendido, facilita su recreación. Después de eso, lentamente uno reconstruye.

-¿Qué aspecto tiene el campo de energía de una persona cuando eso está ocurriendo?

-Crece hacia afuera y cambia ligeramente de color.

-¿Qué color?

-Por lo general, de un blanco pálido a verde y azul. Pero lo más importante es que se expande. Por ejemplo, durante su encuentro místico en la cima de la montaña, su energía se precipitó hacia el universo en su totalidad. En esencia, usted se conectó y extrajo energía de todo el cosmos, y, a su vez, su energía se desarrolló para abarcar todo en todas partes. ¿Recuerda qué sintió?

-Si -repuse-. Sentí que todo el universo era mi cuerpo y yo solamente era la cabeza, o quizá, más precisamente, los ojos.

-Sí, y en ese momento su campo de energía y el del universo eran uno. El universo era su cuerpo.

-En ese momento tuve un extraño recuerdo -continué-. Me pareció recordar cómo había evolucionado ese cuerpo más amplio, ese universo mío. Vi formarse las primeras estrellas a partir del simple hidrógeno y después vi cómo la materia más compleja evolucionaba en sucesivas generaciones de estos soles. Pero no veía materia. Veía la materia como simples vibraciones de energía que evolucionaban sistemáticamente hacia estados cada vez más altos y complejos. Y entonces... empezó la vida y evolucionó hasta un momento en que aparecieron los seres humanos...

De repente callé y él notó mi cambio de humor.

-¿Qué sucede? -dijo.

-Ahí terminó el recuerdo de la evolución -le expliqué-. Con los seres humanos. Sentí que la historia continuaba, pero no pude captarla.

-La historia realmente continúa -afirmó-. Los seres humanos están llevando adelante la evolución del universo hacia una complejidad vibracional cada vez más alta.

-¿Cómo? -pregunté.

Sonrió pero no me contestó.

-Hablemos de eso más tarde. Ahora, debo verificar algunas cosas. Lo veré en más o menos una hora.

Asentí. Tomó una manzana y se fue. Yo salí detrás de él sin rumbo fijo y entonces recordé la copia de la Quinta Revelación que tenía en el cuarto y fui a buscarla. Más temprano, había estado pensando en la selva donde Sánchez se hallaba sentado cuando lo vi por primera vez. Pese a mi cansancio y mi pánico, había notado que el lugar era excepcionalmente bello, de modo que tomé el camino hacia el oeste hasta llegar al lugar exacto y me senté.

Recostado contra un árbol, despejé mi mente y pasé varios minutos mirando alrededor. La mañana era diáfana, corría una ligera brisa y me puse a observar cómo el viento sacudía las ramas sobre mi cabeza. Respiré hondo varias veces y el aire me pareció refrescante. En un momento en que el viento amainó, saqué el Manuscrito y busqué la página en que había dejado de leer. Sin embargo, antes de encontrarla oí el ruido de un motor de camión.

Me eché boca abajo junto al árbol y traté de determinar su dirección. El ruido venía de la misión. Cuando fue acercándose, vi que era el viejo camión de Sánchez, y que él lo conducía.

-Imaginé que estaría aquí -dijo, al tiempo que frenaba justo donde yo estaba-. Suba, tenemos que irnos.

-¿Qué sucede? -pregunté al tiempo que subía al asiento del acompañante.

Se dirigió hacia el camino principal.

-Uno de mis sacerdotes me contó una conversación que oyó en el pueblo. Hay funcionarios del gobierno en la ciudad, y están haciendo preguntas sobre la misión y sobre mi.

-¿Qué cree que puedan querer?

Me dirigió una mirada tranquilizadora.

-No lo sé. Digamos que no estoy tan seguro como antes de que vayan a dejarnos en paz. Creo que, como precaución, deberíamos ir a las montañas. Uno de mis sacerdotes vive cerca de Machu Picchu. Se llama padre Carl. Estaremos seguros en su casa, hasta poder entender mejor la situación. -Sonrió.

-De todos modos, quiero que vea Machu Picchu.

De pronto tuve el presentimiento de que había hecho un trato y me llevaba a alguna parte para atraparme. Decidí proceder con cautela y mantenerme alerta hasta aclarar las cosas.

-¿Terminó la traducción? -preguntó.

-Casi toda -respondí.

-Usted quería saber sobre la evolución humana. ¿Encontró esa parte?

-No.

Apartó la vista del camino y me miró intensamente. Fingí no darme cuenta.

-¿Pasa algo? -preguntó.

-Nada -repuse-. ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a Machu Picchu?

-Unas cuatro horas.

Quería permanecer en silencio y dejar que Sánchez hablara, con la esperanza de que se delatara, pero no conseguí controlar mi curiosidad sobre la evolución.

-Entonces, ¿cómo evolucionan más los humanos? -pregunté.

Me miró.

-¿Usted qué piensa?

-No sé -dije-. Pero cuando estaba en la montaña pensé que tal vez tenía algo que ver con las coincidencias significativas de las que habla la Primera Revelación.

-Exacto. Encajaría con las otras revelaciones, ¿no?

Estaba confundido. En la práctica lo entendía, pero no lograba captarlo. No dije nada.

-Piense en la secuencia de las revelaciones -dijo-. La Primera Revelación se produce cuando tomamos en serio las coincidencias. Estas coincidencias nos hacen sentir que hay algo más, algo espiritual, que opera debajo de todo lo que hacemos.

"La Segunda Revelación establece nuestra conciencia como algo real. Vemos que nos preocupó la supervivencia material y nos concentramos en controlar nuestra situación en el universo buscando seguridad, y sabemos que ahora nuestra apertura representa una especie de despertar a lo que en verdad ocurre.

"La Tercera Revelación comienza una nueva visión de la vida. Define el universo físico como energía pura, una energía que responde de alguna manera a la forma en que pensamos.

"Y la Cuarta expone la tendencia humana a robar energía a otros seres humanos controlándolos, apoderándonos de sus mentes, un delito que cometemos porque a menudo nos sentimos aislados y vacíos de energía. Esa falta de energía puede remediarse, por supuesto, cuando nos conectamos con la fuente más alta. El universo puede suministrar todo lo que necesitamos, si logramos abrirnos a él. Ésa es la Quinta Revelación.

"En su caso -continuó-, usted tuvo una experiencia mística que le permitió ver

brevemente la magnitud de energía que uno puede adquirir. Con todo, ese estado es como adelantarse a todos y vislumbrar el futuro. No podemos mantenerlo mucho tiempo. Cuando tratamos de hablar con alguien que opera en conciencia normal, o de vivir en un mundo donde todavía hay conflicto, esas cosas nos hacen salir del estado avanzado y caer nuevamente en el nivel de nuestro viejo yo.

"Y entonces –prosiguió-, la cuestión es recuperar lentamente lo que vislumbramos, cada vez un poquito más, y empezar una progresión hacia esa conciencia última. Pero, para hacerlo, debemos aprender a llenarnos conscientemente de energía, porque es ella la que produce las coincidencias, y las coincidencias nos ayudan a realizar el nivel nuevo en forma permanente.

Mi perplejidad debía de ser evidente, porque dijo:

-Piénselo: cuando algo sucede más allá de la casualidad para hacernos avanzar en nuestra vida, nos convertimos en personas realizadas. Sentimos que estamos alcanzando lo que el destino nos lleva a ser. Cuando esto sucede, el nivel de energía que produjo las coincidencias está establecido en nosotros. Podemos vernos despojados de él y perder energía cuando tenemos miedo, pero ese nivel sirve como nuevo límite exterior que puede recuperarse muy fácilmente. Somos una persona nueva. Existimos en un nivel de energía más alta, en un nivel de vibración más alta. Recuérdelo.

"¿Ve el proceso, ahora? Nos llenamos, crecemos, nos llenamos y volvemos a crecer. De esa forma, como seres humanos, continuamos la evolución del universo hacia una vibración cada vez más alta.

Hizo una pausa como para pensar en algo que quería agregar.

-Esta evolución se ha ido produciendo en forma inconsciente a lo largo de la historia humana. Eso explica por qué progresó la civilización y por qué los seres humanos aumentaron su tamaño, viven más, etcétera. Sin embargo, ahora estamos conscientizando todo el proceso. Es lo que nos dice el Manuscrito. En eso consiste este movimiento hacia una conciencia espiritual mundial.

Yo lo escuchaba con muchísima atención, fascinado por lo que me decía.

-Entonces, ¿todo lo que debemos hacer es llenarnos de energía, como aprendí con John, y las coincidencias empiezan a producirse con más coherencia?

-Bueno, sí, pero no es tan simple como usted cree. Hasta poder conectarnos con la energía en forma permanente hay un obstáculo más que debemos superar. La siguiente revelación, la Sexta, trata ese tema.

-¿Cuál?

Me miró a los ojos.

-Debemos enfrentar nuestra forma particular de controlar a los demás. Recuerde, la Cuarta Revelación afirma que los seres humanos siempre se sintieron faltos de energía e intentaron controlarse entre sí para adquirir la energía que fluye entre las personas. La Quinta nos muestra entonces que existe una fuente alternativa, pero no podemos mantenernos realmente conectados con ella hasta no confrontarnos con el método particular que como individuos usamos en nuestra actitud de controlar, y dejar de hacerlo... porque cada vez que volvemos a caer en ese hábito, nos desconectamos de la fuente.

"Liberarse de ese hábito no resulta fácil, pues al principio siempre es inconsciente. La clave para abandonarlo reside en traerlo totalmente a la conciencia; eso lo logramos comprendiendo que nuestro estilo particular de controlar a los demás es el que aprendimos en la infancia para atraer la atención, para lograr que la energía se moviera a nuestro modo, y nos quedamos atados a eso. Este estilo es algo que repetimos una y otra vez. Yo lo llamo nuestra 'dramatización inconsciente del control'.

"Lo llamo 'dramatización' porque es una escena familiar, como una escena de una película, para la cual, de jóvenes, escribimos un guión. Luego, la repetimos una y otra vez en

nuestra vida cotidiana sin darnos cuenta. Lo único que sabemos es que nos suceden reiteradamente las mismas cosas. El problema es que si repetimos una escena en especial una y otra vez, las otras escenas de la película de nuestra vida real, la suprema aventura marcada por las coincidencias, no puede avanzar. Detenemos la película cuando repetimos esa dramatización única para manipular en busca de energía.

Sánchez bajó la velocidad y avanzó con cuidado para esquivar una serie de baches del camino. Me di cuenta de que me sentía frustrado. No entendía bien cómo funcionaba la dramatización del control. Estuve a punto de decirle a Sánchez lo que pensaba, pero no pude. Noté que seguía sintiéndome distante de él y no tenía interés en ponerme en evidencia.

-¿Entendió? -me preguntó.

-No sé -contesté secamente-. No sé si tengo una dramatización del control.

Me miró con afectuoso interés y largó una carcajada.

-¿En serio? -replicó-. ¿Y entonces por qué siempre se muestra tan distante?

PONER EN CLARO EL PASADO

Más adelante, el camino se angostaba y se inclinaba abruptamente sobre la cara de la montaña. El camión dio varios saltos sobre piedras grandes y tomó la curva con lentitud. Abajo, los Andes se alzaban en macizos cordones grises sobre bancos de nubes blancas como la nieve.

Miré a Sánchez. Iba inclinado sobre el volante, tenso. La mayor parte del día había estado trepando pendientes escarpadas y metiéndose en pasos obstaculizados por las rocas caídas. Yo quería abordar otra vez el tema de los dramas de control, pero el momento resultaba poco apropiado. Sánchez parecía necesitar cada gramo de energía para conducir, y además yo no tenía muy claro qué quería preguntarle. Había leído el resto de la Quinta Revelación y era un eco exacto de los puntos que Sánchez me había relatado. La idea de liberarme de mi estilo para controlar era tentadora, en especial si podía servir para acelerar mi evolución, pero todavía no lograba entender cómo funcionaba el drama del control.

-¿En qué está pensando? -me preguntó Sánchez.

-Terminé de leer la Quinta Revelación -dije-. Y pensaba en esos dramas. Teniendo en cuenta lo que usted dijo sobre mí, supongo que piensa que mi drama tiene que ver con el hecho de ser distante.

No respondió. Miraba el camino. A unos treinta metros, un vehículo grande de cuatro ruedas bloqueaba el paso. Un hombre y una mujer estaban parados sobre un precipicio rocoso a unos quince metros del vehículo. Nos miraron.

Sánchez detuvo el camión, los contempló un momento y sonrió.

-Conozco a la mujer -dijo-. Es Julia. Podemos hablar con ellos.

Tanto el hombre como la mujer eran de piel oscura y parecían peruanos. Ella era mayor, de unos cincuenta años, mientras que el hombre parecía de unos treinta. Cuando bajamos del camión la mujer se acercó.

-¡Padre Sánchez! -exclamo.

-¿Cómo está, Julia? -respondió Sánchez. Se abrazaron y después el cura me la presentó, y la mujer, a su vez presentó a su compañero, Rolando.

Sin decir nada más, Julia y Sánchez nos dieron la espalda y caminaron hacia la saliente

en la que antes se hallaban Julia y Rolando. Rolando me miró fijo y yo instintivamente me di vuelta y caminé en dirección a los otros dos. Rolando me siguió, mirándome siempre como si quisiera algo. Si bien su cabello y sus rasgos eran jóvenes, tenía la piel rubicunda. Por algún motivo me sentí angustiado.

Mientras caminábamos hasta el borde de la montaña, varias veces me dio la impresión de que iba a hablar, pero en cada oportunidad él desviaba la mirada y yo aceleraba el paso. Guardaba silencio. Cuando llegamos al precipicio, me senté en un saliente para evitar que se ubicara junto a mí. Julia y Sánchez estaban unos seis metros más arriba, en una piedra grande.

Rolando se sentó lo más cerca posible de mí. Si bien su mirada constante me molestaba, a la vez sentía cierta curiosidad.

Me sorprendió mirándolo y me preguntó:

-¿Estás aquí por el Manuscrito?

Tardé mucho en responderle.

-He oído hablar de él.

Me miró perplejo.

-¿Lo viste?

-Una parte -repuse-. ¿Tienes algo que ver con el tema?

-Me interesa -contestó-, pero hasta ahora no vi ninguna copia.

Se hizo un silencio.

-¿Eres de los Estados Unidos? -me preguntó.

La pregunta me molestó, así que decidí no responderle. En cambio, le pregunté:

-¿El Manuscrito tiene algo que ver con las ruinas de Machu Picchu?

-No creo -respondió-. Salvo que fue escrito más o menos en la misma época en que se construyeron las ruinas.

Guardé silencio, mirando el increíble paisaje de los Andes. Si yo permanecía callado, tarde o temprano él divulgaría qué hacía allí con Julia y en qué se relacionaba con el Manuscrito. Seguimos sentados durante veinte minutos sin conversar. Al final, Rolando se puso de pie y fue hacia donde dialogaban Julia y Sánchez.

Realmente no sabía qué hacer. Había evitado sentarme con ellos porque tenía la clara impresión de que deseaban hablar a solas. Durante quizás otros treinta minutos, me quedé allí, contemplando los picos rocosos y esforzándome por oír la conversación de los otros. Ninguno me prestaba la más mínima atención. Por último, decidí reunirme con ellos, pero antes de que pudiera moverme los tres se levantaron y se dirigieron al vehículo de Julia. Corté camino por las rocas para alcanzarlos.

-Deben marcharse -me comentó Sánchez cuando me acerqué.

-Lamento que no hayamos tenido tiempo de hablar -dijo Julia-. Espero verte otra vez. -Me miraba con la misma calidez que a menudo mostraba Sánchez. Cuando asentí, sacudió ligeramente la cabeza y agregó: -En realidad, tengo la sensación de que nos veremos pronto.

Mientras caminábamos por el camino rocoso, sentí la necesidad de responder algo, pero no podía pensar. Al llegar a su vehículo, Julia dijo un rápido adiós. Rolando y ella subieron y el vehículo arrancó hacia el norte, por donde habíamos llegado Sánchez y yo. Me sentía confundido.

En cuanto subimos a nuestro camión, Sánchez me preguntó:

-¿Rolando le habló de Wil?

-¡No! -exclamé-. ¿Lo vieron?

Sánchez se mostró sorprendido.

-Sí, lo vieron en un pueblo a unos cincuenta kilómetros de aquí.

-¿Wil les dijo algo sobre mí?

-Según me contó Julia, Wil mencionó que se había separado de usted. Pero habló sobre

todo con Rolando. ¿Usted le dijo a Rolando quién era?

-No, no sabía si podía confiar en él.

La expresión de Sánchez era de total incredulidad.

-Le dije que con ellos se podía hablar. Hace años que conozco a Julia. Es dueña de un negocio en Lima, pero desde el descubrimiento del Manuscrito está buscando la Novena Revelación. Julia no viajaría con alguien que no fuera digno de confianza. No había peligro. Ahora perdió una información importante.

Sánchez me miró serio.

-Este es un perfecto ejemplo de cómo interfiere un drama de control -explicó-. Usted se mostró tan distante que no permitió que se produjera una coincidencia de importancia.

Sin duda me vio a la defensiva.

-Está bien -dijo-, todos hacemos dramatizaciones de uno u otro tipo. Por lo menos, ahora entiende cómo funciona la suya.

-¡No entiendo! -exclamé-. ¿Qué estoy haciendo, exactamente?

-Su forma de controlar situaciones y personas -explicó-, para hacer que la energía vaya para su lado, consiste en crear este drama en su mente durante el cual se retira y se muestra misterioso y reservado. Usted se dice que es cauto, pero lo que en realidad hace es esperar que alguien se incorpore al drama y trate de imaginar qué le pasa. Cuando eso ocurre, usted se muestra vago y fuerza al otro a esforzarse, hurgar y tratar de discernir sus verdaderos sentimientos.

"Al hacerlo, le presta su total atención y le envía su energía. Cuanto más tiempo usted lo mantenga interesado e intrigado, más energía recibe. Por desgracia, mientras juega a ser distante, su vida tiende a evolucionar muy lentamente, porque repite la misma escena una y otra vez. Si se hubiera abierto a Rolando, la película de su vida habría despegado en una dirección nueva y significativa.

Sentí que me deprimía. Aquello no era más que otro ejemplo de lo que Wil había señalado cuando vio que yo me resistía a darle información a Reneau. Era cierto. Yo tendía a ocultar lo que en realidad pensaba.

Miré por la ventanilla el camino que iba subiendo más arriba entre los picos. Sánchez volvió a concentrarse en evitar pozos fatales. Cuando la huella se tomó más angosta, me miró y dijo:

-El primer paso en el proceso de poner las cosas en claro consiste para todos en traer a la conciencia nuestro drama particular de control. No podremos avanzar hasta no habernos mirado bien y descubierto qué hacemos para manipular y así conseguir energía. Es justo lo que le pasó a usted.

-¿Cuál es el próximo paso? -pregunté.

-Cada uno debe remontarse a su pasado, a la vida familiar inicial, y ver cómo se formó ese hábito. Ver su aparición mantiene nuestra forma de controlar en el nivel consciente. Recuerde: la mayoría de los miembros de nuestra familia representaban a su vez un drama para tratar de absorber energía de nosotros cuando éramos chicos. Es por eso que tuvimos que formar un drama de control. Nos hacía falta una estrategia para recuperar la energía. Siempre desarrollamos nuestros dramas particulares en relación con los miembros de nuestra familia. No obstante, una vez que reconocemos la dinámica de la energía en nuestra familia, podemos ir más allá de estas estrategias de control y ver qué ocurre en realidad.

-¿A qué se refiere con "lo que ocurre en realidad"?

-Cada persona debe reinterpretar su experiencia de familia desde un punto de vista evolucionista, desde un punto de vista espiritual, y descubrir quién es en verdad. Una vez que lo hacemos, nuestro drama se desvanece y nuestra vida real despega.

-Entonces, ¿por dónde empiezo?

-Primero, entendiendo cómo se formó su dramatización.

Háblame de su padre.

-Es un buen hombre, divertido y capaz, pero... -Vacilé. No quería dar la impresión de ser desagradecido con mi padre.

-¿Pero qué? -preguntó Sánchez.

-Bueno, siempre fue muy crítico. Yo nunca hacía nada bien.

-¿Cómo lo criticaba? -preguntó Sánchez.

Apareció en mi mente una imagen de mi padre, joven y fuerte.

-Me hacía preguntas y siempre encontraba algo equivocado en las respuestas.

-¿Y qué le pasaba a su energía?

-Supongo que me sentía despojado, así que trataba de evitar decirle cosas.

-Es decir, que se volvía vago y distante y trataba de hablar como para atraer la atención de él pero sin revelar demasiado y así no darle motivo para criticar. ¿Él era el interrogador y usted lo eludía con su actitud distante?

-Sí, creo que sí. Pero, ¿qué es un interrogador?

-Es otra clase de drama. Las personas que usan esa forma de obtener energía montan el drama de hacer preguntas y sondear el mundo del otro con el propósito específico de encontrar algo equivocado. Apenas lo hacen, critican ese aspecto de la vida del otro. Si esta estrategia tiene éxito, la persona criticada es incorporada al drama. De repente empieza a sentirse tímida respecto del interrogador y presta atención a lo que éste hace y piensa, para no cometer algún error susceptible de ser notado por el interrogador. Esta deferencia psíquica le da al interrogador la energía que quiere.

"Piense las veces que estuvo con alguien así. Cuando queda atrapado en ese drama, ¿no tiende a actuar de manera tal que esa persona no lo critique? El interrogador lo saca de su camino y lo despoja de su energía porque usted se juzga a sí mismo por lo que él pueda pensar.

Recordé con exactitud esa sensación, y la persona que me vino a la mente fue Jensen.

-¿Entonces mi padre era un interrogador? -pregunté.

-Por lo que me contó, sí.

Durante un momento me quedé pensando en el drama de mi madre. Si mi padre era un interrogador, ¿qué era ella?

Sánchez me preguntó en qué pensaba.

-Me preguntaba cuál es el drama de control de mi madre -respondí-. ¿Cuántos tipos hay?

-Déjeme explicarle las clasificaciones mencionadas en el Manuscrito -dijo Sánchez-. Cada persona manipula para conseguir energía en forma agresiva, forzando directamente a la gente a que le preste atención, o pasiva, jugando con la simpatía o la curiosidad de la gente para atraer la atención. Por ejemplo, si alguien lo amenaza, verbal o físicamente, usted se ve forzado, por temor a que le pase algo malo, a prestarle atención y así a darle energía. La persona que lo amenaza lo arrastraría al tipo de drama más agresivo, lo que la Sexta Revelación llama el "intimidador".

"Si, por otra parte, alguien le dice todas las cosas horribles que le están sucediendo, dando a entender, quizá, que usted es el responsable y que si usted se niega a ayudarlo esas cosas continuarán, esa persona trata de controlar en el nivel más pasivo, con lo que el Manuscrito llama el drama del "pobre de mí". Piénselo un momento. ¿Nunca estuvo al lado de alguien que lo hace sentir culpable cuando se halla en su presencia, aunque usted sepa que no hay ninguna razón para eso?

-Sí.

-Bueno, es porque entró en el mundo dramático del "pobre de mí". Todo lo que dice y hace lo coloca a usted en una posición en la que tiene que defenderse de la idea de que no está haciendo lo suficiente por esa persona. Por eso uno se siente culpable por el solo hecho de estar con ella.

Asentí.

-Puede analizarse el drama de cada uno de nosotros -continuó-, según dónde se ubique en este espectro que va de agresivo a pasivo. Si una persona es sutil en su agresión, si encuentra fallas y lentamente socava su mundo para obtener su energía, como vimos en el caso de su padre, esa persona sería una interrogadora. Menos pasivo que el "pobre de mí" sería su drama de la actitud distante. De modo que el orden de los dramas es: intimidador, interrogador, distante y pobre de mí. ¿Le parece lógico?

-Supongo que sí.

-Correcto. Algunas personas usan más de un drama en distintas circunstancias, pero la mayoría tenemos un drama de control dominante que tendemos a repetir, según cuál funcionó bien con los miembros de nuestra familia primaria.

De pronto vi todo muy claro. Mi madre me hacía exactamente lo mismo que mi padre. Miré a Sánchez.

-Mi madre. Ya sé lo que era. También era una interrogadora.

-O sea que recibió una dosis doble -comentó Sánchez-. Con razón es tan distante. Pero por lo menos no lo intimidaban. Por lo menos nunca temió por su seguridad.

-¿Qué habría ocurrido en ese caso?

-Habría quedado clavado en un drama de pobre de mí. ¿Ve cómo funciona? Si usted es un niño y alguien le quita su energía amenazándolo con un daño físico, ser distante no da resultado. No puede lograr que le den energía haciéndose el tímido. A los demás les importa un rábano qué pasa en su interior. Son muy fuertes. Entonces, usted se ve obligado a volverse más pasivo e intentar el enfoque del pobre de mí, apelando a la misericordia del otro, haciéndolo sentir culpable por el daño que está haciendo.

"Si eso no funciona, de chicos, aguantamos hasta ser lo bastante grandes para explotar contra la violencia y combatir la agresión con agresión. -Hizo una pausa. -Como la chica de la cual me habló, en la familia peruana que le servía la cena.

"Una persona llega a cualquier extremo necesario para atraer la energía de la atención en su familia. Y, posteriormente, esa estrategia pasa a ser su forma dominante de controlar para obtener energía de todos, el drama que repite en forma constante.

-Entiendo al intimidador -dije-, pero ¿cómo se desarrolla el interrogador?

-¿Qué haría si fuera un niño y los miembros de su familia no estuvieran o lo ignoraran porque viven preocupados por sus carreras o algo así?

-No sé.

-Ser distante no atraería su atención; no lo notarían. ¿No recurriría a sondear, espiar y por último encontrar algo malo en esas personas distantes, para conseguir atención y energía? Eso es lo que hace un interrogador.

Empecé a captar la revelación.

-¡Las personas distantes crean interrogadores!

-Eso es.

-¡Y los interrogadores hacen que la gente sea distante! ¡Y los intimidadores crean la actitud pobre de mí, o, si eso no resulta, otro intimidador!

-Exacto. Es así como se perpetúan los dramas de control. Pero recuerde: hay una tendencia a ver estos dramas en los demás y pensar que nosotros estamos exentos de esos mecanismos. Cada uno de nosotros debe trascender esta ilusión para poder seguir adelante. Casi todos tendemos a quedarnos aferrados a un drama, al menos por un tiempo, y debemos retroceder y observarnos hasta descubrir cuál es.

Me quedé un rato en silencio. Al fin, miré a Sánchez y le pregunté:

-Una vez que uno comprende su drama, ¿qué pasa?

Sánchez redujo la velocidad para poder mirarme a los ojos.

-Quedamos realmente libres para ser más que esa actuación inconsciente que

representamos. Como le dije antes, podemos encontrar un sentido más elevado para nuestra vida, una razón espiritual para haber nacido en nuestras familias particulares. Podemos empezar a poner en claro quiénes somos en verdad.

-Ya casi llegamos -dijo Sánchez. El camino subía entre dos picos. Cuando pasamos la enorme formación de la derecha, vi más adelante una casita, apoyada en otro majestuoso pináculo de piedra.

-El camión no está -observó el cura.

Estacionamos y caminamos hasta la casa. Sánchez abrió la puerta y entró mientras yo me quedaba esperando. Respiré hondo varias veces. El aire era fresco y liviano. El cielo estaba gris oscuro y cubierto de nubes. Parecía que iba a llover.

Sánchez volvió a la puerta:

-No hay nadie adentro. Debe de estar en las ruinas.

-¿Cómo hacemos para ir?

De pronto me pareció que se sentía cansado.

-Están más arriba, a unos ochocientos metros -dijo, y me entregó las llaves del camión-. Siga el camino hasta pasar el próximo cordón, y las verá abajo. Lleve el camión. Quiero quedarme aquí y meditar.

-Está bien -asentí y subí al vehículo.

Atravesé un vallecito y después subí el cordón siguiente, con la expectativa de ver el paisaje. El panorama no me decepcionó. Al subir la montaña vi todo el esplendor de las ruinas de Machu Picchu: un templo complejo y macizo, rocas de varias toneladas cuidadosamente apoyadas unas sobre otras en la montaña. Pese a la luz mortecina y nebulosa, la belleza del lugar era abrumadora.

Detuve el camión y absorbí la energía durante diez o quince minutos. Varios grupos de personas caminaban por las ruinas. Vi que un hombre con cuello de sacerdote salía de los restos de una construcción y caminaba hacia un vehículo estacionado en las cercanías. Debido a la distancia, y debido a que el hombre llevaba una campera de cuero y no sotana, no podía estar seguro de que fuera el padre Carl.

Puse en marcha el camión y me aproximé. En cuanto oyó el ruido, levantó la vista y sonrió, como si reconociera que era el vehículo de Sánchez. Cuando me vio adentro, al parecer sintió interés y se acercó. Era petizo y achaparrado, de pelo castaño oscuro, rasgos rellenos, ojos azul oscuro. Tendría unos treinta años.

-Estoy con el padre Sánchez -dije, a guisa de presentación, mientras me bajaba del camión-. Se quedó arriba en la casa.

Me tendió la mano.

-Soy el padre Carl.

Miré las ruinas que se elevaban por detrás de él. La piedra cortada era más impresionante aún en la proximidad.

-¿Es la primera vez que viene? -me preguntó.

-Sí -respondí-. Durante años oí hablar de este lugar pero nunca pensé en algo así.

-Es uno de los centros de energía más elevada del mundo -dijo.

Lo miré. Obviamente, hablaba de la energía en el mismo sentido con que se la usaba en el Manuscrito. Asentí y dije:

-Llegué al punto en que estoy tratando conscientemente de generar energía y manejar mi drama de control. -Me sentí un poco pretencioso al hablar así, pero bastante cómodo como para ser franco.

-No parece demasiado distante -observó.

Me sorprendí.

-¿Cómo sabía que ése es mi drama? -pregunté.

-He desarrollado un instinto al respecto. Por eso estoy aquí.

-¿Ayuda a las personas a comprender la forma en que controlan?

-Sí, y su verdadero yo.

Los ojos le brillaban con sinceridad. Era absolutamente directo, sin una pizca de incomodidad por revelarse a un extranjero.

Permanecí en silencio y él preguntó:

-¿Comprende las cinco primeras revelaciones?

-Leí la mayoría -respondí-, y he hablado con varias personas.

En cuanto terminé de decir esto, me di cuenta de que había sido demasiado impreciso.

-Creo que entiendo las cinco primeras -agregué-. La sexta no lo tengo muy clara.

Asintió y dijo:

-La mayoría de las personas con las que hablo no han oído hablar del Manuscrito. Vienen aquí y quedan encantados con la energía. Solamente eso ya hace que se replanteen sus vidas.

-¿Cómo conoce a esa gente?

Me miró con expresión astuta.

-Al parecer, me encuentran.

-Usted dijo que ayuda a las personas a encontrar su verdadero yo. ¿Cómo?

Respiró hondo y dijo:

-Hay una sola manera. Todos debemos remontarnos a nuestra experiencia familiar, al tiempo y lugar de la infancia, y revisar lo que pasó. Una vez que tomamos conciencia de nuestro drama de control, podemos concentrarnos en una verdad superior en cuanto a nuestra familia, el hilo de plata, por así decirlo, que yace más allá del conflicto energético. Una vez que la descubrimos, esta verdad puede energizar nuestra vida, ya que nos dice quiénes somos, el camino que vamos recorriendo y qué estamos haciendo.

-Eso fue lo que me dijo Sánchez -señalé-. Quiero saber más sobre la manera de hallar esa verdad.

Ya empezaba el frío del atardecer. Se subió el cierre de la campera y me dijo:

-Espero que podamos volver a hablar de esto después. Ahora me gustaría saludar al padre Sánchez.

Miré las ruinas y él agregó:

-Siéntase libre para mirar todo el tiempo que quiera. Lo veré más tarde en mi casa.

Durante la hora y media siguiente, caminé por ese sitio antiguo. En algunos puntos me demoraba, pues la emoción que me hacían sentir era más profunda que en otros. Me preguntaba, fascinado, cómo sería la civilización que había construido esos templos. ¿Cómo transportaron esas piedras hasta ahí arriba y las pusieron unas sobre otras? Parecía imposible.

Cuando mi intenso interés por las ruinas empezó a menguar, mis pensamientos se volvieron hacia mi situación personal. Si bien mis circunstancias no habían cambiado, ahora estaba menos asustado. La confianza de Sánchez me había tranquilizado. Había sido una estupidez dudar de él. Y ya me agradaba el padre Carl.

Como ya estaba oscuro, caminé hasta el camión y regresé a la casa del padre Carl. Cuando iba acercándome vi a los dos hombres parados uno cerca del otro. Al entrar, oí risas. Los dos se hallaban atareados en la cocina, preparando la comida. El padre Carl me saludó y me escoltó hasta una silla. Me senté perezosamente frente a un gran fuego que ardía en la chimenea y miré alrededor.

La habitación era grande y estaba revestida con tablones anchos ligeramente manchados. Vi dos cuartos más, en apariencia dormitorios, unidos por un pasillo angosto. La casa estaba iluminada con lamparitas de bajo voltaje y creí detectar el débil ruido de un generador.

Terminados los preparativos, me invitaron a sentarme a una mesa rústica. Sánchez dijo

una breve oración y cuando empezamos a comer los dos hombres siguieron hablando. Después nos sentamos juntos frente al fuego.

-El padre Carl habló con Wil -dijo Sánchez.

-¿Cuándo? -pregunté, lleno de excitación.

-Wil vino hace varios días -respondió el padre Carl-. Yo lo conocí el año pasado y vino a traerme una información. Dijo que tenía idea de quién andaba detrás de la acción gubernamental contra el Manuscrito.

-¿Quién? -pregunté.

-El cardenal Sebastián -intervino Sánchez.

-¿Qué está haciendo?

-Al parecer -repuso Sánchez-, utiliza su influencia con el gobierno para aumentar la presión militar contra el Manuscrito. Siempre prefirió trabajar en silencio a través del gobierno antes que generar una división dentro de la Iglesia. Ahora está intensificando sus esfuerzos. Por desgracia, podría darle resultado.

-¿A qué se refiere? -pregunté.

-Exceptuando a los pocos sacerdotes del Concilio del Norte y otras personas más, como Julia y Wil, ya casi nadie tiene copias.

-¿Y los científicos de Vicente? -pregunté.

Ambos hombres permanecieron callados un momento, hasta que el padre Carl respondió:

-Wil me dijo que el gobierno lo clausuró. Arrestaron a todos los científicos y confiscaron los datos de sus investigaciones.

-¿La comunidad científica va a permitirlo? -pregunté.

-¿Qué alternativa tienen? -replicó Sánchez-. Además, la mayoría de los científicos no aceptaba esa investigación. El gobierno trata de difundir la idea de que esa gente estaba infringiendo la ley.

-No puedo creer que el gobierno salga bien parado con eso.

-Al parecer, sí -dijo el padre Carl-. Hice algunas llamadas para cerciorarme, y me contaron la misma historia. Si bien lo mantienen muy callado, el gobierno intensifica las medidas enérgicas.

-¿Qué creen que va a pasar? -les pregunté a los dos.

El padre Carl se encogió de hombros; el padre Sánchez dijo:

-No sé. Tal vez dependa de lo que encuentre Wil.

-¿Por qué? -inquirí.

-Según parece, está a punto de descubrir la parte que falta del Manuscrito, la Novena Revelación. Tal vez, si lo logra, despierte suficiente interés como para suscitar una intervención en un nivel mundial.

-¿Adónde dijo que iba? -le pregunté al padre Carl.

-No lo sabia con exactitud, pero dijo que la intuición lo llevaba más al norte, cerca de Guatemala.

-¿La intuición lo guiaba?

-Sí. Lo entenderá cuando comprenda quién es y pase a la Séptima Revelación.

Los miré, sorprendido por la increíble serenidad de ambos.

-¿Cómo pueden quedarse tan tranquilos? -pregunté-. ¿Y si irrumpen aquí y nos arrestan a todos?

Me miraron con paciencia. El que habló fue el padre Sánchez.

-No confunda tranquilidad con indiferencia. Nuestra actitud pacífica testimonia lo bien que nos conectamos con la energía. Permanecemos conectados porque es lo mejor que podemos hacer, independientemente de las circunstancias. Entiende, ¿no?

-Sí, por supuesto. Supongo que soy yo el que tiene problemas para mantenerse conectado.

Los dos sonrieron.

-Mantenerse conectado -dijo el padre Carl- le resultará más fácil una vez que aclare quién es.

El padre Sánchez se levantó y se fue, anunciando que lavaría los platos.

Miré al padre Carl.

-Está bien -dije-. ¿Cómo empiezo a verme con claridad?

-El padre Sánchez me comentó que usted ya entiende los dramas de control de sus padres -respondió.

-Así es. Los dos eran interrogadores y eso me volvió distante.

-Muy bien. Ahora debe mirar más allá de la competencia por la energía que existía en su familia y buscar la verdadera razón por la que usted estaba allí.

Lo miré desconcertado.

-El proceso de descubrir nuestra verdadera identidad espiritual implica contemplar toda nuestra vida como una larga historia, tratando de encontrar un significado más elevado. Empiece haciéndose esta pregunta: ¿por qué nací en esa familia en particular? ¿Cuál puede haber sido el propósito?

-No sé -dije.

-Su padre era un interrogador ¿Qué más era?

-¿Se refiere a qué postura tiene en la vida?

-Sí.

Pensé un momento y dije:

-Mi padre cree auténticamente en disfrutar de la vida y vivir con integridad, pero tomando el máximo de lo que la vida puede ofrecer. Ya sabe, vivir la vida plenamente.

-¿Ha podido hacerlo?

-Hasta cierto punto, sí, pero de alguna manera siempre parece tener una racha de mala suerte justo cuando cree que está por disfrutar de la vida al máximo.

El padre Carl fijó la mirada en un punto, como en contemplación.

-¿Cree que la vida es para divertirse y disfrutar, pero no ha logrado aprovecharla?

-Sí.

-¿Pensó alguna vez por qué?

-En realidad, no. Siempre pensé que era desafortunado.

-¿Es posible que no haya encontrado la forma hasta ahora?

-Tal vez.

-¿Y su madre?

-Ya no vive.

-¿Puede ver qué representaba su vida?

-Sí, su vida era la iglesia. Defendía los principios cristianos.

-¿De qué manera?

-Creía en el servicio a la comunidad y en obedecer las leyes de Dios.

-¿Ella obedecía las leyes de Dios?

-Al pie de la letra; al menos, lo que su iglesia enseñaba.

-¿Pudo convencer a su padre de hacer lo mismo?

Me reí.

-Para nada. Mi madre quería que fuera a la iglesia todas las semanas y que participara en las actividades comunitarias. Pero, como le dije, él era más bien un librepensador.

-¿Y eso dónde lo coloca a usted?

Lo miré.

-Nunca lo había pensado.

-¿Los dos querían que les obedeciera? ¿No era por eso que lo interrogaban? ¿Para asegurarse de que usted no adhería a los valores del otro? ¿No pretendían ambos que pensara

que la posición de cada uno era la mejor?

-Si, tiene razón.

-¿Cómo respondía usted?

-Simplemente trataba de evitar tomar posición, creo.

-Los dos lo controlaban para ver si respondía a sus opiniones particulares, y como era incapaz de complacer a ambos, usted se volvió distante.

-Algo así -dije.

-¿Qué le pasó a su madre? -preguntó.

-Tuvo mal de Parkinson y murió después de estar mucho tiempo enferma.

-¿Se mantuvo fiel a su fe?

-Totalmente -dije-. Todo el tiempo.

-¿Y qué sentido le dejó?

-¿Cómo?

-Usted está buscando el sentido que tiene su vida para usted, la razón por la que nació de ella, y qué debía aprender allí. Cada ser humano, sea consciente o no, ilustra con su vida cómo supone que debe vivir una persona. Usted debe tratar de descubrir qué le enseñó y al mismo tiempo qué cosa respecto de la vida de ella podría haber sido mejor. El qué habría cambiado usted en su madre es parte también de aquello en lo que usted está trabajando.

-¿Por qué sólo parte?

-Porque la otra parte es cómo mejoraría a partir de la vida de su padre.

Seguía confundido.

Me apoyó la mano en el hombro.

-No somos simplemente la creación física de nuestros padres; también somos la creación espiritual. Usted nació de esas dos personas, y sus vidas ejercieron un efecto irrevocable en quién es usted. Para descubrir su verdadero yo, debe admitir que su realidad empezó en una posición entre las verdades de ellos. Por eso usted nació ahí: para adquirir una perspectiva superior respecto de lo que representaban. Su camino consiste en descubrir una verdad que sea una síntesis superior de lo que esas dos personas creían.

Asentí.

-Entonces, ¿cómo expresaría lo que sus padres le enseñaron?

-No estoy seguro -respondí.

-¿Qué le parece?

-Mi padre pensaba que la vida consistía en maximizar el hecho de estar vivo, su alegría por ser quién era, y trató de perseguir ese objetivo. Mi madre creía más en el sacrificio y en pasar el tiempo sirviendo a los demás, negándose a sí misma. Pensaba que ése era el mandato de las Escrituras.

-¿Y usted qué piensa al respecto?

-Realmente no sé.

-¿Qué punto de vista elegiría para usted? ¿El de su madre o el de su padre?

-Ninguno de los dos. Quiero decir, la vida no es tan simple.

Se rió.

-Su respuesta es vaga.

-Supongo que no sé.

-¿Pero si tuviera que elegir uno u otro?

Vacilé, tratando de pensar con honestidad, y me vino a la mente la respuesta.

-Ambos son correctos -dije- e incorrectos.

Alzó los ojos.

-¿Cómo?

-No estoy muy seguro. Pero pienso que una vida correcta debe incluir las dos visiones.

-La cuestión para usted es cómo -dijo el padre Carl. ¿Cómo vive uno una vida que sea las

dos cosas? De su madre recibió el conocimiento de que la vida tiene que ver con la espiritualidad. De su padre aprendió que la vida es crecimiento personal, diversión, aventura.

-Entonces -lo interrumpí-, ¿mi vida consiste de alguna manera en combinar los dos enfoques?

-Sí, para usted, la cuestión es la espiritualidad. Toda su vida tendrá que ver con descubrir una espiritualidad que le permita crecer. Ese es el problema que sus padres no fueron capaces de conciliar y que le dejaron a usted. Ése es su tema evolucionista, su búsqueda en esta vida.

La idea me sumergió en una profunda reflexión. El padre Carl dijo algo más, pero yo ya no podía concentrarme. El fuego, ya menos intenso, tenía un efecto sedante. Me di cuenta de que estaba cansado.

El padre Carl se incorporó en la silla y dijo:

-Creo que se ha quedado sin energía por esta noche, pero permítame dejarlo con un último pensamiento. Puede ir a dormir y no pensar nunca en lo que hablamos. Puede volver a su viejo drama o despertarse mañana y adherir a esta nueva idea de quién es usted. Si es así, entonces puede iniciar la siguiente etapa del proceso, que consiste en mirar atentamente todas las cosas que le pasaron desde que nació. Si ve su vida como una historia, desde su nacimiento hasta ahora, descubrirá cómo ha estado trabajando todo el tiempo en esa cuestión. Podrá ver cómo fue que llegó aquí, a Perú, y qué debería hacer ahora.

Asentí y lo miré atentamente. Tenía una mirada cálida y afectuosa y la misma expresión que a menudo había visto en las caras de Wil y Sánchez.

-Buenas noches -dijo el padre Carl, fue hasta su dormitorio y cerró la puerta. Extendí mi bolsa de dormir en el piso y enseguida me quedé dormido.

* * *

Me desperté pensando en Wil. Quería preguntarle al padre Carl qué más sabía de sus planes. Mientras me hallaba acostado, pensando, envuelto todavía en la bolsa de dormir, el padre Carl entró en el cuarto sin hacer ruido y empezó a avivar el fuego.

Abrí la bolsa y él me miró, alertado por el ruido.

-Buen día -me saludó-. ¿Cómo durmió?

-Muy bien -respondí mientras me levantaba.

Puso unas ramitas sobre el carbón y después pedazos más grandes de troncos.

-¿Qué dijo Wil que iba a hacer? -pregunté.

El padre Carl se puso de pie y se volvió para hablarme.

-Dijo que iba a la casa de un amigo para esperar cierta información que estaba aguardando; supongo que es información sobre la Novena Revelación.

-¿Qué más dijo? -pregunté.

-Wil piensa que el padre Sebastián se propone encontrar personalmente la última revelación y que anda bastante cerca. Cree que la persona que controle la última revelación determinará si el Manuscrito llegará alguna vez a ser distribuido y comprendido en forma generalizada.

-¿Por qué?

-En realidad no lo sé con certeza. Wil fue uno de los primeros en reunir y leer las revelaciones. Puede entenderlas mejor que nadie. Para mí, él piensa que la última revelación hará que todas las demás resulten más claras y sean aceptadas.

-¿Cree que tiene razón? -pregunté.

-No sé -respondió-. No entiendo tanto como él. Lo único que entiendo es lo que debo hacer.

-¿Qué es?

Hizo una pausa momentánea y después contestó:

-Como le dije antes, mi verdad es ayudar a las personas a descubrir quiénes son en

realidad. Cuando leí el Manuscrito, esta misión se volvió muy clara para mí. La Sexta Revelación es mi revelación especial. Mi verdad consiste en ayudar a otros a captarla. Y soy eficaz porque yo mismo viví ese proceso.

-¿Cuál era su drama de control? -le pregunté.

Me miró divertido.

-Era un interrogador.

-¿Controlaba a las personas encontrando algo malo en la forma como vivían?

-Eso es. Mi padre era un "pobre de mí" y mi madre, distante. Me ignoraban por completo. La única forma en que podía atraer energía de atención era espiar lo que hacían y señalar algún error.

-¿Y cuándo superó ese drama?

-Hace unos dieciocho meses, cuando conocí al padre Sánchez y empecé a estudiar el Manuscrito. Después de analizar bien a mis padres, descubrí para qué me había preparado mi experiencia con ellos. ¿Sabe? Para mi padre lo importante era la realización. Se manejaba con objetivos. Planificaba su tiempo minuto a minuto y se juzgaba a sí mismo de acuerdo con lo que lograba hacer. Mi madre era muy intuitiva y mística. Creía que cada uno de nosotros recibía guía espiritual y que la vida consistía en seguir ese rumbo.

-¿Qué pensaba su padre sobre eso?

-Pensaba que era una locura.

Sonreí pero no dije nada.

-¿Ve a qué me llevó eso? -preguntó el padre Carl.

Meneé la cabeza. No lograba captarlo.

-Gracias a mi padre -explicó-, estaba sensibilizado a la idea de que la vida tenía que ver con la realización: tener algo importante para hacer, y hacerlo. Pero al mismo tiempo, allí estaba mi madre para decirme que la vida tenía que ver con una dirección interna, algo así como una guía intuitiva. Me di cuenta de que mi vida era una síntesis de los dos puntos de vista. Trataba de descubrir cómo somos guiados internamente hacia la misión que sólo nosotros podemos cumplir, sabiendo que es de máxima importancia llevar a cabo esa misión si queremos sentirnos felices y plenos.

Asentí.

-Y -continuó- ya ve por qué me entusiasmó tanto la Sexta Revelación. En cuanto la leí, supe que mi trabajo era ayudar a las personas a ver claro para poder desarrollar ese sentido de propósito.

-¿Sabe cómo llegó Wil al punto donde se halla?

-Sí, me lo contó. El drama de Wil era ser distante, igual que usted. E igual que en su caso, ambos padres eran interrogadores y cada uno tenía una fuerte filosofía que quería que Wil adoptara. El padre de Wil era un novelista alemán para el cual el destino último de la raza humana era perfeccionarse. Su padre no defendió nunca otra cosa que los más puros principios humanitarios, pero los nazis usaron su idea básica de perfeccionarse para legitimar su liquidación criminal de las razas inferiores.

"La corrupción de su tema guía destruyó al viejo y lo llevó a trasladarse a América del Sur con su mujer y Wil. La esposa era una peruana que se crió y estudió en los Estados Unidos. Era escritora también, pero básicamente oriental en sus creencias filosóficas. Sostenía que la vida consistía en alcanzar una iluminación interior, una conciencia superior marcada por la paz mental y el desapego de las cosas del mundo. Según ella, la vida no tenía que ver con la perfección, sino con librarse de la necesidad de perfeccionar lo que fuere, de ir a alguna parte... ¿Ve dónde dejó esto a Wil?

Meneé la cabeza.

-Quedó en una posición difícil -continuó el padre Carl-. El padre era un paladín de la idea occidental de trabajar para el progreso y la perfección, y la madre sostenía que la vida

consistía en alcanzar la paz interior y nada más.

"Esas dos personas prepararon a Wil para trabajar en la integración de las principales diferencias filosóficas entre las culturas oriental y occidental, aunque en un primer momento no lo hizo. Se recibió de ingeniero y se dedicó a progresar y luego se convirtió en un simple guía que buscó la paz trayendo a la gente a los bellísimos y conmovedores lugares de este país.

"No obstante, lo que despertó todo eso en él fue el estudio del Manuscrito. Las revelaciones se refieren directamente a su cuestión principal. Revelan que el pensamiento oriental y el occidental pueden realmente integrarse en una verdad superior. Nos muestran que Occidente tiene razón cuando afirma que la vida es progreso, que es evolución hacia algo superior. Sin embargo, Oriente también tiene razón cuando enfatiza que debemos abandonar el control del yo. No podemos progresar usando solamente la lógica. Debemos alcanzar una conciencia más plena, una conexión interior con Dios, porque sólo así nuestra evolución hacia algo mejor puede ser guiada por una parte más elevada de nosotros mismos.

"Cuando Wil empezó a descubrir las revelaciones, toda su vida empezó a fluir. Conoció a José, el sacerdote que halló el Manuscrito y lo hizo traducir. Al poco tiempo conoció al propietario de Vicente, y eso contribuyó a iniciar las investigaciones allí. Y más o menos por la misma época, conoció a Julia, que era empresaria pero que también trabajaba como guía llevando gente a las selvas vírgenes.

"Justamente con Julia era con quien más afinidad tenía. Congeniaron enseguida debido a la semejanza de las cuestiones que perseguían. Julia se crió con un padre que hablaba de ideas espirituales pero de una forma caprichosa e inconsistente. La madre, por su parte, era profesora de oratoria en la universidad, un as en el arte de la discusión, que exigía pensar con claridad. Naturalmente, Julia terminó buscando información sobre la espiritualidad, aunque siempre con la condición de que fuera inteligible y precisa.

"Wil quería alcanzar una síntesis entre Oriente y Occidente que explicara la espiritualidad humana, y Julia quería que esa explicación fuera absolutamente clara. Algo que el Manuscrito les dio a los dos.

-El desayuno está listo -gritó Sánchez desde la cocina.

Me di vuelta, sorprendido. No sabía que Sánchez estaba levantado. Cortamos la conversación y nos reunimos con él para tomar un desayuno de frutas y cereales. Después, el padre Carl me invitó a ir caminando a las ruinas. Acepté, ya que tenía muchas ganas de volver a verlas. Le sugerimos la idea al padre Sánchez, pero cortésmente dijo que no, explicando que debía bajar la montaña para hacer algunas llamadas.

Afuera, el cielo estaba transparente y el sol brillaba radiante sobre los picos. Caminamos a paso ligero.

-¿Cree que hay alguna forma de ponerme en contacto con Wil? -pregunté.

-No -respondió-. No me dijo quiénes eran sus amigos. La única forma sería ir en auto hasta Iquitos, una ciudad cercana a la frontera norte, y considero que en este momento resultaría peligroso.

-¿Por qué allí? -pregunté.

-Pensaba que su búsqueda lo llevaría a esa ciudad. Hay muchas ruinas cerca. Además, el cardenal Sebastián tiene una misión por ahí.

-¿Le parece que Wil va a encontrar la última revelación?

-No sé.

Caminamos en silencio durante varios minutos. En un momento, el padre Carl me preguntó:

-¿Ya decidió algo respecto de lo que hará personalmente?

-¿A qué se refiere?

-El padre Sánchez dijo que al principio usted habló de regresar enseguida a los Estados

Unidos pero que últimamente parece interesarle más explorar las revelaciones. ¿Cómo se siente ahora?

-Precario -respondí-. Sin embargo, por alguna razón también quiero seguir adelante.

-Tengo entendido que mataron a un hombre frente a usted.

-Así es.

-¿Y no obstante quiere quedarse?

-No -dije-. Quiero irme, salvar mi vida... y pese a eso, aquí estoy.

-¿Por qué cree que es así? -preguntó. Escudriñé su expresión.

-No sé. ¿Y usted?

-¿Recuerda dónde dejamos la conversación anoche?

Lo recordaba con exactitud.

-Habíamos descubierto la cuestión que me dejaron mis padres: encontrar una espiritualidad que me permita crecer, que me dé un sentido de la aventura y plenitud. Y dijo que si analizaba cómo había evolucionado mi vida, esta cuestión le daría a mi existencia su exacta proporción y me aclararía lo que está pasándome ahora.

Sonrió con aire misterioso.

-Sí, según el Manuscrito, así ocurre.

-¿Cómo ocurre?

-Todos debemos ver los cambios significativos en nuestra vida y reinterpretarlos a la luz de nuestra cuestión evolucionista.

Sacudí la cabeza, sin comprender.

-Trate de percibir la secuencia de intereses, amigos importantes y coincidencias que se produjeron en su vida. ¿No lo llevaban a alguna parte?

Pensé en mi vida desde la infancia pero no encontré ningún esquema.

-¿Cómo ocupaba su tiempo mientras crecía? -preguntó.

-No sé. Fui un chico típico, supongo. Leía mucho.

-¿Qué leía?

-Sobre todo novelas de misterio, ciencia ficción, historias de fantasmas, ese tipo de cosas.

Pensé en la presencia de mi abuelo y le conté al padre Carl lo del lago y las montañas.

Movió la cabeza en señal de comprensión.

-¿Y ya de grande, qué pasó?

-Fui a la universidad. Mi abuelo murió cuando yo estaba ausente.

-¿Qué estudió?

-Sociología.

-¿Por qué?

-Tuve un profesor que me encantó. Su conocimiento sobre la naturaleza humana me interesó y decidí estudiar con él.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Me recibí y empecé a trabajar.

-¿Le gustaba?

-Durante mucho tiempo, sí.

-¿Y después las cosas cambiaron?

-Empecé a sentir que lo que hacía no era completo. Trabajaba con adolescentes con trastornos emocionales y creía saber cómo podían trascender su pasado y dejar el *acting out* que era tan autodestructivo. Pensaba que podía ayudarlos a seguir adelante en la vida. Por último, me di cuenta de que en mi enfoque faltaba algo.

-¿Y luego?

-Dejé.

-¿Y?

-Y en ese momento una vieja amiga vino a verme y me habló del Manuscrito.

-¿Fue entonces cuando decidió venir a Perú?

-Si.

-¿Qué piensa de su experiencia aquí?

-Pienso que estoy loco -repuse-. Pienso que van a matarme.

-¿Pero qué piensa de la forma en que ha avanzado su experiencia?

-No entiendo.

-Cuando el padre Sánchez me contó lo que le había pasado desde su llegada a Perú -dijo-, me asombró la serie de coincidencias que lo pusieron cara a cara con las distintas revelaciones del Manuscrito justo cuando las necesitaba.

-¿Qué significa eso para usted? -pregunté.

Dejó de caminar y me miro.

-Significa que estaba listo. Está como todos los que nos hallamos aquí. Llegó a un punto en el que necesitaba el Manuscrito para continuar su evolución vital.

"Piense cómo encajan entre sí los hechos de su vida. Desde el comienzo, le interesaron los temas misteriosos y ese interés al final lo llevó a estudiar la naturaleza humana. ¿Por qué cree que conoció a ese profesor en particular? Él cristalizaba sus intereses y lo llevó a prestar atención al mayor misterio: la situación de la humanidad en el planeta, la cuestión de qué es la vida. Entonces, en algún nivel, usted sabía que el sentido de la vida estaba conectado con el problema de trascender el condicionamiento de nuestro pasado y llevar nuestra vida adelante. Por eso trabajaba con esos chicos.

"Pero, como bien lo entiende ahora, fueron necesarias las revelaciones para aclarar qué faltaba en su técnica con esos jóvenes. Para que los chicos con trastornos emocionales evolucionaran tenían que hacer lo que debemos hacer todos: conectarse con suficiente energía como para superar su intenso drama de control, lo que usted llama *acting out*, y seguir adelante en lo que resulta ser un proceso espiritual, un proceso que usted ha tratado de entender todo el tiempo.

"Observe la perspectiva más elevada de esos hechos. Todos los intereses que lo llevaron adelante en su pasado, todas esas etapas de crecimiento, simplemente lo preparaban para estar aquí, ahora, explorando las revelaciones. Trabajó en su búsqueda evolucionista de una espiritualidad enriquecedora durante toda su vida, y la energía que adquirió de ese lugar natural en el que creció, una energía que su abuelo trataba de mostrarle, al final le dio el coraje necesario para venir a Perú. Usted está aquí porque es donde necesita estar para continuar la evolución. Toda su vida ha sido un largo camino que lo condujo directamente a este momento.

Sonrió.

"Cuando integre por entero esta visión de su vida, habrá logrado lo que el Manuscrito llama una conciencia clara de su camino espiritual. Según el Manuscrito, todos debemos pasar todo el tiempo que sea necesario atravesando este proceso de aclarar el pasado. La mayoría de nosotros tenemos un drama de control que debemos trascender, pero en cuanto lo hacemos podemos comprender el sentido más elevado de por qué nacimos de nuestros padres y para qué nos preparaban todos los virajes y las vueltas de nuestra vida. Todos tenemos un propósito espiritual, una misión, que hemos perseguido sin ser del todo conscientes de ello, y una vez que lo traemos totalmente a la conciencia, nuestras vidas pueden despegar.

"En su caso, usted descubrió ese propósito. Ahora debe seguir adelante, permitir que las coincidencias lo guíen hacia una idea cada vez más clara de cómo proseguir su misión a partir de este punto, y de qué más debe hacer aquí. Desde que está en Perú, se dejó llevar por la energía de Wil y del padre Sánchez. Ya es hora de que aprenda a evolucionar solo... conscientemente.

Estaba a punto de decirme algo más, pero los dos nos distrajimos al ver el camión de

Sánchez que venía detrás de nosotros. Nos alcanzó y bajó la ventanilla.

-¿Qué pasa? -preguntó el padre Carl.

-Debo volver a la misión en cuanto empaque mis cosas -dijo Sánchez-. Están las tropas del gobierno... y el cardenal Sebastián.

Subimos los dos al camión y Sánchez arrancó rumbo a la casa del padre Carl. En el camino nos contó que las tropas habían ido a la misión para confiscar todas las copias del Manuscrito y tal vez para cerrarlo.

Llegamos a la casa y entramos enseguida. El padre Sánchez empezó a guardar sus pertenencias. Yo me quedé de pie, pensando qué hacer. Mientras observaba, el padre Carl se acercó al otro sacerdote y le dijo:

-Creo que debería ir con usted.

Sánchez se volvió.

-¿Está seguro?

-Sí, creo que debo hacerlo.

-¿Para qué?

-Todavía no lo se.

Sánchez lo miró un instante y continuó empacando.

-Si cree que es lo mejor...

Yo estaba apoyado en el marco de la puerta.

-¿Qué debo hacer? -pregunté. Ambos me miraron.

-Es cosa suya -repuso el padre Carl. Seguí mirando.

-Tendrá que tomar una decisión -intervino Sánchez.

No podía creer que fueran tan indiferentes respecto de mi decisión. Ir con ellos implicaba ser capturado por las tropas peruanas. ¿Pero cómo podía quedarme ahí, solo?

-Miren -dije-, no sé qué hacer. Tienen que ayudarme. ¿Hay alguna otra persona que pueda esconderme?

Ambos hombres se miraron.

-Creo que no -respondió el padre Carl.

Los miré; sentía un nudo de angustia cada vez más grande en el estómago.

El padre Carl me sonrió.

-Manténgase centrado. Recuerde quién es -me aconsejó.

Sánchez fue hasta donde había un bolso y sacó unas hojas.

-Ésta es una copia de la Sexta Revelación -dijo-. Tal vez lo ayude a decidir qué hacer.

Cuando tomé la copia, Sánchez miró al padre Carl y preguntó:

-¿Cuánto tiempo necesita para partir?

-Tengo que ponerme en contacto con algunas personas -respondió el padre Carl-. Más o menos una hora. Sánchez me miro.

-Lea y piense por un rato. Después hablamos.

Los dos hombres volvieron a sus preparativos. Salí, me senté afuera, en una roca grande, y abrí el Manuscrito. Era un eco perfecto de las palabras del padre Sánchez y el padre Carl. Aclarar el pasado era un proceso preciso para tomar conciencia de nuestras formas individuales de control aprendidas en la infancia. Y decía que una vez que pudiéramos trascender ese hábito encontraríamos nuestro yo superior, nuestra identidad evolucionista.

Leí todo el texto en menos de treinta minutos y cuando terminé al final comprendí la revelación básica: para poder entrar plenamente en ese estado de la mente que tantas personas vislumbraban -la experiencia de nosotros mismos avanzando por la vida guiados por misteriosas coincidencias-, teníamos que despertar a quiénes éramos realmente.

En ese momento el padre Carl salió de la casa, me divisó y se acercó adonde yo estaba sentado.

-¿Terminó? -me preguntó. Su modo era cálido y amistoso como siempre.

-Sí.

-¿Le molesta que me siente aquí un momento?

-Es un placer.

Se instaló a mi derecha y después de un momento de silencio me preguntó:

-¿Comprende que aquí está en su camino de descubrimiento?

-Sí, eso supongo, ¿pero qué hago ahora?

-Ahora debe creerlo realmente.

-¿Cómo, con el miedo que tengo?

-Debe entender qué está en juego. La verdad que busca es tan importante como la evolución del universo mismo, pues permite que la evolución continúe.

"¿No se da cuenta? El padre Sánchez me habló de su visión de la evolución en la cima de la montaña. Usted vio cómo evolucionó la materia a partir de la simple vibración de hidrógeno hasta llegar a la humanidad. Se preguntó cómo los hombres llevaron adelante esa evolución. Ahora descubrió la respuesta: los humanos nacen en determinadas situaciones históricas y encuentran algo que defender. Forman una unión con otros seres humanos que también encontraron algún propósito.

"Los hijos nacidos de esa unión reconcilian entonces esas dos posiciones buscando una síntesis más elevada, guiados por las coincidencias. Como sin duda ya aprendió en la Quinta Revelación, cada vez que nos llenamos de energía y ocurre una coincidencia que nos lleva adelante en la vida, establecemos ese nivel de energía en nosotros mismos, y así podemos existir en una vibración superior. Nuestros hijos toman nuestro nivel de vibración y lo elevan más todavía. De esa forma continuamos la evolución como seres humanos.

"La diferencia ahora, con esta generación, es que ya estamos listos para hacerlo en forma consciente y acelerar el proceso. Independientemente del miedo que le dé, ya no tiene alternativa. Una vez que uno aprende qué es la vida, no hay forma de borrar el conocimiento. Si trata de hacer otra cosa, siempre tendrá la sensación de que le falta algo.

-Pero, ¿qué hago ahora?

-No sé. Sólo usted lo sabe. Pero le sugiero que primero trate de obtener algo de energía.

El padre Sánchez salió de la casa y se nos acercó, evitando mirarnos o hacer ruido, como si no quisiera interrumpirnos. Traté de concentrarme y miré los picos de roca que rodeaban la casa. Respiré hondo y me di cuenta de que desde que había salido mi actitud había sido totalmente egocéntrica, como con el campo visual restringido. Me había aislado de la belleza y la majestuosidad de las montañas.

Mientras observaba los alrededores, tratando conscientemente de apreciar lo que veía, empecé a experimentar esa sensación de proximidad, ahora ya familiar. De repente, todo parecía tener una presencia mayor y un leve resplandor. Empecé a sentirme más liviano con el cuerpo más elástico.

Miré primero al padre Sánchez y luego al padre Carl. Ambos me observaban atentamente y me di cuenta de que veían mi campo de energía.

-¿Qué aspecto tengo? -pregunté.

-Parecería que se siente mejor -dijo Sánchez-. Quédese aquí y aumente todo lo posible su energía. Tardaremos unos veinte minutos más con el equipaje.

Sonrió con ironía.

-Después de esto -continuó-, estará listo para empezar.

Los dos sacerdotes regresaron a la casa y yo me quedé varios minutos más observando la belleza de las montañas, tratando de obtener más energía. De pronto me desconcentré y empecé a pensar distraídamente en Wil. ¿Dónde se hallaría? ¿Estaría por encontrar la Novena Revelación?

Me lo imaginé corriendo por la jungla, con la Novena Revelación en la mano, perseguido por montones de soldados. Pensé en Sebastián orquestando la persecución. Sin embargo, en mi ensueño era evidente que, pese a toda su autoridad, Sebastián estaba equivocado, había malinterpretado algo en cuanto al impacto que tendrían las revelaciones en la gente. Sentí que alguien podría persuadirlo de adoptar otra postura. Bastaba con que descubriéramos qué parte del Manuscrito lo amenazaba tanto.

Estaba elaborando esta idea cuando evoqué a Marjorie. ¿Dónde estaría? Imaginé volver a verla. ¿Cómo podía ocurrir?

El ruido de la puerta de entrada que se cerraba me trajo otra vez a la realidad. Volví a sentirme débil y nervioso. Sánchez se me acercó. Su paso era rápido, resuelto.

Se sentó a mi lado y me preguntó:

-¿Decidió qué va a hacer?

Negué con la cabeza.

-No se lo ve muy fuerte -observó.

-No me siento muy fuerte.

-Tal vez no esté desarrollando su energía en forma sistemática.

-¿A qué se refiere?

-Permítame que le proponga el modo en que yo obtengo energía. Tal vez mi método lo ayude cuando cree su propio procedimiento.

Le hice una seña para que continuara.

-Lo primero que hago –explicó- es concentrarme en el medio que me rodea, como supongo también hace usted. Luego trato de recordar cómo es todo cuando me lleno de energía. Lo hago recordando la presencia que exhibe cada cosa, la belleza singular y la forma de todo, en especial las plantas y la forma en que los colores parecen brillar y lucen más resplandecientes. ¿Me sigue?

-Sí, yo trato de hacer lo mismo.

-Después -continuó- trato de experimentar esa sensación de proximidad, la sensación de que, por más lejos que algo esté, yo puedo tocarlo, conectarme. Y entonces lo aspiro.

-¿Lo aspira?

-¿El padre John no se lo explicó?

-No.

Sánchez se mostró confundido.

-Tal vez pensara volver sobre eso y explicárselo más adelante. A menudo es muy tajante. Se va y deja a su alumno reflexionando sobre lo que enseñó y más tarde aparece en el momento justo para agregar algo más a la enseñanza. Supongo que se proponía hablar con usted otra vez, pero nos fuimos a toda prisa.

-Me gustaría saber de qué se trata -dije.

-¿Recuerda la sensación de plenitud que experimentó en la cima de la montaña? -preguntó.

-Sí.

-Para recuperar esa plenitud, trato de aspirar la energía con la cual acabo de conectarme.

Había seguido a Sánchez mientras hablaba. El solo escuchar el procedimiento ya aumentaba mi conexión. A mi alrededor todo había aumentado en presencia y belleza. Hasta las rocas parecían tener un resplandor blanquecino, y el campo de energía de Sánchez era amplio y azul. En ese momento hacía inhalaciones profundas, conscientes, reteniendo el aire

unos cinco segundos antes de exhalar. Seguí su ejemplo.

-Cuando visualizamos que cada inhalación incorpora energía en nosotros y nos llena como un globo –continuó-, realmente nos volvemos más plenos de energía y nos sentimos más livianos y regocijados.

Después de hacer varias inhalaciones, empecé a sentirme de esa manera.

-Una vez que aspiro la energía -continuó Sánchez-, controlo para ver si experimento la emoción correcta. Como ya le dije antes, considero que eso es la verdadera pauta de que me encuentro realmente conectado.

-¿Se refiere al amor?

-Exacto. Como habíamos dicho en la misión, el amor no es un concepto intelectual ni un imperativo moral o cualquier otra cosa. Es una emoción de fondo que existe cuando uno está conectado con la energía disponible en el universo, que, obviamente, es la energía de Dios.

El padre Sánchez me miraba con los ojos ligeramente fuera de foco.

-Ahí lo alcanzó -me dijo-. Ese es el nivel de energía que necesita tener. Estoy asistiéndolo un poco, pero ya está listo para mantenerlo solo.

-¿Qué quiere decir con que me asiste?

El padre Sánchez sacudió la cabeza.

-No se preocupe por eso ahora. Lo sabrá más adelante, con la Octava Revelación.

El padre Carl salió de la casa y nos miró a los dos, como complacido. Al acercarse, me miro.

-¿No se decidió todavía?

La pregunta me irritó; luché contra la consiguiente pérdida de energía.

-No vuelva a caer en su drama, no se ponga distante -me advirtió el padre Carl-. No puede evitar asumir una posición. ¿Qué piensa que necesita hacer?

-No pienso nada -repuse-. Ese es el problema.

-¿Está seguro? Los pensamientos se sienten de otra manera una vez que uno se conecta con la energía.

Lo miré perplejo.

-Las palabras que uno suele manipular en su cabeza, en un intento por controlar lógicamente los hechos, se detienen cuando se deja de lado el drama del control. Al llenarse con energía interior, entra en nuestra mente otro tipo de pensamientos, de una parte más elevada de nosotros mismos. Ésas son las intuiciones. Se sienten de otra forma. Aparecen en el fondo de la mente, a veces en una especie de ensueño o minivisión, y nos llegan de modo directo, para guiamos.

Seguía sin comprender.

-Cuéntenos en qué pensó cuando lo dejamos solo hace un rato -dijo el padre Carl.

-No sé si lo recuerdo todo -respondí.

-Trate.

Intenté concentrarme.

-Pensé en Wil, creo; en la posibilidad de que estuviera cerca de hallar la Novena Revelación, y en la cruzada de Sebastián contra el Manuscrito.

-¿Qué más?

-Pensé en Marjorie; me preguntaba qué le habría pasado. Pero no entiendo de qué manera me sirve esto para decidir qué hacer.

-Permítame explicárselo -dijo el Padre Sánchez-. Cuando adquirimos suficiente energía, estamos listos para iniciar conscientemente la evolución, para hacerla fluir y producir las coincidencias que nos llevarán adelante. Iniciamos la evolución de una manera muy específica. Primero, como ya dije, reunimos suficiente energía, luego recordamos el interrogante básico de cada uno en la vida, el que nos transmitieron nuestros padres, porque este interrogante nos proporciona el contexto general para nuestra evolución. Luego, nos

concentramos en nuestro camino descubriendo los interrogantes más inmediatos y pequeños que solemos enfrentar en la vida. Estos interrogantes siempre forman parte de nuestro interrogante más amplio y definen dónde nos hallamos actualmente en nuestra búsqueda de toda la vida.

"Una vez que somos conscientes de los interrogantes activos en este momento, siempre obtenemos algún tipo de dirección espiritual respecto de qué hacer o adónde ir. Experimentamos presentimientos relacionados con el paso siguiente. Siempre. Si esto no ocurre es porque tenemos en mente el interrogante equivocado. Mire, el problema en la vida no radica en recibir respuestas. El problema está en identificar los interrogantes actuales. Una vez que los interrogantes son los correctos, las respuestas siempre llegan.

"Después de tener una intuición respecto de lo que puede pasar a continuación -prosiguió-, el siguiente paso consiste en estar muy atentos y vigilantes. Tarde o temprano se producirán las coincidencias que nos harán mover en la dirección indicada por la intuición. ¿Me sigue?

-Eso creo.

-Entonces -continuó-, ¿no cree que esos pensamientos sobre Wil, Sebastián y Marjorie son importantes? Piense por qué se le ocurren ahora, teniendo en cuenta la historia de su vida. Usted sabe que salió de su familia queriendo averiguar cómo convertir la vida espiritual en una aventura internamente enriquecedora, ¿cierto?

-Sí.

-Al crecer, le interesaron los temas misteriosos, estudió sociología y trabajó con gente, aunque entonces no sabía por qué lo hacia. Después empezó a despertar, oyó hablar del Manuscrito y vino a Perú y encontró las revelaciones una por una, y cada una le enseñó algo sobre la clase de espiritualidad que usted busca. Ahora que ha puesto las cosas en claro, puede volverse superconsciente de esa evolución definiendo sus interrogantes actuales y viendo luego cómo aparecen las respuestas.

Lo miré.

-¿Cuáles son sus interrogantes actuales? -preguntó.

-Supongo que quiero conocer las otras revelaciones -respondí-. Quiero saber, sobre todo, si Wil va a encontrar la Novena Revelación. Quiero saber qué le pasó a Marjorie. Y quiero saber lo de Sebastián.

-¿Y qué le sugirieron sus intuiciones en cuanto a estos interrogantes?

-No lo sé. Imaginé que volvía a ver a Marjorie y que Wil corría perseguido por tropas. ¿Qué significa?

-¿Wil corría?

-En la jungla.

-Tal vez le esté indicando adónde debería ir. Iquitos está en la jungla. ¿Y Marjorie?

-Imaginé que la veía otra vez.

-¿Y Sebastián?

-Fantaseé que estaba en contra del Manuscrito porque lo interpretaba mal, que cambiaría de opinión si lográbamos averiguar qué pensaba, qué temía exactamente del Manuscrito.

Ambos hombres se miraron atónitos.

-¿Qué significa? -pregunté.

El padre Carl me respondió con otra pregunta:

-¿Usted qué idea tiene?

Por primera vez desde la experiencia de la montaña, empezaba a sentirme de nuevo lleno de energía y confianza. Los miré y dije:

-Me parece que debería ir hacia la jungla para tratar de descubrir qué aspecto del Manuscrito desagrada a la Iglesia.

El padre Carl sonrió.

-¡Exacto! Puede llevarse mi camión.

Asentí y fuimos los tres hasta el frente de la casa, donde se hallaban estacionados los vehículos. Mis cosas, junto con una provisión de alimentos y agua, ya estaban en el camión del padre Carl. El vehículo del padre Sánchez también estaba cargado.

-Quiero decirle algo -me atajó Sánchez-. Recuerde parar todas las veces que sea necesario para reconectar su energía. Manténgase a pleno, permanezca en un estado de amor. Recuerde que una vez que alcanza ese estado de amor, nada ni nadie puede quitarle más energía de la que puede reponer. De hecho, la energía que fluye de usted crea una corriente que incorpora energía en usted al mismo ritmo. Nunca se agotará. Pero, para que funcione, debe ser consciente de ese proceso. Y esto es especialmente importante cuando interactúa con las personas.

Hizo una pausa. Al mismo tiempo, como si le hubiera dado el pie, el Padre Carl se acercó y dijo:

-Leyó todas menos dos revelaciones: la Séptima y la Octava. La Séptima trata del proceso de la evolución consciente, de mantenerse alerta a cualquier coincidencia, a cualquier respuesta que el universo nos dé.

Me entregó un grupito de hojas.

-Esta es la Séptima. Es muy corta y general -continuó-, pero habla de cómo los objetos vienen a nosotros, de cómo algunos pensamientos aparecen como guía. En cuanto a la Octava, la encontrará usted mismo cuando sea el momento. Explica cómo podemos ayudar a los demás cuando nos traen las respuestas que buscamos. Y además, describe toda una nueva ética que rige la forma en que los seres humanos deben tratarse entre sí para facilitar la evolución de todos y cada uno.

-¿Por qué no puede darme la Octava Revelación ahora? -pregunté.

El padre Carl sonrió y me puso la mano en el hombro.

-Porque creemos que no debemos. También nosotros tenemos que seguir nuestras intuiciones. Conseguirá la Octava Revelación en cuanto haga la pregunta correcta.

Le dije que comprendía. Después, ambos sacerdotes se despidieron y me desearon lo mejor. El padre Carl hizo hincapié en que pronto volveríamos a vernos y que en verdad encontraría las respuestas que debía recibir.

Estábamos a punto de subir a nuestros respectivos vehículos, cuando Sánchez de pronto se dio vuelta y me miró:

-Tengo la intuición de que debo decirle algo. Más adelante, averiguará más. Deje que su percepción de la belleza y la iridiscencia lo guíen. Los lugares y las personas que tienen respuestas para usted le resultarán más luminosos y atractivos.

Asentí y subí al camión del padre Carl; después los seguí por el camino rocoso durante varios kilómetros hasta llegar a una bifurcación. Sánchez me hizo señas con la mano, y él y el padre Carl tomaron hacia el este. Los observé durante un instante e hice girar el viejo camión hacia el norte, rumbo a la cuenca del Amazonas.

Tuve un ataque de impaciencia. Después de haber avanzado a buen ritmo durante más de tres horas, me encontraba parado en un cruce, incapaz de decidir entre dos rutas.

Una posibilidad era tomar hacia la izquierda. A juzgar por el mapa, ese camino iba hacia el norte bordeando el límite de las montañas por unos ciento sesenta kilómetros y después giraba bruscamente hacia el este, rumbo a Iquitos. La otra ruta, la de la derecha, mantenía el mismo ángulo hacia el este a través de la jungla para llegar al mismo destino.

Respiré hondo y traté de relajarme. Después eché un vistazo rápido al espejo retrovisor. Nadie. De hecho, en más de una hora no había visto a nadie: ni tránsito ni nativos a pie. Intenté librarme de la angustia que me había asaltado. Sabía que, si pretendía tomar la decisión correcta, debía relajarme y mantenerme conectado,

Me concentré en el paisaje. La ruta por la selva, hacia la derecha, avanzaba entre un grupo de árboles grandes. Varias enormes salientes de piedra marcaban el terreno circundante. La mayoría estaban rodeadas de grandes arbustos tropicales. La otra ruta, a través de las montañas, parecía comparativamente despojada. En esa dirección crecía un árbol, pero el resto del paisaje era rocoso, con muy poca vegetación.

Volví a mirar hacia la derecha y traté de inducir un estado de amor. Los árboles y los arbustos eran de un verde exuberante. Miré a la izquierda y repetí el procedimiento. Enseguida noté una zona de pasto que bordeaba el camino. Las briznas eran pálidas y manchadas, pero las flores blancas, vistas en conjunto, creaban, de lejos, un esquema singular. Me pregunté por qué no habría visto las flores antes. Ahora casi parecían brillar. Amplié mi foco para incluir todo lo que había en esa dirección. Las rocas pequeñas y los pedazos de ripio resultaban extraordinariamente llenos de color, llamativos. Matices ámbar y violeta, e incluso rojo oscuro, recorrían todo el paisaje.

Volví a mirar los árboles y los arbustos de la derecha. Si bien eran bellos, habían palidecido en comparación con la otra ruta. Pero, ¿cómo podía ser?, pensé. Al principio, el camino de la derecha lucía más atractivo. Miré de nuevo a la izquierda y mi intuición se afirmó. La riqueza de forma y color me dejó pasmado.

Convencido, puse en marcha el camión y tomé hacia la izquierda, seguro de lo acertado de mi decisión. El camino estaba lleno de rocas y baches. A medida que avanzaba, mi cuerpo se volvía más liviano. Mi peso se centró en mis nalgas; tenía la espalda y el cuello derechos. Mis brazos sostenían el volante pero no se apoyaban en él.

Durante dos horas manejé sin ningún incidente, comiendo cada tanto algo del canasto de comida que el padre Carl había preparado, y siempre sin ver a nadie. El camino subía y bajaba serpenteante de una colina a otra. En la cima de una loma, observé dos autos viejos estacionados a mi derecha. Se hallaban bastante alejados, a un costado del camino, junto a un grupo de árboles pequeños. Como no veía ningún ocupante, supuse que estaban abandonados. Más adelante, el camino giraba de golpe a la izquierda y bajaba en circulo hasta un ancho valle. Desde el pico alcanzaba a ver varios kilómetros más adelante.

Frené el camión de golpe. Más o menos en la mitad del valle había tres o cuatro vehículos militares asentados a ambos lados del camino. Entre los camiones se veía un grupito de soldados. Me dio un escalofrío. La ruta estaba cortada. Di marcha atrás y estacioné el camión detrás de dos rocas grandes; bajé y regresé al promontorio para observar de nuevo la actividad en el valle. Justo salía un vehículo en la dirección opuesta.

De pronto oí algo a mis espaldas. Me volví con rapidez. Era Phil, el ecologista al que había conocido en Vicente.

Él se mostró igualmente sorprendido.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó mientras se precipitaba hacia mí.

-Trato de llegar a Iquitos -respondí.

Tenía una expresión llena de angustia.

-Nosotros también, pero el gobierno se ha vuelto loco con lo del Manuscrito. Ahora intentamos decidir si nos arriesgamos a pasar la barrera. Somos cuatro.

Hizo un gesto hacia la izquierda. A través de los árboles, vi a varios hombres más.

-¿Para qué vas a Iquitos? -me preguntó.

-Me propongo encontrar a Wil. Nos separamos en Cula, pero oí decir que podría haber ido a Iquitos para buscar el resto del Manuscrito.

Me miró horrorizado.

-¡No debería hacer eso! Los militares prohibieron tener copias. ¿No supiste lo que pasó en Vicente?

-Sí, algo, pero, ¿qué sabes tú?

-Yo no estaba, pero, por lo que sé, las autoridades irrumpieron y arrestaron a todos los

que poseían copias. Detuvieron a todos los huéspedes, para interrogarlos. Se llevaron a Dale y a los otros científicos. Nadie sabe qué fue de ellos.

-¿Sabes por qué el gobierno está tan alterado con este Manuscrito? -pregunté.

-No, pero cuando me enteré de lo riesgoso que se estaba poniendo el asunto, decidí volver a Iquitos para buscar los datos de mi investigación y después abandonar el país.

Le conté los detalles de lo que nos había ocurrido a Wil y a mí después de dejar Vicente, en especial lo del tiroteo en el cordón montañoso.

-Maldición -exclamó-. ¿Y todavía sigues dando vueltas con esa cosa?

La pregunta hizo tambalear mi seguridad, pero dije:

-Mira, si no hacemos nada, el gobierno eliminará el Manuscrito por completo. ¡El mundo no podrá conocerlo, y yo creo que las revelaciones son importantes!

-¿Importantes como para morir por ellas? -preguntó.

Nos distrajo el ruido de unos motores. Los camiones avanzaban por el valle hacia nosotros.

-¡Oh, diablos! -maldijo-. Aquí vienen.

Antes de que pudiéramos movernos, oímos el ruido de vehículos que se acercaban también del otro lado.

-¡Nos tienen rodeados! -gritó Phil, aterrado.

Corrí hasta el camión y metí la canasta con comida en una valijita. Tomé los papeles que contenían el Manuscrito y también los puse en la valija; luego lo pensé mejor y los empujé debajo del asiento.

Los ruidos se volvían más intensos, de modo que crucé el camino a la derecha, hacia donde se había dirigido Phil. Desde lo alto de la pendiente los veía a él y a los otros hombres apiñados detrás de un grupo de rocas. Me escondí con ellos. Mi esperanza era que los camiones militares pasaran y siguieran adelante. Mi camión se hallaba fuera de la vista. Ojalá pensaran, como yo, que los otros camiones estaban abandonados.

Los camiones que se acercaban por el sur llegaron primero y para nuestro gran horror, se detuvieron.

-¡No se muevan! ¡Policía! -gritó una voz. Nos quedamos helados cuando vimos que varios soldados se acercaban por detrás. Todos iban fuertemente armados y eran muy cautos. Los soldados nos registraron a fondo y nos quitaron todo; luego nos forzaron a regresar al camino. Allí, docenas de soldados revisaban los vehículos. Phil y sus compañeros fueron ubicados en uno de los camiones militares, que arrancó rápidamente. Cuando pasaron a mi lado, pude verlo. Estaba pálido y espectral.

Me llevaron a pie en la dirección contraria y me ordenaron que me sentara en la cresta de la colina. Había varios soldados parados cerca, cada uno con un arma automática al hombro. Por último, un oficial se acercó y arrojó mis copias de las revelaciones a mis pies. Sobre ellas apoyó las llaves del camión del padre Carl.

-¿Estas copias son suyas? -preguntó.

Lo miré sin responder.

-Usted tenía estas llaves -dijo-. Dentro del vehículo encontramos estas copias. Le pregunto otra vez: ¿son suyas?

-Creo que no voy a responder hasta no ver a un abogado -balbuceé. La observación dibujó una sonrisa sarcástica en la cara del oficial. Dijo algo a los otros soldados y se fue. Los soldados me llevaron a uno de los jeeps y me ubicaron en el asiento del acompañante. Otros dos se sentaron atrás, con las armas listas. Más soldados subieron a un segundo camión. Luego de una breve espera, ambos vehículos se dirigieron al norte por el valle.

Pensamientos angustiados me llenaron la mente. ¿Adónde me llevaban? ¿Por qué me había metido en semejante situación? Qué buena la preparación que los sacerdotes me habían dado; no había aguantado ni un día. En el cruce, me había sentido tan seguro de estar

eligiendo el camino correcto. Esta ruta era la más atractiva; no había duda. ¿En qué me había equivocado?

Respiré hondo e intenté relajarme; me pregunté qué sucedería. Alegaría ignorancia, pensé, y me presentaría como un turista engañado que no pretendía hacer ningún daño. Alegaría que me había topado con la gente equivocada. Déjenme ir a casa, pediría.

Tenía las manos apoyadas en la falda; me temblaban levemente. Uno de los soldados que iban sentados atrás me ofreció una cantimplora de agua y la acepté, pese a que no pude beber. El soldado era joven y cuando le devolví la cantimplora sonrió sin rastros de malicia. Me cruzó por la mente la imagen de Phil aterrado. ¿Qué iban a hacerle?

Se me ocurrió que el encuentro con Phil en esa colina había sido una coincidencia. ¿Qué significaba? ¿De qué habríamos hablado si no nos hubieran interrumpido? En realidad, todo lo que yo había hecho era enfatizar la importancia del Manuscrito, y él, por su parte, advertirme acerca del peligro que había allí y aconsejarme que saliera antes de que me capturaran. Desgraciadamente, su consejo había llegado demasiado tarde.

Durante varias horas nadie habló. El terreno era cada vez más llano. El aire, más cálido. En un momento, el soldado joven me entregó una lata de raciones, algo parecido a una hamburguesa; de nuevo no pude tragar nada. Después del crepúsculo la luz se desvaneció con rapidez.

Me dejé llevar sin pensar, mirando adelante las luces de los faros del camión, y caí en un sueño inquieto durante el cual soñé que iba volando. Escapaba desesperadamente de un enemigo desconocido entre cientos de disparos, seguro de que en alguna parte había una llave secreta que abriría un camino hacia el conocimiento y la seguridad. En medio de uno de los estallidos gigantes, vi la llave. ¡Me precipité para tomarla!

Me desperté sobresaltado y transpirando profusamente. Los soldados me miraron nerviosos. Sacudí la cabeza y me apoyé contra la puerta del camión. Durante un rato largo, miré por la ventanilla las sombras oscuras del paisaje, luchando contra el pánico. Iba solo y bajo vigilancia, rumbo a la oscuridad, y a nadie le preocupaban mis pesadillas.

Alrededor de medianoche llegamos a un edificio grande, de piedra, de dos pisos, apenas iluminado. Caminamos hasta la entrada principal pero seguimos de largo y entramos por una puerta lateral. Unas escaleras llevaban a un pasillo estrecho. Las paredes interiores también eran de piedra; el techo, de troncos grandes y vigas irregulares. Iluminaban el camino unas bombitas colgadas del cielo raso. Pasamos por otra puerta e ingresamos en una zona de celdas. Uno de los soldados que había desaparecido nos alcanzó, abrió una de las puertas de las celdas y me hizo señas de que entrara.

Adentro había tres catres, una mesa de madera y un florero. Para mi gran asombro, la celda estaba muy limpia. Al entrar, un joven peruano, de no más de dieciocho o diecinueve años, parado detrás de la puerta, me miró con afecto. El soldado salió y cerró la puerta. Me senté en uno de los catres mientras el muchacho se acercaba para encender un farol de aceite. Cuando la luz le iluminó la cara, me di cuenta de que era indio.

-¿Hablas inglés? -pregunté.

-Sí, un poco -respondió.

-¿Donde estamos?

-Cerca de Pulícupa.

-¿Esto es una cárcel?

-No, todos estamos acá por hacer averiguaciones sobre el Manuscrito.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? -pregunté.

Me miró con sus tímidos ojos oscuros.

-Dos meses.

-¿Qué te hicieron?

-Tratan de convencerme de que no crea en el Manuscrito y de que convenza a todos los

que tienen copias.

-¿Cómo?

-Hablándome.

-¿Sólo hablándote, sin amenazas?

-Sólo hablándome -repitió.

-¿Te han dicho cuándo van a dejarte ir?

-No.

Hizo una pausa y me miró con expresión inquisitiva.

-¿Te atraparon con copias del Manuscrito? -preguntó.

-Sí. ¿A ti también?

-Sí. Vivo cerca de aquí, en un orfanato. Mi director sacaba enseñanzas del Manuscrito y me dejaba enseñarles a los chicos. Él logró escapar, pero a mí me atraparon.

-¿Cuántas revelaciones viste? -pregunté.

-Todas las que se encontraron -repuso-. ¿Y tú?

-Todas, excepto la Séptima y la Octava. Tenía la Séptima pero no conseguí leerla antes de que aparecieran los soldados.

El muchacho bostezó y me preguntó:

-¿Dormimos?

-Si-comenté distraído-. Claro.

Me acosté en mi catre y cerré los ojos. Mi mente estaba aceleradísima. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo había dejado que me capturaran? ¿Podría escapar? Imaginé varias estrategias y situaciones hasta que al final me quedé dormido.

De nuevo soñé en forma muy vivida. Buscaba la misma llave pero esta vez me encontraba perdido en una selva espesa. Había caminado mucho tiempo sin rumbo, deseando hallar algún tipo de guía. En un momento se desató una fuerte tormenta eléctrica que inundó el paisaje. Durante el diluvio fui arrastrado barranca abajo y caí en el río, que fluía en sentido contrario y amenazaba con ahogarme. Con todo mi poder, luché contra la corriente durante un lapso que me pareció durar siglos. Por último logré salir del torrente aferrándome a la orilla rocosa. Trepé por las rocas y los acantilados escarpados que bordeaban el río, subiendo cada vez más e internándome en zonas aún más dificultosas. Si bien había reunido todas mis fuerzas y habilidad para abrirme paso por los acantilados, en un momento quedé peligrosamente pegado a la cara de la roca, sin poder avanzar. Miré hacia abajo. Me di cuenta, lleno de estupor, de que el río contra el cual acababa de luchar fluía hasta salir de la selva y desembocaba en una playa y una pradera. En la pradera, rodeada de flores, estaba la llave. Entonces me resbalé y me precipité hacia abajo hasta caer en el río y hundirme.

Me incorporé en el catre. Me faltaba el aire. El joven indio, que al parecer ya estaba despierto, se acercó.

-¿Qué te pasa? -me preguntó.

Tomé aire y miré a mi alrededor. Recién entonces vi dónde me hallaba. También noté que la habitación tenía una ventana y que ya había claridad afuera.

-Fue sólo una pesadilla -dije.

Me sonrió como si le complaciera lo que había dicho.

-Las pesadillas contienen mensajes importantísimos -comentó.

-¿Mensajes? -pregunté. Me levanté y me puse la camisa.

Me pareció que lo incomodaba tener que dar explicaciones.

-La Séptima Revelación habla de los sueños -dijo.

-¿Qué dice?

-Dice cómo, eh...

-¿Interpretarlos?

-Si.

-¿Qué dice al respecto?

-Que hay que comparar la historia del sueño con la historia de nuestra vida.

Pensé por un momento, sin entender muy bien qué significaba esa instrucción.

-¿A qué te refieres con "comparar historias"? El muchacho indio apenas me miraba.

-¿Quieres interpretar tu sueño? Asentí y le conté qué había sentido. Me escuchó con atención y luego me indicó:

-Compara partes de la historia con tu vida. Lo miré.

-¿Por dónde empiezo?

-Por el principio. ¿Qué hacía al comienzo del sueño?

-Buscaba una llave en una selva.

-¿Cómo te sentías?

-Perdido.

-Compara esa situación con tu situación real.

-Es posible que se relacionen -reflexioné-. Estoy buscando algunas respuestas sobre el Manuscrito y es absolutamente cierto que me siento perdido.

-¿Y qué más te ocurre en la vida real? -me preguntó.

-Me atraparon -dije-. Pese a todo lo que intenté hacer, me encerraron. Lo único que me queda es tratar de convencer a alguien de que me deje volver a mi país.

-¿Luchas para que no te atrapen?

-Por supuesto.

-¿Qué pasó después en el sueño?

-Luché contra la corriente.

-¿Por qué? -preguntó.

Empecé a captar adónde quería llegar.

-Porque en ese momento pensé que me ahogaría.

-¿Y si no hubieras luchado contra el agua?

-El agua me habría llevado hasta la llave. ¿Qué quieres decir? ¿Que si no lucho contra esta situación tal vez encuentre las respuestas que busco?

Nuevamente pareció incomodarse.

-Yo no digo nada. Lo dice el sueño.

Me quedé pensativo. ¿Sería correcta esa interpretación?

El indio me miró y preguntó:

-Si tuvieras que experimentar otra vez el sueño, ¿qué cambiaría?

-No me resistiría al agua, aunque me diera la impresión de que podría matarme. Elegiría mejor.

-¿Qué te amenaza ahora?

-Supongo que los soldados. Estar detenido.

-Entonces, ¿cuál es el mensaje para ti?

-¿Crees que el mensaje de los sueños es que vea esta captura como algo positivo?

No me respondió; se limitó a sonreír.

Yo estaba sentado en mi catre con la espalda contra la pared. La interpretación me entusiasmaba. Si era acertada, significaba que, después de todo, en el cruce de rutas no me había equivocado, que todo formaba parte de lo que debía ocurrir.

-¿Cómo te llamas? -pregunté.

-Pablo -respondió.

Me presenté y le conté brevemente la historia de mi viaje a Perú y lo que había pasado. Pablo estaba sentado en su catre, con los codos en las rodillas. Tenía el pelo corto y negro y era muy delgado.

-¿Por qué estás aquí? -preguntó.

-Para averiguar algo sobre ese Manuscrito -respondí.

-¿Por qué, específicamente? -volvió a preguntarme.

-Para averiguar qué dice la Séptima Revelación y para saber qué les pasó a unos amigos, Wil y Marjorie. Y supongo que para averiguar por qué la Iglesia se opone tanto al Manuscrito.

-Aquí hay muchos sacerdotes con los que puedes hablar -dijo.

Pensé un instante en lo que había dicho y pregunté:

-¿Qué más dice la Séptima Revelación sobre los sueños?

Pablo me contó que los sueños nos dicen sobre nuestra vida algo que se nos está pasando por alto. Después me dijo otra cosa, pero en lugar de escuchar me puse a pensar en Marjorie. Veía su cara muy nítida en mi mente y me preguntaba dónde se hallaría; luego la vi corriendo hacia mi y sonriéndome.

De pronto tomé conciencia de que Pablo había dejado de hablar. Lo miré.

-Lo lamento, mi mente se dispersó -me excusé-. ¿Qué decías?

-Está bien -respondió-. ¿En qué pensabas?

-En una amiga.

Me miró como queriendo ahondar en el tema, pero alguien se acercó a la puerta de la celda. A través de las barras vimos a un soldado que corría el cerrojo.

-Es hora de desayunar -anunció Pablo.

El soldado abrió la puerta y con una seña nos indicó que saliéramos al pasillo. Pablo caminó adelante por el corredor de piedra. Llegamos a una escalera y subimos un piso hasta un pequeño comedor. Cuatro o cinco soldados estaban parados en el rincón de la habitación, en tanto que varios civiles, dos hombres y una mujer, hacían cola esperando que los atendieran.

Me quedé paralizado. No podía creer lo que veía. La mujer era Marjorie. Al mismo tiempo, ella me vio, se cubrió la boca con la mano y abrió los ojos sorprendida. Eché un vistazo al soldado que se hallaba a mis espaldas. Caminaba en dirección a otros militares que estaban en el rincón, sonriendo despreocupado y diciendo algo en español. Seguí a Pablo, que atravesó el salón hasta el final de la cola.

Estaban sirviéndole a Marjorie. Los otros dos hombres fueron charlando con sus respectivas bandejas hasta una mesa. Varias veces, Marjorie me miró y nuestros ojos se cruzaron; nos esforzábamos por no decir nada. Después de la segunda mirada, Pablo adivinó que nos conocíamos y me interrogó con los ojos. Marjorie llevó su comida a la mesa y, una vez que nos sirvieron, fuimos a sentarnos con ella. Los soldados seguían hablando entre ellos, al parecer indiferentes a nuestros movimientos.

-¡Qué alegría volver a verte! -exclamó Marjorie-. ¿Cómo llegaste aquí?

-Me oculté un tiempo con unos sacerdotes -respondí-. Después salí en busca de Wil y me prendieron ayer. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-Desde que me encontraron en la montaña -dijo.

Noté que Pablo nos miraba intensamente, y le presenté a Marjorie.

-Supongo que ella es Marjorie -observó.

Hablaron brevemente y luego le pregunté a Marjorie:

-¿Qué más pasó?

-No mucho -repuso-. Ni siquiera sé por qué me han detenido. Todos los días me llevan para que me interrogue uno de los sacerdotes o uno de los oficiales. Quieren saber cuáles eran mis contactos en Vicente, y si sé donde hay más copias. ¡Una y otra vez!

Marjorie sonrió y me pareció vulnerable, lo cual me hizo sentir otra vez una fuerte atracción hacia ella. Me miró de soslayo. Los dos nos reímos, callados. Hubo un lapso de silencio, en el que comimos. Luego la puerta se abrió y entró un sacerdote, vestido formalmente. Lo acompañaba un hombre que parecía un oficial de alto rango.

-Ese es el cura director -me informó Pablo.

El oficial dijo algo a los soldados, que chasquearon los dedos para pedir atención, y luego él y el sacerdote atravesaron el comedor en dirección a la cocina. El cura me miró; nuestros ojos se cruzaron durante un largo segundo. Desvié la vista y comí un bocado tratando de no llamar la atención. Ambos hombres siguieron hacia la cocina y desaparecieron.

-¿Ése era uno de los sacerdotes con los que hablaste? -le pregunté a Marjorie.

-No -respondió-. Nunca lo había visto.

-Conozco a ese sacerdote -dijo Pablo-. Llegó ayer. Es el cardenal Sebastián.

Me incorporé en la silla.

-¿Ése es Sebastián?

-Parece que has oído hablar de él -comentó Marjorie.

-Si -respondí-. Es el principal responsable de la oposición de la Iglesia al Manuscrito. Creí que estaba en la Misión del padre Sánchez.

-¿Quién es el padre Sánchez? -quiso saber Marjorie.

Estaba por decírselo, cuando el soldado que nos había escoltado se acercó a la mesa y nos ordenó a Pablo y a mi que lo siguiéramos.

-Hora de hacer ejercicio -murmuró Pablo.

Marjorie y yo nos miramos. Sus ojos revelaban ansiedad interior.

-No te preocupes -la tranquilicé-. Hablaremos en la próxima comida. Todo estará bien.

Mientras me retiraba, me pregunté si mi optimismo era realista. Esa gente podía hacernos desaparecer sin rastros en cualquier momento. El soldado nos guió hasta un vestíbulo pequeño y atravesamos una puerta que daba a una escalera exterior. Bajamos a un patio lateral rodeado por un muro de piedra. El soldado se quedó en la entrada. Pablo me indicó que caminara con él bordeando el patio. Mientras lo hacíamos, Pablo se agachó varias veces para recoger algunas flores que crecían en canteros dispuestos junto a la pared.

-¿Qué más dice la Séptima Revelación? -pregunté.

Se agachó y recogió otra flor.

-Dice que no sólo nos guían los sueños. También nos guían los pensamientos o los ensueños.

-Si, el padre Carl me lo dijo. Cuéntame cómo nos guían los ensueños.

-Nos muestran una escena, un hecho, y eso es un indicio de que ese hecho podría ocurrir. Si prestamos atención, podemos estar listos para ese giro en nuestra vida.

Lo mire.

-¿Sabes, Pablo? Se me presentó la imagen de que vería a Marjorie. Y ocurrió.

Sonrió.

Me corrió un escalofrío por la espalda. Sin duda me hallaba en el lugar correcto. Había intuido algo que se había hecho realidad. Varias veces había pensado en volver a encontrar a Marjorie, y ahora sucedía. Iban produciéndose coincidencias. Me sentí más liviano.

-No me ocurre a menudo tener pensamientos que luego se hagan realidad -observé.

Pablo miró para otra parte y después dijo:

-La Séptima Revelación dice que todos tenemos muchos más de esos pensamientos de lo que creemos. Para reconocerlos, debemos ponernos en posición de observadores. Cuando surge un pensamiento debemos preguntarnos: ¿Por qué? ¿Por qué se me ocurrió ahora ese pensamiento en particular? ¿Cómo se relaciona con mis interrogantes vitales? Ubicarnos en esa posición de observadores nos ayuda a liberar nuestra necesidad de controlarlo todo. Nos coloca en el flujo de la evolución.

-¿Pero qué pasa con los pensamientos negativos? -pregunté-. ¿Esas imágenes aterradoras de que va a ocurrir algo malo, como que alguien a quien queremos resultará lastimado o que no lograremos algo que deseamos mucho?

-Muy simple -repuso Pablo-. La Séptima Revelación dice que las imágenes de miedo

deben ser frenadas en cuanto aparecen. Entonces, hay que introducir en la mente otra imagen, con un resultado bueno. Muy pronto las imágenes negativas casi dejan de surgir. Las intuiciones se remitirán, a partir de allí, a cosas positivas. Cuando, después de esto, aparecen imágenes negativas, el Manuscrito dice que deben tomarse con mucha seriedad y no ceder a ellas. Por ejemplo, si se te ocurre la idea de que vas a sufrir un accidente en una camioneta y viene alguien y te ofrece dar una vuelta en camioneta, no aceptes.

Habíamos completado una vuelta alrededor del patio y nos acercábamos al guardia. Cuando pasamos frente a él ninguno de los dos habló. Pablo levantó una flor y yo respiré hondo. El aire era cálido, y húmedo y la vegetación del otro lado de la pared, espesa y tropical. Había mosquitos.

-¡Vengan! -gritó de repente el soldado.

Nos hizo entrar y nos llevó hasta la celda. Pablo entró antes que yo y el soldado me bloqueó el camino.

-Usted no -dijo. Luego me indicó que siguiera por el vestíbulo y saliera por la misma puerta por la que habíamos entrado la noche anterior. En el estacionamiento, el padre Sebastián subía en ese momento al asiento trasero de un auto grande. Un chofer cerró la puerta. Por un momento, Sebastián volvió a mirarme; luego se volvió y le dijo algo al chofer. El auto arranco.

El soldado me empujó hasta el frente del edificio. Entramos y fuimos hasta una oficina. Me ordenaron sentarme en una silla de madera frente a un escritorio metálico blanco. A los pocos minutos, un sacerdote petizo y de pelo ceniciento, de unos treinta años, entró y se sentó al escritorio sin dar muestras de notar mi presencia. Examinó un expediente durante un rato y luego levantó la vista. Los anteojos redondos con armazón dorada le daban un aspecto intelectual.

-Lo arrestaron con documentos públicos ilegales -dijo a quemarropa-. Estoy aquí para contribuir a determinar si el proceso está en orden. Apreciaría mucho su cooperación.

Asentí.

-¿Dónde consiguió las traducciones?

-No entiendo -contesté-. ¿Por qué habrían de ser ilegales las copias de un viejo manuscrito?

-El gobierno de Perú tiene sus razones -replicó-. Por favor, responda la pregunta.

-¿Por qué está involucrada la Iglesia? -pregunté.

-Porque el Manuscrito contradice las tradiciones de nuestra religión -aclaró-. Deforma la verdad de nuestra naturaleza espiritual. ¿Dónde...?

-Mire -lo interrumpí-. Estoy tratando de entender. No soy más que un turista que se interesó en ese Manuscrito. No soy una amenaza para nadie. Sólo quiero saber por qué es tan alarmante.

Me miró confundido, como si intentara decidir la mejor estrategia para lidiar conmigo. Yo lo urgía conscientemente a darme detalles.

-La Iglesia considera que el Manuscrito está confundiendo a nuestro pueblo -dijo con cautela-. Da la impresión de que las personas pueden decidir solas cómo vivir, sin tener en cuenta las Escrituras.

-¿Qué Escrituras?

-El mandamiento de honrar al padre y a la madre, en primer lugar.

-¿A qué se refiere?

-El Manuscrito responsabiliza de los problemas a los padres, lo cual socava la familia.

-Pensé que hablaba de acabar con los viejos resentimientos -lo contradije-. Y de encontrar una visión positiva de nuestros primeros años de vida.

-No -replicó-. Es engañoso. Ante todo, nunca tendría que haber un sentimiento negativo.

-¿Los padres no pueden equivocarse?

-Los padres hacen lo que pueden. Los hijos deben perdonarlos.

-¿Pero no es eso lo que aclara el Manuscrito? ¿El perdón no surge cuando vemos lo positivo de nuestras infancias?

Alzó la voz con rabia.

-¿Con qué autoridad habla ese Manuscrito? ¿Cómo se le puede tener confianza?

Rodeó el escritorio y se paró a mi lado, todavía enojado.

-Usted no sabe lo que dice -afirmó-. ¿Es religioso practicante? Creo que no. Esa es una prueba evidente del tipo de confusión que genera el Manuscrito. ¿No entiende que en el mundo hay orden solamente debido a la ley y la autoridad? ¿Cómo puede cuestionar a las autoridades en este asunto?

No dije nada, lo cual pareció enfurecerlo aún más.

-Permítame decirle algo -siguió-. El delito que cometió es pasible de años en prisión. ¿Alguna vez estuvo en una cárcel peruana? ¿Su curiosidad yanqui ansía descubrir cómo son nuestras cárceles? ¡Yo me encargo! ¿Entiende? ¡Yo me encargo!

Se cubrió los ojos con la mano, hizo una pausa, respirando hondo, obviamente para tratar de serenarse.

-Estoy aquí para descubrir quién tiene copias y de dónde vienen. Se lo preguntaré una vez más. ¿Dónde consiguió sus traducciones?

Su arrebato me había llenado de ansiedad. Con mis preguntas no hacía más que empeorar mi situación. ¿Qué podría hacer él si yo no cooperaba? No obstante, ¿cómo podía implicar al padre Sánchez y al padre Carl?

-Necesito tiempo para poder contestarle -repuse.

Por un momento pensé que iba a darle otro ataque de furia. Luego se relajó y me dio la impresión de que estaba muy cansado.

-Le daré hasta mañana a la mañana -dijo y le hizo una seña al soldado que estaba en la puerta de que me llevara. Seguí al soldado y fuimos directamente a la celda.

Sin decir nada, me dirigí a mi catre y me acosté, exhausto. Pablo miraba por la ventana con barrotes.

-¿Hablaste con el padre Sebastián? -me preguntó.

-No, con otro sacerdote. Quería saber quién me dio las copias que tenía.

-¿Qué dijiste?

-Nada. Le pedí tiempo para pensar y me dio hasta mañana.

-¿Dijo algo sobre el Manuscrito? -preguntó Pablo.

Lo miré a los ojos y esta vez no bajó la cabeza.

-Habló un poco acerca de que el Manuscrito socava la autoridad tradicional -dije-. Después empezó a delirar y a amenazarme.

Pablo me miró sorprendido.

-¿Tenía el pelo castaño y anteojos redondos?

-Sí.

-Es el padre Costous -me informó-. ¿Qué más le dijiste?

-No acepté eso de que el Manuscrito socava la tradición -respondí-. Me amenazó con mandarme a la cárcel. ¿Crees que lo decía en serio?

-No lo sé -repuso Pablo. Regresó a su catre y se sentó frente a mí. Presentí que él sabia algo más, pero yo estaba tan cansado y asustado que cerré los ojos. Cuando me desperté, Pablo me sacudía.

-Hora de almorzar -dijo.

Seguimos a un guardia arriba y nos sirvieron un plato de carne llena de tendones, con papas. Los dos hombres que habíamos visto más temprano iban detrás de nosotros. Marjorie no se hallaba con ellos.

-¿Dónde está Marjorie? -les pregunté, susurrando. Ambos se horrorizaron de que les

hablara y los soldados me miraron fijo.

-No creo que hablen inglés -comentó Pablo.

-Me pregunto dónde estará mi amiga -murmuré.

Pablo respondió algo, pero una vez más no lo oí. De repente, sentí deseos de escapar y me imaginé corriendo por una calle y atravesando un portón hacia la libertad.

-¿En qué piensas? -preguntó Pablo.

-Fantaseaba con una fuga -respondí-. ¿Qué decías?

-Espera -me cortó Pablo-. No ahuyentes tu pensamiento. Puede ser importante. ¿Qué clase de fuga?

-Corría por un callejón o una calle y después cruzaba un portón. Tengo la impresión de que lograba huir.

-¿Qué piensas de esa imagen? -me preguntó.

-No lo sé. No parecía conectada lógicamente con el tema del que hablábamos.

-¿Recuerdas qué era?

-Si. Me preguntaba dónde estará Marjorie.

-¿No crees que hay una conexión entre Marjorie y tu pensamiento?

-No se me ocurre ningún vinculo obvio.

-¿Y algún vínculo oculto?

-No veo ninguna conexión. ¿Cómo podría relacionarse una fuga con Marjorie? ¿Crees que ella se escapó?

Se quedó pensativo.

-Tu pensamiento se refería a tu fuga.

-Sí, eso es -dije-. Tal vez voy a escaparme sin ella. -Lo mire. -Tal vez voy a escaparme con ella.

-Yo diría más bien eso -opinó.

-¿Pero dónde está?

-No sé.

Terminamos de comer sin hablar. Tenía hambre pero la comida era muy pesada. Por algún motivo, me sentía cansado y aletargado. El hambre me abandonó enseguida.

Noté que Pablo tampoco comía.

-Creo que debemos regresar a la celda -dijo.

Asentí y Pablo le hizo señas al soldado para que nos acompañara. Cuando llegamos, me estiré en mi catre y el indio se sentó, mirándome.

-Tu energía parece baja -observó.

-Lo está -confirmé-. No sé qué me pasa.

-¿Estás tratando de incorporar energía? -preguntó.

-Creo que no -respondí-. Y esa comida no ayuda.

-Pero no necesitas mucha comida si incorporas todo. -Agitó el brazo como para enfatizar "todo".

-Ya sé. En una situación como ésta me cuesta captar el amor que fluye.

Me miró con ironía.

-Pero no hacerlo implica lastimarte a ti mismo.

-¿Qué quieres decir?

-Tu cuerpo está vibrando en cierto nivel. Si dejas que tu energía baje demasiado, tu cuerpo sufre. Esa es la relación entre el estrés y la enfermedad. El amor es la forma de mantener la vibración alta. Nos conserva sanos. Así de importante es.

-Dame unos minutos -le pedí.

Puse en práctica el método que me había enseñado el padre Sánchez. Enseguida me sentí mejor. Los objetos empezaron a adquirir presencia. Cerré los ojos y me concentré en esa sensación.

-Muy bien -aprobó Pablo.

Abrí los ojos y me dirigió una amplia sonrisa. Tenía una cara y un cuerpo todavía aniñados e inmaduros, pero sus ojos lucían llenos de sabiduría.

-Puedo ver cómo entra en ti la energía -dijo.

Detecté un ligero campo verde alrededor del cuerpo de Pablo. Las nuevas flores que había puesto en el florero de la mesa lucían radiantes.

-Para captar la Séptima Revelación y entrar realmente en el movimiento de la evolución, hay que reunir todas las revelaciones en una forma de ser -explicó.

No dije nada.

-¿Puedes resumir cómo cambió el mundo para ti como consecuencia de las revelaciones? Reflexioné un momento.

-Supongo que me desperté y vi el mundo como un lugar misterioso que nos da todo lo que necesitamos si nos abrimos y recorremos el camino.

-¿Y después qué pasa? -preguntó.

-Después estamos listos para emprender la corriente evolucionista.

-¿Y cómo iniciamos ese proceso?

Me quedé pensando.

-Manteniendo firmes en la mente nuestros interrogantes actuales sobre la vida -contesté-. Y luego buscando una dirección, ya sea a través de un sueño, un pensamiento intuitivo o la forma en que el ambiente se ilumina y se impone.

Hice otra pausa, tratando de reunir toda la revelación y agregué:

-Juntamos energía y nos concentramos en nuestras situaciones, en los interrogantes que tenemos; luego recibimos algún tipo de guía intuitiva, una idea respecto de adónde ir o qué hacer, y luego se producen las coincidencias que nos permiten avanzar en esa dirección.

-¡Si, si! -exclamó Pablo-. Ésa es la forma. Y cada vez que esas coincidencias nos conducen a algo nuevo, crecemos, nos volvemos personas más plenas, existimos en una vibración más alta.

Se inclinó hacia mí y noté la energía increíble que lo rodeaba. Resplandecía, ya no parecía tímido, ni joven siquiera. Estaba lleno de poder.

-Pablo, ¿qué te pasó? -pregunté-. En comparación con la primera vez que te vi, pareces más confiado, informado y de alguna manera pleno.

Se rió.

-Cuando llegaste, había dejado que mi energía se disipara. Al principio pensé que tal vez podrías ayudarme con mi flujo de energía, pero me di cuenta de que todavía no habías aprendido a hacerlo. Eso se aprende en la Octava Revelación.

Me sentí confundido.

-¿Qué fue lo que no hice?

-Debes aprender que en realidad todas las respuestas que misteriosamente nos llegan vienen de otras personas. Piensa en todo lo que aprendiste desde que estás en Perú. ¿Las respuestas no te llegaron, acaso, a través de las acciones de otras personas que conociste misteriosamente?

Me quedé pensando. Tenía razón. Había encontrado a las personas indicadas en el momento indicado: Charlene, Dobson, Wil, Dale, Marjorie, Phil, Reneau, el padre Sánchez y el padre Carl; ahora, Pablo.

-El Manuscrito mismo fue redactado por una persona -agregó Pablo-. Pero no todas las personas que encuentres poseerán energía o claridad para revelarte el mensaje que tienen para ti. Debes ayudarlas enviándoles energía. -Hizo una pausa. -Me dijiste que habías aprendido a proyectar tu energía hacia una planta concentrándote en su belleza, ¿recuerdas?

-Sí.

-Bueno, debes hacer exactamente lo mismo al proyectar hacia una persona. Cuando la

energía entra en ella, la ayuda a ver su verdad. Y luego te puede dar esa verdad a ti.

"El padre Costous es un ejemplo -continuó-. Tenía un mensaje importante para ti, que tú no le ayudaste a revelar. Trataste de exigirle respuestas y eso creó una competencia por la energía entre tú y él. Cuando lo sintió, el drama de su infancia, su intimidador, copó la conversación.

-¿Qué se supone que debí decir? -pregunté.

Pablo no respondió. Volvimos a oír alguien ante la puerta.

Entró el padre Costous.

Saludó a Pablo con un movimiento de cabeza y sonrió apenas. Pablo le dirigió una sonrisa abierta, como si el sacerdote de veras le agradara. El padre Costous desvió la mirada hacia mí y su expresión se endureció. La angustia me cerró el estómago.

-El cardenal Sebastián quiere verlo -me anunció-. Será trasladado a Iquitos esta tarde. Le aconsejo que responda a todas sus preguntas.

-¿Para qué quiere verme? -pregunté.

-Porque el camión en que fue capturado pertenece a uno de nuestros sacerdotes. Suponemos que recibió las copias del Manuscrito de él. Que uno de nuestros propios religiosos infrinja la ley es muy serio. -Me miró con determinación. Miré a Pablo, que me alentó a continuar.

-¿Cree que el Manuscrito está perjudicando su religión? -le pregunté amablemente a Costous.

Me miró con aire condescendiente.

-No sólo nuestra religión; la religión de todos. ¿Cree que no hay un plan para este mundo? Dios lo controla todo. Él determina nuestro destino. Nuestra tarea es obedecer las leyes establecidas por Dios. La Evolución es un mito. Dios crea el futuro como Él lo quiere. Decir que los seres humanos pueden hacerse evolucionar a sí mismos deja a Dios fuera de juego. Permite que las personas sean egoístas y distantes y crean que lo importante es su evolución, no el plan de Dios. Se tratarán unas a otras aun peor que ahora.

No se me ocurrió ninguna otra pregunta. El sacerdote me miró un momento y me dijo, casi con gentileza:

-Espero que coopere con el cardenal Sebastián.

Se volvió y miró a Pablo, evidentemente orgulloso de la forma en que había manejado mis preguntas. El indio se limitó a sonreír y mover la cabeza. El sacerdote salió y un soldado cerró la puerta. Pablo se incorporó en su catre y me miró con una actitud transformada, con una expresión llena de confianza.

Lo observé un instante y sonreí.

-¿Qué crees que acaba de pasar? -preguntó.

Traté de mostrar sentido del humor.

-¿Descubrí que mis problemas son más graves de lo que pensaba?

Se rió.

-¿Qué más?

-No entiendo adónde quieres llegar.

-¿Cuáles eran tus interrogantes cuando llegaste aquí?

-Quería encontrar a Marjorie y a Wil.

-Bueno, encontraste a uno de ellos. ¿Cuál era tu otro interrogante?

-Tenía la sensación de que estos sacerdotes estaban en contra del Manuscrito no por maldad sino porque lo interpretaban mal. Quería saber qué pensaban. Por algún motivo, tenía la idea de que lograría disuadirlos de su oposición.

Al decir esto entendí de pronto adónde quería llegar Pablo. Había conocido a Costous allí, en ese momento, para poder averiguar qué le molestaba del Manuscrito.

-¿Y cuál fue el mensaje que recibiste? -preguntó.

-¿El mensaje?

-Si, el mensaje.

Lo miré.

-Lo que les molesta es la idea de participar en la evolución, ¿verdad?

-Sí.

-Tiene sentido -reflexioné-. La idea de la evolución física ya es bastante mala. Pero extenderla a la vida cotidiana, a las decisiones individuales que tomamos, a la historia misma, es inaceptable. Ellos creen que con esta evolución los seres humanos perderán todo el control, que las relaciones entre las personas van a degenerar. Con razón quieren eliminar el Manuscrito.

-¿Podrías convencerlos de lo contrario? -preguntó Pablo.

-No... Quiero decir, yo mismo no sé lo suficiente.

-¿Qué se necesitaría para poder convencerlos?

-Habría que conocer la verdad. Habría que saber cómo se tratarían los seres humanos entre sí si todos siguieran las revelaciones y evolucionaran.

Pablo se mostró complacido.

-¿Qué? -pregunté, sonriendo con él.

-La forma en que van a actuar los seres humanos es justo el tema de la siguiente revelación, la Octava. Tu pregunta acerca de por qué los sacerdotes están en contra del Manuscrito ya fue contestada, y la respuesta, a su vez, evolucionó a otra pregunta.

-Si -concordé, absorto en mis pensamientos-. Tengo que encontrar la Octava. Tengo que salir de aquí.

-No te apresures tanto -me advirtió Pablo-. Debes asegurarte de captar completamente la Séptima antes de seguir adelante.

-¿Crees que la capto? -pregunté-. ¿Estoy en la corriente de la evolución?

-Lo estarás -aseguró-, si te acuerdas de tener siempre presentes tus interrogantes. Hay personas todavía inconscientes que incluso pueden toparse con respuestas y ver coincidencias de manera retrospectiva. La Séptima Revelación se produce cuando vemos esas respuestas no bien se presentan. Ilumina la experiencia cotidiana.

“Debemos partir de la base de que cada hecho tiene significado y contiene un mensaje que de algún modo corresponde a nuestros interrogantes. Esto se aplica en especial a lo que solíamos llamar “cosas malas”. La Séptima Revelación dice que el desafío consiste en encontrar la parte positiva en cada hecho, no importa cuán negativo sea. Al principio pensaste que ser capturado había arruinado todo. Pero ahora ves que debías estar aquí. Aquí aguardaban tus respuestas.

Tenía razón, pero si yo estaba recibiendo respuestas allí y evolucionando a un nivel más alto, sin duda Pablo hacia lo mismo.

De pronto oímos que alguien venia por el pasillo. Pablo me miró con expresión seria y agregó.

-Escucha, no olvides lo que te dije. La Octava Revelación está cerca para ti. Tiene que ver con una Ética Interpersonal, una forma de tratar a las personas de manera que se compartan más mensajes. Pero acuérdate de no ir tan rápido. Manténte concentrado en tu situación. ¿Cuáles son tus interrogantes?

-Quiero saber dónde está Wil -dije-. Y quiero encontrar la Octava Revelación. Y encontrar a Marjorie.

-¿Y cuál fue tu intuición rectora en cuanto a Marjorie?

Pensé un momento.

-Que escaparía... Que escaparíamos.

Oímos a alguien al otro lado de la puerta.

-¿Y yo te transmití algún mensaje? -le pregunté a Pablo rápidamente.

-Por supuesto-respondió-. Cuando llegaste, no sabía por qué me hallaba aquí. Sabia que tenía que ver con la transmisión de la Séptima Revelación, pero dudaba de mi habilidad. No creía saber suficiente. Gracias a ti, ahora sé que puedo. Ése fue uno de los mensajes que me trajiste.

-¿Hubo algún otro?

-Sí, tu intuición de que los sacerdotes pueden ser convencidos de aceptar el Manuscrito también es un mensaje para mi. Eso me hace pensar que estoy aquí para convencer al padre Costous.

Cuando terminó de hablar, un soldado abrió la puerta y me hizo una seña.

Miré a Pablo.

-Quiero decirte uno de los conceptos que menciona la próxima revelación -me susurró.

El soldado lo miró y me tomó del brazo. Luego me hizo salir y cerró la puerta. Mientras me conducía, Pablo miraba a través de los barrotes.

-La Octava Revelación advierte algo -gritó-. Advierte que tu crecimiento puede detenerse... Ocurre cuando te vuelves adicto a otra persona.

LA ÉTICA INTERPERSONAL

Subí la escalera detrás del soldado y salí a plena luz. La advertencia de Pablo resonaba en mi cabeza. ¿Adicción a otra persona? ¿Qué quería decir con eso? ¿Qué clase de adicción?

El soldado me condujo por el camino hasta el área de estacionamiento, donde había dos soldados junto a un jeep militar. Mientras nos acercábamos, nos miraban atentamente. Cuando estuve lo bastante cerca como para ver el interior del jeep, noté que ya había alguien instalado en el asiento trasero. ¡Marjorie! Parecía pálida y ansiosa. Antes de que me viera, el soldado que iba detrás de mí me tomó del brazo y me condujo al asiento de al lado. Otros dos soldados subieron en los asientos delanteros. El que se ubicó del lado del conductor nos echó un rápido vistazo, puso en marcha el vehículo y tomó rumbo al norte.

-¿Hablan inglés? -pregunté a los soldados.

El soldado del asiento del acompañante, un hombre grandote, me miró sin expresión alguna, dijo algo en español que no entendí y siguió mirando para otro lado.

Me volví hacia Marjorie.

-¿Estás bien? -susurré.

-Yo, eh... -Su voz se quebró y noté que le corrían lágrimas por la cara.

-Todo saldrá bien -la calmé, y la rodeé con mi brazo.

Levantó los ojos para mirarme, esbozó una débil sonrisa y apoyó la cabeza en mi hombro. Una ola de pasión me llenó el cuerpo.

Durante una hora avanzamos a los saltos por un camino sin pavimentar. Afuera, el paisaje se volvía cada vez más denso y parecido a una jungla. Luego, alrededor de una colina, la tupida vegetación se abrió ante algo que parecía una ciudad pequeña. Edificios con estructuras de madera se alineaban a ambos lados del camino.

Unos cien metros más adelante, un camión enorme bloqueaba el camino. Varios soldados nos hicieron señas de que paráramos. Más allá había otros vehículos, algunos con faros amarillos brillantes. Me puse más alerta. Cuando nos detuvimos, uno de los soldados de afuera se acercó y dijo algo que no entendí. La única palabra que reconocí fue "gasolina".

Nuestros escoltas dejaron el jeep y se quedaron afuera charlando con los demás soldados. Nos miraban de vez en cuando, con las armas a los costados.

Vi una callecita que hacía esquina a la izquierda. Mientras miraba los negocios y las puertas, algo cambió en mi percepción. De pronto, las formas y los colores de los edificios empezaron a resaltar de una forma más nítida.

Susurré el nombre de Marjorie y sentí que ella alzaba la vista, pero antes de que pudiera decir algo, una enorme explosión sacudió el jeep. Una ráfaga de fuego y luz estalló frente a nosotros y los soldados saltaron por el aire. De inmediato, nuestra visión se ensombreció debido al humo y la ceniza suspendida.

-¡Vamos! -grité, y saqué a Marjorie del vehículo. En medio de la confusión, corrimos por la calle en la dirección en que yo miraba un instante antes. A nuestras espaldas oíamos gritos y gemidos distantes. Envueltos todavía en humo, corrimos más o menos unos cincuenta metros. De pronto vi un portón, a la izquierda.

-¡Entremos aquí! -grité. La puerta estaba abierta y entramos. Caí contra la puerta y le eché el cerrojo. Cuando me di vuelta, vi que una mujer de mediana edad nos miraba. Nos habíamos metido en la casa de alguien.

Al enfrentarla, tratando de sonreír, noté que su expresión no era de horror ni enojo por ver a dos extraños que le invadían la casa después de una explosión. Lo que dejaba ver era, en cambio, una sonrisita divertida que parecía más bien resignación, como si nos hubiera estado esperando y ahora sí tuviera algo que hacer. En una silla no muy alejada había una chiquita de unos cuatro años.

-¡De prisa! -exclamó en inglés-. ¡Saldrán a buscarlos!

-Nos hizo cruzar un salón con pocos muebles, atravesar un vestíbulo y bajar por una escalera de madera hasta un largo sótano. La chiquita caminaba a su lado. Avanzamos con rapidez hasta el fondo del sótano, subimos unos escalones y dimos con una puerta que se abría hacia un callejón.

La mujer abrió un autito que estaba estacionado ahí y nos hizo subir. Nos ordenó acostarnos en el asiento trasero, nos echó una manta encima y arrancó hacia el norte. Durante todo ese tiempo permanecí en silencio, arrastrado por la iniciativa de la mujer. Una ola de energía llenó mi cuerpo cuando tomé plena conciencia de lo que había pasado. Mi intuición de fuga se había cumplido.

Marjorie se hallaba a mi lado, con los ojos apretados.

-¿Estás bien? -susurré.

Me miró con ojos llorosos y asintió.

Al cabo de unos quince minutos, la mujer dijo:

-Creo que ya pueden sentarse.

Me quité la manta de encima y miré en derredor. Daba la impresión de que íbamos por el mismo camino que antes de la explosión, sólo que más al norte.

-¿Quién es usted? -pregunté.

Se volvió y me miró con su media sonrisa. Era una mujer bien proporcionada de unos cuarenta años; el pelo oscuro le llegaba hasta los hombros.

-Soy Karla Deez -se presentó-. Ella es mi hija, Mareta.

La chiquita sonreía y nos observaba por encima del asiento con ojos grandes e inquisidores. Tenía el cabello negro azabache, también largo.

Les dije quiénes éramos y pregunté:

-¿Cómo se le ocurrió ayudarnos?

La sonrisa de Karla se hizo más ancha.

-Huían de los soldados a causa del Manuscrito, ¿cierto?

-Sí, pero, ¿cómo lo supo?

-Yo también conozco el Manuscrito.

-¿Adónde nos lleva? -pregunté.

-No lo sé -repuso-. Tienen que ayudarme.

Miré a Marjorie, que me contemplaba atentamente mientras hablaba.

-En este momento no se me ocurre adónde ir -dije-. Antes de que me capturaran trataba de llegar a Iquitos.

-¿Por qué quería ir allí? -preguntó.

-Quiero encontrar a un amigo. Está buscando la Novena Revelación.

-Eso es peligroso.

-Lo sé.

--Los llevaremos allí, ¿no, Mareta?

La chiquita se rió y respondió con gran madurez para su edad:

-Por supuesto.

-¿Qué fue esa explosión? -pregunté.

-Creo que fue un camión de gas. Más temprano hubo un accidente, una pérdida.

Seguía asombrado por lo rápido que Karla había decidido ayudarnos, de modo que planteé la pregunta.

-¿Cómo sabía que huíamos de los soldados?

Respiró hondo.

-Ayer pasaron por el pueblo muchos camiones militares hacia el norte. Es algo desacostumbrado, y me hizo recordar lo que pasó hace dos meses cuando se llevaron a unos amigos con los que yo estudiaba el Manuscrito. Éramos los únicos de este pueblo que teníamos las ocho revelaciones. Entonces vinieron los soldados y se llevaron a mis amigos. No supe nada más de ellos.

"Cuando ayer vi los camiones -continuó-, me di cuenta de que los soldados continuaban a la pesca de copias del Manuscrito, y comprendí que otros, como mis amigos, necesitarían ayuda. Me propuse ayudar a esas personas si podía. Obviamente, me resultó significativo que se me ocurriera esa idea en ese momento en particular. De modo que cuando entraron en casa, no me sorprendieron.

Hizo una pausa y preguntó:

-¿Alguna vez lo experimentó?

-Sí -repuse.

Karla disminuyó la velocidad. Adelante había un cruce.

-Creo que deberíamos girar a la derecha –dijo-. Tardaremos más pero es más seguro.

Cuando Karla hizo girar el auto hacia la derecha, Mareta se deslizó hacia la izquierda y tuvo que aferrarse al asiento para no caerse. Se rió. Marjorie miraba a la chiquita con curiosidad.

-¿Cuántos años tiene Mareta? -le preguntó a Karla.

La mujer se molestó un poco, aunque contestó con amabilidad:

-Por favor, no hables de ella como si no estuviera aquí. Si fuera adulta le habrías dirigido la pregunta a ella.

-Lo lamento -dijo Marjorie.

-Tengo cinco -respondió Mareta con orgullo.

-¿Estudiaron la Octava Revelación? -preguntó Karla.

-No -contestó Marjorie-. Sólo llegué hasta la Tercera.

-Yo, a la Octava -dije-. ¿Tiene copias?

-No -dijo Karla-. Los soldados se las llevaron todas.

-¿La Octava habla de cómo relacionarse con los niños?

-Sí. Dice que al final los hombres aprenderán a relacionarse entre sí, y habla de muchas cosas, de cómo proyectar energía a otros y evitar adicciones a personas.

Otra vez esa advertencia. Estaba a punto de preguntarle a Karla qué significaba, cuando

habló Marjorie.

-Háblanos de la Octava Revelación -pidió.

-La Octava Revelación habla de usar la energía de una nueva manera al relacionarnos con las personas en general, pero empieza por el principio, con los niños -explicó.

-¿Cómo debemos ver a los chicos? -pregunté.

-Debemos verlos como son en realidad, como extremos en la evolución que nos conducen hacia adelante. Pero para aprender a evolucionar necesitan nuestra energía en forma constante, incondicional. Lo peor que se les puede hacer es absorberles la energía corrigiéndolos. Eso es lo que crea en ellos dramas de control, como ya sabrán. Pero esas manipulaciones aprendidas por el niño pueden evitarse si los adultos les dan toda la energía que necesitan, independientemente de cuál sea la situación. Por eso, siempre deben ser incluidos en las conversaciones, en especial las conversaciones sobre ellos. Y nunca hay que asumir responsabilidades por más chicos de los que se pueden atender.

-¿El Manuscrito dice todo eso? -pregunté.

-Sí-repuso-, y hace mucho hincapié en la cuestión de la cantidad de hijos.

Me sentí confundido.

-¿Por qué es importante la cantidad de hijos que uno tiene?

Me miró por un instante mientras conducía.

-Porque cada adulto puede concentrarse y prestar atención solamente a un niño por vez. Si hay demasiados niños para la cantidad de adultos, éstos se ven desbordados y son incapaces de dar suficiente energía. Los hijos empiezan a competir entre ellos por el tiempo de los adultos.

-Rivalidad fraterna -comenté.

-Sí. Pero el Manuscrito dice que ese problema es mas importante de lo que la gente cree. Los adultos a menudo idealizan las familias grandes con muchos hijos que crecen juntos. Pero los hijos deben aprender a conocer el mundo a través de los adultos, no de otros chicos. En numerosas culturas, los chicos andan en pandillas. El Manuscrito dice que los seres humanos comprenderán lentamente que no deben traer hijos al mundo a menos que haya como mínimo un adulto comprometido a dedicar plena atención, todo el tiempo, a cada niño.

-Espere un momento -la interrumpí-. En muchas situaciones los dos padres deben trabajar para sobrevivir. Eso les niega el derecho a tener hijos.

-No necesariamente -respondió-. El Manuscrito dice que los seres humanos aprenderán a ampliar sus familias más allá de los lazos de sangre. De modo que otro puede proporcionar atención de uno a uno. No toda la energía tiene que provenir sólo de los padres. De hecho, es mejor que no sea así.

Pero, independientemente de quién cuide a los niños, la cuestión es dedicarles esa atención de uno a uno.

-Bueno -observé-, se nota que usted no se equivocó. Mareta parece muy madura.

Karla frunció la frente y aconsejó:

-No me lo diga a mí; dígaselo a ella.

-Ah, cierto. -Miré a la niña. -Te comportas como una adulta, Mareta.

Miró hacia otro lado con timidez al principio y luego dijo:

-Gracias.

Karla la abrazó con afecto y me miró orgullosa.

-En estos dos últimos años he tratado de relacionarme con ella de acuerdo con las pautas del Manuscrito, ¿no, Mareta?

La niña sonrió v asintió.

-Traté de darle energía y decirle siempre la verdad sobre cada situación, en un lenguaje que pueda entender. Cuando me hizo las preguntas que siempre hacen los chicos, las traté con mucha seriedad, evitando la tentación de darle una respuesta fantasiosa que es lisa y

llanamente para diversión de los adultos.

Sonreí.

-¿Se refiere a mentiras como “a los chicos los trae la cigüeña” y ese tipo de cosas?

-Sí, pero esas expresiones culturales no son tan malas. Los niños las descartan fácilmente porque se mantienen siempre iguales. Peores son las distorsiones que crean en el momento los adultos sólo porque quieren divertirse un poco y porque consideran que la verdad es demasiado complicada para que la entienda un chico. Sin embargo, no es así; la verdad siempre puede expresarse en el nivel de comprensión de un niño. Sólo requiere un poco de reflexión.

-¿Qué dice el Manuscrito sobre ese tema?

-Dice que siempre debemos encontrar la forma de decir la verdad a un niño.

Una parte mía se resistía a esta idea. Me divertía mucho hacer bromas a los chicos.

-¿Los chicos no comprenden, por lo general, que los adultos sólo están jugando? -pregunté-. Esto, al parecer, los haría crecer demasiado pronto y les quitaría parte de la diversión de la infancia.

Me miró con severidad.

-Mareta es muy divertida. Nosotras corremos y jugamos a todos los entretenimientos llenos de fantasía de la infancia. La diferencia es que, cuando fantaseamos, ella lo sabe.

Asentí. Tenía razón, desde luego.

-Mareta parece segura -continuó Karla- porque estuve con ella. Le brindé atención de primera mano cuando la necesitó. Y si yo no estaba, estaba mi hermana, que vive al lado de casa. Siempre tenía un adulto que respondiera a sus preguntas, y como recibió esa atención sincera, nunca sintió que debía actuar o representar. Siempre ha tenido energía suficiente y eso la hace suponer que seguirá siendo así, con lo cual le resulta mucho más fácil captar la transición de recibir energía de los adultos a obtenerla del universo... algo de lo que ya hablamos.

Observé el paisaje. Estábamos en plena jungla y, si bien no lo veía, sabía que el sol estaba bajo en el cielo del atardecer.

-¿Podemos llegar a Iquitos esta noche? -pregunté.

-No -respondió Karla-. Pero podemos pasar la noche en una casa que conozco.

-¿Cerca de aquí? -pregunté.

-Sí, es la casa de un amigo. Trabaja para el servicio de vida silvestre.

-¿Trabaja para el gobierno?

-Parte del Amazonas es zona protegida. Es el representante local, pero influyente. Se llama Juan Hinton. No se preocupen. Cree en el Manuscrito y nunca lo han molestado.

Para cuando llegamos, el cielo estaba totalmente oscuro. A nuestro alrededor, la selva hacía oír los ruidos nocturnos y el aire estaba pegajoso. Al final de un claro, entre el denso follaje, había una casa de madera, grande, bien iluminada. Muy cerca se alzaban dos edificios amplios y descansaban varios jeeps. Había otro vehículo montado sobre unos bloques y dos hombres trabajaban abajo, con linternas.

Un peruano delgado, vestido con ropa cara, atendió cuando Karla llamó a la puerta; le sonrió hasta que nos vio a Marjorie, a Mareta y a mí parados en la escalera. Se puso evidentemente nervioso y empezó a hablar con ella en español. Karla respondió algo en tono de ruego, pero la forma en que él hablaba y las inflexiones de la voz indicaban que no quería que nos quedáramos.

A través de la abertura de la puerta, vi una figura femenina delgada de pie en el vestíbulo. Me moví un poco para verle la cara. Era Julia. Al mirar, ella se volvió, me vio y caminó hacia nosotros con expresión de sorpresa. Le tocó el hombro al hombre de la puerta y le dijo algo al oído. El hombre asintió y abrió la puerta con cara de resignación. Nos presentamos todos mientras nos encaminábamos hacia el estudio. Julia me miró y dijo:

-Volvemos a encontrarnos.

Llevaba puestos unos pantalones color caqui con bolsillos en las piernas, y una remera rojo brillante.

-Sí -dije.

Un sirviente peruano se acercó a Hinton y, tras hablar por un minuto, ambos se fueron a otra parte de la casa. Julia se sentó en un sillón junto a una mesita de café y nos indicó que nos ubicáramos en el sofá de enfrente. Marjorie estaba asustadísima. Me miraba con intensidad. También Karla parecía darse cuenta de la angustia de Marjorie. Se levantó y le tomó la mano.

-Vamos a prepararnos un poco de té -sugirió.

Cuando salían, Marjorie se dio vuelta y me miró. Le sonreí y las seguí con la mirada hasta que desaparecieron en la cocina. Entonces me volví hacia Julia.

-¿Y? ¿Qué crees que significa? -preguntó.

-¿Qué significa qué? -respondí, todavía distraído.

-Que nos hayamos encontrado nuevamente.

-Ah... no lo sé.

-¿Cómo dieron con Karla, y adónde van?

-Ella nos salvó. Marjorie y yo habíamos sido detenidos por tropas peruanas. Cuando escapamos, nos ayudó.

Julia me miró fijo.

-Cuéntame qué pasó.

Me acomodé en el sillón y le conté toda la historia, a partir del momento en que había tomado el camión del padre Carl; le hablé de la captura y nuestra fuga final.

-¿Y Karla aceptó llevarlos a Iquitos? -preguntó Julia.

-Si.

-¿Por qué quieres ir allí?

-Es adonde Wil le dijo al padre Carl que iría. Según parece, Wil tiene una pista en cuanto a la Novena Revelación. Además, por alguna razón, Sebastián también está allí.

Julia asintió.

-Si, Sebastián tiene una misión cerca de allí. Es donde ganó su fama, convirtiendo a los indios.

-¿Y tú? -pregunté-. ¿Qué haces aquí?

Julia me contó que también ella deseaba encontrar la Novena Revelación, pero no tenía pistas. Había llegado a esa casa porque se había acordado mucho de su viejo amigo Hinton.

Apenas la oía. Marjorie y Karla acababan de salir de la cocina y estaban paradas en el vestíbulo, hablando, con sendas tazas de té en la mano. Marjorie me miró pero no dijo nada.

-¿Ella ha leído algo del Manuscrito? -preguntó Julia, dirigiendo la mirada hacia Marjorie.

-Sólo la Tercera Revelación -respondí.

-Tal vez podamos hacerla salir de Perú, si eso es lo que quiere.

Me volví y la mire.

-¿Cómo?

-Rolando viaja mañana a Brasil. Tenemos amigos en la embajada estadounidense de allá. Pueden enviarla de regreso a los Estados Unidos. Ya hemos ayudado a otros norteamericanos.

La miré y asentí tentativamente. Me daba cuenta de que experimentaba sentimientos encontrados respecto de lo que había dicho. Una parte mía sabía que partir sería lo mejor para Marjorie. Pero otra parte quería que no se fuera, que se quedara conmigo. Cuando ella estaba cerca, me sentía distinto, lleno de energía.

-Creo que tengo que hablar con ella -dije al final.

-Por supuesto -repuso Julia-. Podemos hablar más tarde.

Me levanté y me le acerqué. Karla volvía a la cocina. Marjorie caminó hacia el rincón del vestíbulo. Cuando me aproximé, estaba apoyada contra la pared.

La tomé en mis brazos. Mi cuerpo vibraba.

-¿Sientes la energía? -le susurré al oído.

-Es increíble -murmuró-. ¿Qué significa?

-No lo sé. Tenemos algún tipo de conexión.

Miré alrededor. Nadie podía vernos. Nos besamos con pasión.

Cuando me aparté para verle la cara, estaba distinta, parecía más fuerte, y recordé el día en que nos habíamos conocido, en Vicente, y la conversación en el restaurante de Cula. No podía creer la cantidad de energía que sentía en su presencia y cuando me tocaba.

Se aferraba a mi con firmeza.

-Desde aquel día en Vicente -dijo- he querido estar contigo. Entonces no sabia qué pensar, pero la energía es maravillosa. Nunca experimenté algo así.

Por el rabillo del ojo vi que Karla se acercaba sonriendo. Nos avisó que la cena estaba lista, de modo que fuimos al comedor y encontramos una enorme mesa llena de frutas frescas, verduras y panes. Cada uno se servía en su plato y se sentaba alrededor de una mesa grande. Mareta entonó un cántico de acción de gracias y pasamos una hora y media comiendo y charlando todos informalmente. Hinton había perdido su nerviosismo y creó un clima de entusiasmo que ayudó a paliar la tensión de nuestra fuga. Marjorie hablaba con soltura y se divertía. Estar con ella me llenaba de amor.

Después de cenar, Hinton nos llevó de nuevo a la sala, donde había servido dulces y licor. Marjorie y yo nos sentamos en el sofá y nos sumergimos en una larga conversación acerca de nuestros respectivos pasados y experiencias significativas en la vida. Cada vez nos sentíamos más cerca uno del otro. El único problema que veíamos era que ella vivía en la costa oeste y yo en el sur. Luego Marjorie minimizó el problema y se echó a reír.

-No veo la hora de que volvamos a los Estados Unidos -dijo-. Va a ser tan divertido viajar juntos... Me erguí y la miré con expresión seria.

-Julia dijo que podría arreglar tu regreso ya mismo.

-Te refieres al regreso de los dos, ¿no? -preguntó, ansiosa.

-No... Yo no puedo ir.

-¿Por qué? No puedo irme sin ti. Pero tampoco soporto quedarme más tiempo aquí. Voy a volverme loca.

-Tendrás que ir primero. Yo podré seguirte pronto.

-¡No! -exclamó en voz alta-. ¡No quiero eso!

Karla, que regresaba a la sala después de acostar a Mareta, nos miró y enseguida apartó la vista. Hinton y Julia seguían hablando, al parecer indiferentes al exabrupto de Marjorie.

-Por favor -rogó Marjorie-, volvamos a casa.

Miré para otro lado.

-¡Bueno, está bien! -se enfadó-. ¡Quédate! -Se levantó y fue hacia los dormitorios.

Al ver que Marjorie se iba, se me hizo un nudo en el estómago. La energía que había incorporado con ella se vino abajo y de repente me sentí débil y confundido. Traté de liberarme de ese pensamiento. Después de todo, me dije, no la conocía desde hacia tanto tiempo. Por otra parte, tal vez tenía razón. Tal vez yo debía volver a mi país. ¿Qué importancia tenía, de todos modos? De vuelta en los Estados Unidos, quizá lograra conseguir algún respaldo para el Manuscrito y, de paso, seguir vivo. Me levanté, dispuesto a seguirla, pero por algún motivo volví a sentarme. Me resultaba imposible decidir qué hacer.

-¿Puedo hablarte un minuto? -me preguntó entonces Karla con tono afectuoso. Ni siquiera había notado que se hallaba de pie junto al sofá.

-Claro -dije.

Se sentó y me miró con expresión considerada.

-No pude evitar oír lo que pasa –comenzó-. Y pensé que, antes de tomar tu decisión, tal vez querrías saber qué dice la Octava Revelación sobre la adicción a las personas.

-Sí, por favor, quiero saber qué significa.

-Cuando aprendemos a ser claros y nos embarcamos en nuestra evolución, cualquiera de nosotros puede encontrarse frenado por una adicción a otra persona.

-Hablando de Marjorie y yo, ¿no?

-Permíteme explicarte el proceso -repuso-. Y juzga por ti mismo.

-Está bien.

-Primero, quiero decirte que yo tuve muchas dificultades con esta parte de la revelación. Creo que nunca la habría entendido si no hubiera conocido al profesor Reneau.

-¡¿Reneau?! -exclamé-. Lo conozco. Nos encontramos cuando yo estaba aprendiendo la Cuarta Revelación.

-Bueno -dijo Karla-, nosotros nos conocimos cuando ambos habíamos llegado a la Octava. Estuvo varios días en casa.

Asentí, lleno de asombro.

"Él decía que la idea de una adicción, tal como se aplica en el Manuscrito, aclara por qué en las relaciones románticas surgen luchas de poder. Siempre nos preguntamos qué es lo que provoca el fin del hechizo y la euforia para convertirlos en conflicto, y ahora lo sabemos. Es consecuencia del flujo de energía entre los individuos implicados.

"Cuando surge el amor, los dos individuos se entregan mutuamente energía en forma inconsciente y ambos se sienten llenos de entusiasmo, plenos. Es esa sensación increíble que todos llamamos 'estar enamorado'. Por desgracia, una vez que empiezan a esperar que esa sensación venga de la otra persona, se apartan de la energía del universo y empiezan a depender cada vez más de las respectivas energías... sólo que ya no resulta suficiente, y entonces dejan de darse energía mutuamente y vuelven a caer en sus dramas en un intento por controlarse uno a otro y atraer la energía del otro hacia sí. A esa altura, la relación degenera en la habitual lucha de poder.

Vaciló un momento, como para verificar si había entendido, y agregó:

-Reneau me dijo que nuestra susceptibilidad a ese tipo de adicción puede describirse psicológicamente, si eso te ayuda a comprender.

Asentí otra vez, para que continuara.

-Según Reneau, el problema empieza en nuestra familia. Debido a la competencia por la energía que se da en ella, ninguno de nosotros fue capaz de completar un importante proceso psicológico. No pudimos integrar nuestro lado sexual opuesto.

-¿Nuestro qué?

-En mi caso -continuó-, no pude integrar mi lado masculino. En tu caso, no fuiste capaz de integrar tu lado femenino. El motivo por el cual podemos volvernos adictos a alguien del sexo opuesto es que todavía debemos acceder nosotros mismos a esa energía del sexo opuesto. Mira, la energía mística en la que podemos abrevar como fuente interior es masculina y femenina. A la larga podemos abrirnos a ella, pero cuando empezamos a evolucionar, debemos tener cuidado. El proceso de integración lleva cierto tiempo. Si nos conectamos prematuramente con una fuente humana para obtener nuestra energía femenina o masculina, bloqueamos la provisión universal.

Le dije que no entendía.

-Piensa cómo se supone que funciona esa integración en una familia ideal -me explicó-, y tal vez logres ver a qué me refiero. En cualquier familia, el hijo debe recibir en su vi da, en primer lugar, energía de los adultos. Por lo general, identificarse con la energía del padre del mismo sexo e integrarla es algo fácil, pero recibir energía del otro padre puede resultar más difícil debido a las diferencias de los sexos.

"Tomemos el ejemplo de una hija mujer. Lo único que la chiquita sabe cuando trata de

integrar por primera vez su lado masculino es que se siente sumamente atraída por el padre. Quiere estar con él y tenerlo cerca todo el tiempo. El Manuscrito explica que lo que en verdad quiere es energía masculina, porque complementa su lado femenino. De esa energía masculina ella recibe una sensación de plenitud y euforia. Pero cree, erróneamente, que la única forma de obtener esa energía es poseyendo sexualmente a su padre y manteniéndolo cerca físicamente.

"Como intuye que esa energía en realidad debe pertenecerle, y ella debería poder manejarla a voluntad, quiere dirigir al padre como si fuera esa parte de sí misma. Cree que él es mágico y perfecto y capaz de satisfacer todos sus caprichos. En una familia muy por debajo de la ideal, esto desata un conflicto de poder entre la chiquita y su papá. Se forman los dramas cuando ella aprende a asumir posturas para manipularlo obligándolo a darle la energía que desea.

"Pero en una familia ideal, el padre no debe ser competitivo. Debe continuar relacionándose honestamente y teniendo suficiente energía como para abastecería en forma incondicional pese a no poder hacer todo lo que ella pida. Lo importante para tener en cuenta, en nuestro ejemplo ideal, es que el padre debe ser abierto y comunicativo. Ella cree que es ideal y mágico, pero si él le explica quién es, qué hace y por qué, la hija puede integrar su capacidad y estilo particulares y superar la visión idealista del padre. A la larga, lo verá como a un ser humano singular, un ser humano con sus talentos y defectos. Una vez que se produce esta auténtica emulación, la hija realiza una fácil transición, de recibir la energía del sexo opuesto de su padre a recibirla como parte de la energía general que existe en el universo en su totalidad.

"El problema -prosiguió- es que la mayoría de los padres, hasta ahora, compitieron por la energía con sus propios hijos, y eso nos afectó a todos. Debido a esta competencia, ninguno de nosotros resolvió por entero este tema del sexo opuesto. Todos estamos en una etapa en la que seguimos buscando nuestra energía del sexo opuesto fuera de nosotros mismos, en la persona de un hombre o una mujer que nos parece ideal y mágica y que podemos poseer sexualmente. ¿Ves cuál es el problema?

-Sí -dije-, creo que si.

-En términos de nuestra capacidad para evolucionar de manera consciente -continuó-, enfrentamos una situación crítica. Como te dije antes, según la Octava Revelación, cuando empezamos a evolucionar, automáticamente empezamos a recibir nuestra energía del sexo opuesto. Nos viene con naturalidad de la energía del universo. Sin embargo, debemos tener cuidado, porque si aparece otra persona que nos ofrece esa energía podemos apartarnos de la verdadera fuente... y retroceder.

Emitió una risita ahogada.

-¿De qué te ríes? -quise saber.

-Reneau una vez hizo esta analogía -repuso-. Dijo que hasta que aprendemos a evitar esa situación, caminamos alrededor de un semicírculo. Nos parecemos a la letra C. Somos muy susceptibles a una persona del sexo opuesto, algún otro semicírculo, que aparece y se une a nosotros, completando el círculo, y nos brinda una ola de euforia y energía que da la sensación de plenitud que produce una conexión completa con el universo. En realidad, no hicimos otra cosa que unirnos a otra persona que también buscaba su otra mitad afuera. Reneau dice que ésta es la clásica relación de dependencia, con problemas implícitos que empiezan a aparecer enseguida.

Vaciló, como si esperara que yo dijera algo. Yo me limité a asentir.

"Mira, el problema con esta persona unificada, esta O que los dos creen haber alcanzado, es que hicieron falta dos individuos para hacer esta sola persona, una que aporta la energía femenina, y la otra, masculina. Esta persona única tiene por consiguiente dos cabezas, dos egos. Ambos quieren manejar a esa persona única que crearon, y entonces, igual que en la

infancia, cada uno quiere mandar al otro, como si el otro fuera ellos mismos. Esta clase de ilusión de plenitud siempre estalla en una lucha de poderes. Al final, cada individuo debe disminuir al otro e incluso invalidarlo para poder manejar a ese yo total y llevarlo adonde quiere ir. Pero, por supuesto, eso no funciona; al menos ya no. Tal vez antes, una de las partes estaba dispuesta a someterse a la otra: en general la mujer, a veces el hombre. Pero ahora estamos despertando. Nadie quiere ya ser esclavo de otro.

Pensé en lo que transmitía la Primera Revelación en cuanto a las luchas de poder dentro de las relaciones íntimas, y en el exabrupto de la mujer cuando yo estaba en aquel restaurante con Charlene.

-Adiós al romanticismo -conteste.

-Ah, todavía podemos ser románticos -reaccionó Karla-. Pero primero debemos completar el circulo en nosotros mismos. Tenemos que estabilizar nuestro canal de comunicación con el universo. Eso lleva tiempo, pero después ya no somos susceptibles de volver a caer en este problema y podemos gozar de lo que el Manuscrito llama una "relación superior". Cuando, después de eso, nos conectamos románticamente con otra persona, creamos una superpersona... pero sin apartarnos del camino de nuestra evolución individual.

-Y eso es lo que crees que Marjorie y yo nos estamos haciendo mutuamente, ¿no? Apartarnos de nuestros caminos.

-Si.

-¿Y entonces, cómo evitamos estos encuentros? -pregunté.

-Resistiéndose por un tiempo a la sensación del “amor a primera vista”, aprendiendo a mantener relaciones platónicas con miembros del sexo opuesto. Pero recuerda el proceso. Debes tener esas relaciones sólo con personas que se revelen por completo, que te digan cómo y por qué hacen lo que hacen, del mismo modo que habría ocurrido con el padre del sexo opuesto durante una infancia ideal. Al comprender quiénes son realmente en su interior esos amigos del sexo opuesto, rompemos con nuestra propia proyección fantasiosa sobre ese género, y eso nos deja libres para conectarnos de nuevo con el universo.

"Recuerda también -continuó- que esto no es fácil, en especial si debemos romper con una relación dependiente actual. Es una verdadera fragmentación de energía. Duele. Pero hay que hacerlo. La dependencia no es una enfermedad nueva que padecemos algunos. Todos somos codependientes, y todos estamos saliendo de eso. La idea es empezar a experimentar solos esa sensación de bienestar y euforia que se vive en el primer momento de una relación dependiente. Debemos tenerlos a él o a ella adentro. Después de todo, vamos evolucionando hacia adelante y podemos encontrar esa relación romántica especial que de verdad nos conviene.

Hizo una pausa.

"¿Y quién sabe? Si tanto tú como Marjorie evolucionan más, tal vez descubran que en realidad se pertenecen mutuamente. Pero comprende: no hay forma de que tu relación con ella funcione ahora.

Nuestra conversación se interrumpió cuando Hinton se acercó para explicar que se retiraba y que nuestros cuartos estaban preparados. Ambos le manifestamos nuestro agradecimiento por su hospitalidad y, cuando se retiró, Karla dijo:

-Creo que yo también me iré a dormir. Después hablamos.

Asentí y me quedé mirándola mientras se iba. Entonces sentí una mano en mi hombro. Era Julia.

-Me voy a mi cuarto –dijo-. ¿Sabes cuál es el tuyo? Si quieres, te acompaño.

-Sí, por favor -dije. Luego le pregunté: -¿Dónde está el cuarto de Marjorie?

Sonrió. Caminando por el pasillo llegamos a una puerta.

-Bastante lejos del tuyo -repuso-. Hinton es un hombre muy conservador.

Le devolví la sonrisa y me despedí; luego entré en mi cuarto y me aguanté el mal humor

hasta que me quedé dormido.

Me despertó el olor a café. El aroma invadía toda la casa. Después de vestirme, fui a la sala. Un hombre mayor, empleado de la casa, me ofreció un vaso de jugo de uva, que acepté.

-Buen día -oí saludar a Julia a mis espaldas. Me volví.

-Buen día.

Me miró fijo y me preguntó:

-¿Descubriste por qué volvimos a encontrarnos?

-No -contesté-. No he podido pensar en eso. Estuve tratando de entender las adicciones.

-Sí -respondió-. Ya lo noté.

-¿Qué quieres decir?

-Me di cuenta de lo que pasaba al ver el aspecto de tu campo de energía.

-¿Qué aspecto tenía? -quise saber.

-Tu energía estaba conectada con la de Marjorie. Cuando tú te hallabas sentado aquí y ella en la otra habitación, tu campo se estiraba hasta allá, unido al de ella.

Sacudí la cabeza.

Julia me sonrió y me apoyó la mano en el hombro.

"Habías perdido tu conexión con el universo. Te habías vuelto adicto a la energía de Marjorie como reemplazo. Pasa lo mismo con todas las adicciones: uno se conecta con el universo a través de algo o alguien. La forma de manejarlo consiste en levantar nuestra energía y volver a concentrarnos en lo que realmente estamos haciendo aquí.

Asentí y salí. Ella se quedó en la sala. Durante unos diez minutos apliqué el método para incorporar energía que me había enseñado Sánchez. Poco a poco la belleza retornaba y empecé a sentirme más liviano. Regresé a la casa.

-Luces mejor -dijo Julia. Enseguida me preguntó:

-¿Cuáles son, entonces, tus interrogantes a esta altura?

Pensé un instante. Había encontrado a Marjorie. Ese interrogante ya tenía respuesta. Pero todavía quería averiguar dónde estaba Wil. Y todavía quería entender cómo actuaban las personas entre sí si seguían las afirmaciones del Manuscrito. Si el efecto del Manuscrito era positivo, ¿por qué se preocupaban Sebastián y los demás sacerdotes?

Miré a Julia.

-Necesito comprender el resto de la Octava Revelación, y todavía quiero encontrar a Wil. Tal vez tenga la Novena.

-Yo voy a Iquitos mañana -dijo-. ¿Te gustaría ir? Vacilé.

-Creo que Wil está allí -agregó.

-¿Cómo lo sabes?

-Por los pensamientos que tuve anoche sobre él.

No dije nada.

-También tuve pensamientos sobre ti -continuó Julia-. Nos veía yendo a Iquitos juntos. De alguna manera estás involucrado en esto.

-¿Involucrado en qué? -pregunté.

Se rió con tono burlón.

-En encontrar la última revelación antes que Sebastián.

Mientras hablaba, mentalmente nos vi a Julia y a mí llegando a Iquitos juntos pero separándonos después por algún motivo. Sentí que tenía un propósito, pero no era claro.

Volví a concentrarme en Julia. Sonreía.

-¿Dónde estabas? -preguntó.

-Lo lamento -dije-. Estaba pensando en algo.

-¿Era importante?

-No sé. Pensaba que una vez que llegábamos a Iquitos... íbamos en dos direcciones distintas.

En ese momento entró Rolando.

-Traje las provisiones que querías -le dijo a Julia. Me reconoció y me saludó cortésmente.

-Qué bueno, gracias -dijo Julia-. ¿Viste muchos soldados?

-No, ninguno -respondió.

Entonces entró Marjorie en la sala y me distraje, pero pude oír que Julia le explicaba a Rolando que tal vez Marjorie fuera con él a Brasil, donde podría arreglar su regreso a los Estados Unidos.

Me acerqué a Marjorie.

-¿Qué tal dormiste? -le pregunté.

Me miró como dudando entre estar enojada o no.

-No muy bien -respondió.

Le señalé a Rolando.

-Es amigo de Julia. Se va hoy a Brasil. Desde ahí te ayudará a volver a los Estados Unidos.

Puso cara de susto.

-Escucha, vas a estar bien -la tranquilicé-. Ya han ayudado a otros norteamericanos. Conocen gente de la embajada estadounidense en Brasil. En un abrir y cerrar de ojos estarás de vuelta en tu casa.

Asintió.

-Me preocupas tú.

-Yo estaré bien. No te preocupes. En cuanto regrese a los Estados Unidos te llamo.

Desde atrás, Hinton anunció que el desayuno estaba listo. Pasamos al comedor. Más tarde, Julia y Rolando parecían apurados. Julia explicó que era importante que Rolando y Marjorie cruzaran la frontera antes de que anocheciera, y el viaje llevaría todo el día.

Marjorie empacó algo de ropa que Hinton le dio y más tarde, mientras Julia y Rolando hablaban junto a la puerta, llevé aparte a Marjorie.

-No te preocupes por nada -le dije-. Mantén los ojos bien abiertos y tal vez veas otras revelaciones.

Sonrió pero no dijo nada. Julia y yo observamos cómo Rolando la ayudaba a cargar las cosas en su pequeño auto. Antes de partir, nuestras miradas se cruzaron.

-¿Crees que saldrá todo bien? -le pregunté a Julia.

Me miró y me guiñó un ojo.

-Por supuesto. Y ahora, mejor vamos nosotros también. Tengo algo de ropa para ti.

Me dio una mochila con ropa y la cargamos, junto con varias cajas de alimentos, en la camioneta. Después nos despedimos de Hinton, Karla y Mareta y emprendimos viaje con rumbo norte hacia Iquitos.

A medida que viajábamos, el paisaje se volvía más selvático y veíamos menos indicios de gente. Me puse a pensar en la Octava Revelación. Obviamente era una nueva concepción en cuanto a la forma de tratar a los demás, pero no la comprendía del todo. Karla me había hablado de cómo tratar a los niños y los peligros de la adicción a una persona. Pero tanto Pablo como Karla habían aludido a una forma de proyectar conscientemente energía a los demás. ¿Qué significaba eso?

Mis ojos se cruzaron con los de Julia, y dije:

-No logro captar por completo la Octava Revelación.

-La forma en que nos acercamos a las demás personas determina cuán rápidamente evolucionamos y cuán rápidamente encuentran respuesta los interrogantes de nuestra vida -explicó.

-¿Cómo funciona? -pregunté.

-Piensa en tu propia situación -dijo-. ¿Cómo se contestaron tus interrogantes?

-A través de personas que fueron apareciendo, creo.

-¿Estabas totalmente abierto a sus mensajes?

-En realidad, no. Fui más bien distante.

-¿Las personas que te trajeron mensajes también eran cerradas?

-No, eran muy abiertas y solidarias. Eran... -Vacilé, incapaz de expresar mi idea en la forma correcta.

-¿Te ayudaron a abrirte? -preguntó-. ¿Te llenaron, de alguna manera, de calidez y energía?

Su observación desató una oleada de recuerdos. Me acordé de la actitud apaciguadora de Wil cuando yo estaba al borde del pánico en Lima, y de la hospitalidad paternal de Sánchez, y de los consejos solícitos del padre Carl, de Pablo y Karla.

-Si -repuse-. Fue lo que hicieron todos ustedes.

-Eso es -confirmó Julia-, lo hicimos. Y lo hacíamos de manera consciente, siguiendo la Octava Revelación. Al animarte y ayudarte a aclarar tus cosas, pudimos buscar la verdad, el mensaje que tú tenias para nosotros. ¿Te das cuenta? Energizarte era lo mejor que podíamos hacer por nosotros mismos.

-¿Qué dice exactamente el Manuscrito sobre todo esto?

-Dice que cada vez que nos cruzamos con personas en nuestro camino, hay un mensaje para nosotros. Los encuentros casuales no existen. Pero la forma en que respondemos a esos encuentros determina si somos capaces de recibir el mensaje. Si sostenemos una conversación con alguien que se cruza en nuestro camino y no vemos el mensaje relacionado con nuestros interrogantes actuales, no significa que no hay mensaje. Significa solamente que, por alguna razón, lo perdimos.

Reflexionó un momento y luego continuó:

-¿Alguna vez te encontraste con un viejo amigo o conocido, hablaste un minuto y se despidieron y volvieron a encontrarse ese mismo día o la misma semana?

-Sí, me pasó -respondí.

-¿Y normalmente qué dice uno? Algo como: “Vaya, qué gracioso volvernos a encontrar”, y después de reírse, cada uno sigue por su lado...

-Sí, algo así.

-El Manuscrito dice que lo que debemos hacer en esa situación es dejar lo que nos ocupa, cualquier cosa que sea, y descubrir el mensaje que tenemos para esa persona y el que esa persona tiene para nosotros. El Manuscrito predice que una vez que los seres humanos captemos esa realidad, nuestra interacción se volverá menos acelerada y más resuelta y deliberada.

-Pero eso no es muy difícil de hacer, sobre todo con alguien que no sabe de qué estás hablando.

-Si, pero el Manuscrito señala los procedimientos.

-¿Quieres decir, la manera exacta en que se supone debemos tratarnos?

-Así es.

-¿Qué dice?

-¿Recuerdas la Tercera Revelación, cuando decía que los seres humanos son únicos en un mundo de energía porque pueden proyectar su energía conscientemente?

-Sí.

-¿Recuerdas cómo se hace?

Pensé en las enseñanzas de John.

-Si, apreciando la belleza de un objeto hasta que incorporamos energía suficiente para sentir amor. En ese punto, podemos devolver energía.

-Eso es. Y el mismo principio es válido con las personas. Cuando apreciamos la forma y el comportamiento de una persona, cuando de veras nos concentramos en ella hasta que su forma y sus rasgos empiezan a sobresalir y adquieren más presencia, podemos empezar a enviarle energía y elevarla.

"Claro, el primer paso consiste en mantener alta nuestra energía, así podemos poner en marcha el flujo de energía que nos llega, nos atraviesa y llega a la otra persona. Cuanto más apreciemos su totalidad, su belleza interior, más energía fluirá en ella y, naturalmente, más fluirá hacia nosotros.

Se rió.

-En realidad es algo bastante hedonista -observó-. Cuanto más amamos y apreciamos a los demás, más energía penetra en nosotros. Por eso amar y energizar a otros es lo mejor que podemos hacer por nosotros mismos.

-Ya oí eso antes -comenté-. El padre Sánchez lo dice con frecuencia.

Miré a Julia atentamente. Tenía la sensación de ver por primera vez su personalidad más profunda. Me devolvió un instante la mirada y luego volvió a concentrarse en la ruta.

-El efecto de esta proyección de energía en el individuo es enorme -continuó-. En este preciso instante, por ejemplo, estás llenándome de energía. Puedo sentirlo. Siento una mayor levedad y más claridad para formular mis pensamientos cuando hablo.

"Como estás dándome más energía de la que de otro modo tendría, puedo ver cuál es mi verdad y dártela con mayor facilidad. Al hacerlo, tengo una sensación de revelación en cuanto a lo que digo. Esto te lleva a ver mi yo superior más plenamente y a apreciarlo y concentrarte en él en un nivel aún más profundo, lo cual me da a mí más energía todavía y una mayor percepción de mi verdad, y el ciclo vuelve a empezar. Dos o más personas que hagan esto juntas podrán alcanzar niveles increíbles dándose fuerza mutuamente y recibiéndola de vuelta de inmediato. Debes entender, sin embargo, que esta conexión difiere totalmente de una relación codependiente. Una relación de ese tipo empieza así, pero enseguida se vuelve controladora, porque la adicción separa a las personas de su fuente y la energía se dispersa. La verdadera proyección de energía no tiene apego ni intención. Ambas personas se hallan, simplemente, a la espera de los mensajes.

Mientras Julia hablaba, yo pensaba en un interrogante. Pablo me había dicho que, al principio, yo no captaba el mensaje del padre Costous porque había desencadenado su drama de la infancia.

-¿Qué hacemos -le pregunté a Julia-si la persona con la que estamos hablando ya opera dentro de un drama de control y trata de arrastrarnos a él? ¿Cómo superamos eso?

Julia respondió enseguida.

-El Manuscrito dice que, sino asumimos el drama equivalente, el drama de la persona se resquebraja.

-No estoy seguro de entender -dije.

Julia miraba el camino. Me di cuenta de que reflexionaba.

-En algún lugar cerca de aquí hay un negocio en el que podemos comprar gasolina.

Miré la aguja del marcador. Indicaba que el tanque estaba lleno hasta la mitad.

-Todavía tenemos mucho combustible -señalé.

-Sí, ya sé-respondió-. Pero me vino a la mente la idea de parar y cargar gasolina, y pienso que deberíamos hacerlo.

-Ah, bueno.

-Ahí está la ruta -dijo, indicando hacia la derecha.

Giramos y anduvimos casi un kilómetro y medio por la selva hasta llegar a un sitio que parecía un negocio de provisiones para pescadores y cazadores. La vivienda estaba construida al borde de un río y había varios botes amarrados al muelle. Nos detuvimos junto a un surtidor oxidado y Julia entró para buscar al dueño.

Salté de la camioneta. Quería estirar las piernas, de modo que me puse a caminar hacia la orilla del agua. El aire era sumamente húmedo. Si bien el denso follaje de los árboles bloqueaba el sol, percibí que estaba casi directamente vertical. Muy pronto la temperatura sería bochornosa.

De pronto oí a mis espaldas a un hombre que hablaba enojado en español. Me di vuelta y vi a un peruano petizo y achaparrado. Me miró amenazante y repitió lo que había dicho.

-No entiendo lo que dice.

Empezó a hablarme en inglés.

-¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

Traté de ignorarlo.

-Vinimos a cargar combustible. En unos minutos nos vamos.

Me di vuelta y miré nuevamente el agua, con la esperanza de que se fuera.

Se acercó hasta quedar a mi lado.

-Es mejor que me digas quién eres, yanqui.

Volví a mirarlo. Parecía hablar en serio.

-Soy estadounidense -dije-. No sé muy bien adónde voy. Viajo con una amiga.

-Un norteamericano perdido -replicó, hostil.

-Así es -asentí.

-¿Qué buscas aquí?

-No busco nada -repuse; traté de regresar a la camioneta-. Y no te hice nada. Déjame en paz.

De pronto, noté que Julia se hallaba de pie junto a la camioneta. Cuando miré, el peruano se volvió y también miró.

-Es hora de irnos -dijo Julia-. Ya no trabajan más.

-¿Quién es usted? -le preguntó el peruano con tono agresivo.

-¿Por qué está tan enojado? -preguntó Julia en respuesta.

El comportamiento del hombre cambió.

-Mi trabajo es cuidar este lugar.

-Estoy segura de que hace un buen trabajo. Con todo, para las personas es difícil hablar si usted las asusta.

El hombre miró a Julia tratando de entender qué clase de mujer era.

-Vamos camino a Iquitos -siguió Julia-. Trabajamos con el padre Sánchez y el padre Carl. ¿Los conoce?

Él negó con la cabeza, pero la mención de los dos sacerdotes lo tranquilizó aún más. Al final, saludó con la cabeza y se fue.

-Vamos -me dijo Julia.

Subimos a la camioneta y arrancamos. Me di cuenta de lo ansioso y nervioso que me había puesto. Traté de relajarme.

-¿Pasó algo adentro? -pregunté.

Julia me miró.

-¿A qué te refieres?

-Me refiero a algo que explicara por qué tuviste la idea de parar.

Soltó la carcajada y dijo:

-No, toda la acción estuvo afuera.

La mire.

-¿Te diste cuenta? -preguntó.

-No -respondí.

-¿En qué pensabas justo antes de que llegáramos?

-En que quería estirar las piernas.

-No, antes de eso. ¿Qué me preguntaste respecto de lo que conversábamos?

Traté de pensar. Hablábamos de los dramas de la infancia. Entonces recordé.

-Habías dicho algo que me confundió -dije-. Que una persona no puede representar un drama de control con nosotros a menos que representemos el drama equivalente. No lo entendí.

-¿Lo entiendes ahora?

-En realidad, no. ¿Adónde quieres llegar?

-La escena que viviste demostró claramente qué pasa si representas el drama equivalente.

-¿Cómo?

Me lanzó una mirada rápida.

-¿Qué drama representaba el hombre contigo?

-Obviamente era un intimidador.

-Correcto, ¿y qué drama representaste tú?

-Yo solamente traté de quitármelo de encima.

-Ya sé, pero, ¿qué drama representaste?

-Bueno, saqué a relucir mi drama habitual de mostrarme distante, pero él siguió hostigándome.

-¿Y entonces?

La conversación me irritaba, pero hice un esfuerzo por no dispersarme. Miré a Julia y dije:

-Supongo que representé un "pobre de mi".

Julia sonrió.

-Eso es.

-Noté que tú lo manejaste sin ningún problema -comenté.

-Sólo porque no le respondí con el drama que él esperaba. Recuerda que el drama de control de cada persona se formó en la infancia en relación con otro drama. Por lo tanto, cada drama necesita uno equivalente para manifestarse plenamente. Lo que el intimidador necesita para obtener energía es un pobre de mi u otro intimidador.

-¿Cómo lo manejaste? -pregunté, todavía confundido.

-Como respuesta a su drama yo podría haber representado también el papel de intimidadora, para intimidarlo a él. Obviamente, eso quizás habría desembocado en violencia. Pero en cambio hice lo que indica el Manuscrito. Identifiqué el drama que él estaba representando. Todos los dramas son estrategias encubiertas para obtener energía. El trataba de intimidarte para quitarte tu energía. Cuando intentó lo mismo conmigo, identifiqué lo que estaba haciendo.

-¿Por eso le preguntaste por qué estaba tan enojado?

-Si. El Manuscrito dice que las manipulaciones encubiertas para conseguir energía no existen si las traemos a la conciencia señalándolas. Dejan de ser encubiertas. Es un método muy sencillo. Siempre prevalece la mejor verdad en cuanto a lo que ocurre en una conversación. Después de eso, la persona tiene que ser más real y honesta.

-Suena lógico -dije-. Creo que hasta he identificado dramas antes, aunque sin saberlo.

-Sin duda. Es algo que todos hemos hecho. Sólo que ahora estamos aprendiendo más acerca de lo que se halla en juego. Y la clave para que funcione es mirar a la persona que tenemos enfrente más allá del drama y enviarle toda la energía posible. Si siente que la energía le llega de la manera que sea, es más fácil entonces que abandone su forma de manipular para obtenerla.

-¿Qué viste en ese tipo? -le pregunté.

-Vi a una especie de chiquito inseguro con una necesidad desesperada de energía. Además, te transmitió un mensaje muy oportuno, ¿no?

La miré. Parecía a punto de soltar una carcajada.

"¿Crees que paramos simplemente para poder entender cómo tratar a una persona que

representa un drama? Era eso lo que me preguntabas, ¿no?

Sonreí. Empezaba a sentirme bien otra vez.

-Sí, supongo que sí.

Un mosquito que zumbaba cerca de mi cara me despertó. Miré a Julia. Sonreía como si recordara algo divertido. Durante varias horas después de dejar el campamento del río habíamos viajado en silencio, comiendo de vez en cuando algo de lo que ella había preparado.

-Estás despierto -dijo Julia.

-Sí -respondí-. ¿Cuánto falta para Iquitos?

-La ciudad está a unos cuarenta y cinco kilómetros, pero para la posada Stewart faltan sólo unos minutos. Es un pequeño albergue con coto de caza. El propietario es inglés y apoya el Manuscrito. -Volvió a sonreír. -Hemos pasado muchos buenos momentos juntos. Debería estar allí, a menos que haya ocurrido algo. Espero que pueda decirnos dónde está Wil.

Julia llevó la camioneta a un lado del camino y me miró.

-Es mejor que nos concentremos en la situación –dijo-. Antes de encontrarte por segunda vez, estuve dando vueltas con la idea de ayudar a hallar la Novena Revelación, pero sin saber adónde ir. En un momento me di cuenta de que había pensado muchas veces en Hinton. Fui a su casa, y apareciste tú. Y me dices que buscas a Wil y que corren rumores de que está en Iquitos. La intuición me dice que ambos vamos a buscar juntos la Novena Revelación y tú tienes la intuición de que en algún momento nos separamos y seguimos distintos rumbos. Es así, ¿no?

-Sí.

-Bueno, quiero que sepas que después de eso empecé a pensar en Willie Stewart y la posada. Algo va a ocurrir allí.

Asentí.

Volvimos a la ruta y tomamos una curva.

-Ahí está la posada -dijo Julia.

A unos doscientos metros, donde el camino tomaba abruptamente hacia la derecha, se levantaba una casa de estilo victoriano, de dos pisos.

Fuimos hasta el estacionamiento y nos detuvimos. Había varios hombres hablando en la galería. Abrí la puerta del vehículo y estaba a punto de bajar cuando Julia me tocó el hombro.

-No lo olvides -me advirtió-. Nadie está aquí por accidente. Manténte alerta a los mensajes.

La seguí hacia la galería. Los hombres, peruanos bien vestidos, nos saludaron distraídamente cuando pasamos. Una vez en el amplio vestíbulo, Julia señaló un comedor y me indicó que eligiera una mesa y la esperara mientras ella buscaba al dueño.

Observé el lugar. Había más o menos unas doce mesas alineadas en dos hileras. Elegí una situada justo en el medio y me senté con la espalda contra la pared. Otros tres hombres, todos peruanos, llegaron después que yo y se sentaron a la mesa de enfrente. Enseguida entró otro hombre, que ocupó una mesa unos seis metros a mi derecha. Se sentó dándome ligeramente la espalda. Noté que era extranjero, tal vez europeo.

Julia entró en el salón, me vio y vino a sentarse frente a mi.

-El propietario no está -dijo-, y el empleado no sabia nada de Wil.

-¿Qué hacemos? -pregunté.

Me miró y se encogió de hombros.

-No sé. Tenemos que suponer que alguien de aquí tiene un mensaje para nosotros.

-¿Quién crees que será?

-No lo sé.

-¿Cómo sabes que ocurrirá? -pregunté, sintiéndome repentinamente escéptico. Pese a todas las coincidencias misteriosas que me habían ocurrido desde mi llegada a Perú, todavía me costaba creer que ocurriría una en ese momento sólo porque nosotros queríamos.

-No olvides la Tercera Revelación -respondió Julia-. El universo es energía, energía que responde a nuestras expectativas. Las personas también son parte de ese universo de energía, o sea que, cuando tenemos un interrogante, aparecen las personas que tienen la respuesta.

Se puso a mirar a los demás.

-No sé quiénes son estas personas, pero si pudiéramos hablar con ellas el tiempo suficiente, descubriríamos una verdad que cada una tiene para nosotros, alguna parte de la respuesta a nuestras preguntas.

La miré de costado. Ella se inclinó hacia mí sobre la mesa.

"Métetelo en la cabeza. Cada persona que se cruza en nuestro camino tiene un mensaje para nosotros. Si no fuera así, habrían tomado otro camino, o se habrían ido antes o después. El hecho de que estas personas estén aquí significa que es por alguna razón.

La miré, no muy seguro todavía de creer que era tan simple.

-Lo difícil -continuó- es saber con quién tomarse el tiempo de conversar cuando hablar con todos es imposible.

-¿Cómo lo decides? -pregunté.

-El Manuscrito afirma que hay signos.

Escuchaba atentamente a Julia pero por alguna razón eché un vistazo alrededor y me detuve en el hombre sentado a mi derecha. En ese preciso instante él se dio vuelta y me miró. Enseguida desvió la mirada y volvió a concentrarse en su comida. Yo también miré para otro lado.

-¿Qué signos? -inquirí.

-Signos como ése -dijo.

-¿Cómo cuál?

-Como lo que acabas de hacer -y señaló al hombre a mi derecha.

-¿A qué te refieres?

Julia volvió a aproximarse.

-Según el Manuscrito, aprenderemos que el contacto visual repentino y espontáneo es un signo de que dos personas deberían hablar.

-¿Pero acaso eso no ocurre todo el tiempo? pregunté.

-Sí –respondió-. Y una vez que ocurre, la mayoría de las personas lo olvidan y siguen con lo que estaban haciendo.

Asentí.

-¿Qué otros signos menciona el Manuscrito? pregunté.

-Un sentido de reconocimiento –respondió-. Ver a alguien que nos resulta familiar, pese a no haberlo visto nunca antes.

Cuando dijo esto, pensé en Dobson y Reneau, en lo familiares que me habían parecido la primera vez que los vi.

-¿El Manuscrito dice por qué algunas personas nos resultan conocidas? -pregunté.

-No mucho. Dice simplemente que con algunas personas pertenecemos al mismo grupo de pensamiento. Los grupos de pensamiento en general evolucionan siguiendo las mismas pautas de interés. Piensan igual y eso crea la misma expresión y la misma experiencia exterior. Intuitivamente reconocemos a los miembros de nuestro grupo de pensamiento, y muy a menudo nos dan mensajes.

Miré una vez más al hombre que se hallaba a mi derecha. Me resultaba vagamente familiar. Cuando lo miré, increíblemente, se volvió y me miró de nuevo. Enseguida, me concentré otra vez en Julia.

-¡Debes hablar con ese hombre! -exclamó Julia.

No respondí. Me sentía incómodo ante la idea de acercarme a él. Quería irme, seguir viaje a Iquitos. Estaba a punto de proponerlo, cuando Julia habló:

-Es aquí donde necesitamos estar -dijo-, no en Iquitos. Debemos pasar por esto. El problema contigo es que te resistes a la idea de acercarte a él y entablar conversación.

-¿Cómo lo hiciste? -pregunté.

-¿Cómo hice qué? -reaccionó.

-Saber qué estaba pensando.

-No tiene nada de misterioso. Es cuestión de prestar atención a tus expresiones.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando evalúas a alguien en un nivel más profundo, puedes ver su yo más honesto más allá de la fachada que exhiba. Cuando de veras nos concentramos en ese nivel, podemos percibir lo que alguien piensa como una expresión sutil en su cara. Es de lo más natural.

-Me suena a telepatía -comenté.

Julia sonrió con expresión burlona.

-La telepatía es absolutamente natural.

Volví a mirar al hombre. Esta vez no me devolvió la mirada.

-Es mejor que juntes energía y hables con él -me aconsejó Julia- antes de que pierdas la oportunidad.

Me concentré en aumentar mi energía hasta sentirme más fuerte y entonces pregunté:

-¿Qué voy a decirle a ese tipo?

-La verdad -dijo-. Presenta la verdad como creas que puede reconocerla.

-Está bien.

Corrí la silla y me dirigí hacia donde estaba sentado el hombre. Parecía tímido y nervioso, el mismo aspecto que tenía Pablo la noche que lo conocí. Traté de ver más allá del nerviosismo, en un nivel más profundo. Al hacerlo, me pareció percibir un aspecto distinto en su cara, con más energía.

-Hola -lo saludé-. Usted no parece peruano nativo. Espero que pueda ayudarme. Busco a un amigo, Wil James.

-Siéntese, por favor -invitó con acento escandinavo-. Soy el profesor Edmond Connor. -Me extendió la mano y agregó: -Lo lamento, no conozco a su amigo Wil.

Me presenté y le expliqué -sólo con el presentimiento de que significaría algo para él- que Wil estaba buscando la Novena Revelación.

-Conozco el Manuscrito -dijo-. Estoy aquí para estudiar su autenticidad.

-¿Solo?

-Debía encontrarme aquí con el profesor Dobson. Pero hasta ahora no ha venido. No entiendo el retraso. Me aseguró que estaría cuando yo llegara.

-¿Conoce a Dobson?

-Sí. Está organizando una inspección del Manuscrito.

-¿Y se encuentra bien? ¿Viene para acá?

El profesor me miró con expresión inquisitiva.

-Esos eran los planes. ¿Pasó algo?

Mi energía decayó. Me di cuenta de que el encuentro de Dobson con Connor había sido fijado antes del arresto del primero.

-Lo conocí en el avión -expliqué-, cuando vine a Perú. Lo arrestaron en Lima. No tengo idea de qué le pasó.

-¡Lo arrestaron! ¡Dios mío!

-¿Cuándo habló con él por última vez? -pregunté.

-Hace varias semanas, pero nuestro encuentro aquí era seguro. Dijo que me llamaría si había un cambio de planes.

-¿Recuerda por qué quería verlo aquí, y no en Lima? -pregunté.

-Dijo que había más ruinas por aquí y que vendría a esta zona a hablar con otro científico.

-¿Mencionó dónde hablaría con ese científico?

-Si, dijo que debía ir a... eh... San Luis, creo. ¿Por qué?

-No lo sé... sólo preguntaba.

Al decir esto, sucedieron dos cosas simultáneamente. Primero, empecé a pensar en Dobson, en volver a verlo. Nos encontrábamos en un camino bordeado de árboles altos. Y al mismo tiempo, miré por la ventana y vi, para mi gran sorpresa, al padre Sánchez que subía los escalones de la galería. Parecía cansado y tenía la ropa sucia. En el estacionamiento, otro sacerdote esperaba en un auto viejo.

-¿Quién es? -preguntó el profesor Connor.

-¡El padre Sánchez! -exclamé, apenas capaz de contener mi excitación.

Me di vuelta y busqué a Julia, pero ya no estaba sentada a nuestra mesa. Me levanté justo cuando Sánchez entraba. Al verme, se detuvo bruscamente, con expresión de absoluta sorpresa, caminó hacia mi y me abrazó.

-¿Está bien? -me preguntó.

-Sí, muy bien -respondí-. ¿Qué hace aquí?

Pese al cansancio, rió.

-No sabia a qué otro lugar ir. Y casi no llego. Cientos de soldados vienen hacia aquí.

-¿Por qué vienen tropas? -preguntó Connor, que se había acercado a donde estábamos Sánchez y yo.

-Lo siento -respondió Sánchez-. No sé qué se proponen los soldados. Sólo sé que son muchos.

Presenté a los dos hombres y le conté al padre Sánchez cuál era la situación de Connor, que parecía asustadísimo.

-Debo irme -dijo-, pero no tengo conductor.

-El padre Paul está esperando afuera -dijo Sánchez-. El vuelve a Lima de inmediato. Puede ir con él si quiere.

-Por supuesto que si -respondió Connor.

-Espere, ¿y si se topan con los soldados? -pregunté.

-No creo que paren al padre Paul -opinó Sánchez-. No es conocido.

En ese momento, Julia volvió a entrar en el salón y vio a Sánchez. Los dos se saludaron con afecto y, de nuevo, presenté a Connor. Mientras yo hablaba, Connor parecía asustarse cada vez más, y al cabo de unos minutos Sánchez le dijo que era hora de que el padre Paul emprendiera el regreso. Connor fue a buscar sus pertenencias al cuarto y enseguida volvió. Sánchez y Julia lo acompañaron afuera, pero yo me despedí allí y me quedé aguardando en la mesa. Quería reflexionar. Sabía que, de alguna manera, el encuentro con Connor era significativo, y que el hecho de que Sánchez nos hubiera encontrado era importante, pero no sabía por qué.

Enseguida regresó Julia y se sentó a mi lado.

-Te dije que ocurriría algo -comentó-. Si no hubiéramos parado no habríamos visto a Sánchez ni a Connor. Ya que estamos, ¿qué aprendiste de Connor?

-Todavía no lo sé -repuse-. ¿Dónde está el padre Sánchez?

-Tomó un cuarto para descansar un poco. Lleva dos días sin dormir.

Miré para otro lado. Sabia que Sánchez estaba cansado,

pero comprobar que no se hallaba disponible me decepciono. Quería hablar con él a toda costa, ver si lograba esclarecer un poco lo que sucedía, en especial en cuanto a los soldados. Me sentía mal y una parte mi quería irse con Connor.

Julia captó mi impaciencia.

-Tranquilízate -me aconsejó-. Vamos, cuéntame qué te parece hasta ahora la Octava

Revelación.

La miré y traté de concentrarme.

-No sé por dónde empezar.

-¿Qué piensas que dice la Octava Revelación?

Reflexioné.

-Habla de una forma de relacionarse con los demás, niños y adultos. Habla de identificar los dramas de control y superarlos, y concentrarse en las demás personas de una manera que les envíe energía.

-¿Y?

Me concentré en su cara y enseguida vi adónde quería llegar.

-Y si observamos bien con quién tenemos que hablar, el resultado es que obtenemos las respuestas que deseamos.

Julia sonrió satisfecha.

-¿Capté la revelación? -pregunté.

-Casi -dijo-. Pero hay una cosa más. Ya entiendes cómo una persona puede elevar a otra. Ahora verás qué pasa en un grupo cuando todos los integrantes saben cómo interactuar de esa manera.

Salí a la galería y me senté en uno de los sillones de hierro forjado. A los pocos minutos llegó Julia. Habíamos comido una cena liviana sin hablar demasiado, y después decidimos sentarnos afuera al aire libre. Hacía tres horas que Sánchez había ido a su cuarto, y yo volvía a sentirme impaciente. Cuando de repente lo vi aparecer y venir a sentarse con nosotros, me sentí aliviado.

-¿Supo algo de Wil? -le pregunté.

Mientras yo hablaba, corrió su sillón para quedar frente a Julia y a mi. Noté que ajustaba con cuidado la posición del sillón para que quedara a igual distancia de los dos.

-Sí-respondió al fin.

Hizo otra pausa y se quedó pensativo, de modo que pregunté:

-¿Qué supo?

-Voy a contarle todo lo que sucedió –comenzó-. Cuando el padre Carl y yo regresamos a mi misión esperábamos encontrar allí al padre Sebastián junto con los militares. Esperábamos una inquisición. Al llegar, supimos que el padre Sebastián y los soldados se habían ido unas horas antes, después de recibir un mensaje.

“Durante todo un día no supimos qué pasaba, pero ayer recibimos la visita de un padre llamado Costous, a quien, según tengo entendido, usted ya conoce. Nos dijo que Wil James lo había enviado a mi misión. Al parecer, Wil recordaba el nombre de mi misión por una conversación anterior con el padre Carl, y en forma intuitiva sabia que necesitaríamos la información que traía el padre Costous. Este decidió respaldar el Manuscrito.

-¿Por qué Sebastián se fue tan de repente? -pregunté.

-Porque quería acelerar la ejecución de sus planes -respondió Sánchez-. El mensaje que recibió le decía que el padre Costous estaba a punto de exponer su intención de destruir la Novena Revelación.

-¿Sebastián lo encontró?

-Todavía no, pero espera hacerlo. Encontraron otro documento que indica dónde está la Novena.

-¿Dónde se supone que está? -preguntó Julia.

-En las ruinas Celestine -respondió Sánchez.

-¿Dónde queda eso? -inquirí.

Julia me miró.

-A unos noventa kilómetros de aquí. Es un pozo que excavaron exclusivamente los científicos peruanos y rodeado de una gran reserva. Consiste en varias capas de templos antiguos, primero mayas y después incas. Al parecer, ambas culturas creían que ese lugar tenía algo especial.

De pronto me di cuenta de que Sánchez se concentraba en la conversación con una intensidad desacostumbrada. Cuando hablaba yo, se concentraba por entero en mí, sin apartar la mirada en ningún momento. Cuando hablaba Julia, el padre Sánchez modificaba su posición para concentrarse totalmente en ella. Parecía actuar en forma muy deliberada. Me preguntaba qué estaba haciendo, cuando en ese preciso instante se produjo un silencio en la conversación. Los dos me miraron expectantes.

-¿Qué? -pregunté.

Sánchez sonrió.

-Le toca hablar.

-¿Estamos turnándonos? pregunté.

-No -dijo Julia-, estamos manteniendo una conversación consciente. Cada persona habla cuando la energía va hacia ella. Vimos que fue hacia ti.

No sabía qué decir.

Sánchez me miró con afecto.

-Parte de la Octava Revelación consiste en aprender a interactuar conscientemente en grupo. Pero no se sienta intimidado. Entienda el proceso. Como miembros de una charla grupal, sólo uno tiene la idea más fuerte en un punto del tiempo. Si están alertas, los otros del grupo sienten quién está a punto de hablar y así pueden concentrar conscientemente su energía en esa persona, ayudándola a expresar su idea con la mayor claridad.

"Luego, a medida que avanza la conversación, es otra persona la que tiene la idea más fuerte, y luego otra, y así sucesivamente. Si nos concentramos en lo que se dice, podemos sentir cuándo nos toca a nosotros. La idea surge en nuestra mente.

Sánchez desvió los ojos hacia Julia, quien preguntó:

-¿Qué idea tenías, y no la expresaste?

Traté de pensar.

-Me preguntaba -dije al fin-, por qué el padre Sánchez miraba tan intensamente a cualquiera de los dos que hablaba. Creo que me preguntaba qué significaba.

-La clave de este proceso -explicó Sánchez- reside en hablar cuando es nuestro momento y proyectar energía cuando es el momento de otro.

-Pueden salir mal muchas cosas -intervino Julia-. Algunas personas se extralimitan cuando están en grupo. Sienten el poder de una idea y la expresan, y como esa ola de energía las hace sentir bien, siguen hablando pese a que esa energía ya tendría que pasar a otra persona. Tratan de monopolizar el grupo.

"Otros individuos son retraídos y, aunque sientan el poder de una idea, no se arriesgan a decir nada. Cuando esto ocurre, el grupo se fragmenta y los miembros no obtienen el beneficio de todos los mensajes. Lo mismo sucede cuando algunos integrantes del grupo no son aceptados por otros. Los individuos rechazados no pueden recibir la energía y entonces el grupo se pierde el beneficio de sus ideas.

Julia hizo una pausa y ambos miramos a Sánchez, que tomaba aliento para hablar.

-Es importante la forma en que las personas son excluidas -observó-. Cuando alguien no nos gusta, o nos sentimos amenazados por alguien, la tendencia natural es concentrarnos en algo de esa persona que no nos gusta, algo que nos irrita. Por desgracia, cuando hacemos eso, en lugar de ver su belleza más profunda y darle energía, le quitamos energía y le hacemos daño. Todo lo que la persona sabe es que de repente se siente menos bella y menos confiada, y eso es porque le saboteamos energía.

-Por eso es tan importante este proceso -acotó Julia-. Los seres humanos envejecen a una

velocidad tremenda con sus violentas competencias.

-Pero recuerde -dijo Sánchez-: en un grupo realmente funcional, la idea es hacer lo contrario a eso. La idea es que la energía y las vibraciones de cada miembro aumenten gracias a la energía que le envían los demás. Cuando esto sucede, el campo de energía individual de cada uno se fusiona con el de los demás y forma una comunidad de energía. Es como si el grupo fuera un cuerpo solo, pero con muchas cabezas. A veces, una cabeza habla por el cuerpo. A veces habla otra. Pero en un grupo que funciona de esta forma, cada individuo sabe cuándo hablar y qué decir, porque ve la vida con más claridad. Ésta es la Persona Superior de la que habla la Octava Revelación cuando se refiere a una relación romántica entre un hombre y una mujer. Pero otros grupos también pueden formarla.

Las palabras del padre Sánchez me hicieron pensar de pronto en el padre Costous, y en Pablo. ¿El joven indio había logrado finalmente hacer cambiar de opinión al padre Costous llevándolo a querer preservar el Manuscrito? ¿Lo había hecho gracias al poder de la Octava Revelación?

-¿Dónde está el padre Costous? -pregunté.

Los dos me miraron ligeramente sorprendidos ante la pregunta, pero el padre Sánchez me respondió sin demora:

-El padre Carl y él decidieron ir a Lima para hablar con los dirigentes de nuestra Iglesia sobre lo que planea el cardenal Sebastián.

-Supongo que por eso mostraba tanto entusiasmo en ir a su misión con usted. Sabía que estaba destinado a hacer algo mas.

-Exactamente -concordó Sánchez.

Se hizo una pausa y nos miramos, cada uno esperando la siguiente idea.

-La cuestión ahora -prosiguió el padre Sánchez- es: ¿qué se supone que debemos hacer nosotros?

Primero habló Julia.

-He tenido pensamientos relacionados de alguna manera con la Novena Revelación, con el hecho de tenerla el tiempo suficiente como para hacer algo... pero no veo con claridad.

Sánchez y yo la miramos.

-Veo que esto ocurre en un lugar en especial... -continuó-. Esperen un momento. El lugar en el que estuve pensando se halla en las ruinas, en las ruinas Celestine. Hay un sitio especial entre los templos. Casi lo olvidaba. -Volvió a mirarnos. -Ahí tengo que ir; tengo que ir a las ruinas Celestine.

Cuando Julia terminó, tanto ella como el padre Sánchez se volvieron hacia mi.

-No sé -intervine-. Me interesaba averiguar por qué Sebastián y su gente están tan en contra del Manuscrito. Descubrí que es porque le temen a la idea de nuestra evolución interior... Pero ahora no sé adónde ir... Esos soldados que vienen... Parecería que Sebastián encontrará la Novena Revelación primero... No sé; estuve reflexionando que tengo algo que ver con el hecho de convencerlo, de alguna manera, de que no lo destruya.

Dejé de hablar. Mis pensamientos pasaron de nuevo a Dobson y luego, abruptamente, a la Novena Revelación. De pronto me di cuenta de que la Novena Revelación indicaría adónde iban los seres humanos con esta evolución. Me había intrigado cómo actuarían los hombres entre ellos como consecuencia del Manuscrito, y ese interrogante había sido respondido con la Octava Revelación, y ahora el siguiente interrogante lógico era: ¿adónde llevaría todo eso, cómo cambiaría la sociedad? Seguramente, en eso consistía la Novena Revelación.

Sabía, de algún modo, que ése conocimiento también podía ser utilizado para aplacar los temores de Sebastián en cuanto a la evolución consciente... Si es que escuchaba.

-¡Sigo pensando que es posible convencer al cardenal Sebastián de que apoye el Manuscrito! -exclamé con convicción.

-¿Se ve a sí mismo convenciéndolo? -me preguntó Sánchez.

-No... No, en realidad no. Estoy con alguien que puede llegar a él, alguien que lo conoce y puede hablar en su nivel.

Mientras decía esto, Julia y yo espontáneamente miramos al padre Sánchez.

Hizo esfuerzos por sonreír y habló con resignación.

-El cardenal Sebastián y yo hemos evitado una confrontación por el Manuscrito durante mucho tiempo. Siempre fue mi superior. Me consideró su protegido y debo admitir que me sirvió de ejemplo. Pero creo que siempre supe que llegaríamos a esto. La primera vez que usted lo dijo, supe que la tarea de convencerlo era para mí. Toda mi vida me preparó para eso.

Nos miró con intensidad y continuó:

-Mi madre era una cristiana reformista. Odiaba que se usara la culpa y la coerción para evangelizar. Pensaba que las personas debían acercarse a la religión por amor, no por miedo. Por otra parte, mi padre era una persona estricta en materia de disciplina; más tarde fue sacerdote y, como Sebastián, creía fanáticamente en la tradición y la autoridad. Como consecuencia de ello, quise trabajar dentro de la autoridad de la Iglesia, pero siempre buscando formas de modificarla para hacer hincapié en la experiencia religiosa más elevada. Mi siguiente paso es tratar con Sebastián. Hasta ahora me resistí a hacerlo, pero sé que debo ir a la misión de Sebastián en Iquitos.

-Yo lo llevaré -dije.

LA CULTURA EMERGENTE

El camino hacia el norte atravesaba una selva abigarrada y varios grandes ríos, afluentes del Amazonas, según me dijo el padre Sánchez. Nos habíamos levantado temprano; nos despedimos de Julia y partimos en un vehículo que el padre Sánchez pidió prestado, una camioneta con neumáticos inmensos y tracción en las cuatro ruedas. A medida que avanzábamos, el terreno se elevaba poco a poco y los árboles se veían más grandes y espaciados.

-Esto se parece a los alrededores de Vicente -le dije a Sánchez.

Me sonrió y dijo:

-Entramos en una franja de tierra de unos setenta y cinco kilómetros de largo por treinta de ancho que es distinta, más energizada. Llega hasta las ruinas Celestine. Alrededor de esta zona, es todo selva.

A la derecha, lejos, al borde de la selva, vi un pedazo de tierra despejada.

-¿Qué es eso? -pregunté señalando el lugar.

-Ésa es la idea que tiene el gobierno del desarrollo agrícola.

Una ancha hilera de árboles habían sido derribados y apilados, algunos parcialmente quemados. Una tropa de ganado pacía perdida entre pastos silvestres y suelo erosionado. Al pasar, varios animales nos miraron, distraídos por el ruido. Vi otro pedazo de tierra recién aplastada y me di cuenta de que los trabajos avanzaban hacia los árboles más grandes junto a los que íbamos pasando.

-Es espantoso -comenté.

-Sí -respondió Sánchez-. Hasta el cardenal Sebastián está en contra.

Me acordé de Phil. Tal vez era ése el lugar que trataba de proteger. ¿Qué le habría pasado? De repente, pensé otra vez en Dobson. Connor había dicho que Dobson pensaba ir a

la posada. ¿Por qué estaba Connor para decírmelo? ¿Dónde se hallaba Dobson? ¿Lo habrían deportado? ¿Estaría preso? No se me escapaba el hecho de que espontáneamente había percibido una imagen de Dobson relacionada con Phil.

-¿A qué distancia queda la misión de Sebastián? -pregunté.

-A una hora de aquí -respondió Sánchez-. ¿Cómo se siente?

-¿A qué se refiere?

-Quiero decir, ¿cómo está su nivel de energía?

-Creo que alto -repuse-. Es muy hermoso todo esto.

-¿Qué le pareció la conversación que sostuvimos los tres anoche? -preguntó.

-Creo que fue asombrosa.

-¿Se dio cuenta de lo que pasaba?

-¿Quiere decir la forma en que las ideas surgían en cada uno de nosotros en distintos momentos?

-Sí, pero el significado más importante de eso.

-No lo se.

-Bueno, estuve reflexionando al respecto. Esa forma de relacionarse conscientemente, en la que cada uno trata de dar lo mejor a los otros y no de tener poder sobre ellos, es una postura que a la larga adoptará toda la raza humana. ¡Piense que el nivel de energía y el ritmo de evolución de cada uno aumentará hasta ese punto!

-Claro -dije-. He estado preguntándome cómo va a cambiar la cultura humana cuando aumente el nivel general de energía.

Me miró como si hubiera hecho la pregunta indicada.

-Eso me pregunto yo también -repuso.

Nos miramos un instante y me di cuenta de que los dos nos quedamos esperando a quién se le ocurría la siguiente idea. Después, Sánchez dijo:

-La respuesta a ese interrogante tiene que estar en la Novena Revelación. Seguramente explica qué ocurrirá cuando la cultura evolucione.

-Eso creo yo también -opiné.

Sánchez disminuyó la velocidad. Nos acercábamos a un cruce y parecía indeciso respecto de cuál rumbo tomar.

-¿Vamos a algún lugar cerca de San Luis? -pregunté.

Me miró fijo.

-Sólo si en este cruce doblamos a la izquierda. ¿Por qué?

-Connor me dijo que Dobson planeaba pasar por San Luis antes de ir a la posada. Creo que fue un mensaje.

Seguimos mirándonos.

-Usted ya iba reduciendo la velocidad antes de llegar a este cruce -señalé-. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

-No sé; la forma más directa de llegar a Iquitos es siguiendo derecho. Sólo que, por alguna razón, dudé.

Un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo.

Sánchez alzó una ceja y rió burlón.

-Supongo que es mejor pasar por San Luis, ¿no?

Asentí y me invadió una ola de energía. Sabía que el haber parado en la posada y haberme puesto en contacto con Connor adquiría más sentido. Mientras Sánchez giraba a la izquierda para dirigirse a San Luis, me puse a mirar hacia un lado del camino, lleno de expectativa. Transcurrieron treinta o cuarenta minutos sin que pasara nada. Atravesamos San Luis sin ningún incidente. Pero de pronto sonó una bocina, nos dimos vuelta y vimos un jeep plateado. El conductor hacía señas frenéticamente. Me resultó conocido.

-¡Es Phil! -exclamé.

Nos desviamos a un lado del camino. Phil se bajó corriendo hacia el lado de la camioneta en que iba yo, me estrechó la mano y saludó a Sánchez.

-No me explico qué están haciendo aquí -dijo-, pero más adelante la ruta está llena de soldados. Es mejor que retrocedan y esperen con nosotros.

-¿Cómo sabías que veníamos? -pregunté.

-No lo sabía -respondió-. Simplemente miré y los vi pasar. Estamos unos novecientos metros más atrás. -Miró para todos lados y agregó: -¡Mejor salgamos de este camino!

-Lo seguiremos -dijo el padre Sánchez.

Seguimos a Phil, que dio vuelta el jeep y tomó por el camino que habíamos recorrido. Dobló hacia el este por otro sendero y enseguida paró. De un grupo de árboles salió un hombre, que nos saludó. No podía creerlo. ¡Era Dobson!

Salté de la camioneta y fui hacia él. Estaba igualmente sorprendido y me abrazó con afecto.

-¡Qué fantástico volver a verte! -exclamó.

-Lo mismo digo -respondí-. ¡Creí que te habían matado!

Dobson me palmeó la espalda y dijo:

-No, aunque sentí pánico; sólo me detuvieron. Después, algunos oficiales que defienden el Manuscrito me dejaron ir. Desde entonces, ando huyendo.

Hizo una pausa y me sonrió:

-Me alegra que te encuentres bien. Cuando Phil me dijo que te había conocido en Vicente y que después los arrestaron, no supe qué pensar. Pero tendría que haber sabido que volveríamos a encontrarnos. ¿Adónde vas?

-A ver al cardenal Sebastián. Creemos que se propone destruir la última revelación.

Dobson asintió y estaba a punto de decir algo, pero se acercó el padre Sánchez.

Los presenté.

-Creo haber oído su nombre en Lima -dijo Dobson dirigiéndose a Sánchez-, en relación con un par de sacerdotes que estaban detenidos.

-¿El padre Carl y el padre Costous? -pregunté.

-Si, me parece que ésos eran los nombres. Sánchez apenas sacudió la cabeza. Lo observé un momento y luego Dobson y yo pasamos varios minutos describiendo nuestras experiencias desde que nos habíamos separado. Me dijo que había estudiado las ocho revelaciones y parecía ansioso por contarme algo más, pero lo interrumpí para informarle que habíamos visto a Connor y que había vuelto a Lima.

-Tal vez lo detengan a él también -murmuró Dobson-. Lamento no haber llegado a la posada a tiempo, pero quería venir primero a San Luis para ver a otro científico. Al final no lo encontré, pero di con Phil y...

-¿Qué pasa? -preguntó Sánchez.

-Quizá sea mejor que nos sentemos -dijo Dobson-. No van a creerlo. ¡Phil encontró una copia de parte de la Novena Revelación!

Nadie se movió.

-¿Encontró una copia traducida? -preguntó el padre Sánchez.

-Si.

Phil había estado haciendo algo en su vehículo y ahora se acercaba hasta nosotros.

-¿Encontraste parte de la Novena? -le pregunté.

-En realidad no la encontré -dijo-. Me la dieron. Cuando nos capturaron a ti y a mí, me llevaron a otra ciudad. No sé adónde. Después de un tiempo, apareció el cardenal Sebastián. Me interrogó una y otra vez sobre el trabajo en Vicente y mis esfuerzos por salvar la selva. Yo no sabia por qué, hasta que un guardia me trajo una copia parcial de la Novena Revelación. El guardia se la había robado a alguien del grupo de Sebastián, que, al parecer, sólo la había traducido. Habla de la energía de las selvas viejas.

-¿Qué decía? -le pregunté a Phil.

Hizo una pausa para reflexionar, que Dobson aprovechó para volver a pedirnos que nos sentáramos. Nos llevó hasta un claro; el lugar era bellísimo. Una docena de árboles inmensos formaba un circulo de unos nueve metros de diámetro. Dentro del círculo había arbustos tropicales muy aromáticos y helechos de ramas largas, del verde más brillante que yo había visto. Nos sentamos enfrentados.

Phil miró a Dobson. Luego Dobson nos miró a Sánchez y a mí y dijo:

-La Novena Revelación explica cómo cambiará la cultura humana en el próximo milenio como consecuencia de la evolución consciente. Describe una forma de vida significativamente distinta. Por ejemplo, el Manuscrito predice que los seres humanos disminuirán voluntariamente nuestra población para que podamos vivir en los lugares más potentes y bellos de la Tierra. Pero en el futuro existirán muchas más de esas zonas porque dejaremos las selvas sin desmontar para que puedan madurar y crear energía.

“Según la Novena Revelación, hacia mediados del próximo milenio -continuó- los seres humanos vivirán entre árboles de quinientos años y jardines muy cuidados, aunque a una distancia corta de una zona urbana con un avance tecnológico increíble. Para entonces, los medios de supervivencia, alimentos, ropa y transporte, serán totalmente automáticos y se hallarán a disposición de todos. Nuestras necesidades estarán totalmente satisfechas; no circulará ningún tipo de moneda sin que ello implique pereza o indulgencia excesiva.

“Cada persona, guiada por sus intuiciones, sabrá con precisión qué hacer y cuándo, y esto se complementará en forma armónica con las acciones de los demás. Nadie consumirá en exceso, porque nos habremos liberado de la necesidad de poseer y controlar para obtener seguridad. En el próximo milenio la vida será otra cosa.

"El Manuscrito explica -prosiguió- que nuestro sentido del propósito se verá satisfecho por la excitación de la evolución: por la alegría de recibir intuiciones y luego observar cómo se desarrollan nuestros destinos. La Novena describe un mundo humano en el que todos viviremos más serenos y alertas, siempre atentos al siguiente encuentro significativo que se producirá. Sabremos que eso podrá ocurrir en cualquier momento: en un camino serpenteante de una selva, por ejemplo, o en un puente que atraviesa algún cañón.

“¿Visualizan encuentros humanos con semejante sentido y significado? Piensen lo que va a ser que dos personas se conozcan. Cada una observará primero el campo de energía de la otra, lo que permitirá ver cualquier tipo de manipulación. Una vez que tengan las cosas claras, compartirán conscientemente historias de vida hasta descubrir con júbilo los respectivos mensajes. Después, las dos continuarán su viaje individual, pero significativamente cambiadas. Vibrarán en un nuevo nivel y a partir de entonces llegarán a otros de una manera que habría resultado imposible antes de encontrarse.

A medida que le dábamos más energía, Dobson se volvía más elocuente e inspirado en su descripción de la nueva cultura humana. Y lo que decía parecía verdad. Yo, personalmente, no dudaba de que lo que describía era un futuro factible. Sin embargo, también sabía que a lo largo de la historia muchos visionarios habían vislumbrado un mundo así; Marx, por ejemplo. Pero hasta el momento no se había encontrado ninguna manera de crear semejante utopía. El comunismo había sido una tragedia.

Pese al conocimiento impartido en las ocho primeras revelaciones, no podía imaginar cómo llegaría la raza humana al lugar descripto por la Novena, teniendo en cuenta el comportamiento humano en general. Cuando Dobson hizo una pausa, manifesté mi preocupación.

-El Manuscrito dice que nuestra búsqueda natural de la verdad nos llevará allí -explicó Dobson, sonriéndome directamente-. No obstante, para comprender cómo se producirá ese movimiento, tal vez sea necesario visualizar el próximo milenio de la misma manera en que analizaste éste conmigo en el avión, ¿te acuerdas? ¿Como si lo viviéramos todo en una vida?

Dobson explicó brevemente el proceso a los demás y continuó:

-Piensen en lo que ya pasó en este milenio. Durante la Edad Media vivimos en un mundo simple de bien y mal, definido por los hombres de la Iglesia. Pero en el Renacimiento nos liberamos. Supimos que en el universo tenía que haber algo más sobre la situación del hombre que lo que contaban los hombres de la Iglesia, y quisimos la historia completa.

"Enviamos entonces a la ciencia a descubrir nuestra verdadera situación, pero cuando ese esfuerzo no nos dio las respuestas que necesitábamos enseguida, decidimos establecernos y convertir nuestra moderna ética de trabajo en una preocupación que secularizara la realidad y apartara el misterio del mundo. Pero ahora vemos la verdad de esa preocupación. Vemos que el verdadero motivo por el que pasamos cinco siglos creando sostenes materiales para la vida humana era preparar el escenario para algo más, una forma de vida que devuelva misterio a la existencia.

"Eso es lo que indica la información que vuelve ahora desde el método científico: la humanidad está en el planeta para evolucionar conscientemente. Y a medida que evolucionemos y sigamos nuestro camino particular, verdad tras ver[ad, la Novena Revelación dice que toda la cultura se transformará de una manera muy predecible.

Hizo una pausa pero nadie comentó nada. Obviamente, queriamos oír más.

-Una vez que alcancemos la masa crítica -continuó- y las revelaciones empiecen a producirse a escala global, la raza humana experimentará primero un periodo de introspección intensa. Comprenderemos cuán bello y espiritual es el mundo natural. Veremos los árboles, los ríos y las montañas como templos de gran poder a los que debemos reverencia y respeto. Exigiremos que se ponga punto final a cualquier actividad económica que amenace este tesoro. Y los que estén más estrechamente ligados a esa situación encontrarán soluciones alternativas al problema de la contaminación, porque alguien las intuirá en esa búsqueda de la propia evolución.

"Esto formará parte del primer gran cambio que se producirá -continuó-, que será un desplazamiento considerable de los individuos de una ocupación a otra. Porque cuando las personas empiezan a recibir intuiciones claras de quiénes son en realidad y qué se supone que deben hacer, a menudo descubren que no están en el trabajo indicado y tienen que pasar otro tipo de actividad para seguir creciendo. El Manuscrito explica que durante ese período las personas cambiarán de carrera varias veces en su vida.

"El siguiente cambio cultural será la automatización de la producción de bienes. Quienes estén elaborando la automatización, los técnicos, sentirán la necesidad de que la economía funcione con mayor eficiencia. Pero a medida que sus intuiciones se tornen más claras, verán que lo que la automatización hace es dejar tiempo libre para poder emprender otras cosas.

"Mientras tanto, el resto seguiremos nuestras propias intuiciones dentro de la ocupación que hayamos elegido, y desearemos tener cada vez más de ese tiempo libre. Nos daremos cuenta de que la verdad que tenemos para decir y las cosas que debemos hacer son demasiado singulares para encajar en un marco de trabajo habitual. De modo que encontraremos nuevas formas de acortar nuestras horas de empleo para ir en pos de nuestra propia verdad. Dos o tres personas mantendrán lo que solía ser un trabajo *full time.* Esta tendencia hará que a los desplazados por la automatización les resulte más fácil encontrar por lo menos trabajo de tiempo parcial.

-Pero, ¿y el dinero? -pregunté-. No puedo creer que la gente vaya a reducir voluntariamente sus ingresos.

-Oh, no tendremos por qué hacerlo -replicó Dobson-. El Manuscrito dice que nuestros ingresos serán estables gracias a las personas que nos den dinero por las revelaciones que proporcionemos.

Casi suelto la carcajada.

-¿Qué?

Sonrió y me miró fijo.

-El Manuscrito dice que, a medida que vayamos descubriendo más acerca de la dinámica energética del universo, veremos qué ocurre cuando le damos algo a alguien. En este preciso momento, la única idea espiritual respecto del dar es el mezquino concepto del diezmo religioso.

Desvió su mirada al padre Sánchez.

-Como saben, la noción bíblica del diezmo suele interpretarse como una orden de dar el diez por ciento de los ingresos a una iglesia. La idea subyacente es que todo lo que demos nos será devuelto con creces. Pero la Novena Revelación explica que dar es en realidad un principio universal de sostén, no sólo para las iglesias, sino para todos. Cuando damos, recibimos algo a cambio, debido a la forma en que interactúa la energía del universo. Recuerden: cuando proyectamos energía a alguien se crea un vacío en nosotros que, si estamos conectados, vuelve a llenarse. El dinero funciona de la misma forma. La Novena Revelación dice que una vez que empecemos a dar de manera constante, nos llegará siempre mucho más de lo que podríamos dar.

"Y nuestros dones -continuó- deberían ir a las personas que nos dieron verdad espiritual. Cuando llegan a nuestra vida en el momento justo para brindarnos las respuestas que necesitamos, debemos darles dinero. Es así cómo empezaremos a complementar nuestros ingresos y a aliviar las ocupaciones que nos limitan. A medida que más gente vaya embarcándose en esta economía espiritual, iniciaremos un verdadero cambio en la cultura del próximo milenio. Habremos superado la etapa de evolucionar hacia nuestra ocupación correcta y entraremos en la etapa de recibir un pago por evolucionar libremente y ofrecer nuestra verdad única a los demás.

Miré a Sánchez; escuchaba con atención y se lo veía radiante.

-Sí -le dijo a Dobson-. Lo veo con claridad. Si participáramos todos, daríamos y recibiríamos constantemente, y esa interacción con los demás, ese intercambio de información, pasaría a ser nuestro nuevo trabajo, nuestra nueva orientación económica. Nos pagarían. las personas beneficiadas por nosotros. Esta situación permitiría entonces que los sostenes materiales de la vida se automatizaran por completo, porque estaríamos demasiado ocupados para poseer esos sistemas o manejarlos. Desearíamos que la producción material estuviera automatizada y funcionara como un bien de uso. Tal vez tendríamos alguna participación en ella, pero la situación nos dejaría libres para expandir lo que ya es la era de la información.

"No obstante, lo importante para nosotros ahora es que podemos comprender adónde vamos. No podíamos cuidar el medio ambiente, democratizar el planeta y alimentar a los pobres, porque hasta ahora éramos incapaces de liberar nuestro miedo a la escasez y nuestra necesidad de controlar para poder dar a los demás. No podíamos liberarlo porque no teníamos ninguna visión de la vida que sirviera de alternativa. ¡Ahora sí!

Miré a Phil.

-¿Pero no necesitaríamos una fuente barata de energía?

-La fusión, la superconductividad, la inteligencia artificial -dijo Phil-. La tecnología para automatizar tal vez no esté tan lejos, ahora que sabemos por qué hacerlo.

-Eso es -asintió Dobson-. Lo más importante es que vemos la verdad de esta forma de vida. Nos hallamos en este planeta no para construir imperios personales de control, sino para evolucionar. El pagar a otros por sus revelaciones iniciará la transformación y luego, a medida que cada vez más partes de la economía se automaticen, la moneda también desaparecerá. No la necesitaremos. Si seguimos correctamente nuestra guía intuitiva, tomaremos sólo lo que necesitamos.

-Y entenderemos -intervino Phil- que las zonas naturales de la Tierra deben ser nutridas y protegidas por ser las fuentes de poder increíble que son.

Mientras Phil hablaba, todos nos concentramos en él. Parecía sorprendido por la elevación que le dábamos.

-Yo no estudié todas las revelaciones -dijo, y me miró-. De hecho, cuando el guardia me ayudó a escapar, tal vez no habría conservado esta parte de la Novena si antes no me hubiera encontrado contigo. Recordé haberte oído decir que ese Manuscrito era importante. Sin embargo, pese a no haber leído las otras revelaciones, comprendo de todos modos la importancia de mantener la automatización en armonía con la dinámica energética de la Tierra.

"Me interesaban las selvas y el papel que desempeñan en la ecosfera -continuó-. Ahora sé que siempre fueron importantes, desde que era chico. La Novena Revelación dice que a medida que la raza evolucione espiritualmente, disminuiremos por propia voluntad la población hasta un punto sostenible para la Tierra. Nos comprometeremos a vivir dentro de los sistemas de energía natural del planeta. La agricultura estará automatizada, excepto en el caso de las plantas que necesitamos para energizamos personalmente y luego consumirlas. Los árboles necesarios para la construcción serán cultivados en zonas especiales. Esto permitirá que el resto de los árboles de la Tierra crezcan y envejezcan y maduren hasta convertirse en poderosas selvas.

“A la larga, esas selvas no serán la excepción sino la regla, y todos los seres humanos vivirán muy cerca de ese tipo de energía. Piensen en qué mundo lleno de energía vamos a vivir.

-Debería aumentar el nivel de energía de todos -observé.

-Si -dijo Sánchez distraídamente, como si estuviera proyectándose más adelante, a lo que significaría ese aumento de energía.

Todos nos quedamos esperando.

-Aceleraría el ritmo de la evolución -continuó al fin-. Cuanto más fácilmente fluye la energía hacia nosotros, más misteriosamente el universo responde atrayendo hacia nuestra vida personal para responder nuestros interrogantes.

Se quedó pensativo un momento y continuo:

-Y cada vez que seguimos una intuición y algún encuentro misterioso nos lleva hacia adelante, nuestra vibración personal aumenta. Hacia adelante y hacia arriba -agregó, casi para sí mismo-. Si la historia continúa, entonces...

-Continuaremos alcanzando niveles cada vez más altos de energía y vibración -completó Dobson.

-Si -dijo Sánchez-. Eso es. Discúlpenme un minuto.

-Se levantó, se internó varios pasos en la selva y se sentó solo.

-¿Qué más dice la Novena Revelación? -le pregunté a Dobson.

-No sabemos -respondió-. Ahí termina la parte que tenemos. ¿Te gustaría verla?

Le dije que si, de modo que fue hasta su camioneta y volvió con un sobre de papel madera. Adentro había veinte páginas escritas a máquina. Leí el manuscrito, impresionado por la manera acabada en que Dobson y Phil habían captado sus puntos básicos. Cuando llegué a la última página comprendí por qué decían que era sólo una parte de la Novena Revelación. Terminaba abruptamente, en medio de un concepto. Después de introducir la idea de que la transformación del planeta crearía una cultura totalmente espiritual y elevaría a los seres humanos a vibraciones cada vez más altas, sugería que esa elevación llevaría a otra cosa, pero no decía que.

Una hora más tarde, Sánchez se levantó y se acercó a mi. Yo estaba contento de haberme sentado entre las plantas, observando sus increíbles campos de energía. Dobson y Phil conversaban de pie junto al jeep.

-Creo que debemos seguir viaje a Iquitos -dijo.

-¿Y los soldados? -pregunté.

-Considero que debemos correr el riesgo. Tuve un pensamiento claro de que podemos lograrlo si nos vamos ya mismo.

Acepté seguir su intuición y nos acercamos a Dobson y a Phil para contarles nuestros planes.

Ambos aprobaron la idea. Dobson dijo entonces:

-Nosotros también estuvimos discutiendo qué hacer. Creo que vamos a ir directamente a las ruinas Celestine. Tal vez podamos ayudar a salvar el resto de la Novena Revelación.

Nos despedimos y partimos de nuevo rumbo al norte.

-¿En qué piensa? -pregunté después de un tiempo de silencio.

El padre Sánchez disminuyó la velocidad y me miró.

-Estoy pensando en el cardenal Sebastián, en lo que usted dijo: que dejaría de combatir el Manuscrito si alguien lo hacía entrar en razones.

Cuando el padre Sánchez hizo esta afirmación, mi mente se perdió en el ensueño de enfrentar realmente a Sebastián. El cardenal estaba parado en una sala refinada, mirándonos. En ese momento tenía el poder de destruir la Novena Revelación y nosotros luchábamos por hacerlo entrar en razones antes de que fuera demasiado tarde.

Al terminar el pensamiento, noté que Sánchez me sonreía.

-¿Qué veía? -preguntó.

-Pensaba en Sebastián.

-¿Qué pasaba?

-La imagen de enfrentar a Sebastián era más clara. Estaba a punto de destruir la última revelación. Los dos tratábamos de disuadirlo.

Sánchez hizo una profunda inhalación:

-Parecería que la posibilidad de que se conozca o no el resto de la Novena Revelación dependerá de nosotros.

Se me hizo un nudo en el estómago de solo pensarlo.

-¿Qué deberíamos decirle?

-No lo sé. Pero debemos convencerlo de ver lo positivo, de entender que el Manuscrito en su totalidad no niega, sino que, por el contrario, esclarece la verdad de la Iglesia. Estoy seguro de que eso es lo que hay en el resto de la Novena Revelación.

Viajamos en silencio durante una hora sin ver tránsito de ningún tipo. Mis pensamientos sobrevolaron los hechos que se habían producido desde mi llegada a Perú. Sabía que las revelaciones del Manuscrito por fin se habían fusionado en mi mente formando una conciencia. Estaba alerta a la forma misteriosa en que evolucionaba mi vida, tal como lo afirmaba la Primera Revelación. Sabía que la cultura en su totalidad sentía también ese misterio y que estábamos en el proceso de construir una nueva visión del mundo, tal como lo señalaba la Segunda.

La Tercera y la Cuarta me habían mostrado que el universo era en realidad un vasto sistema de energía y que el conflicto humano era una carencia y una manipulación en aras de conseguirla.

La Quinta Revelación me había mostrado que podemos poner fin a ese conflicto recibiendo una carga de esa energía de una fuente más elevada. Para mí, esa capacidad casi se había vuelto hábito. La Sexta, con la idea de que podemos esclarecer nuestros viejos y reiterados dramas y encontrar nuestro verdadero yo, también estaba esbozada en mi mente. Y la Séptima había puesto en movimiento la evolución de esos verdaderos "yo": a través de la interrogación, la intuición respecto de qué hacer, y la respuesta. Mantenerse en ese flujo mágico era en verdad el secreto de la felicidad.

Y la Octava, sabiendo cómo relacionarse de otra manera con los demás, brindándoles lo

mejor, era la clave para mantener vigente el misterio y para que las respuestas siguieran apareciendo.

Todas las revelaciones se integraban en una conciencia que significaba un sentido realzado de la lucidez y la expectación. La que faltaba era la Novena, que revelaba adónde nos llevaba nuestra evolución. Habíamos descubierto una parte. ¿Y el resto?

El padre Sánchez estacionó la camioneta a un lado del camino.

-Estamos a menos de seis kilómetros de la misión del cardenal Sebastián -dijo-. Creo que debemos hablar.

-Muy bien.

-No sé qué nos espera, pero supongo que lo único que podemos hacer es entrar directamente.

-¿Es un lugar grande?

-Si. Él lleva adelante esta misión desde hace veinte años. Eligió el lugar para que les sirviera a los indios campesinos que para él habían sido desdeñados. Pero ahora vienen estudiantes de todo Perú. Tiene obligaciones administrativas con la organización eclesiástica en Lima, pero éste es un proyecto especial. Está por entero dedicado a esta misión.

Me miró a los ojos.

-Por favor, manténgase atento. En algún momento tal vez necesitemos ayudarnos mutuamente.

Tras decir esto, Sánchez arrancó. Durante dos o tres kilómetros no vimos nada; luego pasamos dos jeeps militares estacionados a la derecha de la ruta. Los soldados que se hallaban adentro nos miraron extrañados.

-Bueno -dijo el padre Sánchez-, ya saben que estamos aquí.

Un kilómetro y medio más adelante llegamos a la entrada de la misión. Grandes portones de hierro protegían el camino pavimentado. Si bien estaban abiertos, un jeep y cuatro soldados nos impidieron el paso y nos hicieron parar. Uno de los militares habló por radio.

Cuando el soldado se acercó, Sánchez le dijo en tono cordial:

-Soy el padre Sánchez. Vinimos a ver al cardenal Sebastián.

El soldado inspeccionó a Sánchez y después a mí. Se dio vuelta y caminó hacia el soldado de la radio. Hablaban sin dejar de mirarnos. Al cabo de varios minutos, el soldado regresó y dijo que los siguiéramos.

El jeep nos condujo hasta un camino de tres carriles, de varios cientos de metros, hasta llegar a la sede de la misión. La iglesia era de piedra, enorme, capaz de albergar más de mil personas, pensé. A ambos lados había otros dos edificios que parecían aulas. Los dos tenían dos pisos.

-Este lugar es imponente -comenté.

-Sí, pero, ¿dónde está la gente?

Noté que los caminos y el parque estaban vacíos.

-Sebastián dirige una famosa facultad aquí -dijo-. ¿Por qué no hay estudiantes?

Los soldados nos llevaron hasta la entrada de la iglesia y nos pidieron en tono cortés pero categórico que nos bajáramos y entráramos con ellos. Al subir las escaleras, vi varios camiones estacionados detrás del edificio adyacente. Muy cerca, había unos treinta o cuarenta soldados en posición de firmes. Una vez adentro, nos llevaron a través de la sacristía hasta una salita. Allí nos registraron y nos dijeron que esperáramos. Los soldados se fueron y cerraron con llave.

-¿Dónde es el despacho de Sebastián? -pregunté.

-En la parte posterior de la iglesia -repuso.

De repente, la puerta se abrió. Flanqueado por varios soldados, entró Sebastián. Su porte era erguido.

-¿Qué hace aquí? -le preguntó Sebastián a Sánchez.

-Quiero hablar con usted -respondió Sánchez.

-¿Sobre qué?

-La Novena Revelación del Manuscrito.

-No hay nada que discutir. Nunca la encontraran.

-Sabemos que usted ya la encontró.

Los ojos de Sebastián se agrandaron.

-No dejaré que esa revelación se divulgue -afirmó-. No dice la verdad.

-¿Cómo sabe que no es la verdad? -preguntó Sánchez-. Tal vez esté equivocado. Permítame leerla.

La expresión de Sebastián se suavizó al mirar a Sánchez.

-En una época, usted pensaba que yo era capaz de tomar la decisión correcta en una cuestión de este tipo.

-Lo sé -dijo Sánchez-. Usted fue mi mentor. Mi inspiración. Tomé su misión cómo modelo para la mía.

-Me respetó hasta que se descubrió este Manuscrito -continuó Sebastián-. ¿No ve cómo siembra discordia? Traté de dejarlo seguir su camino. Hasta lo dejé solo después de saber que estaba enseñando las revelaciones. Pero no permitiré que ese documento destruya todo lo que la Iglesia ha construido.

Entró un soldado por detrás de Sebastián y le preguntó si podía hablar con él. Sebastián miró a Sánchez y salió al vestíbulo. Lo veíamos pero no podíamos oír la conversación. El mensaje alarmó a Sebastián. Al darse vuelta para irse, les hizo señas de que lo siguieran a todos excepto a uno, al que pareció indicarle que esperara con nosotros.

El soldado entró en la sala y se apoyó contra la pared. Su mirada parecía alterada. Tendría apenas veinte años.

-¿Qué sucede? -le preguntó Sánchez.

El soldado meneó la cabeza.

-¿Tiene que ver con el Manuscrito, la Novena Revelación?

La expresión del soldado fue de sorpresa.

-¿Qué sabe usted de la Novena Revelación? -preguntó con timidez.

-Estamos aquí para salvarla -respondió Sánchez.

-Yo también quiero que la salven -dijo el soldado.

-¿La leíste? -pregunté.

-No –dijo-. Pero he oído lo que dice. Hace revivir a nuestra religión.

De repente, desde el exterior vinieron ruidos de disparos.

-¿Qué pasa? -preguntó Sánchez.

El soldado se quedó paralizado.

Sánchez le tocó suavemente el brazo:

-Ayúdanos.

El joven soldado avanzó hasta la puerta, inspeccionó el vestíbulo y dijo:

-Entraron en la iglesia y robaron una copia de la Novena Revelación. Al parecer, todavía están por aquí.

Se oyeron más disparos.

-Debemos tratar de ayudarlos -le dijo Sánchez al muchacho.

Lo miró horrorizado.

-Debemos hacer lo correcto -enfatizó Sánchez-. Esto es para todo el mundo.

El soldado asintió y dijo que debíamos ir a otro sector de la iglesia, donde había menos actividad. Tal vez allí podría encontrar la forma de ayudarnos. Nos condujo por el pasillo hasta una escalera. Subimos dos pisos hasta un corredor más amplio que abarcaba todo el ancho de la iglesia.

-El despacho de Sebastián está justo dos pisos más abajo -dijo el muchacho.

De pronto oímos que un grupo de gente corría por un pasillo contiguo, en dirección hacia donde estábamos. Sánchez y el soldado iban más adelante y entraron en un cuarto de la derecha. Yo sabía que no podía entrar ahí, de modo que me precipité al siguiente y cerré la puerta.

Estaba en un aula. Escritorios, estrado, armario. Fui hasta el armario, lo encontré abierto e hice espacio entre unas cajas y varias chaquetas con olor a humedad. Traté de esconderme lo mejor posible, pero estaba seguro de que si alguien revisaba el armario me descubriría. Traté de no moverme, de no respirar siquiera. La puerta del aula se abrió y oí que varias personas entraban y caminaban por el salón. Me pareció que una se acercaba al armario, se detenía y cambiaba de dirección. Hablaban fuerte en español. Después, silencio. Ningún movimiento.

Esperé unos diez minutos antes de abrir con cuidado la puerta del armario y asomarme. El aula se hallaba vacía. Fui hasta la puerta. No había indicios de que hubiera alguien afuera. Avancé rápidamente hasta el cuarto en el que se habían escondido Sánchez y el soldado. Para mi gran sorpresa, no encontré un cuarto sino un pasillo. Trataba de escuchar, pero no se oía nada. Me apoyé contra la pared. Sentía ansiedad en la boca del estómago. Dije bajito el nombre de Sánchez. Ninguna respuesta. Estaba solo. La ansiedad me provocaba cierta sensación de mareo.

Respiré hondo y traté de hablarme a mí mismo; debía mantener alertas los cinco sentidos y aumentar mi energía. Durante varios minutos me esforcé, hasta que los colores y las formas en el pasillo adquirieron mayor presencia. Traté de proyectar amor. Por fin, me sentí mejor y volví a pensar en Sebastián. Si estaba en su despacho, Sánchez iría allí.

Adelante, el pasillo desembocaba en otra escalera, de modo que bajé los dos pisos hasta la planta baja. Por la ventana de la puerta de la escalera, miré hacia el corredor. Nadie a la vista.

Abrí la puerta y arremetí sin saber adónde quería ir.

Entonces oí la voz de Sánchez en el cuarto situado frente a mí. Le respondió la voz estentórea de Sebastián. Al acercarme a la puerta agrietada, un soldado la abrió de golpe desde adentro, me apuntó al corazón con un rifle, me forzó a entrar y ponerme contra la pared. Sánchez me manifestó su solidaridad con una mirada y se puso la mano sobre el plexo solar. Sebastián sacudió la cabeza, disgustado. Ningún rastro del soldado que nos había ayudado.

Sabía que el gesto de Sánchez significaba algo. Lo único que se me ocurrió es que necesitaba energía. Mientras hablaba, me concentré en su cara, tratando de ver su yo superior. Su campo de energía se amplió.

-No puede detener la verdad -dijo Sánchez-. La gente tiene derecho a saber.

Sebastián miró a Sánchez con condescendencia.

-Estas revelaciones violan las Escrituras. No podrían ser ciertas.

-¿Pero violan realmente las Escrituras, o sólo nos muestran lo que significan?

-Ya sabemos lo que significan -aseguró Sebastián-. Lo sabemos desde hace siglos. ¿Ha olvidado su formación, sus años de estudio?

-No -respondió Sánchez-. Pero sé también que las revelaciones expanden nuestra espiritualidad. Las...

-¿Según el criterio de quién? -gritó Sebastián-. ¿Quién escribió ese Manuscrito, de todos modos? ¿Algún maya pagano que aprendió en alguna parte a hablar arameo? ¿Qué sabía esa gente? Creían en lugares mágicos y energía misteriosa. Eran primitivos. Las ruinas donde encontraron la Novena se llaman Templos Celestine, los Templos Celestiales. ¿Qué podía saber esa cultura sobre el cielo?

"¿Acaso su cultura perduró? -continuó-. No. Nadie sabe qué pasó con los mayas. Simplemente desaparecieron sin dejar rastros. ¿Y usted quiere que creamos en el Manuscrito?

Ese documento da a entender que los seres humanos dominamos todo, que estamos a cargo del cambio en el mundo. No somos nosotros. Es Dios. El único tema que los seres humanos enfrentan es el de aceptar las enseñanzas de las Escrituras y por lo mismo ganar la salvación.

-Pero piense un poco -respondió Sánchez-. ¿Qué significa en realidad aceptar las enseñanzas y ganar la salvación? ¿Cuál es el proceso a través del cual eso ocurre? ¿Acaso el Manuscrito no nos muestra el proceso exacto de ser más espirituales, estar más conectados y ser salvados... la forma en que eso ocurre en verdad? ¿Y la Octava y la Novena no nos muestran lo que pasaría si cada uno de nosotros actuara de esa manera?

Sebastián meneó la cabeza y se alejó; luego se dio vuelta y observó a Sánchez con mirada penetrante.

-Usted ni siquiera ha visto la Novena Revelación.

-Sí. Una parte.

-¿Cómo?

-Nos describieron una parte antes de llegar aquí. Leí otra sección hace unos minutos.

-¿Qué? ¿Cómo?

Sánchez se acercó al sacerdote más viejo.

-Cardenal Sebastián, gente de todas partes quiere que se difunda esta última revelación. Da sentido a las demás. Nos muestra nuestro destino. ¡Lo que es realmente la conciencia espiritual!

-¡Ya sabemos qué es la espiritualidad, padre Sánchez!

-¿De veras? Yo creo que no. Hemos pasado siglos hablando al respecto, visualizándola, profesando nuestra creencia en ella. Pero siempre caracterizamos esa conexión como algo abstracto, algo en lo cual creemos de manera intelectual. Y siempre consideramos esa conexión como algo que un individuo debe hacer para evitar que pase algo malo, antes que adquirir algo bueno y fabuloso. El Manuscrito describe la inspiración que sobreviene cuando amamos de verdad a los demás y nuestra vida evoluciona hacia algo más elevado.

-¡Evolución! ¡Evolución! Mire lo que dice, padre, ¡usted siempre luchó contra la influencia de la evolución! ¿Qué le pasó ahora?

Sánchez se concentró.

-Sí, luché contra la idea de la evolución como reemplazo de Dios, como forma de explicar el universo sin referencia a Dios. Pero ahora veo que la verdad es una síntesis de las visión científica y religiosa del mundo. La verdad es que la evolución es la forma que Dios creó y sigue creando.

-Pero no hay ninguna evolución -protestó Sebastián-. Dios creó el mundo, y eso es todo.

Sánchez me miró pero yo no tenía ninguna idea que expresar.

-Cardenal Sebastián -continuó-, el Manuscrito describe el progreso de sucesivas generaciones como una evolución del entendimiento, una evolución hacia una espiritualidad y una vibración superiores. Cada generación incorpora más energía y acumula más verdad y luego pasa ese *status* a las personas de la generación siguiente, para extenderla aún más.

-Eso es absurdo -replicó Sebastián-. Hay una sola forma de ser más espiritual y es siguiendo los ejemplos de las Escrituras.

-¡Exactamente! -dijo Sánchez-. Pero, le repito: ¿qué ejemplos? ¿Acaso la historia de las Escrituras no es la historia de gente que aprende a hacer suya la energía y la voluntad de Dios? ¿No es eso lo que los primeros profetas impulsaron a hacer a la gente en el Antiguo Testamento? ¿Y no es esa receptividad a la energía de Dios lo que culminó en la vida del hijo de un carpintero, al punto de decir que Dios mismo bajó a la Tierra?

"La historia del Nuevo Testamento -continuó-, ¿no es acaso la historia de un grupo de personas llenas de algún tipo de energía que las transformó? ¿Jesús mismo no dijo que lo que él hacía también podíamos hacerlo nosotros, y más? En realidad, nunca tomamos esa idea en serio. Recién ahora estamos captando a qué se refería Jesús, adónde nos llevaba. ¡El

Manuscrito esclarece lo que él quería decir! ¡Cómo hacerlo!

Sebastián miró para otro lado, con la cara roja de rabia. Durante la pausa en la conversación, un oficial de alto rango irrumpió en el cuarto para avisarle a Sebastián que habían visto a los intrusos.

-¡Mire! -dijo el oficial, señalando la ventana-. ¡Ahí están!

A unos trescientos o cuatrocientos metros se veían dos figuras que corrían a campo traviesa hacia la selva. Varios soldados, de pie a la orilla del claro, parecían dispuestos a disparar.

El oficial se apartó de la ventana y miró a Sebastián, con la radio levantada.

-Si llegan a la zona arbolada será difícil encontrarlos. ¿Tengo autorización para abrir fuego? -preguntó.

Al ver a los dos que corrían, reconocí quiénes eran.

-¡Son Wil y Julia! -grité.

Sánchez se acercó aún más a Sebastián.

-Por el amor de Dios, ¡no puede cometer un crimen por esto!

El oficial insistió.

-Cardenal Sebastián, si quiere frenar ese Manuscrito, debo dar la orden ahora.

Yo estaba helado.

-Padre, confíe en mí -decía Sánchez-. El Manuscrito no erosionará lo que usted construyó, todo lo que defendió hasta aquí. No puede matar a esas personas.

Sebastián sacudió la cabeza.

-¿Confiar en usted?... -Entonces se sentó a su escritorio y miró al oficial.

-No vamos a matar a nadie. Ordene a sus tropas que los capturen vivos.

El oficial asintió y salió del cuarto. Sánchez dijo:

-Gracias, tomó la decisión correcta.

-No matar, lo acepto -dijo Sebastián-. Pero no cambiaré mi opinión. Ese Manuscrito es una maldición. Socavaría nuestra estructura básica de autoridad espiritual. Le daría derecho a la gente a pensar que puede controlar su destino espiritual. Afectaría la disciplina necesaria para acercar a todos a la Iglesia y la gente podría hallarse desprevenida cuando llegue el éxtasis.

Miró a Sánchez con severidad.

-En este momento están llegando miles de soldados. No importa qué haga usted o cualquier otro. La Novena Revelación nunca saldrá de Perú. Ahora, ¡fuera de mi misión!

Mientras huíamos, oímos docenas de camiones que se acercaban a la distancia.

-¿Por qué nos dejó ir? -pregunté.

-Sin duda piensa que eso no cambia nada -respondió Sánchez-, porque no podemos hacer nada. La verdad es que no sé qué pensar. -Sus ojos se cruzaron con los míos. -No lo convencimos.

Yo también estaba confundido. ¿Qué significaba? Tal vez no era nuestra misión convencer a Sebastián, después de todo. Tal vez solamente estábamos destinados a demorarlo.

Miré a Sánchez. Iba concentrado, conduciendo y observando a los lados del camino para ver si divisaba algún indicio de Wil y Julia. Habíamos decidido que iríamos hacia donde los habíamos visto corriendo, pero hasta el momento no habíamos visto nada. Mi mente ya estaba en las ruinas Celestine. Me imaginaba el aspecto del lugar: las excavaciones escalonadas, las carpas de los científicos, las estructuras piramidales como fondo.

-Según parece, no están en estos bosques -dijo Sánchez-. Seguramente tenían un transporte. Debemos decidir qué hacer.

-Creo que deberíamos ir a las ruinas -opiné. Me miró.

-Podríamos. No tenemos otro lugar adonde ir. Sánchez giró hacia la izquierda.

-¿Qué sabe de esas ruinas? -pregunté.

-Como dijo Julia, fueron construidas por dos civilizaciones distintas. La primera, los mayas, tenían una civilización próspera allí, aunque la mayoría de sus templos estaban más al norte, en Yucatán. Misteriosamente, todos los signos de su civilización desaparecieron de repente, alrededor del año 600 antes de Cristo, sin causa aparente. Los incas desarrollaron más adelante otra civilización en el mismo lugar.

-¿Qué cree que les pasó a los mayas?

-No sé.

Durante varios minutos permanecimos en silencio y de pronto recordé que, en un momento, el padre Sánchez le había dicho a Sebastián que había leído una sección más de la Novena Revelación.

-¿Cómo fue que leyó algo más de la Novena Revelación? -pregunté.

-El soldado que nos ayudó sabía dónde estaba escondida otra parte. Cuando nos separamos, me llevó a otro cuarto y me la mostró. Sólo agrega algunos conceptos a lo que nos dijeron Phil y Dobson, pero me brindó los argumentos que usé con Sebastián.

-¿Qué dice, específicamente?

-Que el Manuscrito esclarecerá muchas religiones. Y las ayudará a cumplir su promesa. Dice que toda religión hace referencia a que la humanidad encuentra una relación con una fuente superior. Y todas las religiones hablan de una percepción interior de Dios, una percepción que nos llena y nos hace más de lo que éramos. Las religiones se corrompen cuando los dirigentes se dedican a explicar la voluntad de Dios a las personas en lugar de mostrarles cómo encontrar esa dirección en sí mismas.

"El Manuscrito dice que en algún momento de la historia un individuo va a comprender la forma exacta de conectarse con la fuente de energía de Dios y pasará a ser un ejemplo perdurable de que esa conexión es posible.

Sánchez me miró.

-¿No es eso lo que hizo Jesús? ¿No aumentó su energía y su vibración hasta ser lo bastante liviano como...? -Sánchez dejó la frase sin terminar y se quedó pensativo.

-¿En qué piensa? -pregunté.

Se mostró perplejo.

-No sé. La copia del soldado terminaba ahí. Decía que ese individuo abriría un camino que toda la raza humana estaba destinada a seguir. Pero no decía adónde conducía.

Durante unos quince minutos permanecimos callados. Yo traté de recibir algún indicio de lo que pasaría después, pero no se me ocurría nada. Tal vez me esforzaba demasiado.

-Ahí están las ruinas -anunció Sánchez.

Adelante, a través de la selva, a la izquierda del camino, se veían tres estructuras piramidales. Después de estacionar, nos acercamos y vimos que las pirámides eran de piedra y se hallaban a igual distancia una de la otra, unos treinta metros.

Entre ellas había una zona pavimentada con piedra más suave. En la base de las pirámides había varios yacimientos de excavaciones.

-¡Mire, ahí! -exclamó Sánchez, y señaló la pirámide más alejada.

Frente a la estructura estaba sentada una figura delgada. A medida que nos acercábamos, empecé a notar que mi nivel de energía aumentaba. Cuando llegamos al centro del sector pavimentado me sentía increíblemente energizado. Miré a Sánchez y él alzó una ceja. Ya más cerca, reconocí que la persona sentada junto a la pirámide era Julia. Estaba con las piernas cruzadas y tenía varios papeles en la falda.

-¡Julia! -gritó Sánchez.

Ella se dio vuelta y se puso de pie, con la cara radiante.

-¿Dónde está Wil? -pregunté.

Julia señaló a la derecha. Allí, a unos cien metros, se encontraba Wil. Daba la impresión

de que brillaba en el atardecer.

-¿Qué hace? -pregunté.

-La Novena -respondió Julia, levantando los papeles. Sánchez le dijo a Julia que habíamos visto parte de la revelación, la parte que anunciaba un mundo humano transformado por la evolución consciente.

-¿Pero adónde nos lleva esa evolución? -preguntó Sánchez.

Julia no respondió. Continuaba sosteniendo los papeles en la mano como si esperara que le leyéramos la mente.

-¿Qué? -pregunté.

Sánchez se acercó y me tocó el brazo. Su mirada me recordó que estuviera alerta y esperara.

-La Novena revela nuestro destino último -dijo Julia-. Lo vuelve todo transparente como el cristal. Reitera que los seres humanos somos la culminación de toda la evolución. Dice que la materia comienza en una forma débil y crece en complejidad, elemento por elemento, luego especie por especie, evolucionando siempre hacia un estado más alto de vibración.

"Cuando aparecieron los seres primitivos, continuamos esa evolución en forma inconsciente, conquistando a otros, obteniendo energía y avanzando un poco, y siendo luego nosotros también conquistados, con la consiguiente pérdida de energía. Ese conflicto físico continuó hasta que inventamos la democracia, un sistema que no acababa con el conflicto pero sí lo desviaba del nivel físico al mental.

"Ahora -prosiguió Julia- estamos llevando todo ese proceso a la conciencia. Podemos ver que toda la historia humana nos preparó para lograr la evolución consciente. Ahora podemos aumentar nuestra energía y vivenciar conscientemente las coincidencias. Esto hace avanzar la evolución a un ritmo más rápido, elevando más aún nuestras vibraciones.

Vaciló un instante, nos miró y luego repitió lo que había dicho:

-Nuestro destino es seguir aumentando nuestro nivel de energía. Y a medida que nuestro nivel de energía aumenta, también aumenta el nivel de vibración en los átomos de nuestro cuerpo.

Volvió a vacilar.

-¿Qué significa eso? -pregunté.

-Significa -respondió Julia- que nos volvemos más livianos, más puramente espirituales.

Miré a Sánchez. Estaba totalmente concentrado en Julia.

-La Novena Revelación -continuó Julia- dice que, en la medida en que los seres humanos sigamos aumentando nuestra vibración, una cosa sorprendente empezará a ocurrir. Grupos enteros de personas, una vez que alcancen cierto nivel, se volverán invisibles para aquellos que todavía están vibrando en un nivel inferior. Para la gente de este nivel más bajo, los otros simplemente desaparecerán, pero el grupo mismo sentirá que sigue estando... sólo que se sentirá más liviano.

Mientras Julia hablaba noté que su cara y su cuerpo cambiaban. Su cuerpo adoptaba las características de su campo de energía. Sus rasgos seguían siendo claros y nítidos, pero lo que yo veía ya no eran músculos y piel. Era como si se hubiera transformado en luz pura, que brillaba desde adentro.

Miré a Sánchez. Le ocurría lo mismo. Para mi gran sorpresa, todo lucía así: las pirámides, las piedras bajo nuestros pies, la selva circundante, mis manos. La belleza que podía percibir había aumentado más allá de todo lo que había experimentado antes, incluso en la montaña.

-Cuando los seres humanos empiecen a elevar sus vibraciones a un nivel en que otros no puedan verlos -continuó Julia-, será la señal de que cruzamos la barrera entre esta vida y el otro mundo del que venimos y al que vamos después de la muerte. Ese cruce consciente es el camino que mostró Cristo. Él se abrió a la energía hasta volverse tan liviano que pudo

caminar sobre el agua. Trascendió la muerte aquí mismo, en la Tierra, y fue el primero que hizo el cruce para expandir el mundo físico hacia el espiritual. Su vida demostró cómo hacerlo, y si nos conectamos con la misma fuente podemos llegar al mismo lugar, paso a paso. En algún punto, todos vibraremos lo bastante alto como para llegar al cielo, con nuestra misma forma.

Noté que Wil se acercaba con lentitud hacia nosotros. Sus movimientos eran excepcionalmente gráciles, como si flotara.

-La revelación dice que la mayoría de los individuos -continuó Julia- alcanzarán este nivel de vibración durante el tercer milenio, y en grupos formados por personas con las que estén muy conectados. Pero algunas culturas en la historia ya alcanzaron la vibración. Según la Novena Revelación, los mayas ya hicieron el cruce.

Julia calló bruscamente. Desde atrás, nos llegaban unas voces ahogadas, en español. Docenas de soldados entraban en las ruinas y venían hacia nosotros. Lo increíble era que no sentí miedo. Los soldados seguían avanzando, pero no directamente hacia nosotros.

-¡No pueden vernos! -exclamó Sánchez-. ¡Estamos vibrando demasiado alto!

Volví a mirar a los soldados. Caminaban unos seis u ocho metros a nuestra izquierda, ignorándonos por completo.

De pronto oímos gritos fuertes en español junto a la pirámide de la izquierda. Los soldados que se hallaban más cerca de nosotros corrieron en esa dirección.

Traté de ver qué pasaba. Otro grupo de soldados venía de la selva trayendo a otros dos hombres. Dobson y Phil. Verlos me hizo sobresaltar, y sentí que mi nivel de energía bajaba. Miré a Sánchez y a Julia. Ambos miraban fijo a los soldados y parecían tan alterados como yo.

-¡Esperen! -gritó Wil desde el lado opuesto-. ¡No pierdan su energía! -Oí y a la vez sentí sus palabras. Sonaban levemente deformadas.

Nos dimos vuelta y vimos que Wil caminaba hacia nosotros. Parecía decir algo más, pero esta vez las palabras resultaban totalmente ininteligibles. Me di cuenta de que me costaba enfocar mi mirada. Su imagen se volvía difusa, distorsionada. Poco a poco, mientras miraba, incrédulo, llegó a desaparecer del todo.

Julia nos miró a Sánchez y a mí. Su nivel de energía estaba más bajo, pero no se la veía asustada, como si cualquier cosa que pasara pudiera esclarecer algo.

-No fuimos capaces de mantener la vibración -dijo-. El miedo baja enormemente nuestra vibración. -Miró hacia donde Wil había desaparecido de la vista. -La Novena Revelación dice que en tanto algunos individuos pueden hacer el cruce esporádicamente, no se producirá un éxtasis general hasta no haber abolido el miedo, hasta no poder mantener una vibración suficiente en todas las situaciones.

La excitación de Julia aumentó.

-¿No lo vieron? No podemos hacerlo todavía, pero el papel de la Novena Revelación consiste en ayudar a generar esa confianza. La Novena Revelación nos hace saber adónde apuntamos. Todas las demás revelaciones pintan un mundo de belleza y energía increíbles, y a nosotros aumentando nuestra conexión con él y por ende viendo esa belleza.

"Cuanta más belleza podemos ver, más evolucionamos. Cuanto más evolucionamos, más alta es nuestra vibración. La Novena Revelación nos muestra que, en definitiva, nuestra percepción y nuestra vibración más grandes nos abrirán a un cielo que ya está ante nosotros. Sólo que no podemos verlo.

"Cada vez que dudemos en nuestro camino o perdamos de vista el proceso, debemos recordar hacia qué vamos evolucionando y en qué consiste el proceso de vivir. Estamos en la Tierra para alcanzar el cielo. Y ahora sabemos cómo se puede hacer... cómo se hará.

Hizo una pausa.

-La Novena menciona que existe una Décima Revelación. Creo que revela...

Antes de que pudiera terminar, una ráfaga de ametralladora estalló contra las lajas de piedra a nuestros pies. Todos nos echamos al suelo con las manos en alto. Nadie dijo una palabra cuando los soldados vinieron, nos confiscaron los papeles y nos llevaron a cada uno en distinta dirección.

Pasé las primeras semanas posteriores a mi captura en un terror constante. Mi nivel de energía fue bajando enormemente a medida que, uno tras otro, los oficiales militares me interrogaban en forma amenazadora sobre el Manuscrito.

Fingí ser un turista tonto y alegué ignorancia. Después de todo, era cierto que no sabía qué sacerdotes tenían copias o hasta qué punto se había difundido la aceptación de la gente. A la larga, mi táctica dio resultado. Los soldados se cansaron de mí y me derivaron a un grupo de autoridades civiles, que adoptaron un enfoque distinto.

Estos funcionarios trataron de convencerme de que mi viaje a Perú había sido una locura desde el principio, una locura porque, según ellos, el Manuscrito en realidad no existía. Sostenían que las revelaciones habían sido inventados por un grupo de sacerdotes con la intención de fomentar la rebelión. Según esos funcionarios, me habían engañado, y yo los dejé hablar.

Al cabo de un tiempo, las conversaciones pasaron a ser casi cordiales. Todos empezaron a tratarme como una víctima inocente de ese complot, como un yanqui crédulo que había leído demasiadas historias de aventuras y se había perdido en un país extraño.

Y como mi energía estaba tan baja, tal vez me habría vuelto vulnerable a ese lavado de cerebro si no hubiera ocurrido algo. De golpe me trasladaron de la base militar donde estaba a un complejo militar cerca del aeropuerto de Lima: un complejo en el que también se hallaba detenido el padre Carl. La coincidencia me devolvió parte de mi confianza perdida.

Estaba caminando en el patio abierto cuando lo vi sentado en un banco, leyendo. Me acerqué, conteniendo mi alegría y con la esperanza de no atraer la atención de los funcionarios del edificio. Cuando me senté, alzó los ojos y sonrió.

-Lo estaba esperando -dijo.

-¿De veras?

Dejó el libro y vi que estaba encantado.

-Cuando el padre Costous y yo vinimos a Lima -me explicó-, nos detuvieron enseguida y nos separaron; desde entonces estoy aquí bajo custodia. No podía entender por qué. En apariencia, no pasaba nada. Y entonces empecé a pensar muchas veces en usted. -Me miró. -De modo que me imaginé que vendría.

-Doy gracias a Dios de que esté aquí -dije-. ¿Le contó alguien lo que ocurrió en las ruinas Celestine?

-Sí -respondió el padre Carl-. Hablé brevemente con el padre Sánchez. Lo tuvieron aquí un día antes de llevárselo.

-¿Está bien? ¿Sabía lo que les ocurrió a los demás? ¿Y a él? ¿Iban a ponerlo en la cárcel?

-No supe nada de los demás, y en cuanto al padre Sánchez, no lo sé. La estrategia del gobierno consiste en encontrar y destruir sistemáticamente todas las copias del Manuscrito. Luego, tratar todo el asunto como una gran mentira. Nos desacreditarán totalmente, supongo, pero quién sabe qué harán en definitiva con nosotros.

-¿Qué pasó con las copias de la Primera y la Segunda Revelaciones que Dobson dejó en los Estados Unidos?

-Ya las tienen -respondió el padre Carl-. El padre Sánchez me dijo que unos agentes del gobierno descubrieron dónde estaban escondidas y las robaron. Según parece, los agentes peruanos han estado en todas partes. Conocían a Dobson desde el primer momento, y también a su amiga, Charlene.

-¿Y cree que cuando el gobierno acabe con esto no quedarán más copias?

-Creo que, si alguna sobrevive, será un milagro.

Me di vuelta, con la sensación de que mi energía recuperada disminuía.

-Usted sabe qué significa eso, ¿no? -me preguntó el padre Carl.

Lo miré pero no dije nada.

-Significa -continuó- que cada uno de nosotros debe recordar exactamente lo que decía el Manuscrito. Sánchez y usted no convencieron al cardenal Sebastián de divulgar el Manuscrito, pero lo demoraron lo suficiente como para que la Novena Revelación fuera comprendida. Ahora, debe ser transmitida. Usted tiene que tomar parte en esa divulgación.

Su afirmación me hizo sentir presionado, y mi drama de tomar distancia se activó en mi interior. Me recliné en el banco y miré para otra parte, lo cual hizo reír al padre Carl. Entonces, justo en ese momento, los dos nos dimos cuenta de que varios funcionarios de la embajada nos miraban desde la ventana de una oficina.

-Escuche -dijo rápidamente el padre Carl-. De aquí en adelante, las revelaciones deben ser compartidas entre la gente. Una vez que escuche el mensaje y se dé cuenta de que las revelaciones son reales, cada persona debe comunicarle el mensaje a todos los que estén preparados para oírlo. Conectarse con la energía, hablar de ella y esperar es algo a lo que los seres humanos debemos estar abiertos; de otro modo, toda la raza humana puede retroceder nuevamente a la idea de que la vida consiste en tener poder sobre los demás y explotar el planeta. Si volvemos a eso, no sobreviviremos. Cada uno debe hacer lo posible por transmitir el mensaje.

Noté que los dos funcionarios salían del edificio y avanzaban hacia nosotros.

-Una cosa más -agregó el padre Carl, hablando con lentitud.

-¿Qué? -pregunté.

-El padre Sánchez me dijo que Julia habló de una Décima Revelación. Todavía no fue encontrada y nadie sabe dónde puede estar.

Los funcionarios ya casi habían llegado.

-Estuve pensando -continuó el padre Carl- que van a dejarlo libre. Tal vez usted sea el único que pueda buscarla.

Los hombres interrumpieron nuestra conversación y me escoltaron hasta el edificio. El padre Carl sonrió, me saludó con la mano y dijo algo más pero no pude prestarle atención. La sola mención de una Décima Revelación me había hecho pensar con insistencia en Charlene. ¿Por qué pensaba en ella? ¿De qué manera estaba conectada con una Décima Revelación?

Los dos hombres me instaron a empacar las pocas cosas que me habían quedado y a seguirlos hasta un vehículo estatal estacionado frente a la embajada. Desde ahí me llevaron directamente al aeropuerto y a una sala de embarque, donde uno de ellos me sonrió débilmente y me miró a través de unos anteojos muy gruesos.

Su sonrisa se desvaneció cuando me entregó un pasaporte y un pasaje de avión para los Estados Unidos... luego de lo cual me advirtió, con un fuerte acento peruano, que no volviera nunca, nunca mas.